

**HISTORIA UNIVERSAL
BAJO LA REPÚBLICA
ROMANA**

TOMO III

**POLIBIO DE
MEGALÓPOLIS**

LIBRO DECIMOQUINTO

CAPÍTULO PRIMERO

Deslealtad de los cartagineses.- Embajadores que Escipión les envía

por esta razón.- Libertad con que éstos recriminan ante el Senado su infidelidad.- Leve esperanza que los cartagineses fundan en Aníbal para intentar dar muerte a los embajadores romanos y volver a encender la guerra.- Nueva guerra más cruel y porfiada.- Preparativos de Escipión y Aníbal para el combate.- Ardid que usó Escipión con unos espías capturados en su campo.- Deseo de Aníbal de reunirse con Escipión.- Conferencia de estos dos notables generales.- Observación de Polibio acerca de la batalla que se va a dar.- Formación de batalla por ambos generales.- Arengas a sus tropas.- Obstinción de unos y otros durante la lucha y victoria por los romanos. A pesar de que Escipión sufría con impaciencia que los cartagineses le hubiesen arrebatado el convoy y que ya estuviesen abundantemente

provistos de todo lo necesario, con todo le llegaba más al alma que, contra la religión de los juramentos y tratados, volviesen a encender nuevamente la guerra. Por esta razón nombró a L. Servilio, L. Bebio y L. Fabio, y los diputó a Cartago para que hiciesen presente su queja y manifestasen que acababa de saber de Roma cómo el pueblo había rectificado el tratado. No bien llegaron éstos a Cartago, fueron llevados primero al Senado y después a la asamblea del pueblo, donde hablaron con libertad sobre el estado presente. Ante todas las cosas, les trajeron a la memoria lo que habían hecho sus embajadores cuando fueron a Túnez; que admitidos al consejo de los romanos, no sólo habían hecho libaciones a los dioses y adorado la tierra, como acostumbran otras naciones, sino que se habían prosternado vilmente contra el suelo y habían besado los pies a toda la asamblea; que incorporados después, se habían echado a sí mismos la culpa de haber violado los pactos concertados anteriormente entre romanos y cartagineses; que no negaban que merecían con razón cualquier castigo que les quisiesen imponer, pero que, por la común fortuna de los hombres, les suplicaban no se mostrasen crueles con ellos, pues

así su imprudencia vendría a ser un blasón de la clemencia romana. «Atento a esto, prosiguieron los embajadores, no acaba de comprender nuestro general y demás que se hallaron entonces en el consejo, qué fundamento tengáis para olvidaros de lo que entonces ofrecisteis y atreveros a violar la fe del juramento y de las treguas. Casi se puede asegurar que el regreso de Aníbal y de sus tropas os ha inspirado este ardimiento, pero lo erráis de medio a medio. A todos os consta que, desalojado de toda Italia, hace ya más de un año que se halla encerrado y poco menos que cercado en las proximidades de Lacinio, de modo que con dificultad podrá escapar para volver al África. Pero demos que vuelve victorioso y que tiene después que pelear con nosotros, aun así, a la vista de las dos batallas consecutivas que habéis perdido, debierais poner duda en el éxito y no aseguraros tanto de la victoria, que acaso no podáis volver a ser vencidos. Y en este caso, ¿qué dioses invocaréis? ¿De qué palabras os valdréis para interesar la clemencia del vencedor en vuestro infortunio? Seguramente, según vuestra inconstancia e imprudencia, ya no tendréis más que esperar ni de los

dioses ni de los hombres.» Manifestado esto, se retiraron los embajadores.

Pocos cartagineses fueron de parecer que se estuviese al tenor del tratado. Los más, tanto de los que tenían en sus manos el gobierno como de los que formaban el consejo, ofendidos de las condiciones impuestas en el pacto, sufrieron con impaciencia la libertad de los embajadores. Añadíase a esto la imposibilidad que existía de restituir las embarcaciones que se habían apresado y las municiones de que estaban cargadas. Pero el principal motivo era lo mucho que confiaban en la victoria con la presencia de Aníbal. El pueblo quiso que se despachase a los embajadores sin respuesta; pero los gobernadores de la ciudad, cuyo ánimo era renovar la guerra de cualquier forma, formaron consejo y maquinaron esta perfidia. Dijeron que se debía tomar providencia, a fin de que los embajadores regresasen con seguridad a su campo. Para lo cual equiparon dos trirremes que los convoyasen; pero al mismo tiempo avisaron a Asdrúbal, jefe de la escuadra cartaginesa, que a la sazón se encontraba a la ancla en las inmediaciones de Utica, para que tuviese prevenidos navíos no

lejos del campo romano, y así que las trirremes que iban de escolta dejasen a los embajadores, atacasen la embarcación que los conducía y la echasen a pique. Comunicada esta orden a Asdrúbal, los enviaron, mandando a las trirremes que así que hubiesen pasado la embocadura del Macra, desde donde ya se podía ver el campamento enemigo, los dejasen y tornasen a Cartago. Los que iban de escolta, luego que estuvieron del otro lado del río según la orden, les desearon un buen viaje y se volvieron. Los embajadores se ofendieron algún tanto de esta despedida, no tanto porque sospechasen algún otro mal, cuanto porque creyeron que el dejarlos tan pronto provenía de desprecio. Lo mismo fue comenzar a navegar solos, cuando he aquí que salen de la emboscada tres trirremes contra ellos para atacar la quinquerreme romana. Y aunque no la pudieron batir con el espolón porque escapaba ella por bajo, ni venir al abordaje por la vigorosa defensa que hacía, con todo, dando vueltas alrededor de los costados, hirieron a los que la ocupaban y mataron muchos de ellos, hasta que advirtiendo los romanos que un cuerpo de los suyos que había salido del campo a forrajear hacia la costa acudía a la brilla a su soco-

ro, lanzaron la embarcación contra tierra. La mayor parte de la tripulación pereció, pero los embajadores se salvaron como por milagro.

Con esto se volvió a renovar la guerra con más calor y odio que antes. Los romanos, por su parte, creyendo se les había faltado a la fe, hacían todos los esfuerzos por vencer a los cartagineses; y éstos por la suya, conociendo la perfidia que habían cometido, se disponían a sufrirlo todo por no caer en manos del enemigo. Con tales disposiciones de una y otra parte, bien se dejaba conocer que sólo una batalla habría de decidir la disputa. De aquí provenía que no sólo la Italia y el África, sino aun la España, la Sicilia y la Cerdeña estaban en suspensión y expectativa pendientes del resultado. Durante este tiempo, Aníbal, por estar escaso de caballería, despachó legados a Tiqueo, númera, amigo que era de Sifax y a la sazón con la mejor caballería de toda el África, para empeñarle a venir en su socorro y aprovecharse de la ocasión, seguro de que, si los cartagineses salían victoriosos, podría conservar sus estados, y si al contrario, arriesgaría su vida, según la

ambición de Massinisa. Efectivamente, Tiqueo asintió a la propuesta, y trajo a Aníbal dos mil caballos.

Escipión, habiendo provisto a la seguridad de su escuadra, y dejado a Bebio por su lugarteniente, corrió las ciudades recibiendo, no ya como antes a su amistad las que voluntariamente se le entregaban, sino reduciéndolas por fuerza, y haciendo público el resentimiento de que estaba animado contra la perfidia de los cartagineses. Despachó sin demora un correo a Massinisa para manifestarle de qué modo habían roto las treguas los cartagineses, y animarle a que, reclutando las mayores fuerzas que pudiese, viniese a unírsele con diligencia. Porque este príncipe, como hemos dicho antes, lo mismo había sido acordarse la tregua, había partido con sus propias tropas, diez compañías de infantería y caballería romana que se le habían agregado, y los embajadores que le dio Escipión, para recobrar no sólo el reino de sus mayores, sino para añadir también al suyo el de Sifax con el auxilio de los romanos, como ocurrió en efecto.

En este mismo momento llegaron al campo de la armada los embaajadores que venían de Roma. Bebio despachó al instante los de Roma a Escipión, y retuvo consigo los de Cartago, que afligidos ya con otros motivos, se creyeron ahora en el último apuro; puesto que informados del insulto hecho a los embaajadores romanos, no dudaban recayese sobre ellos la venganza. Escipión, luego que supo por sus embaajadores que el Senado y pueblo romano aprobaba con agrado el tratado concertado por él con los cartagineses, y que estaba pronto a ejecutar cuanto había pedido, alegre sobre manera ordenó a Bebio que con toda humanidad y agasajo despachase los embaajadores cartagineses a Cartago. Éste, en mi opinión, fue un sabio y prudente proceder; porque conociendo el alto aprecio que hacía su patria de la fe prestada a los embaajadores, atendió, después de haberlo bien reflexionado, no tanto a lo que merecían los cartagineses, como a lo que debían hacer los romanos. Por lo cual, reprimiendo su cólera y el negro deseo que tenía de vengar el insulto, procuró seguir, según el proverbio, los bellos ejemplos de sus mayores. Efectivamente, quedaron confundidos los cartagineses, y

aun el mismo Aníbal, al ver que la probidad de Escipión había vencido su locura.

Los cartagineses, viendo saqueadas sus ciudades, avisaron a Aníbal y le suplicaron que sin dilación se aproximase al enemigo, y decidiese el asunto por una batalla. Este general, después de haber escuchado a los diputados, les contestó que atendiese Cartago a otras cosas, que cuanto a ésta él cuidaría de obrar o estarse quieto, según la ocasión lo exigiese. Pocos días después levantó el campo de las cercanías de Adrumetes, y fue a acampar alrededor de Zama, ciudad distante cinco días de camino de Cartago, hacia el Occidente. Desde aquí despachó tres espías con el fin de saber dónde acampaba el enemigo y de qué forma tenía situado el campamento. Estos espías fueron capturados y llevados a presencia de Escipión, quien distó tanto de castigarlos como se acostumbra en otras naciones, que, por el contrario, les dio un tribuno con orden de enseñarles sin esbozo todo el campo. Efectuado lo cual, les preguntó si el tribuno les había mostrado todo con individualidad, y respondiendo que sí, les dio provisión y escolta para el camino, previniéndoles diesen

a Aníbal una exacta noticia de cuanto les había ocurrido. A la llegada de éstos, Aníbal admiró la magnanimidad y confianza de Escipión, y le entró, sin saber cómo, el deseo de venir con él a una conferencia. Tomada esta decisión, le envió un rey de armas para que le dijese que le agradecería conferenciar con él sobre el estado presente. A esta embajada contestó Escipión que se avenía a ello, pero que ya le enviaría a decir el tiempo y lugar donde se habían de reunir, con cuya contestación regresó el rey de armas a su campo. Al día siguiente llegó Massinisa con seis mil hombres de infantería y casi otros tantos de caballería. Escipión le recibió amistosamente y se alegró de que hubiese sometido todos los pueblos que antes obedecían a Sifax; después de lo cual se puso en marcha, y habiendo llegado a la ciudad de Margaro, sentó su campo en un puesto que entre otras ventajas tenía la de estar el agua a tiro de dardo.

Desde aquí envió a decir al general cartaginés que estaba dispuesto a ponerse al habla. Con esta noticia, Aníbal levantó el campo, y cuando ya estuvo a treinta estadios del enemigo, sentó el real sobre

una colina que le pareció muy ventajosa para el objeto presente, pero que por lo demás tenía muy lejos el agua, de que se seguía grande incomodidad a los soldados. Al día siguiente salieron de sus respectivos campamentos uno y otro general, acompañados de unos cuantos caballeros, y retirados después éstos, quedaron solos en medio, cada uno con su intérprete. Aníbal saludó primero y comenzó a hablar de esta manera: «Cuán de desear sería que ni los romanos hubiesen ambicionado conquistas fuera de Italia, ni los cartagineses fuera del África; puesto que uno y otro pueblo poseían estos dos bellos imperios, a quienes la naturaleza parece haber puesto sus límites. Pero pues que hemos tomado las armas para disputarnos primero la Sicilia, después la España, y finalmente, alucinados por la fortuna, hemos llegado a términos de poner en riesgo antes vuestro patrio suelo, y ahora el nuestro, no nos queda otro arbitrio sino ver cómo se pudiera aplacar la cólera de los dioses y poner fin a esta contienda. Cuando a mí toca, instruido por la experiencia de cuán voluble es la fortuna, de cuán poco es menester para merecer o desmerecer sus favores, y cómo juega con los hombres como si fueran niños, estoy dispuesto a un

convenio. Pero temo mucho que tú, Escipión, o porque te ves en la flor de la edad, o porque todo te ha salido en España y África a medida del deseo, y no has hallado hasta ahora obstáculo en el curso de tus victorias, no quieras asentir a mis razones, aunque en sí poderosas. Sin embargo, considera por esto solo la condición de las cosas humanas. No recurriré a ejemplos antiguos, mira únicamente a lo que por mí mismo ha pasado. Yo soy aquel Aníbal que después de la batalla de Cannas, dueño de casi toda Italia, me presenté a poco tiempo delante de la misma Roma, y acampado a cuarenta estadios de distancia, deliberaba ya lo que había de hacer de vosotros y de vuestra patria, y contéplame aquí ahora en el África delante de un romano, tratando de mi salud y de la de los cartagineses. Este ejemplo te puede servir para no llenarte de orgullo y deliberar sobre el estado presente sin olvidarte de que eres hombre; esto es, escogiendo siempre el mayor de los bienes, y el menor de los males. ¿Qué hombre sensato deseará exponerse a un peligro tal como el que ahora te está amenazando? Si sales victorioso, no añades lustre alguno considerable a tu fama ni a la de tu patria; y si eres vencido, toda la gloria y honor

hasta aquí adquirido queda del todo sepultado. Pero ¿qué es lo que me he propuesto por objeto en este discurso? Que todo lo que hasta aquí ha servido de teatro a nuestras contiendas, como la Sicilia, la Cerdeña y la España, quede por los romanos; que en ningún tiempo los cartagineses les muevan guerra por estos reinos, y que todas las demás islas que existen entre Italia y África pertenezcan también a los romanos. Creo que estas condiciones ponen en seguridad a los cartagineses para el futuro, y son las más gloriosas para ti y para todos los romanos.» Así habló Aníbal.

Escipión tomó la palabra, y dijo: «Es constante que los romanos no han sido causa ni de la guerra de Sicilia, ni de la de España, sino los cartagineses. Esto tú mismo lo sabes muy bien, Aníbal; y los dioses han sido testigos de ello, puesto que han concedido la victoria no a los que primero han movido una guerra tan injusta, sino a los que no han hecho más que defenderse. Conozco tan bien como otro la inestabilidad de la fortuna, y en cuanto puedo cuento siempre con la incertidumbre de las cosas humanas. Mas si antes de pasar los romanos al África hubieras

tú salido de Italia y hubieras propuesto estas condiciones, bien creo no te hubiera desmentido la idea; pero ahora que a tu pesar has salido de Italia, y que yo me veo en África dueño de la campaña, bien conoces que se hallan en muy diverso estado las cosas. Además de esto, vencidos tus ciudadanos, me suplicaron la paz, y ya en cierto modo estábamos de acuerdo. Pusimos el tratado por escrito, en el cual, a más de lo que tú ahora propones, se contenía: que los cartagineses restituirían los prisioneros sin rescate; que entregarían los navíos con puente, que pagarían cinco mil talentos, y que para firmeza de todo esto darían rehenes. Estas eran las condiciones en que nos habíamos convenido. Sobre ellas habíamos enviado unos y otros legados al Senado y pueblo romano; yo pidiendo que las aprobase, y ellos suplicando se les concediese esta gracia. Y después que el Senado había prestado su consentimiento y el pueblo su aprobación, tus ciudadanos, conseguida su demanda, no quieren pasar por ello y nos faltan a lo prometido. ¿Qué queda que hacer después de esto? Ponte tú en mi lugar, y dime: ¿Será bueno exonerarles de lo más duro que contiene el tratado? Efectivamente, esto sería premiar su delito y enseñarles a

ser infieles con sus bienhechores para el futuro. Me dirás acaso que, conseguida esta gracia, procederán reconocidos. Pero todo lo contrario: ahora mismo acababan de obtener con humillaciones lo que pretendían, y lo mismo ha sido tener la débil esperanza de que tú regresabas, que tratarnos al punto como a enemigos. En este supuesto, si a las condiciones ya impuestas se añade alguna otra más dura, en tal caso se podrá llevar otra vez el tratado al pueblo romano; pero si se ha de quitar algo de lo pactado, es excusado gastar el tiempo. Pero ¿a qué fin este mi discurso? A que o vuestra patria y personas se rindan a discreción, o veáis cómo habéis de vencer por las armas.»

Concluidos estos discursos se retiraron ambos generales, sin haber terminado nada en la conferencia. Al día siguiente, al amanecer, uno y otro sacaron sus huestes y las dispusieron para la batalla; los cartagineses por su propia salud y la de toda el África, y los romanos por el imperio y mando del universo. Al considerar este paso, no se podrá menos de tomar parte en la narración. Jamás ejércitos más aguerridos, jamás generales más venturosos ni más

ejercitados en el arte de la guerra, ni jamás la fortuna había propuesto mayor premio a los combatientes. No se trataba aquí sólo del África o de la Europa, iba a dar al victorioso el imperio de todas las demás partes del mundo que ahora componen las historias, como efectivamente sucedió poco después. He aquí cómo ordenó Escipión sus tropas en batalla. En la primera línea colocó los hastatos con intervalos de cohorte a cohorte; en la segunda los príncipes, situando las cohortes de éstos no de frente a los intervalos de la primera línea, como acostumbran los romanos, sino paralelas unas tras de otras con algún espacio de por medio, a causa del gran número de elefantes que tenía el enemigo, y en la última se hallaban los triarios. Sobre el ala izquierda formaba C. Lelio con la caballería italiana, y sobre la derecha Massinisa con toda la númida. Los espacios de las primeras cohortes los rellenó con otras de vélites, con orden de empezar los primeros el combate; y en no pudiendo resistir el ímpetu de las fieras, retirarse, los más ligeros por los intervalos directos hasta lo último de toda la formación, y los que se viesan más hostigados, por los transversales que a derecha e izquierda había entre las cohortes.

Esto así dispuesto, recorrió las líneas, exhortándolas con pocas palabras, pero convenientes a la ocasión presente. «Las dije que se acordasen de sus pasadas expediciones, y que sostuviesen como buenos la propia reputación y la de la patria; que tuviesen presente que si salían con la victoria, no sólo serían dueños absolutos del África, sino que asegurarían para sí y para la patria un imperio y dominio incontestable sobre el resto del universo; y que si eran vencidos, los que quedasen generosamente sobre el campo de batalla tendrían la más honrosa sepultura por haber muerto por la patria, y los que volviesen la espalda, la mayor ignominia y miseria para el resto de sus días. Para el que huya, no se da retiro seguro en el África; para el que caiga en manos del enemigo, bien se deja conocer, si se reflexiona, la suerte que le espera. Los dioses no permitan que tal ocurra. Por una y otra parte nos presenta la fortuna los mayores premios; ¿pues no seríamos los más cobardes y necios del mundo, si por amor a la vida dejásemos los mayores bienes y tomásemos los mayores males? Estas dos cosas os debéis proponer para marchar contra el enemigo: o vencer, o morir. Si con tales disposiciones entráis en

la acción, depuesta la esperanza de vivir, la victoria será vuestra sin remedio.» Así exhortó Escipión a sus soldados.

Aníbal puso delante de todo el ejército los elefantes, que eran más de ochenta, y después los extranjeros en número de doce mil, ligures, celtas, baleares y mauritanos; a espaldas de éstos los naturales del país, africanos y cartagineses, y detrás de todos, a más de un estadio de distancia, los que habían venido con él de Italia. Guarneció sus alas con la caballería, la izquierda con la nómada aliada, y la derecha con la cartaginesa. Ordenó a los oficiales que cada uno exhortase a sus soldados a que confiaran en la victoria, pues tenían presente a Aníbal y las tropas que con él habían venido; y previno a los jefes de los cartagineses que les contasen y pusiesen a la vista las calamidades que esperaban a sus hijos y mujeres si perdían la batalla. Mientras los oficiales ejecutaban este mandato, Aníbal, recorriendo las tropas que habían venido con él de Italia, las animaba y alentaba con muchas razones. «Acordaos, camaradas, les decía, de diecisiete años que ha que vivimos juntos; acordaos del gran número de

batallas que habéis dado a los romanos, en las cuales, siempre invencibles, ni aun la más leve esperanza les habéis dejado de venceros. Pero sobre todo, poned ante la vista la batalla del Trebia contra el padre del que ahora manda el ejército romano, la de Etruria contra Flaminio, y la de Cannas contra Paulo Emilio, sin contar las refriegas particulares y ventajas innumerables que habéis ganado. La batalla presente no merece entrar en comparación con éstas, bien se mire al número, bien al valor de las tropas. Y si no, volved los ojos y reparad en el ejército enemigo. Qué digo menor, ni aun una pequeña parte compone del que entonces tuvisteis por contrario. Pues el valor no merece cotejo. Aquellos, como nunca vencidos hasta entonces, pelearon contra vosotros con todas sus fuerzas; pero éstos, o son una raza de aquellos, o unas reliquias de los que vencisteis en Italia e hicisteis volver la espalda tantas veces. Ea, pues, cuidado con perder la gloria y reputación que vos y yo hemos adquirido; pelead con esfuerzo para asegurar la fama que ya tenéis de hombres invencibles.» Tales, poco más o menos, fueron las arengas de los dos generales.

Una vez que todo estuvo prevenido para la lucha de una y otra parte, y que la caballería núpida hubo escaramuceado entre sí por largo tiempo, Aníbal ordenó a los conductores de los elefantes que arremetiesen contra el enemigo. Lo mismo fue resonar por todas partes las trompetas y bocinas, que al punto, alborotada una parte de estos animales, volver hacia atrás y pegar contra los núpidas entre auxiliaban a los cartagineses; desorden de que se aprovechó Massinisa para arrollar la caballería del ala izquierda. El resto de elefantes arremetió contra los vélites romanos en aquel espacio que mediaba entre los dos ejércitos. Sufrieron mucho e hicieron sufrir igualmente a los contrarios, hasta que finalmente espantados, unos se metieron sin hacer daño por los intervalos que Escipión con toda prudencia tenía prevenidos, otros huyendo hacia el ala derecha, acosados a tiros por la caballería, se lanzaron totalmente fuera del campo de batalla. En el transcurso de esta confusión, Lelio ataca la caballería cartaginesa y la obliga a volver la espalda a rienda suelta. Mientras éste seguía con calor el alcance de los que huían, Massinisa hacía lo mismo por su parte. Para entonces las dos falanges se iban aproximando una a otra

a paso lento y con arrogancia, menos la tropa que había venido de Italia con Aníbal, que ésta se quedó separada en el puesto que había ocupado al principio. Cuando ya estuvieron cerca, los romanos, según costumbre, dando grandes voces y haciendo ruido en los escudos con las espadas, acometieron al enemigo. Los que se hallaban a sueldo de los cartagineses, como no eran de una misma lengua ni de una misma voz, sino, según el poeta,

De habla diversa y tierras diferentes,
hacían un ruido confuso y desentonado.

Al principio, como el combate era de cerca y de hombre a hombre, no se pudo hacer uso de las lanzas y espadas; de que provino que los mercenarios cartagineses, que excedían en agilidad y ardimiento, maltrataron infinito a los romanos; bien que éstos, confiados en la justa formación de batalla y naturaleza de sus armas, iban siempre ganando terreno. Por otra parte, al paso que los romanos eran seguidos y alentados por su segunda línea, los mercenarios, a quienes nadie se agregaba ni socorría, iban

perdiendo el ánimo. Finalmente cedieron los bárbaros, y creyéndose abandonados a las claras por los suyos, caen al retirarse sobre los que tenían a la espalda, y dan muerte a muchos. Este accidente hizo perder la vida a un buen número de cartagineses con valor; porque atacados por los mercenarios, tuvieron a un tiempo que defenderse sin querer contra los suyos y contra los romanos; y como peleaban atónitos y fuera de sí, mataban a muchos de los suyos y de los contrarios; desorden que introdujeron también en las cohortes de los hastatos. Pero los centuriones de los príncipes que advirtieron lo que ocurría, les opusieron sus manípulos, con cuyo refuerzo pereció la mayor parte de los mercenarios y de los cartagineses, unos a manos de los suyos mismos, otros a manos de los hastatos. A los que se salvaron y escaparon del peligro, lejos de permitirles Aníbal que se incorporasen con sus tropas, ordenó a la primera fila presentarles las picas para no dejarlos arrimar; de que provino verse obligados a retirarse por los costados a campo raso.

El espacio que mediaba entre los ejércitos quedó cubierto de san gre, muertos y heridos, de que resul-

tó a Escipión un grande embarazo; porque el cúmulo de los muertos, el montón de los que caídos estaban revolcándose en su misma sangre, y la confusa mezcla de armas y cadáveres esparcidos por todas partes, venían a hacer intransitable el paso a los que se hallaban formados. A pesar de estos inconvenientes, hace conducir los heridos detrás de la formación, da la señal a los hastatos que seguían el alcance para que se retiren, los apostó de parte allá del campo de batalla al frente del centro enemigo, y bien condensados los príncipes y triarios sobre una y otra ala, les ordena avanzar por encima de los muertos. Una vez estuvieron éstos del otro lado formados al igual con los hastatos, vienen a la carga las dos falanges con el mayor ardor y valentía. Como de una y otra parte el número, la arrogancia, el valor y las armas eran iguales, la acción estuvo indecisa por largo tiempo, obligando a cada uno la obstinación a morir sobre su puesto; hasta que finalmente volviendo del alcance Massinisa y Lelio con su caballería, llegan oportunamente al tiempo preciso, atacan por la espalda a Aníbal, y pasan a cuchillo la mayor parte de los suyos en sus mismas filas. De los que intentaron salvarse por los pies, lo consiguieron muy pocos, ya

que tenían sobre sí la caballería, y el terreno era llano y descampado. Los romanos perdieron más de mil quinientos hombres, los cartagineses más de veinte mil, y poco menos de otros tantos que se hicieron prisioneros. Tal fue el éxito de aquella batalla que se dio entre estos dos generales, y que adjudicó a los romanos el imperio del universo.

Después de la acción, Escipión siguió el alcance, saqueó el real enemigo, y regresó a su campamento. Aníbal se retiró a toda prisa con algunos caballeros, y se salvó en Adrumetes, después de haber hecho en el combate cuanto pudo y cuanto se podía esperar de un hábil y experimentado capitán. Porque ante todas las cosas intentó concluir la guerra por medio de una conferencia. Esto no era ajar su gloria pasada, era sí desconfiar de la fortuna, y prever las terribles consecuencias de una batalla. Después de metido en la acción, se condujo de tal suerte, que teniendo que pelear con iguales armas contra los romanos, no se podía dar cosa más bien dispuesta. La formación romana es difícil de romper, porque cada cuerpo de por sí y en general pelea haciendo frente a todas partes; y como el orden de batalla es uno, las cohor-

tes más próximas al peligro siempre se vuelven hacia donde es necesario. Por otra parte, su armadura les presta mucha defensa y atrevimiento, tanto por la magnitud de sus escudos, como por la resistencia de sus espadas; causas todas que los hacen incontrastables e invencibles. Sin embargo, Aníbal, en lo humano, tomó de tal forma las posibles medidas contra cada uno de estos obstáculos, que no dejó que desear. Desde el principio había reunido gran número de elefantes, y los había colocado al frente para desbaratar y romper la ordenanza de los romanos; había situado en la primera línea los mercenarios para cansar las fuerzas del enemigo y embotar los filos de sus espadas con tanto matar; había puesto a los cartagineses a espaldas de éstos y situándolos entre dos líneas para reducirlos a la necesidad de hacer frente y combatir, según el verso del poeta:

Hasta el forzado tomará las armas.

Había apostado a cierta distancia lo más aguerrido y esforzado de su ejército para ver desde lejos el evento, y hallándose con todas sus fuerzas enteras,

aprovecharse de ellas cuando llegase el tiempo. Si puestos todos los medios posibles para vencer, con todo fue vencido este héroe hasta entonces invencible, merece condescendencia. Unas veces la fortuna se opone a los propósitos de los grandes hombres, otras sucede aquello del proverbio:

Encontró el esforzado otro más fuerte.
Y cabalmente esto fue lo que entonces pasó a Aníbal.

CAPÍTULO II

Todo lo que para mover a compasión sobrepasa la esfera común, si no nace del interior sino de la simulación, en vez de la compasión y el perdón excita la ira y el odio.- Condiciones de Escipión a los cartagineses para otorgarles la paz.- Aníbal arroja de la tribuna a Gisgón porque iba a contradecirlas, y persuade a los cartagineses que aceptan la paz con estos convenios. Ciertamente en los grandes infortunios todo lo que excede la regla común si se advierte que procede de sincero afecto, excita la

compasión en los que lo ven y oyen, y apenas hay alguno a quien la novedad no le conmueva; pero si se nota que nace de la impostura y del fingimiento, en vez de la misericordia granjea la cólera y aborrecimiento. Esto es lo que aconteció entonces a los embajadores de Cartago. Escipión les dijo en pocas palabras: «No merecéis que los romanos usen con vosotros de alguna indulgencia, si so atiende a que vos mismos confesáis que desde el principio les habéis declarado la guerra tomándoles a Sagunto contra el tenor de los tratados; y que acabáis de faltarles a la fe pactada, quebrantando los artículos de la paz firmados con juramento; sin embargo, ellos, atendiendo a su honor, a la fortuna y a la condición de las cosas humanas, han decidido usar con vosotros de la conmiseración y generosidad acostumbrada. Esto mismo confesaréis vosotros, si consideráis atentamente el estado actual. Porque si ahora se os impusiese cualquiera pena que sufrir, cualquiera cosa que hacer, o cualquiera impuesto que pagar, no deberíais reputarlo como tratamiento riguroso, por el contrario, deberíais tener por una especie de milagro el que después de haberos cerrado la puerta la fortuna a toda conmiseración y condescendencia, y habe-

ros puesto vuestra perfidia a discreción del enemigo, se os tratase con alguna benignidad.» Manifestado esto, Escipión les entregó primero los artículos que contenían sus liberalidades, y después las condiciones que habían de sufrir.

Se reducían en sustancia : *A que retendrían en el África todas las ciudades, campos, ganados, esclavos y demás bienes que poseían antes de declarar la última guerra a los romanos; que desde aquel día no se les haría hostilidad alguna, vivirían según sus leyes y costumbres, y quedarían exentos de toda guarnición. Tales eran las condiciones benignas; las duras contenían: Que los cartagineses resarcirían a los romanos todos los menoscabos que habían sufrido durante las treguas; que les devolverían todos los prisioneros y siervos fugitivos sin prescripción de tiempo; que les entregarían todos los navíos largos, a excepción de diez trirremes; que lo mismo se observaría con los elefantes; que de ningún modo harían guerra fuera ni dentro del África sin licencia del pueblo romano; que todas las casas, tierras, ciudades y cualquiera otra cosa del rey Massinisa o de sus descendientes, serían restituidas*

a este príncipe, dentro de los términos que se les señalasen; que proveerían de víveres el ejército por tres meses, y le pagarían el sueldo hasta que volviese de Roma la noticia de la ratificación del tratado; que darían diez mil talentos de plata en cincuenta años, pagando doscientos talentos eubeos en cada uno; que para resguardo de su fidelidad entregarían cien personas en rehenes, que escogería Escipión entre su juventud, ni menores de catorce años, ni mayores de treinta.

Estos fueron los artículos que Escipión propuso a los embajadores cartagineses, los cuales, así que los oyeron, partieron sin dilación y los participaron al Senado. Refieren que en esta ocasión, queriendo oponerse cierto senador a las condiciones propuestas, y habiendo empezado a hablar, Aníbal se fue a él y le arrojó de la tribuna; y que irritados los demás de una acción tan contraria a la costumbre de una ciudad libre, Aníbal se había levantado y manifestado, que merecía perdón si por ignorancia había cometido alguna falta contra los usos, cuando les constaba que desde la edad de nueve años que había salido de su patria no había regresado a ella hasta

pasados los cuarenta y cinco; que no debían atender a si había pecado contra la costumbre, sino a si había sabido sentir los males de la patria, puesto que por su causa había incurrido ahora en este desacato; que se admiraba y extrañaba en extremo que existiese un cartaginés que, sabiendo lo que la patria en general y cada miembro en particular había maquinado contra los romanos, no bendijese la fortuna de que, puesto a discreción de Roma, se le tratase con tal humanidad; que si pocos días antes de la batalla se hubiera preguntado a los cartagineses qué males pensáis sufrirá la patria caso que los romanos salgan vencedores, no los hubieran podido explicar con palabras: tan grandes y excesivos eran los que la imaginación les representaba. Por lo cual les rogaba no volviesen a deliberar ya más sobre el asunto, sino que recibiesen con conformidad los artículos propuestos, hiciesen sacrificios a los dioses, y todos les pidiesen que el pueblo romano tuviese a bien ratificarlos. El consejo de Aníbal pareció acertado y conveniente a las actuales circunstancias, en cuya atención decidió el Senado concertar la paz con las dichas condiciones, y despachó al instante sus embajadores para pasar por ellas.

CAPÍTULO III

Simulada amistad que Filipo y Antíoco mantienen con Ptolomeo Filo pator en el transcurso de su vida, y decisión que toman de dar muerte a su hijo y dividir entre sí el reino después de su muerte.- Observación acerca del castigo de estos dos reyes, y cómo la Divinidad se valió de los romanos para conservar el reino a este huérfano. ¡A quién no admirará que Filipo y Antíoco, mientras vivió Ptolomeo y no necesitó de su socorro, estuviesen dispuestos a ayudarle, y después de muerto, dejando un tierno niño a quien por derecho natural se hallaban obligados a conservar el reino, se confederasen estos dos reyes para dividirlo entre sí y quitar la vida al infante! ¡Si por pudor al menos hubieran dorado la acción con algún frívolo pretexto, como hacen los tiranos! Pero se condujeron tan a las claras, con tanta desvergüenza y tan brutalmente, que se apropiaron el proverbio de los peces, entre quienes, aun con ser de la misma especie, el menor sirve de pasto al más grande. Efectivamente, ¿quién, al considerar el tratado concertado entre estos reyes, no le parece-

rá estar viendo como en un espejo la impiedad contra los dioses, la inhumanidad contra los hombres y su excesiva codicia? Si no obstante alguno tomase de aquí motivo para quejarse de la fortuna porque así juega con los hombres, de la también en cambio las gracias porque dio el merecido castigo a estos malvados y dejó a la posteridad el más bello ejemplo de corrección con el escarmiento de estos dos reyes. Estaban aún pensando cómo engañarse el uno al otro y cómo repartir entre sí el reino del joven príncipe, cuando he aquí la fortuna suscita los romanos y dispone con justa razón y motivo recaiga sobre ellos lo que inicuaamente estaban maquinando contra el vecino. Vencidos al instante uno y otro por las armas, no sólo dejaron de codiciar el bien ajeno, sino que se vieron obligados a pagar tributo y sufrir el yugo de los romanos. Por último, en muy corto tiempo la fortuna recobró el reino de Ptolomeo, destruyó los de Filippo y Antíoco, y a sus sucesores a unos perdió el todo y a otros afligió casi con los mismos infortunios.

CAPÍTULO IV

Molpagoras.

Existió entre los daneses un hombre tan a propósito para la oratoria como para la acción. Naturalmente ambicioso, a fin de captarse el afecto de la multitud, denunció a las personas más ricas, haciendo morir unas, desterrar a otras, confiscándoles los bienes y distribuyéndolos al pueblo. Por tales medios consiguió poder y autoridad del rey.

CAPÍTULO V

Infortunios que ocasiona a los cianos, pueblo de la Bitinia, su imprudencia y mal gobierno.- El hombre es a veces más necio que los mismos animales.- Errores que comete Filipo en prestar socorro injustamente a su yerno Prusias contra los cianos.- Odio cruel de los rodios contra Filipo por esta injusticia, y aborrecimiento de los etolios por la misma causa. De que los cianos hayan incurrido en tan grandes desgracias, no tanto deben culpar a la fortuna y a la injusticia de los vecinos, cuanto a su imprudencia y mal gobierno. Porque honrar a los ma-

los con las dignidades, y castigar a los buenos que se oponen a que aquellos repartan entre sí las fortunas de los demás, esto es, digámoslo así, traerse a casa voluntariamente las desdichas, en las cuales, a pesar estarse viendo incurrir a otros a cada paso, con todo, sin saber cómo, el hombre no puede abstenerse de semejante imprudencia; ¿qué digo abstenerse? ni aun es fácil hacerle entrar en la menor desconfianza, cosa que hacen algunos irracionales. Porque entre éstos, no sólo el haberse hallado ellos en un inminente riesgo, como defenderse de un cebo o desenredarse de un lazo, sino el haber visto a otro en peligro, basta para no acercarse ya con facilidad a semejante sitio, para tener aquel lugar por sospechoso y para desconfiar de cuanto se les presenta a la vista. Pero el hombre, por el contrario, aunque oiga, aunque vea que las repúblicas se pierden por la mala elección de jefes; con todo, no bien se le presenta la linsonjera esperanza de engrandecerse con perjuicio de otro, cuando sin más reparo ni precaución se lanza al cebo; no obstante que sabe ciertamente que de cuantos han tragado semejantes añagazas ninguno ha escapado, y que semejante política ha ocasio-

nado sin excepción la ruina de cuantos la han seguido.

Filipo, apoderado de la ciudad de los cianos, se hallaba suma mente gozoso. A su parecer, había realizado una acción ilustre y memorable con haber socorrido rápidamente a su yerno, haber aterrado a los que habían abandonado su partido y haberse hecho dueño legítimamente de innumerables esclavos y de dinero. No veía las consecuencias contrarias, aunque estaban saltando a la vista: en primer lugar, que había socorrido a un yerno que, lejos de estar injuriado, había faltado a la fe a sus vecinos; en segundo, que con haber hecho sufrir sin razón a una ciudad griega los mayores males, se confirmaría la fama que ya de él se había difundido de hombre cruel con sus aliados, errores ambos que justamente le adquirirían el concepto de impío entre todos los griegos; y en tercero, que había hecho un insulto a los embajadores de estas ciudades, los cuales, habiendo venido a su ruego para libertar a los cianos de las calamidades que les amenazaban, entretenidos con buenas palabras, únicamente habían servido de testigos de lo que menos hubieran querido. A esto se

añadía que los rodios se habían exasperado contra él de tal forma, que ni aun tomarle en boca querían.

La casualidad contribuyó también visiblemente a inspirar este odio contra Filipo. Se hallaba su embajador elogiándole en el teatro ante los rodios, y exageraba la generosidad de su amo, que dueño ya en cierto modo de su ciudad, les había dejado vivir libres. El objeto era refutar las calumnias que sus enemigos habían esparcido, y manifestar al pueblo el afecto que Filipo les tenía; cuando he aquí que llega al Pritaneo uno de la escuadra, cuenta la esclavitud de los cianos, y la crueldad con que Filipo los había tratado. De suerte, que como el embajador estaba aún refiriendo estos encomios, y al mismo tiempo entró el magistrado superior a dar cuenta de la noticia, los rodios no se pudieron persuadir de Filipo una tan extraña perfidia. Entretanto, este príncipe, a pesar de haberse perjudicado más a sí propio que a los cianos, llegó a tal frenesí y a exceder de tal modo los límites de la moderación, que en vez de correrse de vergüenza por lo que había hecho, se jactaba y vanagloriaba como de una acción laudable. Pero los rodios desde aquel día le miraron como a su

enemigo, y con este fin hicieron sus preparativos. Asimismo esta acción le atrajo el odio de los etolios. Acababa de reconciliarse con ellos y dispensarles sus gracias, hacía muy poco tiempo que vivía en amistad y alianza con éstos, los lisimacos, calcedonenses y cianos, cuando sin más ni más se apropió la ciudad de Lisimaquia, desmembrándola de la alianza que tenía con los etolios, redujo después a su poder la de Calcedonia, y por último esclavizó la de los cianos, a pesar de que se hallaba dentro un gobernador de parte de los etolios en quien residía el sumo imperio. Prusias, aunque se hallaba muy alegre de haber llevado a efecto su propósito, con todo, no podía sufrir con paciencia que otro se hubiese llevado el fruto de la empresa y a él sólo le hubiese tocado el suelo de una ciudad despoblada; pero ya no había remedio.

CAPÍTULO VI

Doblez de Filipo con los tasiensos.

Tras de faltar mil veces a la fe de los tratados durante el camino, penetró en tierra de los tasiensos y redujo a servidumbre su capital, a pesar de la alianza que con él habían concertado .

...Manifestaban los tasiensos a Metrodoro, general de Filipo, que entregarían sus ciudades a condición de no tener en ellas guarniciones, ni huéspedes forzosos, ni pagar tributos, ni derogar sus leyes propias... Les respondió Metrodoro que el rey les concedía inmunidad de guarniciones, de tributos, de hospitalidad obligatoria, y autorización para vivir sujetos a sus propias leyes. Acogidas estas promesas con grandes aplausos, abrieron a Filipo las puertas de su ciudad.

CAPÍTULO VII

Ardides de los reyes para mejor asentarse en el gobierno de los pueblos.

La mayoría de los reyes cuando quieren apoderarse del imperio cuidan mucho hacer grande ostentación de la palabra libertad a los oídos de los hombres, y prodigan cariñosos títulos de amigos y aliados a los que comparten y favorecen sus esperanzas; pero dueños del gobierno comienzan a tratar no como amigos sino como vasallos, a quienes confiaron en su fe. Pronto abjuran de todo sentimiento honrado, y con frecuencia no obtienen el esperado fruto de su hipocresía, porque quien aparenta autoridad soberana y con sus ambiciosas esperanzas abarca el mundo entero y llega a la mayor prosperidad en la gestión de los negocios, pronto se vuelve loco, y hasta furioso, al verse obligado a confesar con justicia ante todos sus súbditos, grandes y pequeños, la inconstancia y fragilidad de su fortuna.

CAPÍTULO VIII

Aclaraciones del autor.

Relatado cuanto sucedió en el mundo año por año, concluiré contando lo que, conforme a mi plan,

debía estar al principio del libro, porque el curso de la narración exige a veces que el preámbulo sea como la peroración.

CAPÍTULO IX

Agatocles y la muerte de Dinón

Agatocles dio muerte a Dinón, hijo de Dinón; y de la más injusta de las cosas, quiso, como dice el proverbio, hacer la más justificada, porque al recibir las cartas que le anunciaban el asesinato de Arsinoe, en su mano tenía difundirlo y conservar el reino; pero aliándose en seguida con Filimón, llegó a ser causa de todo el mal que se hizo. No mudando sus disposiciones tras del asesinato, y deplorando lo hecho ante muchas personas como arrepentido de haber desaprovechado la ocasión, denunciáronle a Agatocles, y poco después perdió la vida en justo suplicio.

CAPÍTULO X

Sosibio.

Este pretendido tutor de Ptolomeo era, por lo que parece, un hombre astuto, avezado a las intrigas y arterias de las cortes, y perverso. El primero a quien hizo morir fue Lisímaco, hijo de Ptolomeo y Arsinoe, hija ésta de otro Lisímaco; el segundo fue Maya, hijo de Ptolomeo y Berenice, hija de Maya. Por igual procedimiento acabó con Berenice, madre de Ptolomeo Filopator, con el lacedemonio Cleomenes y con Arsinoe, hija de Berenice.

CAPÍTULO XI

Agatocles.

Este ministro de Ptolomeo, tras de alejar de la corte a los más ilustres personajes y desvanecer el descontento de las tropas pagándoles los atrasos, tornó a sus antiguas mañas. Los cargos vacantes por alejamiento de quienes los desempeñan, diolos a gentes sin probidad ni honor, ocupadas antes en oficios viles. Día y noche entregado a la embriaguez

y al desordenado proceder que este vicio ocasiona, deshonoraba sin pudor vírgenes y esposas, cometiendo todos estos crímenes con un aire de autoridad que le hacía insoportable. Todo el Egipto sufría la tiranía de este monstruo, sin recurso ni socorro para librarse de un yugo cada vez más pesado. La insolencia, el orgullo, la molicie del ministro eran limitados, y el pueblo le tenía horror, recordando las desgracias que otros como él produjeron al reino; pero no habiendo quien capitaneara a los que deseaban vengarse de Agatocles y de Agatoclea, preciso fue permanecer quietos y esperar en Ptolomeo, única esperanza que tranquilizaba.

CAPÍTULO XII

Rebelión intestina en Alejandría entre los tutores del hijo de Ptolomeo.- Agatocles y Agatoclea, su hermana, presentan el rey a los macedonios en una reunión para irritarlos por medio de Critolao contra Tlepolemo, pero en vano.- Danae, suegra de Tlepolemo, arrastrada por la ciudad y encarcelada.- Moeragenes, dispuesto ya a sufrir el suplicio

por orden de Agatocles, libre después inesperadamente, excita contra él los macedonios. Alejandría da a conocer públicamente su resentimiento contra Agatocles.- Oenante provoca cólera de las mujeres contra sí y contra toda la parentela de Agatocles.- Alboroto y gritería confusa del pueblo contra Agatocles, que se había ocultado con el rey en un rincón de palacio.- Precisión en que le ponen los macedonios de entregar el rey.- Persuasión de Sosibio al rey para que haga entrega al pueblo de Agatocles y de todos los que habían ofendido a su madre.- Crueles castigos con que mueren Agatocles y otros muchos. Rebate Polibio la exageración con que algunos han referido el trágico fin de Agatocles. Agatocles reunió primero a los macedonios (203 años antes de J. C.) y se presentó ante ellos con el rey y su hermana Agatoclea. Al principio simuló no poderles explicar su pensamiento, a causa de las muchas lágrimas que le caían; pero una vez que a fuerza de haberse enjugado con la túnica hubo contenido aquel torrente, tomando al infante en sus manos, dijo: «Recibid, macedonios, este huérfano que Ptolomeo, su padre, al morir dejó entre los brazos de mi hermana y encomendó a vuestra fidelidad. La ternu-

ra de ésta es muy débil escudo para su vida: en vosotros y vuestras diestras se funda al presente toda su ventura. Tiempo ha que los que consideran a fondo las cosas habrán podido conocer que Tlepolemo aspira a más altura que la que conviene a un hombre de su clase; pero ahora ya tiene señalado día y hora para ceñirse la diadema. Sobre esto no me creáis a mí, creed a los que saben la verdad y acaban de hallarse presentes en todo el aparato.» Al mismo tiempo hizo entrar a Critolao, el cual manifestó que había visto los altares dispuestos y las víctimas prevenidas por el pueblo para la solemnidad de la coronación. Los macedonios escucharon este discurso, no sólo sin moverse a compasión, pero aun sin atender a lo que decía. Estuvieron hablando y cuchicheando unos con otros, hasta llegar la mofa a tales términos, que ni Agatocles supo por dónde salir de aquella reunión. Dio este mismo paso con los demás cuerpos del Estado, pero en todos halló la misma acogida. En este intermedio iba acudiendo mucha tropa de las provincias superiores. Unos animaban a sus parientes otros a sus amigos a venir al socorro en tan triste situación y no permitir fuesen ultrajados impunemente por unas gentes tan indignas. Pero lo

que más encendió al pueblo a tomar venganza de los que entonces gobernaban, fue el saber que existía peligro en la demora, porque Tlepolemo se apoderaba de los comestibles que iban llegando a Alejandría.

Contribuyó también a irritar la cólera del pueblo y de Tlepolemo una acción que entonces hizo Agatocles. A fin de hacer pública la discordia que existía entre él y Tlepolemo, extrajo del templo de Ceres a Danae, suegra de éste, la llevó arrastrando por la ciudad con la cara descubierta, y la metió en la cárcel. Indignado el populacho con esta acción, ya no se contentaba con murmurar privadamente y en secreto, sino que unos fijaban por la noche pasquines en los puestos públicos, otros se congregaban en corrillos durante el día, y proferían en público el odio que tenían contra los jefes. Agatocles, que veía los procedimientos del vulgo y las débiles esperanzas de salud que le quedaban, unas veces pensaba en ausentarse, pero como, necio e imprudente, no tenía nada dispuesto para este caso, desistía del proyecto; otras convocaba a los conjurados y cómplices de su arrojo, con ánimo de pasar a cuchillo sobre la mar-

cha una parte de sus contrarios, apoderarse de otra y usurpar después la tiranía. Estos pensamientos combatían su espíritu, cuando cierto Moeragenes, uno de sus satélites, fue delatado de que avisaba de todo a Tlepolemo y cooperaba a sus intentos a causa de la amistad que tenía con Adeo, gobernador que era a la sazón de Bubasto. Agatocles al punto ordenó a Nicostrato, su secretario, que prendiese a Moeragenes, y con los más exquisitos tormentos le sacase la verdad de todo. En efecto, rápidamente fue cogido el infeliz, y conducido por Nicostrato a cierta pieza apartada de palacio, donde primero fue preguntado sin rodeos sobre lo que de él se decía; pero viendo que todo lo negaba, fue después desnudado. Ya estaban unos disponiendo las máquinas para atormentare y otros quitándole la ropa con el azote en la mano, cuando en este momento llega corriendo a Nicostrato un criado, le dice al oído no sé qué cosa y se vuelve con la misma apresuración. Nicostrato echa a andar detrás de él sin hablar una palabra, pero dándose golpes sin cesar sobre el muslo.

Ocurrió entonces a Moeragenes una cosa bien particular y rara. Porque, aunque ya estaban unos

casi con el azote levantado y otros preparando a su vista las máquinas para el tormento, con la ausencia de Nicostrato todos quedaron pasmados, mirándose unos a otros y esperando a que volviese. Viendo que tardaba, poco a poco se fueron marchando todos, hasta que al fin dejaron solo a Moeragenes, que desnudo como estaba atravesó por dicha el palacio, y se metió en una tienda de macedonios que estaba cerca. Por casualidad los halló reunidos, en disposición de ir a comer. Les cuenta todo lo que le había sucedido y el milagroso modo con que se había salvado. Ellos, en parte desconfían, y en parte no pueden menos de dar crédito viéndole desnudo. Pero Moeragenes, libre ya de este peligro, les suplica con lágrimas en los ojos que miren no tanto por su vida cuanto por la del rey, y en especial por la de ellos mismos; que el peligro era para todos inminente si no se aprovechaban del momento en que estaba en su fuerza el odio de la plebe y toda la gente dispuesta a vengarse de Agatocles; que la ocasión presente era la más oportuna y sólo se necesitaba de una cabeza.

Este discurso inflamó el ánimo de los macedonios, y persuadidos al fin por Moeragenes, pasan sin dilación a las tiendas de los demás camaradas, que estaban contiguas, y todas mirando a un lado de la ciudad. Como ya de tiempos atrás se hallaban dispuestos los ánimos de la multitud y sólo faltaba uno que los avivase y metiese en calor, prender y reventar el fuego todo fue uno. Apenas habían transcurrido cuatro horas, cuando ya todas las clases del Estado, militares y políticas, estaban convenidas en la sublevación. En aquel entonces tuvo también el azar su buena parte para la consecución. Recibió Agatocles una carta, y fueron traídos a su presencia ciertos espías. La carta era de Tlepolemo a sus tropas, en las que las comunicaba que en breve se vería en su presencia, y los espías declaraban que ya estaba cerca. Esta noticia le sacó fuera de sí de tal modo, que dejando de tomar remedio y providencia sobre lo que le explicaban, se fue a la hora señalada al convite, donde acostumbraba divertirse con sus amigos.

Por otra parte, Oenante, penetraba de dolor, se fue al Tesmoforio, o templo de Ceres y Proserpina, que casualmente se hallaba abierto con motivo de

cierto sacrificio que se hacía todos los años. Aquí, primero puesta de rodillas, imploró y pidió con grandes instancias el amparo de las diosas, y luego, sentada junto al altar, se estaba quieta. Las demás mujeres, que veían con agrado su aflicción y desconsuelo, se estaban callando; pero las parientas de Policrates y algunas otras mujeres ilustres, ignorando del todo el motivo de su dolor, se aproximaron para consolarla. Entonces Oenante, lanzando un gran grito: «No os acerquéis a mí, dijo, bestias feroces; os conozco bien, sé que sois mis enemigas y pedís a las diosas nos envíen los más duros males; pero yo confío en la voluntad de las diosas, que vendréis a comer vuestros propios hijos.» Dicho esto, ordenó a las mujeres que tenía consigo que arrojasen fuera a las demás y diesen de palos alas que no obedeciesen. Con este motivo, las mujeres se fueron todas, alzando las manos al cielo y pidiendo a las diosas recayese sobre Oenante aquella misma desdicha con que ella amenazaba a las demás.

Ya estaba decidido por los hombres cambiar de gobierno; pero ahora, con la nueva cólera de las mujeres que se añadió en cada casa, se duplicó el

odio. Apenas llegó la noche, todo fue en la ciudad alboroto, hachones y gentes corriendo de una parte a otra. Unos formaban corrillos en el estadio con grande algazara, otros se animaban mutuamente, y no faltaba quien, por evitar el peligro, buscaba casa o lugar desconocido para ocultarse. Ya todas las plazuelas en torno al palacio, el estadio y la plaza se hallaban llenas de toda clase de gentes, en especial de aquellas que frecuentan los teatros de Baco; cuando Agatocles, que no había hecho más que salir del convite, informado de lo que ocurría, se levanta medio borracho, coge a toda su familia menos a Filón, va al rey, y después de haberse lamentado brevemente de su mala suerte, le toma de la mano y sube a una galería que se halla entre el Meandro y la Palestra, y sirve de paso para la entrada del teatro. Allí, después de haber asegurado bien las dos primeras puertas, se oculta detrás de la tercera con dos o tres guardias, el rey y su familia. Las puertas eran de rejas, entraba la luz por ellas, y estaban cerradas con dos cerrojos. Para entonces se había reunido ya de toda la ciudad tanto pueblo, que no sólo el suelo y pavimentos, sino aun las escaleras y techados se hallaban cubiertos de gente. No se oía más que un

bullicio y gritería confusa de mujeres, niños y hombres, todos mezclados. Porque tanto en Cartago como en Alejandría, en semejantes tumultos no alborotan menos los niños que los hombres.

Ya era de día claro y continuaba la misma confusión de voces, pero se dejaba entender sobre todas que pedían al rey. Lo primero que hicieron los macedonios cuando salieron de sus tiendas fue apoderarse de aquel salón de palacio donde daba el rey audiencia; pero informados poco después de la pieza donde estaba, fueron allá, rompieron las primeras puertas de la primera galería, y cuando llegaron a las segundas pidieron el rey a grandes voces. Agatocles, que ya entonces conoció el peligro que le amenazaba, pidió a las guardias fuesen a los macedonios y les dijese de su parte que estaba dispuesto a renunciar la tutela y toda la demás autoridad, honores y rentas que tenía; que únicamente suplicaba le concediesen la vida con el preciso alimento para sustentarla, y de esta forma, reducido a su primer estado, no podría dar que hacer a nadie aunque quisiese. Ninguno de los guardias quiso tomar parte en esta comisión; sólo se encargó de ella un tal Aristome-

nes, que después vino a tener el gobierno del reino. Era este tal de nación acarnanio, y hombre que, habiendo llegado cuando viejo a tener el manejo de los negocios, supo comportarse tan sabio y honrado con el rey y el reino, como fino adulator había sido con Agatocles en tiempo de su prosperidad. Él fue el primero que habiendo convidado a comer a Agatocles a su casa, le distinguió entre todos los circunstantes con una corona de oro, honra que sólo se acostumbra conceder a los reyes. Él fue también el que primero se atrevió a llevar su retrato en el anillo y poner por nombre Agatoclea a una hija que le había nacido. Pero baste lo manifestado sobre este particular. Aristomenes, pues, habiendo recibido la orden, salió por un postigo y se aproximó a los macedonios. Apenas les había dicho algunas palabras y declarado la intención de Agatocles, cuando intentaron pasarle a saetazos; pero defendido con las manos de algunos que pedían la muerte de todos, regresó con la comisión o de traerles el rey, o que no pensase salir él de allí tampoco. Despachado Aristomenes con esta contestación, los macedonios se acercaron a la segunda puerta y la desquiciaron. Agatocles, que conoció por los efectos y por la respuesta que se le

había dado el furor en que estaban, intentó, ver si sacando las manos por las rejas de la puerta, y Agatoclea descubriendo los pechos con que decía haber alimentado al rey, aplacaba a los macedonios, y haciéndoles todo género de súplicas, lograba la vida por lo menos.

Después de haberse lamentado inútilmente de su suerte por largo tiempo, al fin les remitió el rey con los guardias. Los macedonios le reciben, le ponen al punto sobre un caballo y le conducen al estadio. Lo mismo fue presentarse, que resonar por todas partes la algazara y el aplauso. Detienen el caballo, bajan de él al rey y le llevan a la silla de donde acostumbraban dejarse ver los soberanos. La multitud fluctuaba entre el gozo y el dolor. Se hallaba muy contenta de haber recobrado a su rey, pero sentía en el alma no haber capturado a los culpables y haberles dado el merecido castigo. Por eso clamaba sin cesar que se trajese a los autores de tantos males y se hiciese con ellos un escarmiento. Ya era entrado el día, y el pueblo no había encontrado aún contra quién emplear su furor, cuando a Sosibio, hijo de Sosibio y uno de los guardias, se le previno el expe-

diente más útil para el rey y para el Estado. Viendo que no calmaba la rabia del populacho, y que el rey estaba incomodado por no conocer a los que le rodeaban y por el alboroto de la gente, le preguntó: «¿No sería bueno entregar a la multitud a los que han ofendido a vos y a vuestra madre?» El rey dijo que sí, y Sosibio entonces, ordenando a ciertos satélites que hiciesen pública su voluntad, cogió al joven príncipe y se le llevó a su casa, que estaba contigua, para cuidar de su persona. Declarada la intención del rey, toda la circunferencia resonó con aplausos y clamores. Durante este tiempo, Agatocles y su hermana Agatoclea se habían retirado cada uno a sus casas; pero al punto los soldados, unos de voluntad, otros a instancias de la multitud, se pusieron a buscarlos.

He aquí cómo por una casualidad comenzó la mortandad y el derramamiento de sangre. Entró medio borracho en el estadio uno de los criados y adulesores de Agatocles, llamado Filón, y viendo la rabia de la plebe contra su amo, dijo a los circunstantes: «Si él viniese ahora, os arrepentiríais como antes.» A estas palabras, unos le llenan de oprobios,

otros le dan de pechugones; pero intentando ponerse en defensa, se le rasga la capa, se le atraviesa a lanzadas, y palpitando aún, se le lleva arrastrando con ignominia al medio de la plazuela. Lo mismo fue gustar la turba de la mortandad, que ya no se esperaba más que el que los otros fuesen traídos. A poco rato pareció Agatocles cargado de cadenas. Lo mismo fue entrar, se arrojan sobre él y le pasan a puñaladas, obrando en esta parte más como amigos que como enemigos, pues así no sufrió el castigo que merecía. Después se trajo a Nicón, detrás de éste a Agatoclea, desnuda, con sus hermanas, y en su consecuencia a toda la parentela. Finalmente, se sacó del Tesmoforio a Oenante y se la condujo al estadio, puesta desnuda sobre un caballo. Entregados al pueblo todos estos personajes, unos los mordían, otros los daban de puñaladas, otros los sacaban los ojos, y según iban cayendo, se les despedazaba los miembros hasta que quedaron todos descuartizados. Tal es la excesiva crueldad del pueblo egipcio cuando se ve enfurecido. A este mismo tiempo ciertas doncellas que se habían educado con Arsinoe, informadas de que Filammón, que tenía el encargo de matar a la reina, había llegado de Cirena tres días antes, se

dirigen a su casa, la entran por fuerza, matan a palos y pedradas al mismo Filammón, degüellan a un hijo muy joven que tenía, arrastran a su mujer, desnuda, hasta la plaza, y le dan muerte. De este modo acabaron Agatocles, su hermana Agatoclea y toda su familia.

No ignoro los portentos y vanos aparatos que traen algunos historiadores sobre este suceso para llenar de asombro a los lectores, haciendo narraciones más extensas que las que merece la naturaleza y calidad del asunto. Unos atribuyen todo el lance a la fortuna para ponernos a la vista lo inconstante e inevitable de ésta; otros pretenden hallar razones probables para sujetar a la razón lo extraordinario del caso. A mí no me ha parecido deber seguir sus huellas, porque ni hallo en Agatocles aquel espíritu guerrero y valor sobresaliente, ni encuentro aquel feliz y envidiable talento de conducir negocios, ni últimamente noto aquella finura y doblez palaciega en que tanto sobresalieron durante su vida Sosibio y otros muchísimos que supieron manejar a su arbitrio reyes de reyes. En Agatocles veo todo lo contrario. Su extraordinaria elevación la debió a la ineptitud

para reinar de Tolomeo Filopator. Puesto en esta dignidad, aunque alcanzó después de la muerte de este príncipe tiempos muy convenientes para conservarse en ella, su flojedad e indolencia le granjeó en breve tiempo el odio de todos y le hizo perder el manejo de los negocios junto con la vida.

En este supuesto no merecen tales personajes un lugar tan sobre saliente en la historia, como si se hablase de un Agatocles y de Dionisio, tiranos de Sicilia, o de otros varios que se han hecho célebres por sus hechos. Porque aunque Dionisio provenga de un origen humilde y plebeyo, y Agatocles (como por burla dice Timeo), de oficio alfarero, haya dejado desde niño la rueda, la greda y el humo, para venir a Siracusa; a pesar de estos principios, uno y otro en sus respectivos tiempos se hicieron tiranos de esta ciudad, a la sazón sin igual en esplendor y riquezas. No contentos después con haber llegado a ser reyes de toda la Sicilia, dominaron asimismo una parte de la Italia. Agatocles aún fue más adelante; no sólo intentó la conquista del África, sino que se fue al sepulcro con todos estos honores. He aquí por qué Escipión, aquel que primero sujetó a los cartagine-

ses, preguntado qué hombres en su concepto se habían distinguido más en el manejo de los negocios y en la audacia prudente y juiciosa, respondió que los dos sicilianos, Agatocles y Dionisio. Sobre tales personajes conviene llamar la atención del lector, recordare algún tanto la fortuna y vicisitud de las cosas humanas, y sobre todo proponerle ejemplos que le sirvan de instrucción; pero sobre otros, como del que hemos hablado anteriormente, de ningún modo.

Por esta razón hemos reprobado hablar con exageración de la muerte de Agatocles. No menos nos ha impelido a esto ver que los sucesos horrorosos en tanto merecen nuestra atención, en cuanto nos importa su noticia. Todo lo demás, como es hacer de ellos una descripción más extensa o una pintura más exacta, no tan sólo nos es provechoso, sino que causa cierta molestia en los espectadores. Dos son los fines a que debe dirigir todos sus pasos el que desea instruirse por la vista o por el oído, la utilidad y el deleite, y los mismos que deben intervenir especialmente en la historia; pero ni a uno ni a otro le cuadra bien el pleonasma o amplicación sobre casos

horrorosos. Porque ni se apetece imitar lo que sucede contra la razón, ni se encuentra deleite en ver u oír despacio lo que repugna a la naturaleza y a las nociones comunes. Por el contrario, por una u otra vez se anhela ver u oír un espectáculo estupendo, para desengañarnos de que es posible lo que en nuestra opinión no lo era; pero una vez cerciorados, nadie gusta detenerse en una cosa que horroriza. A todos disgusta repetir muchas veces una misma cosa. Sentemos, pues, que toda narración ha de servir o para utilidad o para deleite, y que los pleonasmos que no se refieren a estos dos objetos, son más propios de la tragedia que de la historia. Sin embargo, es preciso tener condescendencia con aquellos historiadores que no han estudiado la naturaleza, ni saben palabra de lo que ha ocurrido por el mundo. En opinión de éstos, aquello que ellos han presenciado o han aprendido por oídas de otros, es lo más extraordinario y admirable de cuanto ha sucedido. De que proviene la imprudencia de ser más prolijos que lo regular en cosas que ni tienen novedad porque otros antes las han dicho, ni pueden ocasionar utilidad o deleite.

CAPÍTULO XIII

Antíoco.

Durante los primeros años de su reinado juzgábase a este príncipe capaz de idear y llevar a cabo grandes proyectos, mas al avanzar en edad no justificó las esperanzas concebidas.

LIBRO DECIMOSEXTO CAPÍTULO PRIMERO

Filipo en Pérgamo.

Así que hubo llegado este príncipe a Pérgamo, pensando que no podía escapársele Attalo, cometió todo género de crueldades, dando rienda suelta a su cólera, más contra los dioses que contra los hombres. Irritado porque los defensores de Pérgamo, aprovechando la buena situación de sus posiciones, triunfaban siempre en las batallas parciales, y porque a causa del buen orden establecido por Attalo

nada podía saquear en los campos, descargó la ira contra las estatuas y templos de los dioses, con lo que en mi opinión causó más daño a su honor que al rey de Pérgamo, pues no sólo incendió el templo y derribó los altares, sino hasta ordenó romper las piedras por temor de que sirvieran para reedificarlos. Destruído el Niceforium, taló el bosque sagrado, arrancó el recinto, arruinó hasta los cimientos de muchos otros templos de gran belleza, y fue primero a Tiatira, después a la llanura llamada Tebas, donde creía apoderarse de inmenso botín, y sin poder llevar nada se trasladó a Hiera-Coma. Desde allí pidió a Zeuxis que le enviase víveres y socorros convenidos en la alianza que habían pactado. Este sátrapa simuló cumplir los artículos del tratado, pero en realidad lo que menos deseaba era aumentar la fuerza y poder del rey de Macedonia.

CAPÍTULO II

Combate naval junto a Chío entre Filipo, rey de Macedonia, por un lado, y Attalo y los rodios, sus aliados, por otro.- Razones que tiene Filipo para

atribuirse la victoria después de vencido. Filippo, advirtiendo que el asedio no correspondía a su deseo y que los contrarios tenían al ancla muchos más navíos cubiertos, dudaba y no sabía qué partido tomar para el futuro; sin embargo, como el estado presente no diese lugar a la elección, tomó la decisión de irse cuando menos se pensaba. Creía Attalo que persistiría aún más tiempo en la construcción de las minas, cuando de repente se hace a la vela, persuadido a que de esta forma ganaría la delantera al enemigo y regresaría sin peligro a Samos por la costa. Pero se engañó de medio a medio. Porque apenas Attalo y Teofilisco tuvieron indicios de su retirada, se pusieron a darle caza. Como entendían que Filippo persistiría aún más tiempo en el asedio, tuvieron que seguir el alcance sin orden y desunidos. Sin embargo, a fuerza de remo le alcanzaron y atacaron, Attalo el ala derecha que precedía al resto de la armada, y Teofilisco la izquierda. Filippo, apremiado por la necesidad, dio la señal a su derecha para que volviese las proas a su enemigo y se batiese con valor, y él se retiró con las fustas a ciertas isletas que existen en medio del camino, para esperar allí el evento del combate. El número de buques

que por su parte entró en la acción se redujo sólo a cincuenta y tres navíos con cubierta, algunos sin ella, y ciento cincuenta embarcaciones menores con las fustas; porque no había podido equipar todos los que tenía en Samos. El de los contrarios se componía de sesenta y cinco navíos cubiertos, contando los que habían enviado los bizantinos, nueve galeotas y tres trirremes.

La batalla empezó por el navío que mandaba Attalo, y todos los que estaban inmediatos acometieron sin otra señal. Attalo atacó una octirreme, y la dio a flor de agua tan mortal choque por la proa, que por más resistencia que hicieron los que se hallaban sobre la cubierta para defenderla, al fin se fue a pique. La decenreme de Filipo, que era la almirante, cayó en poder del enemigo por un accidente bien extraordinario. Se le metió por debajo una galeota, y atravesándola con un violento golpe en medio del casco por bajo del banco de los remeros *Thranitas*, quedó asida, sin que el piloto pudiese contener el ímpetu de la embarcación. Colgada, digámoslo así, la galeota de la decenreme, incomodaba e imposibilitaba a ésta toda maniobra. En este momento dan

sobre ella dos quinquerremes, la traspasan por ambos costados y la hunden con la tripulación que la ocupaba, en la cual estaba Demócrates, jefe de la armada de Filipo. En el transcurso de este tiempo Dionisodoro y Dinócrates, hermanos y jefes de la escuadra de Attalo, vienen a las manos, el uno con una septirreme y el otro con una octirreme, y corren gran riesgo en la contienda. Dinócrates se empeñó con la octirreme, y como tenía levantada la proa de su buque, recibió el golpe de parte afuera del agua; pero habiendo él atravesado con el espolón a la nave contraria por bajo del agua, al principio no podía desasirse, por más diligencias que hacía por la popa para recular; de suerte que con la vigorosa defensa que hacían los macedonios, venía a estar en el último apuro. Mas habiendo llegado Attalo a su socorro y chocado contra la nave macedonia, rompió la trabazón que entre sí tenían los dos buques, con lo que Dinócrates se salvó del peligro como por milagro. Toda la tripulación de la nave enemiga, a pesar de los esfuerzos de valor que hizo, fue pasada a cuchillo, y el buque, falto de defensores, cayó en poder del enemigo. Por lo que hace a Dionisodoro, en el momento que iba a dar sobre una nave contraria

para atravesarla con el espolón, erró el golpe, y precipitándose entre los enemigos, perdió los bancos de remeros del costado derecho y las vigas sobre que estaban construidas las torres. Con este accidente se vio rodeado por todas partes de contrarios, los cuales con grande alboroto y algazara echaron a pique la nave con toda la tripulación, menos él y otros dos que se salvaron a nado en una galeota que venía en su socorro.

En el resto de buques se luchaba con igual fortuna por ambas partes. Porque si Filipo excedía en embarcaciones menores, Attalo era superior en navíos cubiertos. En el ala derecha de Filipo el combate se hallaba en tal estado, que aunque la victoria estaba aún indecisa, las disposiciones todas se inclinaban más a favor de Attalo. Los rodios, aunque a su primera salida del puerto se vieron muy separados de los enemigos, con todo, como les aventajaban en la velocidad de navegar, en breve alcanzaron su retaguardia. Al principio se contentaron con atacar por la popa los navíos que se retiraban, y destrozarles los remos. Pero desde que los de Filipo hubieron acudido al socorro de los que estaban en peligro,

y la parte de escuadra rodia que últimamente había salido del puerto se hubo incorporado con Teofilisco, ordenadas de frente las proas de los navíos, se vino a las manos con vigor de una y otra parte, animándose mutuamente al son de las trompetas y de la algazara. Si los macedonios no hubieran puesto sus fustas entremedias de los navíos cubiertos, rápida y fácilmente hubiese terminado la contienda. Pero estas embarcaciones frustraban los esfuerzos de los rodios de muchos modos. Porque desde que las dos armadas perdieron el orden que habían tomado al principio, todos quedaron mezclados unos con otros; de suerte que ni se podía con facilidad correr por medio de las líneas, ni virar a un lado ni a otro, ni hacer absolutamente uso de las propias ventajas; porque estas fustas, dejándose caer unas veces sobre los remos, imposibilitaban maniobrar a los remeros; otras acometiendo por la proa y tal vez por la popa, no dejaban al piloto ni a la chusma ejercer sus ministerios. Si chocaban con la proa de frente, no era casual e impremeditadamente. Porque situado de esta forma el buque, ellos recibían el golpe por fuera del agua, al paso que atravesaban por bajo con el espolón al del enemigo, de cuyo golpe quedaba in-

servible. Bien que los rodios entraban rara vez en este género de pelea, y rehusaban del todo estos encuentros, porque los macedonios, una vez venidos a las manos a pie firme sobre las cubiertas, se defendían con esfuerzo. Lo normal era inutilizar y hacer pedazos los remos de las naves contrarias, corriendo por entre las líneas, y dar vueltas de una parte a otra, para atacar a éste por la popa y a aquel por el costado mientras se revolvía, con lo que atravesaban a unos y rompían a otros alguna pieza de las necesarias. Con este género de combate inutilizaron un gran número de navíos macedonios.

Las que más se distinguieron en esta acción fueron tres quinque rremes de los rodios. Teofilisco mandaba la primera, que era la capitana; Filostrato estaba al frente de la segunda, y Autolico gobernaba la tercera, en la que iba Nicostrato. Ésta atacó una nave enemiga, y le dejó clavado el espolón en el casco, de cuyo golpe se hundió con toda la tripulación. Autolico entonces, viendo que su nave hacía agua por la proa, y que la rodeaban los contrarios, al principio se defendió con valor, pero gravemente herido, cayó al fin en el mar con sus armas, y toda

su gente pereció después de una generosa resistencia. En este momento viene a su socorro Teofilisco con tres quinquerremes, y aunque no le fue posible salvar el buque por estar ya lleno de agua, con todo, traspasa dos navíos enemigos y lanza afuera a los que los defendían. Rodeado poco después de muchas fustas y algunas naves cubiertas, perdió la mayor parte de su gente después de una bizarra resistencia; pero él, a pesar de haberle precipitado su arrojó en lo más vivo de la acción, donde recibió tres heridas, finalmente salvó, aunque con trabajo, su quinquerreme, con la ayuda de Filostrato, que generosamente vino a ponerse de su parte. Reunido después con su armada, volvió a la carga contra el enemigo con nuevo empeño, es cierto que decaído de fuerzas con las heridas, pero con más generosidad de espíritu, más gloria y más presencia de ánimo que antes. En fin, hubo en esta jornada dos acciones navales, bien distantes la una de la otra. Porque el ala derecha de Filipo, como se propuso desde el principio seguir siempre la costa, no se alejó mucho del Asia; y la izquierda, como tuvo que volver al socorro de su retaguardia, vino a las manos con los rodios no lejos de Chío.

Ya Attalo, seguro de la victoria en el ala derecha, se iba aproximando a aquellas isletas donde Filipo esperaba al ancla el resultado de la batalla; cuando advirtiendo en una de sus quinquerremes, que desbaratada fuera del combate procuraban echar a pique los contrarios, fue en su socorro con dos cuadrirremes. El ver que el buque enemigo emprendía la huida y se iba retirando hacia la costa, dio más ánimo al rey para seguir el alcance y apoderarse de la quinquerreme. Mas Filipo, cuando ya le vio bien separado de los suyos, toma cuatro quinquerremes, tres galeotas y las fustas que tenía muy cercanas, se dirige allá, corta al rey la comunicación con su armada y le obliga a lanzar sus buques sobre la costa por salvar la vida. Attalo se retiró a Erythras con la marinería; los navíos y todo el equipaje real cayó en poder de Filipo. No fue casual e impremeditadamente el haber desplegado los de Attalo en esta ocasión lo más precioso de la recámara del rey sobre la cubierta del navío; porque de este modo los primeros macedonios que se aproximaron, viendo un gran número de vasos, un vestido de púrpura y otros muebles proporcionados a éstos, desistieron del alcance, se detuvieron en el pillaje, y con esto dieron

tiempo para que Attalo se retirase sin peligro a Erythras. Filipo, aunque vencido enteramente en la batalla, con todo, envanecido con esta ventaja sobre Attalo, volvió a alta mar, hizo todos los esfuerzos por reunir sus naves y exhortó las tropas a tener buen ánimo, pues habían salido vencedoras. La mayoría, como vieron a Filipo traer atada a la suya la nave real, creyeron con algún fundamento que Attalo había muerto. Dionisodoro, conjeturando lo que había ocurrido a su rey, levantó la señal para que se reuniesen sus navíos, y después de juntos se retiró sin riesgo a los puertos de Asia. En este momento los macedonios, que luchaban con los rodios, y que ya se veían malparados, se lanzaron fuera del combate unos tras otros, bajo el pretexto de acudir con diligencia al socorro de los suyos. Con esto los rodios, ligadas a las suyas algunas de las naves enemigas, y destrozados los espolones de otras, se retiraron a Chío.

Filipo perdió en el combate contra Attalo una galera de diez órdenes de remos, una de nueve, una de siete, una de seis, diez navíos cubiertos, tres galeotas y veinticinco fustas con toda la gente que tripulaba

estos buques. A más de esto, los rodios le hundieron diez navíos con puente, cuarenta fustas, y le capturaron dos cuadrirremes y siete bergantines con sus dotaciones. De parte de Attalo la pérdida se redujo a una galeota, dos quinquerremes y el navío en que iba el rey; de parte de los rodios, a dos quinquerremes y dos trirremes, pero no se les apresó ninguna. De los rodios perecieron sesenta hombres, y de los de Attalo, setenta; pero de los de Filipo tres mil macedonios y seis mil soldados navales. Se hicieron prisioneros, entre aliados y macedonios, hasta dos mil hombres, y setecientos egipcios. Tal fue el éxito de la batalla naval dada junto a Chío.

Filipo se atribuyó la victoria por dos motivos: el uno, porque ha biendo hecho arrojarse a Attalo sobre la costa, se había apoderado de su nave; el otro, porque habiendo fondeado en el promontorio Argenno, en cierta forma había quedado por suyo el campo donde estaban los restos navales. A consecuencia de esto, recogió al día siguiente las ruinas del naufragio, y dio sepultura a cuantos se pudieron reconocer de los suyos. Todo esto lo hacía para confirmar al pueblo en la opinión de que había vencido;

pues él estaba persuadido de lo contrario, como poco después se lo hicieron ver los rodios y Dionisodoro. Porque al día siguiente, mientras él se hallaba aún ocupado en esto, con el aviso que uno a otro se dieron, vinieron contra él, le presentaron sus escuadras, y visto que nadie se les ponía delante, regresaron a Chío. Filipo estaba penetrado de dolor en ver que jamás... *ni por tierra* ni por mar había perdido tanta gente en un solo día, de modo que este contratiempo había disminuido grandemente sus primeros fuegos; bien que en el exterior procuraba disimular de todas formas su pesar, aunque los resultados mismos le desmentían. Pues sin hacer mención de otros, el estado de la armada después de la batalla daba horror a cualquiera que la veía. La mortandad había sido tanta, que en el transcurso de la acción se había cubierto todo aquel mar de cadáveres, sangre, armas y fragmentos de navíos; y en los días siguientes no se veía sobre aquellas costas sino un horrible y mezclado cúmulo de todas estas cosas: espectáculo que no sólo a Filipo, sino a todos los macedonios, tenía en una confusión extrema.

Teofilisco, en el solo día que sobrevivió a la batalla, escribió a su patria el acontecimiento y sustituyó en su lugar a Cleoneo por jefe de las tropas, con lo cual murió de sus heridas. Este personaje, a más de haberse portado como bueno durante el combate, merece nuestro recuerdo por haber sido autor del proyecto. Pues a no haberse atrevido él a llevar las armas contra Filipo, sin duda todos hubieran dejado pasar la ocasión, según el miedo que tenían a su osadía. Pero él fue el primero que empezó la guerra, el que obligó a su patria a aprovecharse de la coyuntura, y el que forzó a Attalo a que, dejándose de dilaciones y preparativos, tomase las armas con vigor y se expusiese al peligro. Por esto con justa razón los rodios, después de su muerte, le otorgaron tales honores que pudiesen servir de estímulo no sólo a los presentes, sino a los venideros, para ser útiles a la patria en sus urgencias.

CAPÍTULO III

Motivo por qué muchos desisten de sus empresas.

¿Qué es lo que hace abandonar nuestros propósitos? Ninguna otra causa más que la naturaleza misma de las cosas. Mientras las miramos de lejos, las magníficas esperanzas que se nos ofrecen nos hacen anhelar aún lo imposible, y este deseo vence a la razón. Pero cuando llegamos a las obras, conocemos las dificultades y obstáculos que habían ofuscado y extraviado al entendimiento, y al punto desistimos de unos intentos tan temerarios.

CAPÍTULO IV

Infructuosos intentos de Filipo contra la ciudad de Prinasso en el transcurso de su asedio.- Ardid y estratagema de que se vale para tomarla. Tras de varios ataques que hizo inútiles la fortaleza del pueblo, Filipo levantó el cerco (202 años antes de J. C.), destruyendo de paso los castillos y aldeas de la comarca. Desde allí fue a acampar frente a Prinasso, donde dispuestos rápidamente los cestones y demás preparativos para un asedio, empezó a hacer minas. Advirtiendo que lo pedregoso del terreno frustraba sus esfuerzos, recurrió a esta estratagema. Hacía un

gran ruido por bajo de tierra durante el día dando a entender que se trabajaba en las minas; y durante la noche acarreaba tierra y la ponía en las bocas para que se amedrentasen los de la ciudad, infiriendo por el cúmulo su adelantamiento. Efectivamente, aunque al principio mantuvieron con valor el asedio los sitiados, así que Filipo les hubo comunicado que ya tenían socavados doscientos pies de muro, y les hubo preguntado qué preferían más, evacuar la plaza salvas y las vidas, o, quemados los puntales, perecer todos entre sus ruinas, entonces dieron crédito a sus palabras y entregaron la ciudad.

CAPÍTULO V

Ubicación y antigüedades de la ciudad de Iassis.- Estatuas sobre las cuales no cae nieve, y cuerpos que no proyectan sombra.- Sobre aquellos que con pretexto de religión inventan milagros y falsedades. Se extiende la ciudad de Iassis en un golfo del Asia situado entre el templo de Neptuno de la jurisdicción de los milesios y la ciudad de los mindios. Este golfo se llama corrientemente Bargilieti-

co, tomando el nombre de unas ciudades que se hallan en lo interior del seno. Los naturales se jactan de descender primero de los argivos, y después de los milesios, cuando sus mayores, tras la derrota que sufrieron en la guerra de Caria, admitieron en la ciudad al hijo de Neleo, fundador de Mileto. La magnitud de la ciudad es de diez estadios. Se cuenta, y aún se cree entre los bargilietas, que sobre la estatua de Diana Cindiade jamás cae ni nieve ni agua, no obstante estar al descubierto. El mismo prodigio se refiere entre los iassenses de la imagen de Vesta. No faltan historiadores que han puesto esto por escrito. Pero yo me he empeñado sin saber cómo, por toda mi historia, en contradecir y mirar con desprecio esta clase de maravillas. En mi opinión es una debilidad pueril... dar crédito a cosas que consideradas exceden no sólo los límites de lo probable, sino aún la raya de lo posible. Es preciso tener el juicio enfermo para decir que ciertos cuerpos puestos al sol no proyectan sombra. Con todo, Teopompo afirma que no la hacen todos aquellos que entran en el templo de Júpiter, que se halla en la Arcadia. Ésta es otra paradoja igual a la anterior. Mientras los prodigios y milagros pueden contribuir a conservar en el

pueblo el respeto a la divinidad, merecen alguna indulgencia los escritores; pero pasando de aquí, se hacen imperdonables. Confieso que es difícil encontrar el medio de las cosas, pero no es imposible. Y así, si se ha de estar por lo que diga, hasta cierto punto es excusable la ignorancia o la credulidad; mas llegando al exceso, es intolerable.

CAPÍTULO VI

Nabis.

Anteriormente hemos visto de qué modo gobernaba este tirano de Lacedemonia, cómo luego de expulsar a los ciudadanos y de emancipar a los esclavos, hizo que éstos contrajesen matrimonio con las esposas e hijas de sus señores; hemos visto que todos los que por sus crímenes habían sido desterrados de otras naciones, encontraban asilo sagrado en Esparta, que se convirtió en guarida de malvados. Veamos ahora cómo por entonces, aunque aliado de los messenios, de los elenos y de los etolios, y comprometido por juramentos y tratados a socorrerlos si

eran atacados, despreciando obligación tan solemne, osó cometer contra Messena la más negra perfidia.

CAPÍTULO VII

Sobre los historiadores rodios Zenón y Antístenes.

Referido por algunos historiadores de acaecimientos particulares antes que por mí lo sucedido en esta época a los messenios y sus aliados, fácilmente puedo manifestar ahora mi opinión. No hablaré de todos estos historiadores, sino de los más importantes y célebres. Entre ellos existen dos rodios, Zenón y Antístenes, y por más de una razón merecen nuestra atención, pues son autores contemporáneos, han gobernado la República, y al escribir no lo hicieron por miras interesadas, sino por honor y otros motivos dignos de su rango. Debo hablar de ellos porque trataron los mismos asuntos que yo, y si no previniese al lector alucinado por la celebridad de la República rodiana y su fama especial en todo lo marítimo, cuando mi narración no esté de acuerdo con la

de aquellos historiadores, podrían considerar ésta más fidedigna que la mía. Veamos si deben hacerlo así.

Ambos afirman que el combate naval dado junto a la isla de Lade fue más empeñado y sangriento que el que se libró a la altura de Chío, y agregan que los detalles de la acción, el éxito y, en una palabra, el honor de la victoria corresponde a los rodios. Comprendo que debe tolerarse en los historiadores la inclinación a honrar su patria; pero no conviene abusar de esta tolerancia hasta el punto de manifestar lo contrario de lo que realmente sucedió, no siendo pocas las faltas que por la imperfección humana se cometen. Si por amor a nuestra patria o cariño a nuestros amigos, o por reconocimiento referimos de intento acontecimientos falsos o imaginarios, ¿en qué nos diferenciaremos de los historiadores asalariados que ponen su pluma a merced de quien la paga? El conocido interés que éstos tienen en mentir hacen sus obras despreciables. ¿Serán las nuestras más estimadas al saberse que las dicta el cariño o el odio? Defecto es éste contra el cual el lector ha de estar en guardia, y que los historiadores

deben evitar con cuidado. Zenón y Antístenes han incurrido en él. He aquí la prueba.

Ambos están de acuerdo, al referir los detalles de la batalla, que el enemigo capturó dos galeras de rodios, con sus tripulaciones; que otra abierta y en peligro de naufragar, para salvarse desplegó la vela y salió a alta mar; que lo mismo hicieron muchas más, y que al verse el almirante casi abandonado imitó dicho ejemplo; que arrojados todos estos barcos a la Mindia abordaron al día siguiente en la isla de Cos, a través del enemigo; que éste ató las galeras de los rodios a sus barcos, y que desembarcando en Lade alojáronse en el campamento rodio; finalmente, que asustados los milesianos por tal acaecimiento, no sólo coronaron a Filipo, sino también a Heráclidas. Descritos estos datos de completa derrota, ¿cómo afirman que los rodios lograron la victoria? Hácenlo, no obstante, a pesar de una carta escrita al Consejo y a los pritanios por el mismo almirante después del combate, carta que aún se conserva en el Pritaneo, que está totalmente de acuerdo con nuestra narración de la jornada de Lade, y que desmiente cuanto Zenón y Antístenes han referido.

Ambos historiadores cuentan en seguida el insulto hecho a los messenios con infracción de los tratados. Manifiesta Zenón que Nabis, al salir de Lacedemonia, cruzó el Eurotas, y siguiendo el arroyo llamado Hoplites, fue por el Sendero Estrecho a Polasión, y desde allí a Sclasia, desde donde por el camino de Farés y Talamos llegó a Pamisa. ¿Qué diremos de esta marcha? Es igual a la de un hombre que para ir de Corinto a Argos atravesara el istmo, fuese a las rocas Scironienses y desde allí, siguiendo el Contoporo y pasando por las tierras de Micenas, penetrara en Argos; porque todos estos sitios no sólo están alejados entre sí, sino en situación completamente opuesta, siendo imposible ir de Corinto a Argos por este camino, tan imposible como el que Zenón hace recorrer a Nabis, porque el Eurotas y Selasia están al Oriente de Lacedemonia, y Talamos, Farés y Pamisa a Poniente, de modo que para ir de Talamos a Messena ni se pasa por Selasia, ni se cruza el Eurotas.

Asimismo dice Zenón que Nabis salió de Messena por la puerta de Tegea, lo cual es un error burdo; porque para ir de Messena a Togeio se pasa por Me-

galópolis y no puede haber en Messena una puerta que se llame de Tegea. El error de Zenón consiste en que en Messena existe una puerta que se llama Tegeática, por la cual salió Nabis de la ciudad para regresar a Laconia: el nombre de Tegeática hace creer a este historiador que Tegea se hallaba próxima a Messena, siendo así que para ir de esta ciudad a la Tegeática hay que atravesar toda la Laconia y el territorio de Megalópolis.

Otro error de Zenón consiste en decir que el Alfeo, ocultándose bajo tierra a poco de su nacimiento, corre largo trecho, no reapareciendo en la superficie hasta cerca de Licoa, en Arcadia. Cierto es que este río desaparece a corta distancia de su origen, pero sale de nuevo a los diez estadios, y atraviesa toda la campiña de Megalópolis: riachuelo al principio, aumenta al paso el caudal de aguas, regando majestuosamente doscientos estadios de esta campiña. Creciendo después con la afluencia del Lisius, es en Licoa muy profundo y rápido... ..

... ..
... ..
... ..

Estos errores son excusables y los perdono a los citados historiadores. Incurren en los últimos por desconocer la comarca a que se refieren, y alteran la derrota de Lade por amor a la gloria de su patria.

Mas comete Zenón otra falta que apenas se puede dispensar, cual es la de apreciar menos el estudio y arreglo de los sucesos que la elegancia y belleza del estilo, vanagloriándose con frecuencia, cual lo han hecho otros célebres historiadores, de distinguirse en esta cualidad. Creo que se deben aplicar a la historia las bellezas que le convienen, y que así será más útil e interesante; pero ningún escritor sensato estimará en primer término la elegancia del estilo, habiendo otras condiciones en la historia merecedoras de mayor atención y de más gloria para quien con feliz éxito las realiza. Así opinará todo escritor de buen juicio, y explicaré mi pensamiento con un ejemplo.

Refiriendo Zenón el sitio de Gaza y la batalla dada por Antíoco a Scopas en la Celosiria, cerca de Pavión, tanto cuidó de adornar su relato, que un

retórico deseoso de lucir sobre el mismo asunto su elocuencia no llegaría al historiador; pero al mismo tiempo descuidó este hecho hasta el extremo de aparecer superficial e ignorante. Véase cómo describe el orden de batalla de Scopas. La falange, dice, se hallaba con alguna caballería en el ala derecha al pie de la montaña, y el ala izquierda con toda la caballería que la apoyaba, en la llanura. Al rayar el día mandó Antíoco a su hijo mayor con un destacamento para ocupar las alturas que dominaban al enemigo, y él con el resto del ejército, ya de día, cruzó el río, ordenó sus tropas en la llanura y puso la falange en una sola línea, oponiéndola al cuerpo de batalla del contrario. Distribuyó la caballería, parte en el ala izquierda, parte a la derecha de la falange. En este lugar estaban los jinetes acorazados al mando del hijo menor de Antíoco. Los elefantes, puestos al frente y a alguna distancia de la falange, estaban al mando de Antipates de Tarento. Por intervalos entre los elefantes había muchos arqueros y honderos. El rey con su caballería favorita y con sus guardias situóse detrás de los elefantes.

Así ordenado el ejército, agrega Zenón, Antíoco el joven, que como hemos mencionado se hallaba en la llanura frente al ala izquierda de los enemigos con los coraceros, cargó sobre la caballería que mandaba Ptolomeo, hijo de Aeropo, y que los etolios habían colocado en la llanura en el ala izquierda, la batió y persiguió a los fugitivos. Zenón dice acto seguido que ambas falanges vinieron a las manos, y que la lucha fue ruda y tenaz. ¿Cómo no advierte que era imposible la pelea entre ambas falanges sin que los elefantes, arqueros, honderos y los caballos que entre ellas había hubiesen evacuado el terreno?

Añadiré que cuando la falange macedónica, rota por los etolios, quedó fuera de combate, los elefantes, amparando a los fugitivos y cargando a los contrarios, causaron en éstos gran desorden; pero mezcladas las falanges, ¿cómo podían distinguir los elefantes entre los que aplastaban quiénes eran del ejército de Antíoco y quiénes del de Scopas?

Manifiesta, además, que la caballería etolia, poco acostumbrada a ver elefantes, se espantó en el trans-

curso de la contienda; cosa imposible, porque el mismo Zenón agrega que la caballería del ala derecha nada sufrió, y que la de la izquierda había sido puesta en fuga por el hijo menor de Antíoco: ¿qué caballería fue, pues, la que espantaron los elefantes?

¿Y qué fue del rey, a quien en ninguna parte se ve? ¿Qué hizo en la batalla? ¿Qué servicio prestó el hermoso cuerpo de caballería e infantería reunido junto a su persona? ¿Qué hizo el mayor de los hijos de Antíoco después de ocupar las alturas con un destacamento? Ni vuelve al campo después del combate, ni se cuida de tal cosa. Zenón dice que ambos hijos siguieron al rey, y sólo fue uno quien le acompañó.

¿Cómo se explica que Scopas sea el primero y el último en abandonar la lucha? De dar crédito al citado historiador, apenas vio este general a la caballería de Antíoco el joven, de regreso de perseguir a los fugitivos, cargar por retaguardia su falange, desesperando vencer, inició la retirada; pero en otro lugar nos dice que al ver Scopas la falange rodeada

por los elefantes y la caballería, juzgó perdida la batalla y se retiró. ¡Qué daño hacen a los historiadores faltas tan palpables y contradicciones tan manifiestas! Ambición digna de hombre honrado es la de esforzarse por distinguirse en todas las condiciones propias de una historia; pero de no ser esto posible, debe preferirse lo más importante y necesario. Doy este consejo porque advierto que en las demás artes y ciencias se atiende, como en la historia, especialmente a lo que más brilla y halaga la imaginación, desdeñando lo verdadero y útil. Objeto son de alabanza y admiración tales escritos, y no obstante, son los que menos trabajo cuestan y los que menos honran. Con los pintores atestiguo.

Por lo demás, he escrito a Zenón advirtiéndole los mencionados errores de su geografía, por no ser propio de persona bien nacida aprovecharse de las faltas de otros para adquirir reputación a costa ajena, a pesar de que el procedimiento sea frecuente. La pública conveniencia exige, en mi concepto, no sólo escribir con el mayor cuidado posible nuestras obras, sino ayudar a los demás a rectificar las suyas. Desgraciadamente mi carta llegó a manos del citado

historiador demasiado tarde; su obra era ya de público dominio y nada podía corregirse en ella. Deplorando las faltas cometidas, agradeció mucho mis advertencias. Ruego a los que mi obra leyesen que observen igual conducta conmigo. Condénenme sin misericordia si advierten en alguna parte que mentí de intención o desfiguré la verdad conociéndola; pero sean indulgentes si cometí algún error en algunas cosas por carecer de buenos informes. No es fácil la exactitud completa en la multitud de detalles que abarca obra de tanta extensión cual la presente.

CAPÍTULO VIII

Tlepolemo.

Joven aún, fue honrado con el ministerio en Egipto Tlepolemo, que hasta entonces sirvió en el ejército adquiriendo justa fama. Naturalmente altivo y ávido de gloria, poseía para los negocios muchas buenas y malas cualidades. Esforzado y vigoroso, sabía mandar un ejército, conducir una expedición, enardecer el ánimo de los soldados y llevarles donde

deseara; pero resultaba lo menos a propósito posible para los asuntos que exigen estudio y atención, y en especial para los financieros. Su fortuna, por tanto, duró poco, y el reino sufrió en seguida las consecuencias de su prodigalidad. Luego que se vio dueño de los tesoros reales, pasaba casi todos los días jugando a la pelota y disputando con los jóvenes sobre quién brillaría más en los ejercicios militares. Ofrecía grandes festines, y éstas eran sus tareas y compañías corrientes. En las audiencias sobre los asuntos del Estado repartía a manos llenas y prodigaba tesoros de su señor, dándolos profusamente a los diputados de Grecia, a los artífices de Baco y, sobre todo, a los oficiales del ejército y a los soldados. No sabía negarse a estas dádivas, y pagaba caros los elogios, sin cuidarse de la procedencia. Tal afición aumentó considerablemente sus gastos, pues se le elogió por los beneficios recibidos sin esperarlos, y por los que se esperaban después. Las alabanzas a Tlepolemo se multiplicaban y oían por todas partes; en todos los festines se brindaba a su salud; la ciudad se hallaba cubierta de inscripciones en su honor; en las calles resonaban canciones elevando hasta el cielo su mérito. El desbordamiento de los

elogios le ensoberbeció, excitando su pasión a las alabanzas, y para satisfacerla, su liberalidad a los extranjeros y soldados. Las prodigalidades le crearon enemigos en la corte, siendo públicamente censurada su insoportable vanidad, y Sosibo mucho más estimado que él. Este Sosibo portábase efectivamente en sus relaciones con el príncipe con una prudencia impropia de su edad, y con los extranjeros usaba siempre modales dignos de los dos empleos que le habían sido confiados, el de guardián del regio anillo y jefe de la guardia real.

Por entonces regresó de Macedonia a Alejandría Ptolomeo, hijo de Sosibo. Vano por carácter y por las riquezas que su padre había adquirido, aumentó su vanidad en la corte de Filipo, donde imitaba las maneras y trajes de los jóvenes amigos suyos. Creyó ingenuamente que la virtud de los macedonios consistía en vestir y calzar de cierto modo, y se juzgó todo un hombre por lo que había aprendido en Macedonia. A la vuelta miró a los alejandrinos con el mayor desprecio, calificándoles de viles y estúpidos esclavos. No se libró de su desdén Tlepolemo, a quien públicamente desacreditaba. Los cortesanos,

indignados al ver los asuntos públicos por tan mal camino, se unieron a él, decididos a no sufrir más que Tlepolemo dispusiera de la Hacienda, no como ministro, sino como heredero. Día por día iba disminuyendo el número de sus amigos, observándose e interpretándose mal todos sus actos y circulando en contra suya duras y amargas frases. Advertido de lo que ocurría, no hizo caso al principio; pero al saber que en ausencia suya se atrevieron a quejarse de su gobierno en público Consejo, convocó irritado una asamblea, dijo en ella que se le calumniaba en secreto, y que él en cambio formulaba contra los calumniadores una acusación ante todo el mundo.

Concluida su arenga, Tlepolemo pidió a Sosibo el regio anillo, y desde entonces dispuso a su gusto de todos los negocios del Estado.

CAPÍTULO IX

Retorno de Publio Escipión a Roma, y su triunfo.
— *Fallecimiento* *del*
rey Sifax.

Poco después del tiempo de que hemos hablado anteriormente, regresó Escipión desde África a Roma (102 años antes de J. C.). La expectación del pueblo fue proporcionada a sus grandes expediciones. La idea que se concibió de este hombre fue magnífica; y la multitud se excedió en demostraciones de afecto hacia su persona. Esto era muy justo, conveniente y puesto en razón. Porque no haber tenido jamás esperanza de arrojar a Aníbal de la Italia ni de alejar aquella tempestad que tenían sobre sí y sobre sus familias, y verse ahora no sólo completamente libres de todo temor y desgracia, sino vencedores de sus enemigos, ciertamente era motivo para hacer excesos de alegría. Pero el día que entró triunfante en la ciudad fue cuando, acordándose de los peligros pasados por la viva imagen de lo que tenían delante, hicieron más demostraciones de gracias para con los dioses y de reconocimiento para con el autor de semejante cambio. Sifax, rey de los masesilios, acompañaba el triunfo con todos los prisioneros, y poco después terminó la vida en la prisión. Finalizado este acto, todo fue en Roma juegos y célebres espectáculos durante muchos días

continuos, contribuyendo Escipión a sus gastos con magnificencia.

CAPÍTULO X

Filipo fija en Asia sus cuarteles de invierno.

Al iniciarse el invierno en el que Publio Sulpicio fue elegido cónsul en Roma, Filippo, que se hallaba entre los bargilianos, alarmóse mucho al ver que Attalo y los rodios en vez de licenciar sus fuerzas navales, llenaban los barcos de tropas y tomaban contra él mayores y más vigilantes precauciones que en ningún otro caso. El futuro le alarmaba previendo el peligro que por mar correría al salir de entre los bargilianos. Temía por otra parte, si pasaba el invierno en Asia, no poder defender la Macedonia que amenazaban los etolios y romanos, pues supo las diputaciones enviadas a Roma en contra suya, una vez terminados los asuntos de África. En este conflicto decidió permanecer entre los bargilianos, donde vivió cual hambriento lobo, robando a unos, violentando a otros y adulando a algunos contra su

carácter para alimentar el ejército, al cual daba unas veces carne, otras higos, y pocas y en pequeña cantidad pan, provisiones que conseguía o de Zeuxis o de los milesianos, o de los alabandianos o de los magnesianos. Adulador hasta la bajeza con quienes le socorrían, quejábese en alta voz de los que le negaban auxilio, y procuraba vengarse. Por medio de Filocles intrigó con los milesianos, mas su imprudencia hizo fracasar la intriga. Pretextando la necesidad de alimentar su ejército, arrasó la campiña de Alabanda, y no pudiendo sacar trigo a los magnesianos, les quitó los higos, dándoles en recompensa un pequeño territorio.

CAPÍTULO XI

Attalo se dirige a Atenas, después del combate naval que sostuvo con tra Filipo, y persuade a los atenienses a aliarse con él contra este príncipe.- Honores que en Atenas se le tributan. Despacharon los atenienses embajadores al rey Attalo no sólo para agradecerle lo que en su favor había hecho, sino para rogarle que fuese a Atenas y deliberase

con ellos sobre el partido que convenía tomar en aquellas circunstancias. Supo pocos días después este príncipe que acababan de llegar al Pireo embajadores romanos, consideró necesario avistarse con ellos y dirigióse inmediatamente a Atenas. Al saber su próxima llegada, acordaron los atenienses la pompa y aparato con que había de recibírsele. Entró en el Pireo y pasó el primer día con los embajadores romanos, quedando muy satisfecho de lo que a éstos oyó sobre la antigua alianza que con él habían hecho y de lo dispuestos que se hallaban a declarar la guerra a Filipo. Al día siguiente subió a la ciudad en compañía de los embajadores romanos, de los magistrados, y seguido de numerosa comitiva, porque no sólo salieron a recibirle magistrados y sacerdotes, sino los ciudadanos con sus mujeres e hijos. Imposible es decir las muestras de benevolencia y de amistad que la multitud prodigó a los romanos y singularmente a Attalo. Entró en el Dipilo con los sacerdotes a la derecha y las sacerdotisas a la izquierda. Todos los templos fueron para él abiertos, rogándole que sacrificara las víctimas dispuestas en todos los altares. Los honores superaron a cuanto los atenienses habían hecho hasta entonces a otras personas en

reconocimiento de servicios recibidos, pues dieron el nombre de Attalo a una de sus tribus, igualándole a sus primitivos antepasados, de quienes las tribus tomaban la denominación. Convocóse en seguida una asamblea, citándole para que asistiera; pero negóse, alegando no creer delicado ir a ella a explicar detalladamente sus servicios. Rogósele que diera por escrito lo que juzgaba a propósito en aquellas circunstancias, y escribió una carta que los magistrados mostraron al pueblo y que versaba sobre tres puntos: el primero era detallada explicación de los beneficios que los atenienses habían recibido del rey; el segundo refería lo que él había hecho contra Filipo, y en el último exhortaba a los atenienses a declarar la guerra a este príncipe, jurando participar del odio que animaba a rodios y romanos contra aquel enemigo. Terminaba advirtiéndoles que si desaprovechaban la ocasión y se adherían a cualquier tratado de paz hecho por otros, perjudicaban los verdaderos intereses de su patria. Leída la carta, la muchedumbre por convencimiento de la fuerza de las razones, y más aun por su cariño a Attalo, mostrábase dispuesta a decretar la guerra, cuando los rodios entraron en la asamblea y hablaron largo

tiempo de este asunto, decidiendo los atenienses, después de oírles, tomar las armas contra Filipo. Concediéronse también grandes honores a los rodios, entre ellos la corona con que se recompensa la virtud. En prueba del agradecimiento de los atenienses a los rodios por haberles devuelto sus barcos capturados y sus soldados prisioneros, les concedieron iguales derechos a los que gozaban los ciudadanos de Atenas. Efectuado esto, los embajadores rodios se embarcaron, dirigiéndose a Chío y desde allí a las demás islas.

CAPÍTULO XII

Órdenes que en favor de los griegos y de Attalo enviaron los romanos a Filipo.

Mientras se hallaban en Atenas los embajadores romanos, uno de las generales de Filipo, llamado Nicanor, arrasaba el Ática y penetraba hasta la Academia. Despacháronle emisarios los embajadores, y después fueron personalmente a verle, manifestán-

dole advirtiese al rey su amo que los romanos le exhortaban a no causar daño a los griegos y a dar cuenta ante equitativos jueces de su injusto comportamiento con Attalo; que haciéndolo así, serían amigos suyos los romanos, y enemigos si no seguía este consejo. Recibidas las órdenes, retiróse Nicanor. Los embajadores dijeron lo mismo respecto a Filipo a los epirotas en la costa de Fenicia, a Aminandro en la Acarnania, a los etolios en Naupacta y a los aqueos en Egium, y fueron después a arreglar las cuestiones pendientes por entonces entre los reyes Ptolomeo y Antíoco.

CAPÍTULO XIII

Filipo, vencido por mar, vuelve con calor a la guerra y logra ventajas contra Attalo y los rodios.- Un historiador, amante de la verdad, está obligado a aplaudir unas veces y vituperar otras a unos mismos personajes. En mi opinión, es dado a muchos empezar con felicidad una empresa y promoverla con ardor hasta cierto grado; pero se concede a muy pocos llevarla al fin, y suplir con la prudencia lo que

falta a la voluntad, cuando se atraviesa algún tanto la fortuna. He aquí por qué se vituperará ahora con justa razón la indolencia de Attalo y los rodios, al paso que se admirará en Filipo el ánimo real, la magnanimidad y la constancia en sus decisiones. No pretendo en esto aplaudir toda su conducta; sólo sí que es de alabar su ardor en la ocasión presente. Hago esta diferencia para que no crea alguno que me contradigo si, elogiando poco ha a Attalo y los rodios y difamando a Filipo, ahora hago todo lo contrario. Por eso advertí con todo cuidado al principio de esta obra que es preciso a veces aplaudir y a veces censurar unas mismas personas, porque frecuentemente las vicisitudes de los negocios y las circunstancias hacen cambiar la voluntad al hombre, ya a lo peor y ya a lo mejor; y tal vez independiente de las circunstancias, sólo por un impulso natural, se inclina ya a lo que le conviene, ya a lo que le perjudica. Una transformación semejante se notó entonces en Filipo. Apesadumbrado con las pérdidas pasadas, sólo seguía los movimientos de la cólera y del despecho; cuando de repente se aplica al remedio de los males presentes con una presencia de ánimo que excede lo natural, vuelve así animado a emprender

la guerra contra Attalo y los rodios y sale felizmente con la empresa. Esta consideración no ha tenido en mí otro motivo quo ver a algunos que, semejantes a los malos atletas en el estadio, se detienen en la carrera y abandonan sus propósitos cuando ya se hallaban para tocar en la meta, y otros que en este mismo punto es cuando principalmente han sacado la ventaja a sus antagonistas.

CAPÍTULO XIV

Filipo y los propósitos posibles de los romanos.

Deseaba quitar Filippo a los romanos la ocasión de obrar y los puertos donde pudieran desembarcar... de decidirse a ir de nuevo a Asia, hubiera podido hacerlo desembarcando en el puerto de Abides.

CAPÍTULO XV

Ubicación y oportunidad de Abides y Sesto.- Comparación del estre cho que existe entre estas

dos ciudades con el de las columnas de Hércules.- Asedio de Abides por Filipo, y valerosa resistencia de los naturales contra sus esfuerzos.- Embajada infructuosa de los cercados a Filipo.- Desesperación extraña y horrenda de éstos.- Coloquio de M. Emilio con Filipo en favor de los abidenos, pero sin resultado.- Toma de la ciudad y diversos géneros de muerte con que los sitiados se matan a sí mismos, sus mujeres e hijos. La ubicación y oportunidad de Abides y Sesto son tan notorias, aun entre las gentes de menos valer, que tengo por inútil hacer una larga descripción de lo peculiar de estas dos ciudades. Mas esto no basta para que yo deje por ahora de refrescar sumariamente la memoria da mis lectores. De esta forma, por la comparación y cotejo de lo que voy a decir, se vendrá en conocimiento de la comodidad de estos dos pueblos, no de otra suerte que si se estuviesen sobre ellos mismos. Así como desde lo que unos llaman mar Océano y otros Atlántico, no se puede penetrar en nuestro mar si no se atraviesa el estrecho de las columnas de Hércules, del mismo modo desde nuestro mar no se puede ir a la Propóntide ni al Ponto, si no se pasa por entre Abides y Sesto, Ni fue casual e impremeditadamen-

te el que la fortuna al construir uno y otro canal, hiciese mucho más extenso el de las columnas de Hércules que el del Helesponto, dando a aquel sesenta estadios de anchura y a éste no más que dos. La causa de esto fue sin duda, según se puede conjeturar, el ser el mar exterior mucho mayor que el nuestro. Pero para eso éste tiene más ventajas que el otro. Porque el de Abides está habitado de una y otra parte, es como una especie de puerta para el comercio mutuo de los pueblos; si se quiere, sirve de puente para pasar a pie del uno al otro continente, y si no se quiere, es navegable de continuo. En vez de que del de las columnas de Hércules se hace muy poco uso, ya porque son muy pocos los que trafican con aquellos pueblos que habitan las extremidades del África y de la Europa, ya porque el mar exterior nos es desconocido. Abides está rodeada por uno y otro lado de dos promontorios de la Europa, tiene un puerto capaz de tener al abrigo de todo viento a los que allí fondean; pero fuera de él es imposible echar anclas frente a la ciudad: tanta es la rapidez y violencia de la corriente en el estrecho.

Esto no obstante, Filipino, habiendo cerrado el puerto con una em palizada y levantado todo alrededor una trinchera por la parte opuesta, tenía cercada a Abides por mar y tierra. Este asedio, aunque grande por la magnitud de aparatos y variedad de inventos en la construcción de las obras con que, tanto los sitiadores como los sitiados cuidaron de ofenderse mutuamente y eludir sus propósitos, no es por aquí por donde merece nuestra admiración. La generosidad de los cercados y la incomparable constancia de su valor es lo que le hace tan digno como otro de que su recuerdo se trasmita a la posteridad. Al principio los abidenos, confiados en sus fuerzas, sostuvieron con valor los esfuerzos de Filipino. Por el lado del mar no había máquina que se aproximase que no fuese desmontada por los tiros de sus ballestas, o consumida por el fuego, hasta llegar a escapar con trabajo del peligro los navíos mismos que las llevaban. Por parte de tierra hasta cierto tiempo se defendieron con esfuerzo, no sin esperanzas de salir vencedores de sus enemigos. Pero cuando vieron venir-se abajo el muro exterior con las socavaciones y que las minas llegaban ya hasta el otro que por parte adentro se había levantado al frente del caído, en-

tonces enviaron a Ifiades y Pantacnoto para tratar con Filipo de la entrega de la ciudad con estas condiciones: que dejase marchar, bajo su salvaguardia, las tropas que los rodios y Attalo les habían enviado, y que permitiese salir las personas libres a donde cada uno desease, con el vestido que tuviesen puesto. Filipo contestó que no había más arbitrio que o rendirse a discreción o defenderse con valor; y con esto los embajadores se retiraron.

Con esta noticia los abidenos, reducidos a la desesperación, se reunieron para deliberar sobre el estado presente. Se decidió primeramente que se daría libertad a los siervos para tenerlos dispuestos en su ayuda; en segundo lugar, que se meterían todas las mujeres en el templo de Diana y todos los niños con sus nodrizas en el Gimnasio y finalmente, que se amontonaría en la plaza toda el Gimnasio; plata y oro y se llevaría toda la ropa preciosa a la cuadrireme de los rodeos y a la trirreme de los cizicenos. Propuesto esto y ejecutado por todos según el decreto, volvieron a llamar a junta, donde se eligieron cincuenta ancianos de los de mayor confianza y vigor para poder licuar a efecto lo que se decidiese.

A éstos se les hizo prestar juramento, en presencia de todos los ciudadanos, de que cuando viesen el muro interior tomado por los contrarios degollarían los hijos y mujeres, prenderían fuego a las dichas dos galeras y arrojarían al mar el oro y plata, como habían prometido. En consecuencia de esto juraron todos, en presencia de sus sacerdotes, que o vencerían o pelearían hasta morir por la patria. Por último, inmoladas las víctimas, precisaron a los sacerdotes y sacerdotisas a pronunciar mil execraciones sobre los holocaustos contra los que faltasen al juramento. Ratificado todo esto, desistieron de hacer contraminas, pero convinieron en que así que el muro interior se desplomase, todos irían a la brecha a contener el ímpetu del enemigo y morirían entre sus ruinas.

Por lo dicho se ve que la audacia de los abidenos excedió a la de cantada desesperación de los focenses y a la animosidad de los acarnanios. Es cierto que los focenses decretaron esto mismo sobre sus familias, pero no tenían tan del todo perdidas las esperanzas de la victoria, puesto que iban a medir sus fuerzas con los tesalos en batalla ordenada y a campo raso. Igual decisión tomaron los acarnanios

sobre su salud previendo la irrupción de los etolios, como hemos expuesto anteriormente con todo detalle. Pero los abidenos se hallaban encerrados por todos lados y casi sin esperanza de remedio cuando unánimes escogieron antes una muerte segura, con sus mujeres e hijos, que una vida con la presunción de que éstos caerían en manos del contrario. Por eso en el desastre de los abidenos se puede culpar justamente a la fortuna de que, compadecida de las desgracias de aquellos dos pueblos, los restableciese inmediatamente y les concediese la victoria y la salud cuando menos lo pensaban, y a éste le tratase con tanto rigor. Porque los hombres murieron, la ciudad fue tomada y los hijos, con sus madres, cayeron en manos del enemigo.

Después que se desplomó el muro interior, los sitiados, puestos sobre la brecha según habían jurado, luchaban con tanto esfuerzo, que Filippo, a pesar de los continuos refuerzos que estuvo enviando hasta que llegó la noche, al fin se retiró con muy pocas esperanzas de lograr la empresa. Los abidenos que primero entraron en la acción no sólo se batían con furor arrojándose por cima de los cuerpos muertos,

ni obstinados combatían únicamente con las espadas y lanzas, sino que cuando se les inutilizaban estas armas o la violencia se las arrancaba de las manos, se lanzaban a cuerpo descubierto a los macedonios, tiraban por tierra a unos, rompían las lanzas de otros, y con los pedazos y casquillos de estas mismas los herían la cara y demás partes del cuerpo descubiertas, hasta reducirlos a la última desesperación. Llegada la noche cesó la batalla. Los más habían perecido sobre la brecha, y el resto se hallaba desalentado con el cansancio y las heridas. En esta situación Glaucides y Tegoneto, después de haber reunido unos cuantos de los ancianos, se separaron por intereses particulares de la gloriosa y admirable decisión que habían tomado sus conciudadanos. Resolvieron por salvar la vida a sus hijos y mujeres, enviar a Filipo al punto que amaneciese los sacerdotes y sacerdotisas con coronas para implorar su clemencia y entregarle la ciudad. Por entonces el rey Attalo, con la noticia que tuvo del sitio de Abides, fue por el mar Egeo a Tenedos. Asimismo los embajadores que Roma enviaba a los reyes Ptolomeo y Antíoco, informados en Rodas del asedio, despacharon a la misma Abides a M. Emilio, el más joven de

ellos, para que diese cuenta a Filipo de las intenciones del Senado. Efectivamente, llega éste a Abides, hace saber a Filipo lo decidido por el Senado y lo intima que no haga la guerra a ningún pueblo de la Grecia, que no se mezcle en asunto alguno que concierna a Ptolomeo y que se sujete a juicio sobre los agravios hechos a Attalo y los rodios. «Si obráis así, añadiré, tendréis paz; de lo contrario, contad sobre vos las armas de los romanos.» Filipo quiso hacerle ver que los rodios le habían atacado primero. Pero Emilio, interrumpiéndole, le dijo: «Y bien: ¿qué os han hecho los atenienses? ¿Qué los danos? ¿Qué ahora los abidenos? ¿Cuál de estos pueblos os ha provocado primero?» El rey, cortado y sin saber qué contestar, «por tres razones, dijo, os perdono el orgullo y con que me habéis hablado: la primera, porque sois joven y sin experiencia; la segunda, porque sois el más bien parecido entre los de vuestra edad, y en esto no mentía... Deseara en el alma por vuestra República observase fielmente los tratados y que no llevase las armas contra los macedonios; pero si tal hiciese, me defenderé con valor, invocando la protección de los Dioses». Terminado este discurso se separaron.

Filipo, dueño de la ciudad, halló todas las riquezas puestas en un montón por los abidenos y se apoderó de ellas sin impedimento. Pero no pudo menos de pasmarse al ver el furor con que tanto número de hombres, unos se degollaban, otros se mataban, otros se ahorcaban, otros se arrojaban en los pozos, otros despeñaban de los tejados sus hijos y mujeres, y penetrado de dolor con tal espectáculo, ordenó dar tres días de demora a todo el que se quisiese ahorcar o degollar. Mas los abidenos, firmes en la decisión tomada y en la opinión de que era desdeñarse de los que habían luchado por la patria hasta el último aliento, miraron con desprecio la vida, y a excepción de los que o por las cadenas o por iguales obstáculos no pudieron, todos los demás por familias se arrojaron a la muerte sin reparo.

CAPÍTULO XVI

Mensaje de los aqueos y de los romanos a los rodios.

Ocupada Abides, los aqueos despacharon embajadores a los ro dios para exhortar al pueblo a la paz con Filipo, pero al mismo tiempo llegaron otros de Roma aconsejándoles lo contrario. El pueblo escuchó a éstos, juzgando conveniente la amistad y alianza con los romanos.

CAPÍTULO XVII

Incurción de Filopemen, pretor de los aqueos, contra Nabis, tirano de Lavedemonia.- Expediente de que se bale Filopemen para reunir a un tiempo en Tejea todas las tropas de la República, sin que supiesen a qué ni a dónde se caminaba. Filopemen determinó primero con exactitud las distancias que existían entre todas las ciudades aqueas y cuáles podrían servir de paso para ir a Tejen. Efectuado esto, despachó cartas a todas ellas y cuidó se llevasen primero a las más remotas, distribuyéndolas de manera que cada una recibiese no sólo la que a ella iba dirigida, sino también las de las otras ciudades que caían sobre la misma ruta. Las primeras, dirigidas a los gobernadores estaban concebidas en estos

términos: «Al recibo de ésta haréis reunir al momento en la plaza toda la gente de edad competente, le daréis armas, víveres y dinero para cinco días, y una vez congregada la tomaréis y conduciréis a la ciudad inmediata. A vuestra llegada a ésta entregaréis al gobernador la carta que para él va dirigida y daréis cumplimiento a su contenido.» Esta segunda carta contenía lo mismo que la primera, a excepción del nombre de la ciudad a donde se había de marchar. Ejecutada esta misma diligencia con todas las ciudades de paso, consiguió lo primero que nadie penetrase para qué empresa o con qué propósito se hacía este aparato, y lo segundo que nadie supiese en punto a la marcha más que hasta la ciudad inmediata. Se reunían los unos con los otros, sin saberse dar la razón, y entretanto se iba marchando para adelante. Pero como no distaban igualmente de Tejea todas las ciudades, no en todas fueron entregadas las cartas a un tiempo, sino a proporción en cada una. De aquí provino que, sin saber los de Tejea ni los mismos que venían marchando lo que se maquinaba, todos los aqueos entraron armados por todos lados dentro de Tejea.

Filopemen había excogitado esta astucia por los muchos espías y exploradores que el tirano tenía apostados por todas partes. El día mismo en que se habían de congregarse en Tejea todos los aqueos destacó un cuerpo de tropas escogidas, con orden de ir a hacer noche en las proximidades de Selasia, penetrar al amanecer del día siguiente por la Laconia, y caso que acudiese al peligro la tropa mercenaria y los incomodase, retirarse a Scotita, y en todo lo demás obedecer a Didascalondas el Cretense, a quien había confiado y comunicado todo el proyecto. Efectivamente, marcha esta tropa, llena de confianza, a ejecutar lo dispuesto. Entretanto, Filopemen manda cenar con tiempo a los aqueos, los saca de Tejea, y tras de una marcha forzada durante la noche, llega al amanecer y pone emboscada su gente en los alrededores de Scotita, pueblo entremedias de Tejea y Lacedemonia. Al día siguiente la guarnición extranjera que había en Pelene, apenas supo por sus exploradores la irrupción del enemigo, acude sobre la marcha, como tenía por costumbre, y carga sobre los contrarios. Los aqueos se batían en retirada según la orden. La guarnición los persigue vivamente y sigue el alcance con esfuerzo; pero cuando ya hubo llega-

do al lugar de la emboscada, lánzanse fuera los aqueos, pasan a cuchillo una parte y hacen prisionera a otra.

CAPÍTULO XVIII

Negocios de Siria y Palestina.

Advirtiéndole Filipo que los aqueos recelaban empeñarse en guerra con los romanos, procuró buscar todos los pretextos posibles para aumentar al menos la enemistad entre ambos pueblos.

Scopas, general de las tropas de Ptolomeo, trasladó todas las fuerzas a la parte alta de aquella tierra, y en el transcurso del invierno sometió a los judíos.

Debido a que el asedio se prolongaba, maltrataban a Scopas en todas las conversaciones y le censuraban todos los jóvenes.

Vencido Scopas por Antíoco, recibió éste la su-
misión de Batanea, Samaria, Abila y Gadara, y al
cabo de poco tiempo la de los judíos que habitan
alrededor del templo llamado por ellos Jerusalén.
Siendo necesario hablar con detenimiento de este
acontecimiento, principalmente a causa de la cele-
bridad del dicho templo, nos ocuparemos de él más
adelante.

CAPÍTULO XIX

Los gacenses.

Relatada ocupación de Gaza por Antíoco, añade
Polibio: Debo hacer a los gacenses la justicia que
merecen. Esforzados y animosos en la guerra como
cualquier otro pueblo de la Celosiria, eran superio-
res a los demás por la constancia y fidelidad a los
aliados y por su inquebrantable firmeza. En la cuarta
invasión de los medas, era tan grande el terror que
su temible poder inspiraba, que en todas partes se
les entregaban sin resistencia. Sólo los gacenses se
atreveron a hacerles frente y mantuvieron un ase-

dio. Al presentarse Alejandro en este reino, todas las ciudades le abrieron las puertas, y hasta Tiro fue reducida a servidumbre, no contando en parte alguna con otra salvación que la de someterse al conquistador, cuya impetuosidad y violencia nadie se atrevía a resistir. Gaza únicamente intentó, antes de rendirse, todos los medios de defensa. Así se la ve en los tiempos de que hablamos sin omitir nada de cuanto podía hacer para conservar a Ptolomeo la fidelidad jurada. Alabando en nuestra obra a las personas que, se han distinguido por su virtud o sus acciones, justo es elogiar asimismo a las ciudades que, animadas por el ejemplo de sus antepasados o por propio impulso, sobresalen en alguna memorable empresa.

CAPÍTULO XX

Algunas noticias geográficas

Los Insubres, nación etólica.
. Mantua, ciudad de los romanos.
. Babrantium, comarca
cercana a Chío.

Sitta, ciudad de Palestina.
. Hella, comarca de Asia que servía de mercado al rey Attalo. Can-
sada, punto fortificado de Caria.
. Carthea, una de las cuatro ciudades de la isla de Chío: los habitantes llamábanse cartheanos.

CAPÍTULO XXI

Imaginaciones de Filipo luego de la batalla naval de Lade.

Tras de la batalla naval do Lade, retiráronse los rodios, y no pro siguiendo Attalo la guerra aliado a ellos, Filipo podía evidentemente navegar hasta Alejandría. ¿Estaba demente Filipo para hacer lo que hizo? ¿Quién le podía impedir esta dirección? Sólo la marcha habitual de las cosas. Muchos hombres, efectivamente, desean ardientemente lo imposible; exaltados por la inmensidad de sus esperanzas, tan pronto como ven realizados sus deseos...

LIBRO DECIMOSÉPTIMO

CAPÍTULO PRIMERO

Conferencia inútil en las proximidades de Nicea, en el golfo Melieo, entre Filipo, el cónsul Tito Flaminio Aminandro, rey de los athamanos, y los diputados de las ciudades aliadas.- Envían a Roma sus embajadores estos potentados, oye el Senado sus pretensiones, y decreta la guerra contra Filipo.

Llegado el día señalado para la conferencia, Filipo partió de Demetriades para el golfo Melieo con cinco fustas y un bergantín en que él venía. Llevaba consigo de la Macedonia a Apolodoro y Domóstenes, sus secretarios; de la Reacia a Braquiles, y de la Acaia a Cicliadas quien, por razones que ya hemos apuntado, andaba desterrado del Peloponeso. Con Flaminio iban el rey Aminandro, Dionisodoro embajador de Attalo, y los diputados de varios pueblos y ciudades; por los aqueos, Aristeneto y Jenofonte; por los rodios, el almirante Acesimbrotos; por los etolios, el pretor Feneas y otros muchos magistrados. Cuando ya estuvieron a la vista de Nicea, Flaminio y los que le acompañaban se pusieron sobre la

ribera misma del mar; pero Filipo, aunque se aproximó a la costa, se estuvo al ancla. Habiéndole el cónsul ordenado que desembarcase, desde lo alto de la proa contestó que no haría tal. Vuelto a preguntar de qué recelaba, replicó: «Temer, a nadie más que a los dioses; pero desconfío de todos los presentes, y sobre todo de los etolios.» Admirado Flaminio, le dijo que el peligro era igual, y la situación común a todos. «No decís bien, replicó Filipo; muerto Feneas, no faltarán a la Etolia otros pretores que manden sus armas; pero muerto Filipo, no tiene la Macedonia por ahora otro rey que la gobierne.» A todos pareció que esta arrogancia ya no era buen principio para un congreso. Sin embargo, Flaminio le dijo que explicase a qué venía; pero el rey contestó: «Eso no me toca a mí, sino a vos, y así, os suplico manifestéis qué hay que hacer para vivir en paz.- Lo que vos tenéis que hacer, replicó el cónsul en pocas y terminantes palabras, es ordenar retirar vuestras armas de toda la Grecia; devolver a cada uno los prisioneros y tráfugas que retenéis en vuestro poder, entregar a los romanos las plazas de la Iliria de que os habéis apoderado después de la paz concertada en Epiro, y restituir asimismo a Pto-

lomeo todas las ciudades que le habéis arrebatado después de la muerte de Ptolomeo Filopator.» Dicho esto, Flaminio se volvió a los demás embajadores y les mandó exponer las órdenes que tenían de sus soberanos. El primero que tomó la palabra fue Dionisodoro, embajador de Attalo, y pidió que Filippo entregase a su amo los navíos y prisioneros que había tomado en la batalla naval de Chío, y reedificase completamente el templo de Venus y el Niceforo que había destruido. Después de éste, Acesimbrotos, almirante de los rodios, ordenó que evacuase la provincia Perea que había quitado a los rodios; que sacase las guarniciones que había puesto en Iasso, Bargilio y Euromes; que restableciese a los perintios en la forma de gobierno que tenían común con los bizantinos, y, finalmente, que se retirase de Sesto, Abides y demás plazas de comercio y puertos del Asia. Al almirante rodio siguieron los aqueos, y pidieron a Corinto y a Argos restablecida. Tras de éstos, los etolios ordenaron que saliese de toda la Grecia, como habían solicitado los romanos, y que les devolviese libres de todo daño las ciudades que antes eran de su jurisdicción y gobierno.

Así había hablado Feneas, pretor de los etolios, cuando Alejandro, llamado el Isio, personaje que pasaba por elocuente y experimentado en los negocios, tomó la palabra y dijo: «Filipo ni hace la paz con sinceridad, ni la guerra con honor, cuando es necesario. En los congresos y negociaciones espía, acecha y hace todos los oficios de un enemigo; en la guerra se porta con injusticia y demasiada bajeza. Jamás se presenta cara a cara al enemigo, sino hace que huye, quema y saquea al paso las ciudades, y por este inicuo proceder, aunque vencido, priva al vencedor del premio de sus victorias. Bien lejos de tener este proceder los primeros reyes de Macedonia, todo lo contrario; combatían siempre a campo raso de poder a poder, y rara vez robaban o asolaban las ciudades. Esto se vio palpablemente en la guerra que Alejandro hizo a Darío en el Asia, y en la contienda que hubo entre sus sucesores, cuando todos llevaron las armas contra Antígono por el imperio del Asia. Esta forma de conducta la observaron constantemente todos sus sucesores hasta Pirro: luchar francamente y a campo raso, hacer todos los esfuerzos para superar por las armas a sus contrarios; pero perdonar las ciudades para reinar sobre los

vencidos y tener más súbditos de quien ser honrados. Y a la verdad, ¿no es una locura, y locura desenfrenada, destruir aquello que motiva la guerra, y finalmente dejar en pie la misma guerra? Con todo, tal es la conducta presente de Filipo. Más ciudades destruyó él a los tesalios, siendo su amigo y aliado, cuando se retiraba por las gargantas del Epiro, que jamás asoló otro que tuviese guerra con este país.» Después de haber manifestado otras muchas cosas al mismo intento, concluyó el discurso con preguntar a Filipo: por qué había arrojado de Lisimaquia, ciudad aliada de los etolios, al gobernador que éstos habían enviado y puesto guarnición en ella. Cómo, siendo amigo de los etolios, había reducido a servidumbre a los cíanos, sus confederados. Qué razón tenía para retener ahora a Equino, Tebas, Phthias, Farsalo y Larissa. Así terminó de hablar Alejandro.

Filipo se aproximó un poco más a la costa, y puesto en pie sobre su navío, dijo hablando con Alejandro: «Efectivamente, no se podía esperar de un etolio sino una declamación teatral. Todos saben que nadie desea hacer daño voluntariamente a sus aliados, pero que hay coyunturas que obligan mu-

chas veces a los jefes a obrar contra sus inclinaciones.» Aun no había acabado de decir esto, cuando Feneas, que era bastante corto de vista, le interrumpió ásperamente diciendo: «Eso es delirar; no existe más arbitrio que o vencer peleando, o recibir la ley del vencedor.» Filippo, a pesar de que el lance no era para burlas, con todo, sin poder contener su genio chistoso y naturalmente inclinado a las chanzas, se volvió a Feneas y le dijo: «*Hasta los ciegos ven esta verdad.*» Y vuelto otra vez hacia Alejandro, continuó: «¿Me preguntas por qué he tomado a Lisimaquia? Porque por vuestra desidia no fuese arracada por los trances, como ocurre ahora, después que las urgencias de esta guerra me han obligado a sacar de ella las tropas, no que la guarnecían, como tú dices, sino que la servían de defensa. Tampoco he arruinado a los danos; lo que he hecho, sí, es dar ayuda para destruirlos a Prusias, que se hallaba en guerra con ellos. Y de esto habéis vosotros sido la causa. Porque habiéndoos solicitado repetidas veces los otros pueblos de la Grecia, y yo por mis embajadores, que derogaseis la ley que os da facultad *para tomar despojos de despojos*, no habéis dado otra

contestación sino que antes quitaríais la Etolia de la Etolia que revocar semejante ley.»

Flaminio extrañó qué quería decir esto; pero el rey procuró ins truirle diciendo: «Entre los etolios existe la costumbre no sólo de robar el país de aquellos con quienes están en guerra, sino que, si cualesquiera otros pueblos tienen guerra entre sí, aunque sean sus amigos y aliados, les es permitido, sin autoridad alguna pública, militar en las banderas de unos y otros, y saquear el país de ambos. De modo que en cualquiera disputa que se origine entre sus aliados, siempre se les tiene por enemigos: tan confundidos están entre los etolios los derechos de la amistad y del odio. A la vista de esto, ¿cómo se atreven a reprobarme el que, siendo amigo de ellos y aliado de Prusias, haya obrado en perjuicio de los cíanos, socorriendo a uno de mis aliados? Pero lo más insufrible es quererse igualar con los romanos, y ordenar, como ellos, que los macedonios evacuen la Grecia. Este tono imperioso en boca de un romano ya se puede aguantar, mas en la de un etolio es intolerable. ¿De qué Grecia, decidme, queréis que salga? ¿Dentro de qué términos la circunscribís vosotros?

Porque la mayor parte de los etolios no son griegos; ni los agraos, apodotes y anfilocos pertenecen a la Grecia: ¿me concedéis acaso estos pueblos?»

A estas palabras Flaminio no pudo contener la risa. «Pero esto baste, prosiguió Filipo, por lo que haga a los etolios. Respecto a Attalo y los rodios, si la cosa se viese ante un juez equitativo, antes saldrían ellos condenados a restituirme los navíos y hombres que me han capturado, que no yo a ellos. Yo no he sido quien primero provocó a Attalo y los rodios, sino al contrario, y esto es notorio. Sin embargo, pues así lo deseas Dionisodoro, yo estoy de acuerdo en restituir a los rodios la Perca, y a Attalo los navíos y prisioneros que se encontrasen. Pero en cuanto a los daños del Niceforio y del templo de Venus, puesto que no me hallo en estado de indemnizarlos de otra forma, enviaré plantas y jardineros que cuiden de cultivar el terreno y plantar más árboles que los que se cortaron.» Esta bufonada volvió a excitar la risa en Flaminio. Filipo pasó después a los aqueos. Les relató los beneficios que habían recibido primero de Antígono, después de él, y a consecuencia de esto trajo a colación los grandes honores

que habían alcanzado de los aqueos los reyes de Macedonia. Por último, les leyó el decreto que habían hecho para separarse de los macedonios y pasarse al partido de los romanos; y con este motivo se extendió mucho sobre su perfidia e ingratitud. No obstante, dijo que les restituiría a Argos, pero que en cuanto a Corinto, lo deliberaría con Flaminio.

Después de haber contestado así a los demás, dirigiendo la palabra al cónsul, le preguntó, ¿de qué lugares o ciudades de la Grecia deseaba que se retirase? ¿de aquellos que él había conquistado, o también de los que había heredado de sus mayores? Viendo que Flaminio no respondía, iban ya a hacerlo Aristeneto por los aqueos, y Feneas por los etolios; pero ya iba a anochecer, y la estrechez del tiempo estorbó su razonamiento. Filippo solicitó se le diesen por escrito todos los artículos sobre que se había de fundar la paz; manifestando que se hallaba solo, y no tenía allí con quien consultar, pero que él volvería con la respuesta, después de haber examinado lo que se le ordenase. Flaminio había escuchado con placer el gracejo de este príncipe; pero para que no creyesen los demás que no tenía qué contes-

tar, le devolvió en cambio este chiste: «*Bien decís que os halláis solo, pues habéis muerto a todos los amigos que os pudieran dar un buen consejo.*» A estas palabras el rey no hizo más que callar y sonreírse con una risa simulada. Con esto se separaron, después de haberle dado por escrito todas las condiciones con que querían se concertase la paz, semejantes a las que hemos dicho antes, y haber resuelto que al día siguiente se volverían a reunir en Nicea.

Efectivamente, Flaminio fue al lugar señalado, donde ya todos estaban, menos Filippo, que no aparecía. Ya era muy entrado el día, y casi no se esperaba que viniese, cuando al ponerse el sol se presentó acompañado de los del día anterior. Según él pretextó, había empleado todo el día en deliberar sobre unas condiciones tan difíciles y embarazosas; pero en la opinión de los demás, esto lo hizo con el fin de no dar tiempo a la acusación que los aqueos y etolios tenían intención de hacer contra él. Porque el día antes al partir había advertido que unos y otros se hallaban en disposición de disputar con el y manifestarle sus quejas. Confirmáronse en el pensamiento cuando vieron que así que se aproximó,

pidió al cónsul le permitiese una conferencia privada con él, a fin de que no se redujese el asunto por ambas partes aun simple debate verbal, y se diese algún corte a la contienda. Como porfiaba en esto, y lo solicitaba con instancia. Flaminio preguntó a sus compañeros que se había de hacer; y habiendo ludas consentido en que se pusiese al habla con él, y escuchase lo que proponía, torno consigo a Appio Claudio, tribuna entonces, dio orden a los otros que se apartasen un poco de la mar y esperasen allí, y ordenó a Filippo que saltase a tierra. Efectivamente, el rey salió acompañado de Apolodoro y Demóstenes, se aproximó a Flaminio y estuvo hablando con él un gran rato. Lo que pasó entre los dos es difícil de referir; pero lo que Flaminio dijo a sus compañeros después de haberse separado el rey, fue: que Filippo devolvería a los etolios a Farsalo y Larissa, pero no a Tebas; que cedería a los rodios la provincia perea, pero retendría a Iasso y Bargilio; que entregaría a los aqueos a Corinto y a Argos; que daría a los romanos toda la Iliria y todos los prisioneros; y que a Attalo restituiría sus navíos y cuanta gente se encontrase haber sido hecha prisionera en los combates navales.

Todos desecharon una paz con estas condiciones, y manifestaron que hiciese primero el rey lo que toda la asamblea le había ordenado, esto es, que evacuase toda la Grecia, o de lo contrario, todo lo que conviniese con los particulares sería inútil y de ningún resultado. Filipo, viendo la contienda que entre ellos existía; temió las acusaciones contra él intentadas, y pidió al cónsul, por ser ya demasiado tarde, que suspendiese la reunión hasta el día siguiente, en que él o haría acceder a la asamblea a sus propuestas o se dejaría convencer. Flaminio se lo concedió, y señalado lugar sobre la costa junto a Thronio para llegar a un acuerdo, se despidieron. Al día siguiente todos acudieron a buena hora al lugar determinado. Filipo, después de un corto razonamiento, rogó a todos, y sobre todo a Flaminio, que no interrumpiesen la negociación, puesto que los más estaban inclinados a un convenio; y que si a lo que dijese tuviese algo que oponer, lo hiciesen todos acordes, pues de lo contrario enviaría sus embajadores al Senado, y o persuadiría a los padres a que accediesen a sus solicitudes, o pasaría por lo que le ordenasen. A esta proposición todos los demás dijeron que se debía renovar la guerra y no hacer caso

de lo que el rey pedía. Poro el cónsul, «no ignoro, dijo, que Filipo está muy lejos de acceder a ninguna de las proposiciones; mas puesto que con la gracia que pide no perjudica a los negocios, será preciso otorgársela. Además, que no es posible resolver nada de cuanto ahora se diga sin la autoridad del Senado; y para saber la voluntad de los padres, este es el momento más oportuno, puesto que los ejércitos nada pueden hacer durante el invierno, y lejos de perjudicar será muy ventajoso a todos dejar este tiempo para informar al Senado del estado actual de las cosas.

Al ver que Flaminio se inclinaba a que el asunto se llevase al Senado, todos asintieron al instante, y se decidió conceder a Filipo que despachase sus embajadores a Roma, y que asimismo cada uno de los interesados enviase los suyos, para informar al Senado y exponer sus quejas contra Filipo. El cónsul, habiéndole salido el asunto de la conferencia a medida del deseo e idea que desde el principio se había formado, procuró después llevar adelante lo empezado. Cuidó de asegurar su persona y no conceder ventaja alguna a Filipo. Pues aunque le dio

dos meses de treguas para que dentro de ese espacio evacuase en Roma su embajada, le ordenó al mismo tiempo que sacase sin dilación las guarniciones de la Fócida y de la Locrida. Su providencia se extendió también a los aliados. Cuidó exactamente de que durante el tiempo de la tregua no recibiese daño alguno de parte de los macedonios. Intimidadas por escrito estas condiciones a Filipo, realizó por sí mismo lo que faltaba al proyecto. Para esto envió sin demora a Roma a Aminandro, conociendo por una parte que este príncipe era de un genio dócil, y que con facilidad condescendería con cuanto sus amigos de Roma desearan, y por otra, que el nombre de rey podría dar una idea y concepto ventajoso a la embajada. Diputó después por su parte a Q. Fabio su sobrino, a Q. Fulvio, y con éstos a Appio Claudio, por sobrenombre Nerón. Por parte de los etolios fueron a Roma Alejandro el Isio, Demócrito el Calidionio, Dicarearco el Triconio, Polemarco de Arsinoe, Lamio el Ambraciota, y Nicomaco el Acarnanio. Los que habían huido de Thurio, y se habían domiciliado en Ambracia, enviaron a Teodoto de Ferea, que había sido desterrado de Tesalia y vivía en Strato. Por los aqueos fue Jenofonte el Egeo; por

Attalo, solo Alejandro; y por el pueblo de Atenas, Cefisodoro y los que con él se hallaban.

Todos estos embajadores llegaron a Roma antes que el Senado hiciese la distribución de magistrados de aquel año. Se dudaba aún si se remitirían ambos cónsules a la Galia, o si se enviaría el uno contra Filipo. Pero después que supieron de cierto los amigos de Flaminio que los dos cónsules permanecían en la Italia a causa del temor que se tenía de los galos, todos los embajadores entraron en el Senado y empezaron a declamar amargamente contra Filipo. La mayor parte de lo que dijeron, se redujo a lo mismo que ya anteriormente habían manifestado al mismo rey; pero en lo que más empeño pusieron fue en impresionar al Senado de que, mientras Calcis, Corinto y Demetriades estuviesen en poder de los macedonios, no podría tener la Grecia ni aun sombra de libertad. Esta es expresión, agregaron, del mismo Filipo, la que ojalá no fuera tan cierta y evidente, que estas tres plazas son las trabas de la Grecia. Pues ni podrá respirar el Peloponeso mientras él tenga guarnición en Corinto; ni los locros, beocios y focenses se atreverán a moverse, ocupando él a Cal-

cis y el resto de la Eubea; ni los tesalos y magnates podrán gustar jamás de la libertad, con sólo tener el rey por suya a Demetriades. En este supuesto, cualquier cesión que Filipo haga de otros lugares, no es más que con la mira de evadir el peligro que le amenaza; pues el día que se le antoje volverá a sojuzgar con facilidad la Grecia, siempre que ocupe los puestos que hemos mencionado. Por lo cual pedían al Senado, que se obligase a Filipo a salir de estas plazas, o dejase las cosas en el mismo estado, y tomase as armas con energía contra este príncipe; pues con las dos derrotas que habían sufrido ya por mar los macedonios, y la escasez de municiones que sentían por tierra, estaba ya andado lo más penoso de la guerra. Después de lo cual, rogaran a los padres no desmintiesen la esperanza que la Grecia había concebido de su libertad, ni se privasen voluntariamente del honroso título de libertadores. A esto poco más o menos se redujo el discurso de los embajadores griegos. Los de Filipo se disponían a hacer un largo razonamiento, pero desde luego fueron interrumpidos. Porque preguntados si cederían a Calcis, Corinto y Demetriades, contestaron que no tenían orden

alguna sobre estos particulares, con cuyo motivo reprendidos por los padres, dejaron de hablar.

El Senado envió los dos cónsules a la Galia (198 años antes de J. C.), como hemos dicho antes, y decretó continuar la guerra contra Filipo, dando a Flaminio el cargo de los negocios de la Grecia. Sabidas en Grecia rápidamente estas nuevas, todo salió a Flaminio a medida del deseo. No dejó de favorecerle algún tanto la fortuna; pero lo principal lo debió a la prudencia con que se condujo en todos los asuntos, ya su singular penetración, en la que podía competir con cualquier otro romano. Efectivamente, no obstante ser a la sazón demasiado joven, ya que no pasaba de los treinta años, y ser el primero que se había trasladado a la Grecia con ejército, se portó tanto en las empresas públicas como en las negociaciones particulares con tanto acierto e inteligencia, que no dejó que desear.

CAPÍTULO II

El hombre es más infeliz que los animales.

No obstante de que el hombre parece el más astuto de los irracionales, muchas razones nos persuaden a que es el más miserable. Porque los demás animales solamente están sujetos a las pasiones del cuerpo, y éstas son las únicas que los hacen errar; pero el hombre, a más de las pasiones del cuerpo, esclavo asimismo de sus opiniones, peca no menos contra la naturaleza que contra la razón.

CAPÍTULO III

Reflexiones acerca de los traidores.

Entre las humanas opiniones que siempre me admiraron, figura en primer lugar la relativa a los traidores. Ocasión es ésta de tratar la materia, a pesar de que me sea difícil explicar claramente y decir quién merece con justicia el calificativo de traidor.

No lo son ciertamente los que, habiendo tranquilidad en un Estado, para asegurarla aconsejan aliarse a algunos reyes u otras naciones. Tampoco conviene esta acusación al que, en casos especiales,

procura que su patria cambie unas alianzas por otras, pues a quienes esto hacen se debe con frecuencia grandes ventajas y los más preciados bienes. No hay para qué acudir a los antiguos tiempos en busca de ejemplos; los actuales nos los presentan convincentes. Perdida y sin recurso se hallaba la nación aquea si Aristeneto no la hubiese apartado de la alianza con Filipo, obligándola a aliarse con la República romana. Con ello aseguró la independencia de su nación y aun le procuró considerable extensión, estimándosele no como traidor, sino como bienhechor y libertador de su patria. Así deben ser considerados quienes en idénticas circunstancias de igual manera se comportan; y por gran respeto que Demóstenes merezca, incurre en grave error al declamar irritado contra los más ilustres griegos, calificándoles de traidores por haber unido sus intereses a los de Filipo. Este calificativo injurioso da, no obstante, en Arcadia a Cercidas, a Hierónimo y a Eucampidas; a los messenios Neón y Thrasíloco, hijo de Filiales; a los argivos Mirtis, Teledamo y Mnasias; a los tesalios Daoco y Cineas; a los beodos Theogitón y Timolao, y a muchos otros que eligió en cada ciudad y a quienes designa por sus

nombres, aunque todos estos acusados, y especialmente los arcadios y messenios, tengan poderosas razones para justificar su proceder; porque atrayendo a Filipo al Peloponeso y aminorando con ello el poder de los lacedemonios, hicieron dos grandes bienes: uno, librar de la opresión todos los pueblos de esta comarca, que así disfrutaron de alguna libertad; y otro, aumentar mucho la fuerza y poderío de su patria, recobrando las tierras y ciudades que los lacedemonios, orgullosos de su prosperidad, habían arrebatado a messenios, megalopolitanos, tegeatos y argivos. Después de recibir tan señalado servicio de Filipo, ¿conveniales empuñar las armas contra él y contra los macedonios? En el caso de pedir a Filipo guarniciones, o de maltratar ilegalmente la libertad común, o de buscar sólo poder y crédito, merecerían con justicia el injurioso nombre de traidores; pero no debió juzgarles así Demóstenes porque, sin cometer ilegalidad alguna, opinaron contra otros que los intereses de Atenas no eran los de Arcadia y Messenia. Burdo error comete este orador al juzgarlo todo por la conveniencia de su patria, y al pretender que todos los griegos debían imitar el comportamiento de los atenienses. Lo que por entonces

sucedió a los griegos convence de que Eucampidas y Hierónimo Cercidas y los hijos de Filiales veían más claro el futuro que Demóstenes, cuyos consejos pusieron en armas a los atenienses contra Filipo y les ocasionó la derrota de Queronea, derrota que les hubiera llevado a extrema desdicha sin la generosidad del vencedor, mientras la prudente política de los griegos que hemos citado libró a la Arcadia y a Messenia de los insultos de los lacedemonios y procuró a las ciudades de estos griegos considerables ventajas.

Véase, pues, que no es cosa fácil determinar quién merece el nombre de traidor. Creo que puede llamarse así, sin temor a equivocarse, a quienes en los conflictos, por librarse de ellos, por utilidad propia o por despecho contra los que gobiernan de distinta forma que ellos, entregan el Estado a los enemigos, y a aquellos que, por tener guarniciones y ejecutar con auxilio extranjero empresas de su particular conveniencia, someten la patria a un poder más fuerte. A todos los que estas cosas hacen se les puede llamar traidores, mancha funesta que nada

bueno y sólido les produce y que, por el contrario, tiene para ellos muy perjudiciales consecuencias.

No concibo con qué objeto ni propósito se puede tomar tan desdichado partido, porque ninguno que fue traidor a un ejército o a una guarnición ha quedado oculto, y quienes lo consiguieron durante la traición, andando el tiempo fueron descubiertos. Aun quedando desconocidos, no por ello serían menos infelices, porque corrientemente los mismos, que aprovechan la perfidia les castigan. Válense de traidores porque les son útiles, lo mismo los generales de ejército que las naciones; pero aprovechados sus servicios les miran, como dice Demóstenes, cual merecen ser mirados los traidores, pues con razón sospechan que quien vende a su patria y sus amigos no ha de ser fiel a sus nuevas promesas. Suponiendo que se libra de aquellos en cuyo favor cometió el crimen, ¿podrá librarse asimismo de los que fueron víctimas de la traición? Y aun aconteciendo así, la nota de traidor le acompañará toda la vida, inspirándole diariamente mil motivos de temor frívolos o justificados y dando a los que mal le quieran mil medios de vengarse. Siempre a su vista el crimen,

hasta en el sueño, le representa la imaginación el suplicio que merece. No se les oculta un instante el odio y repugnancia que a todo el mundo inspira; su situación no puede ser más deplorable, y, no obstante, cuando se necesitan traidores nunca faltan.

CAPÍTULO IV

Attalo.

Cuando Attalo compró con su propio peculio a los sicionianos un campo consagrado a Apolo, en prueba de estimación a este príncipe, levantaron junto a Apolo, en la plaza, un coloso de diez codos. Este reconocimiento aumentó al recibir de él, como nuevo beneficio, diez talentos y diez mil medimnos de trigo, y el Consejo decretó erigirle una estatua de oro y celebrar todos los años una fiesta en su honor. Llevado a cabo el decreto, partió Attalo para Cenebra.

CAPÍTULO V

Nabis.

La única persona de confianza para este tirano era Timócrates de Pelenes, de quien se había servido ya en importantes asuntos. Dejóle en Argos y se dirigió a Lacedemonia. Algunos días después envió su mujer a Argos para que reuniera dinero, y ésta cometió mayores violencias y crueldades que su marido. Primero llamó una por una a varias mujeres, y luego por grupos de una misma familia, insultándolas y atormentándolas, hasta que le entregaron no sólo el dinero, sino sus más ricos trajes.

LIBRO DECIMOCTAVO

CAPÍTULO PRIMERO

Costumbre en la milicia romana de portar estacas para las urgencias. Descripción del vallado romano y su gran superioridad sobre el griego.- Campamentos de Flaminio y de Filipo próximos a Feras en la Tesalia, y repugnancia de llegar a una acción decisiva.- Encuentro de los dos ejércitos,

macedonio y romano, cerca de Tetidio, y fuerte escaramuza entre su infantería ligera.- Particular forma de pelear de los etolios.- Lucha general en que se ve empeñado Filipo por imprudencia junto a los collados Cinoscéfalos.- Ordenanza de ambos ejércitos. Cruenta batalla y victoria por los romanos. Flaminio, no pudiendo conocer a punto fijo dónde acampaba el enemigo, sólo sí que había penetrado en la Tesalia (198 años antes de J. C.), ordenó a las tropas que cortasen estacas y las llevasen consigo para cuando las pidiese la urgencia. Esta costumbre, que en la milicia romana es fácil de practicar, en la griega pasa por impracticable. Mientras que los griegos durante las marchas apenas pueden sostener sus cuerpos, y esto con trabajo, los romanos, a más de los escudos que llevan colgados de los hombros con correas de cuero, y los chuzos que tienen en las manos, conducen también estacas, y eso que de éstas a las griegas existe una notable diferencia. Porque entre las griegas, las mejores son las que tienen más y más largas ramas alrededor del tronco; en vez de que entre los romanos, las que únicamente tienen dos, tres o cuando más cuatro, y éstas que nazcan de un solo lado, no indistintamente

de ambas. De esta forma la conducción de ellas es fácil, ya que un hombre lleva tres y cuatro liadas en un manajo, y el servicio firme en extremo. Las que fijan los griegos para defensa del campamento son fáciles de arrancar. Porque como sólo cubren y aprietan el tronco bajo de tierra, y las ramas que de él nacen son muchas y largas, con dos o tres hombres que tiren de ellas, arrancan la estaca con facilidad, y he aquí una puerta abierta al enemigo y removidas las estacas contiguas, par ser muy poco el enlace y conexión que entre sí tienen las ramas.

Al contrario ocurre entre los romanos. Desde el principio las ponen con tal trabazón, que ni se distingue fácilmente de qué troncos procedan las ramas por estar empotrados en la tierra, ni las ramas de qué troncos. Además de esto, es imposible meter la mano por entre las ramas para coger el tronco; tanta es la espesura y enlace de unas con otras, y tan sumo el cuidado que ponen en aguzar sus extremos. Y aun cuando se coja, no es tan fácil arrancarle; lo primero porque cada pie recibe por sí solo de la tierra su consistencia; y lo segundo porque existe tal trabazón en las ramas, que no se puede quitar una sin que ésta

traiga consigo muchas. De modo que no son capaces dos o tres hombres de arrancar una estaca; y en el caso de que a fuerza de empujones arranquen una u otra, aún así es imperceptible el hueco que deja. A la vista de tan sobresalientes ventajas, como la de hallarse en cualquier parte, la de ser fácil de conducir y la de servir de un resguardo firme y estable para un campo, bien se deja conocer que, si entre las máximas de la milicia romana hay alguna que merezca nuestra imitación y celo, en especial ésta, según mi opinión.

Flaminio, después de haberse provisto de estos pertrechos para lo que pudiera suceder, se puso en marcha con todo el ejército a paso lento, y cuando ya estuvo a cincuenta estadios de Feras, sentó su campo. Al amanecer del día siguiente, destacó gentes que batiesen y registrasen la campiña, por si pudiera saber por algún motivo dónde paraba y qué hacía el enemigo. Filipo, informado al mismo tiempo de que los romanos acampaban en las proximidades de Tebas, parte de Larissa con todo el ejército y avanza directamente hacia Feras. A treinta estadios de esta ciudad hizo alto y ordenó a sus tropas

comiesen temprano. Al amanecer puso en pie el ejército, destacó a los que se acostumbra enviar por delante, con orden de ocupar las eminencias contiguas a Feras, y entrado el día sacó fuera de las trincheras sus soldados. Poco faltó para que unos y otros batidores no se encontrasen sobre aquellos collados. Pero divisándose mutuamente al través de la oscuridad cuando ya se hallaban a corta distancia, se pararon y despacharon rápidamente quienes informasen a sus respectivos comandantes de lo que ocurría. Los dos generales tuvieron por conveniente... *permanecer* en sus reales y volver a llamar sus corredores. Al día siguiente uno y otro enviaron a la descubierta un cuerpo de trescientos caballos y otros tantos vélites. Flaminio tuvo la precaución de enviar entre éstos dos escuadras de etolios, por la noticia que tenían del terreno. Los dos destacamentos se encontraron en el camino que va de Feras a Larissa, donde se trabó una viva pelea. Pero Eupolemo el Etolio, después de haber hecho por sí prodigios de valor, empeñó en la acción a los italianos, y fueron arrollados los macedonios. Con esto, después de una larga escaramuza, unos y otros se retiraron a sus campos.

Al día siguiente, los dos generales, disgustados con el terreno de las inmediaciones de Feras, por estar lleno de árboles, setos y huertos, levantaron el campo. Filipo tomó la vuelta de Scotusa para proveerse allí de alimentos, y después de equipado, ocupar un lugar ventajoso a sus tropas. Flaminio, sospechando esto, movió su ejército al mismo tiempo, y se dirigió con diligencia a talar ante todo las mieses de la campiña de Scotusa. Una cordillera de elevadas montañas que se extendía por entre los dos ejércitos, fue causa de que durante el camino ni los romanos viesen a los macedonios ni los macedonios a los romanos. Tras de un día de marcha, Flaminio acampó en un sitio llamado Eretria de *Feras*, y Filipo en las márgenes del río Onchesto, sin conocer el uno del campo del otro. Al día siguiente continuaron su marcha. El rey sentó sus reales en un pueblo del territorio de Scotusa, llamado Melambio, y el cónsul en las proximidades de Tetidio en la Farsalia, durando aún entre las dos la misma ignorancia. Habiendo llovido aquella noche con mucha furia y espantosos truenos, al día siguiente amaneció toda la atmósfera tan condensada y llena de nubes, que la oscuridad no dejaba ver a dos pasos de distancia. A

pesar de este inconveniente, Filipo, con el anhelo de lograr su propósito, se puso en marcha con todo el ejército; pero incomodado en el camino por la oscuridad, después de haber andado un corto trecho, se atrincheró y envió un destacamento a ocupar la cumbre de los collados que le separaban del romano.

Flaminio, acampado en Tetidio y sin saber dónde paraba el enemigo, destacó por delante diez escuadras de caballería y mil hombres de infantería ligera, con orden de explorar y recorrer con cuidado la campiña. Esta gente se dirigió hacia las montañas, y con la oscuridad del día cayó imprudentemente en la emboscada de los macedonios. Al principio, unos y otros se turbaron algún tanto, pero a poco rato se empezó a hacer ensayo de las fuerzas, y se despachó por ambas partes a sus jefes aviso de lo que ocurría. En este encuentro, los romanos, oprimidos y malparados por los macedonios que se hallaban emboscados, enviaron a su campo a pedir socorro. Flaminio animó a marchar allá a Arquedamo y a Eupolemo, ambos etolios, y les dio dos tribunos con quinientos caballos y dos mil infantes. A la llegada de este refuerzo con los que ya estaban combatiendo, súbi-

tamente cambió la acción de aspecto. Los romanos, recobrados con este nuevo socorro, volvieron a la carga con redoblado espíritu; y los macedonios, aunque se defendían con esfuerzo, finalmente, fatigados y agobiados con el peso de las armas, tuvieron que huir a las eminencias y enviar desde allí a pedir al rey socorro.

Filipo, como que jamás había pensado venir a una lucha general en semejante día por las causas que hemos apuntado, había dejado salir al forraje la mayor parte de los suyos. Pero entonces, informado de lo que sucedía por los que venían, y empezando ya a aclarar la niebla, llamó a Heráclidas de Girtonia, comandante de la caballería tesalia, a León, prefecto de la Macedonia, y a Atenágoras, que tenía bajo sus órdenes todos los soldados mercenarios, menos los traces, y los desatacó al socorro. Con este refuerzo, aumentadas en gran manera las fuerzas de los macedonios, dan sobre el enemigo y le vuelven a desalojar otra vez de las eminencias. El principal obstáculo que tuvieron para no arrollarle completamente fue la obstinación de la caballería etolia, que peleaba con un ardor y espíritu denodado. Porque

todo lo que la infantería etolia tiene de inferior en los combates generales cuanto a la forma de armarse y ordenarse, otro tanto su caballería lleva de ventaja a la de los demás griegos en los encuentros y refriegas particulares. Efectivamente, ella fue la que en esta ocasión contuvo el ímpetu del contrario para que los romanos no fuesen rechazados hasta el valle y tornasen a hacerse firmes a corta distancia. Flaminio, viendo que no sólo la caballería y armados a la ligera habían vuelto la espalda, sino que por éstos se había comunicado el terror al resto del ejército, saca todas sus tropas y las forma en batalla cerca de los collados. En este mismo instante los macedonios que se hallaban emboscados, marchan unos en pos de otros a Filipo, gritando: «Rey, el enemigo huye, no pierdas la ocasión; los bárbaros no pueden resistirnos; tuyo es el día, tuya la oportunidad.» De modo que Filipo, a pesar de que no le agradaba el terreno, tuvo que salir al combate. Los collados de que se habla se llaman Cinoscéfalos o cabezas de perro. Son ásperos, quebrados y bastante altos. Por este motivo Filipo, atento a la desigualdad del país, había rehusado desde el principio venir a una batalla; pero entonces, estimulado con las buenas esperanzas que

le traían, mandó salir el ejército fuera de las trincheras.

Flaminio, después de ordenadas en batalla sus tropas, al paso que situaba en sus puestos a los que habían luchado primero, iba recorriendo y exhortando sus líneas; porque les describió el lance tan a lo vivo como si le estuvieran viendo. «Compañeros, les dijo, ¿no son éstos aquellos macedonios que, bajo la conducción de Sulpicio, forzasteis a cuerpo descubierto en las gargantas de Eordea que tenían tomadas, desalojasteis de aquellos elevados puestos y de los cuales matasteis un gran número? ¿No son éstos aquellos mismos que, apostados en los desfiladeros del Epiro, lugar impenetrable en la opinión de todos, arrojó vuestro valor, hizo emprender la huida y tirar las armas, sin parar hasta meterse en la Macedonia? ¿Temeréis ahora a estos mismos, cuando vais a pelear con fuerzas iguales? ¡Qué! ¿*Os hará más pusilámines...* la memoria de lo pasado o por el contrario os inspirará más confianza? Ea, pues, compañeros, animaos los unos a los otros, y entrad en la acción con denuedo. Vivo en la confianza que el éxito de esta jornada corresponderá al de las anteriores, con

la voluntad de los dioses.» Dicho esto, ordenó al ala derecha que no se moviese del puesto, ni los elefantes que se hallaban delante; y él con la izquierda se dirigió arrogante al enemigo. En esta ala estaban los vélites que habían escaramuceado antes, las cuales, viéndose ahora apoyados de las legiones, volvieron a atacar con fuerza al contrario.

Una vez que Filipo vio formada frente a los reales la mayor parte de su ejército, se puso en marcha por un atajo con los rodeleros y el ala derecha de la falange pura subir a las montañas; y ordenó a Niconor, por sobrenombre el Elefante, que cuidase de que el resto del ejército fuese siguiendo sus pasos. Apenas llegó a la cumbre la vanguardia, la hizo girar hacia la izquierda, y la situó en batalla sobre aquellas eminencias que halló desamparadas, por haber los escaramuceadores macedonios rechazado por largo trecho a los romanos hasta el lado opuesto de los collados. Estaba aún el rey ordenando el ala derecha de su ejército, cuando llegaron sus mercenarios vencidos por los enemigos. Porque, como hemos dicho recientemente, desde que los vélitos romanos se vieran sostenidos y apoyados en la ac-

ción por los legionarios, recobraron tal ardor con este refuerzo, que cargando con gran furor sobre el contrario, hicieron en él un gran destrozo. El rey, desde los principios de su llegada, había advertido la refriega, que se había encendido entre los armados a la ligera, no lejos del campo enemigo: espectáculo que le había causado mucha complacencia. Pero cuando vio a los suyos volver la espalda y necesitar de socorro, se vio en la precisión de sostenerlos y arriesgarlo todo, a pesar de que la mayor parte de su falange venía aún en marcha subiendo aquellas alturas. Esto no obstante, recoge a estos combatientes, los reúne todos, infantes y caballos, en el ala derecha, y da orden a sus rodeleros y falangistas para que doblen el fondo y se estrechen sobre la derecha. Efectuado esto, como ya estaban encima los romanos, da la señal a la falange para que ataque bajas las picas, y a la infantería ligera para que ciña las alas del contrario. En este mismo instante Flaminio retira sus vélites por los intervalos de las cohortes y viene a las manos.

El choque fue violento por una y otra parte y la algazara excesiva, ya que mientras unos y otros

voceaban, los que se hallaban fuera de la contienda animaban con gritos a los combatientes; de suerte que el espectáculo era horrible y espantoso. La derecha del rey peleaba conocidamente con ventaja; como que atacaba desde lugar superior, vencía en la fuerza de su ordenanza, y llevaba mucha superioridad para el lance presente en la calidad de sus armas. Pero al demás ejército, una parte detrás de los combatientes se hallaba fuera del tiro del enemigo, y el ala izquierda, que acababa de subir las alturas, empezaba a descubrirse por las cumbres. Llaminió, viendo que su ala izquierda no podía resistir el ímpetu de la falange, y que arrollada, parte había sido ya pasada a cuchillo, parte puesta en fuga, pasa rápidamente a la derecha, único recurso de salud que le quedaba. Allí, advirtiéndole que de los enemigos, unos se iban uniéndole a los combatientes, otros venían bajando aún de las alturas, y los demás estaban paradas sobre las cimas; al punto sitúa al frente sus elefantes y lleva sus cohortes al enemigo. Pero los macedonios, que ni tenían quien los mandase, ni se podían reunir y tomar la forma propia de la falange, tanto a causa de la desigualdad del terreno, como porque siguiendo a los combatientes, más venían en

orden de marcha que de batalla; sin esperar a venir a las manos con los romanos, emprendieran la huida espantados y desordenadas por sólo los elefantes.

La mayoría de los romanos se pusieron a seguir el alcance sin perdonar a ninguno. Pero un tribuno, que no tenía consigo más que veinte compañías, reflexionando mejor sobre lo que había que hacer en tal coyuntura, contribuyó en gran manera a la consecución de la victoria. Viendo que Filipo a larga distancia del ejército estrechaba vivamente el ala izquierda de los romanos, deja el ala derecha donde ya era conocida la victoria, se revuelve contra los que estaban luchando, llega por detrás y ataca por la espalda a los macedonios. Como en la formación de la falange no se puede hacer frente por detrás ni combatir de hombre a hombre, el tribuno carga sobre los primeros que encuentra, y los macedonios, sin facultad para defenderse, se ven precisadas a arrojar las armas y emprender la huida. A esto contribuyó asimismo el haberse vuelto contra ellos por el frente aquellos romanos que antes iban huyendo. El rey, juzgando al principio por su ala del resto del ejército, vivía muy satisfecho de la victoria; pero

cuando vio a sus macedonios arrojar las armas de repente y a los contrarios cargarles por la espalda, retirándose un poco de la contienda con algunos caballeros y gentes de a pie, acabó de comprender en qué estado se hallaban sus cosas. Efectivamente, advirtió que los romanos que perseguían su ala izquierda llegaban ya a las cumbres; y reuniendo los más que pudo de truces y macedonios... *emprendía la huída*. Flaminio marchó en su alcance, pero encontrando en aquellos collados ciertas tropas macedonias del ala izquierda que acababan de llegar a las cimas... se detuvo cuando las vio con las picas levantadas. Ésta es costumbre entre los macedonios cuando se quieren rendir o pasar al partido de los enemigos. Informado después de la razón de este suceso, contuvo a los suyos, creyendo deber perdonar a los que le temían. Esto estaba deliberando el cónsul, cuando algunos de los que iban delante, dando desde arriba sobre ellos vinieron a las manos, dieran muerte a los más y sólo unos cuantos escaparon arrojando las armas.

Declarada por todas partes la victoria en favor de los romanos, Filipo se retiró hacia Tempe. El primer

día hizo noche en un sitio llamado la Torre de Alejandro, y el siguiente llegó a Gonnos, que está a la entrada de Tempe, donde hizo alto para esperar a los que se habían salvado por los pies. Los romanos siguieron el alcance durante cierto tiempo, pero después unos se entregaron a despojar los muertos, otros a recoger los prisioneros, los más a saquear el real enemigo. Aquí encontraron a los etolios que habían llegado primero, y creyéndose privados los romanos de un botín que les pertenecía, empezaron a quejarse de los etolios, y a decir en alta voz al general: «Vos nos dais a nosotros los peligros, y otorgáis a otros los despojos.» Con esto se volvieron a su campo, donde pasaron la noche. Al día siguiente, después de reunidos los prisioneros y todo lo que había quedado de despojos, se tomó el camino de Larissa. En esta jornada perdieron los romanos alrededor de setecientos hombres, pero los macedonios ocho mil, y no menos de cinco mil que se hicieron prisioneros. Tal fue el éxito de la batalla de Cinoscéfalos en la Tesalia entre los romanos y Filipo.

CAPÍTULO II

Digresión de Polibio, en que hace confrontación de la armadura romana con la macedónica, y describe el modo de formar sus tropas uno y otro pueblo.- Empleo que Aníbal y Pirro hicieron, aquel del armamento de los romanos y éste de las armas y de los soldados. Fuerza invencible de la falange macedónica mientras conserva su posición. Medida que ocupa cada soldado en la falange.- La lanza en la falange o no pasa de la quinta línea o es ineficaz.- Ni la armadura ni la ordenanza romana pueden resistir de frente a la falange.- La razón de vencerla los romanos consiste en la facilidad con que pierde la formación, y dificultad que tiene en recobrarla.- Abuso que Filipo hizo del poder en la prosperidad, y resignación que mostró en las desgracias. Se recordará ya que en el sexto libro de esta HISTORIA dejé prometido que, a la primera ocasión que se presentase, haría cotejo de la armadura de los romanos y de la de los macedonios, manifestaría el modo de formar sus tropas uno y otro pueblo, y expondría en qué el uno es inferior o superior al otro; pues bien, ahora el asunto mismo me ofrece la oportunidad de cumplir la palabra. En otro tiempo la ordenanza de los macedonios aventajaba a la de los asiá-

ticos y griegos, del mismo modo que la de los romanos a la de los africanos y a la de todos los pueblos occidentales de la Europa. Éste es un hecho comprobado por la misma experiencia. Pero en nuestros días, que no una sino repetidas veces hemos visto puestas en contraste estas dos ordenanzas y estos dos pueblos, será bueno y procedente investigar en qué se diferencian y en qué consiste haber vencido y haber siempre llevado la palma los romanos en las batallas. De esta forma no se creará que aplaudimos sin motivo a los vencedores, atribuyéndolo todo a mero favor de la fortuna, como hacen los ignorantes; sino que, informados de las verdaderas razones, admiramos y hacemos el elogio de los jefes con algún fundamento. En los combates de Aníbal con los romanos, y en las pérdidas que éstos sufrieron, no hay por qué detenernos. Porque ni fue la calidad de las armas, ni fue el orden de batalla, sino la maña y astucia de Aníbal la que acarreó a los romanos estos infortunios. Esto lo hemos hecho ver en la relación que hemos dado de estos combates, y sobre todo comprueba nuestra opinión el éxito mismo de la guerra. Pues no fue menester más que los romanos tuviesen una cabeza de igual capacidad que

Aníbal para que al instante se pusiese de su parte la victoria, ¿Qué más? El mismo Aníbal, así que ganó la primera batalla, desechó la armadura que antes utilizaba, armó sus tropas a la moda romana, y siempre se sirvió de ella en adelante. Pirro hizo aún más; no se contentó con usar sólo de las armas, sino que se sirvió también de las tropas de Italia, mezclando alternativamente una de sus compañías con una cohorte en forma de falange en las batallas que sostuvo contra los romanos. Aunque ni aun así pudo vencer; todas sus expediciones tuvieron un éxito equívoco. Hemos juzgado necesario adelantar estas noticias a fin de que no se encuentre sombra de dificultad en lo que digamos. Volvamos ahora al parangón propuesto.

Es fácil justificar con innumerables razones que mientras la falange conserva su estado y constitución propia, nada es capaz de hacerla frente ni de contener su violencia. En el espesor que tiene esta formación en las batallas, el soldado no ocupa sino tres pies con todas sus armas. La pica antiguamente tuvo dieciséis codos de largo; pero después, para acomodarla más a un combate verdadero, se redujo

a catorce. De éstos se han de quitar los cuatro que hay desde donde se coge con las manos hasta el extremo posterior y sirven de contrapeso al delantero. Por donde se ve que la pica de cada soldado sobresale delante de su cuerpo precisamente diez codos cuando la tiene con ambas manos tendida hacia el enemigo. De aquí es que cuando la falange mantiene su propiedad y espesor, tanto respecto del soldado que está detrás como del que está al lado, las picas de la segunda, tercera y cuarta línea van saliendo por delante de la primera, cada vez más, hasta la quinta, que sólo sobresale dos codos. Esta densidad de la falange la describe Homero en estos versos:

Estriban uno en otro los escudos. Estriban uno en otro yelmos y hombres; ondean de caballos belicosos crines, penachos y vistosas plumas: tan espesos están unos con otros.

Por esta pintura, tan elegante como cierta, se ve que delante de cada soldado de la primera línea ha de haber por precisión cinco picas, de dos en dos

codos unas de otras, a medida de la distancia que existe desde la primera a la quinta línea. En este supuesto, como la falange está formada sobre dieciséis de fondo, es fácil figurarse cuánta sea su violencia y vigor cuando está en acción de acometer. Es verdad que con las picas todos los que se hallan por detrás de la quinta fila en nada pueden contribuir para la lucha, y por esta razón no las tienen tendidas hacia el enemigo, sino levantadas y apoyadas sobre las espaldas de los que están delante, para defender de esta forma la parte superior de la formación e impedir con su espesor que los tiros que pasan por encima de las primeras líneas vengán a caer sobre las últimas; pero lo que es con las fuerzas del cuerpo, traen su utilidad en el ataque, porque empujan a los que tienen delante, hacen más vigorosa la impresión y no dejan arbitrio a los primeros para volverse atrás. Expuesta ya en general y en particular la disposición de la falange, veamos ahora las propiedades y diferencias de la armadura y ordenanza romana para hacer cotejo.

El soldado romano no ocupa tampoco más que tres pies de terre no con sus armas. Pero como cada

uno en el combate tiene que hacer ciertos movimientos, ya para cubrir el cuerpo con el escudo y adaptarle hacia donde viene el golpe, ya para herir con la espada, de punta o de tajo, es preciso dejar entre unos y otros, por lo menos, un hueco o espacio de tres pies por detrás y por el costado si han de ejercer sus funciones con alguna conveniencia. De aquí se sigue que cada soldado romano, cuando viene a las manos con la falange, tiene que pelear con dos falangistas y hacer contrarresto a diez picas, de las cuales ni siquiera una podrá quebrar o violentar con facilidad, por más diligencias que haga, porque los que tiene detrás no pueden contribuir ni a darle mayor fuerza ni a hacer más eficaz el golpe de su espada.

Por aquí es fácil de conocer, como he dicho anteriormente, que ninguna otra ordenanza es capaz de resistir de frente a la falange, mientras ésta conserva su estado y posición natural. ¿Pues en qué consiste haber salido los romanos victoriosos y la falange vencida? En que la guerra tiene en la práctica mil tiempos y lugares inciertos e indefinidos, y la falange sólo tiene un tiempo, un sitio y una forma de

hacer su efecto. Sólo en el caso de un combate decisivo, en que el enemigo se vea obligado a batirse con la falange cuando ésta se halla en tiempo y terreno a propósito, sólo entonces, digo, es muy natural que la falange lleve siempre la ventaja. Pero pudiendo como se puede evitar con facilidad este lance, ¿qué hay que temer ya en esta formación? Es constante que la falange precisa de un terreno llano, descampado y sin tropiezo alguno, esto es, sin fosos, quebraduras, desfiladeros, ribazos ni barrancos. Cualquiera de estos obstáculos es bastante a impedir su efecto y descomponer su orden. ¿Y adónde hemos de ir por un terreno de veinte estadios, y a veces más, que no tenga alguno de estos estorbos? Todos confesarán que es casi imposible, o por lo menos muy raro. Concedamos, sin embargo, que se encuentre este terreno. Aun así, si el contrario, en vez de venir en él a las manos, se echa a saquear las ciudades y talar el país de los aliados, ¿de qué servirá semejante ordenanza? Permaneciendo en el puesto que le es ventajoso, no sólo no podrá aprovechar a sus amigos, pero ni aun conservarse a sí misma; porque el enemigo, dueño de la campaña sin obstáculo, le cortará fácilmente los convoyes de lo nece-

sario; y si abandonando el terreno conveniente quiere emprender alguna acción, vendrá a ser fácil despojo del enemigo. Demos el caso que el contrario venga a batirse con la falange en un terreno llano, pero que no presenta contra ella todas sus tropas a un mismo tiempo, sino que se retira algún tanto en el acto mismo de la batalla; lo que sucederá es fácil de conocer por lo que ahora están haciendo los romanos.

Todo lo que acabamos de decir no está fundado simplemente sobre raciocinios, sino sobre hechos que ya han ocurrido. Porque los romanos no ordenan todas sus legiones a un tiempo para batirse con un frente igual contra la falange, sino que dejan una parte de reserva y oponen la otra al contrario. Y así, bien los falangistas rechacen a sus antagonistas, bien sean rechazados por éstas, la falange siempre pierde su situación propia. Porque que siga el alcance de los que ceden o que huya de los que la persiguen, siempre pierde la mayor parte de su fuerza natural. En cuyo caso se da el espacio y lugar conveniente para que el cuerpo de reserva la ataque, no de frente, sino en flanco o por las espaldas. Siendo, pues, fácil

evitar los lances y ventajas que la falange tiene en su favor e inevitables los que tiene en contra, ¿qué hay que admirar haya tan notable diferencia en una verdadera acción entre la ordenanza romana y la macedonia? A más de esto, la falange se ve en la precisión de marchar por toda clase de terrenos, de acamparse, de apoderarse de puestos ventajosos, de sitiarse, de ser sitiada y de caer de improviso en manos de un enemigo. Todos estos lances son partes de una guerra, de los cuales pende la victoria, a veces total y a veces en gran parte. Pues en todas estas ocasiones la ordenanza macedonia se ve embarazada, y a veces imposibilitada de maniobrar, para no serle posible al soldado pelear ni por cohortes ni de hombre a hombre, en vez de que la ordenanza romana se encuentra expedita en todo lugar. El soldado romano, una vez armado para entrar en acción, lo mismo se acomoda a cualquier terreno y a cualquier tiempo, que a cualquier lado por donde se presenta el contrario; la misma actitud y disposición tiene para luchar con todo el ejército junto, que para pelear con una parte, con un manipulo de hombre a hombre. Un orden de batalla como el de los romanos, donde todas las partes obran con tanta expedición, no es mucho que

consiga sus propósitos mejores que otro alguno. He tenido por preciso tratar a lo largo de esta materia, porque en el mismo tiempo en que los macedonios fueron vencidos, muchos griegos tuvieron esto por increíble, y ahora otros muchos desearán saber en qué o cómo es inferior la falange a la ordenanza romana.

Filipo, derrotado completamente a pesar de todos sus esfuerzos, recogió cuantos pudieron escapar de la batalla y se dirigió por Tempe a la Macedonia. En la primera noche envió a Larissa uno de sus escuderos, con orden de rasgar y quemar todos sus papeles, acción verdaderamente digna de un rey no olvidarse de la obligación, aun en los mayores reveses. Sabía ciertamente que si los romanos llegaban a apoderarse de su correspondencia hallarían mil motivos de quejas contra él y contra sus aliados. Bien podrá haber ocurrido a otros el olvidarse en la prosperidad de que son hombres, y conducirse en la adversidad con precaución y prudencia, pero especialmente se dejó ver este proceder en Filippo, como se manifestará en lo que se dirá adelante. Así, como hemos declarado la inclinación a lo bueno que tuvo en los

principios de su reinado, y hemos referido con individualidad la conducta opuesta que después pasó, la época, la razón, el cómo sucedió este trastorno y lo que en él hizo, de la misma forma será bien que manifestemos su arrepentimiento y la habilidad con que, acomodándose a los reveses de la fortuna, supo portarse diestramente en tiempos tan contrarios. Flaminio, después de la batalla, dio la conveniente disposición sobre los prisioneros y el botín, y marchó a Larissa.

CAPÍTULO III

Comienzan los disgustos entre romanos y etolios tras la batalla de Cinoscéfalos.- Conferencia Flaminio con todos los aliados para deliberar si se concertaría la paz con Filipo.- Nueva conferencia de los aliados con Filipo, en que la paz queda ajustada.- Indignación que esto produce a los etolios. Le resultaba insufrible a Flaminio la avidez con que los etolios se arrojaban al botín, y no deseaba que destronado Filipo mandasen en los griegos. Impacientábase además verles elogiarse sin cesar, arro-

gándose todo el honor de la victoria y ponderando por toda Grecia la brillantez de sus hazañas. Por tales razones, en sus conferencias con ellos tratábalos con altivez, sin darles cuenta de los asuntos públicos, que decidía por sí y por medio de sus amigos. Tal era la situación de ánimo entre romanos y etolios, cuando algunos días después llegaron de parte de Filipo tres embajadores. Demóstenes, Ciciadas y Leinneo. Después de larga conversación que con ellos mantuvo el cónsul en presencia de los tribunos, pactaran una tregua de quince días, durante los cuales proyectó ver a Filipo y hablar con él de los negocios en litigio. La atención y amabilidad con que Flaminio trató en esta ocasión al rey de Macedonia, aumentaron considerablemente las sospechas que ya se tenían del general romano. El contagio de presentes y regalos había invadido toda la Grecia, siendo máxima indudable que nadie hacía nada por nada; y como esta máxima tenía mayor crédito entre los etolios, no podían convencerse de que Flaminio se convirtiera en amigo de Filipo, sino porque Filipo comprase su amistad. Desconociendo en este punto las costumbres de los romanos, juzgaban por las suyas, afirmando que para librarse del apuro en que

estaba el rey de Macedonia ofreció al cónsul gran cantidad de plata, y que éste se había dejado seducir.

Mi opinión acerca de los romanos de los pasados tiempos consiste en considerarlos a todos incapaces de cometer tales acciones; al menos así eran mientras permanecieron fieles a los usos y costumbres de sus antepasados; es decir, antes de sus guerras de ultramar. No me atrevería en los tiempos actuales a hacer igual elogio de todos los ciudadanos romanos; pero a muchos puedo aplicarlo, afirmando que se debe tener la mayor confianza en su integridad, y citaré en prueba de ello dos ejemplos de todos conocidos. Lucio Emilio, vencedor de Perseo, se apoderó del reino de Macedonia. Además de inmensa cantidad de magníficos muebles y de otras riquezas, encontró en el Tesoro más de seis mil talentos de oro y plata. Nada deseó de estos tesoros, que ni siquiera quiso ver, encargando a otros la administración. Lucio Emilio no era, sin embargo, opulento, sino pobre, hasta el punto de que, falleciendo poco después de esta guerra, desearon sus hijos Publio Escipión y Quinto Máximo devolver a su esposa los veinticinco talentos de la dote, y para ello les fue

preciso vender muebles, esclavos y algunas de sus posesiones, cosa que si parece increíble, no por ello es menos cierta. Aunque las enemistades e intereses de partido obligan a los romanos a tener en muchos asuntos diversas opiniones, lo que he manifestado todos lo afirmarán, y se le puede preguntar al primer romano que se encuentre, sea cualquiera la familia o partido a que pertenezca. En la de los Escipiones existe otro ejemplo de igual desinterés. Cuando Publio Escipión, hijo de Emilio y nieto adoptivo de Publio Escipión, llamado el Antiguo, se apoderó de Cartago, ciudad consideraba como la más opulenta del universo, se impuso el deber de no adquirir ni apropiarse, bajo ningún pretexto, nada de lo que allí había. Publio, sin embargo, no era rico; mas cual verdadero romano estaba habituado a contentarse con poco, y no sólo se abstuvo completamente de tocar al botín de Cartago, sino que impidió añadiesen a sus propiedades ninguna de las riquezas de África. Así lo afirmará de esta gloria sin tacha ni sospecha cualquier romano a quien se pregunte. Pero hablaremos de esto en momento más oportuno.

Flaminio, que había convenido con Filipo reunirse en determinado día a la entrada del Tempé, escribió inmediatamente a sus aliados, diciéndoles el lugar y hora de la conferencia, y pocos días después acudió a ella.

Reunidos los aliados en consejo, ordenó que cada cual dijera las condiciones convenientes para concertar la paz con Filipo. Aminandro, rey de los atamanienses, dijo su parecer en breves frases, limitándose a advertir que se tuviese en cuenta su situación, pues debíase temer que al salir los romanos de Grecia pagara él la cólera de Filipo, siendo a los macedonios tanto más fácil invadir su reino, cuanto que era débil y vecino a Macedonia.

Hizo uso en seguida de la palabra Alejandro el Etolio, diciendo que merecía elogios Flaminio por convocar a los aliados y pedirles su opinión acerca de la paz, pero que, en su sentir, se engañaba grandemente al creer que concertándola con Filipo procuraba paz a los romanos y duradera libertad a los griegos, pues ninguna de ambas cosas conseguiría.

El único medio de acabar la guerra con los macedonios, no dejando sin completa realización los proyectos de su patria y sin cumplir las promesas que él mismo había hecho a los griegos, era expulsar a Filipo de su reino, cosa por demás fácil, si aprovechaba la ocasión presente. Apoyó esta opinión con otras muchas razones, y se sentó.

Habló después Flaminio y apostrofó a Alejandro diciéndole: «No conoces ni las miras de los romanos, ni mis propósitos, ni los intereses de los griegos. No es costumbre de los romanos al hacer la guerra a una nación destruirla por completo. Aníbal y los cartagineses son prueba convincente de esta afirmación. Aunque los romanos, reducidos por este pueblo al último extremo, pusieron en seguida en situación de vengarle como quisieran, no ejercieron contra ellos inhumanidad alguna. Nunca fue mi intención hacer a Filipo guerra irreconciliable; muy al contrario, siempre he estado dispuesto a concederle la paz si se sometía a las condiciones que le fueran impuestas. ¿Por qué causa, etolios, al encontraros en un consejo reunidos para poner fin a la guerra, os mostráis tan opuestos a la paz? ¿Porque somos vic-

toriosos? Pues tal motivo no es razonable: durante la batalla debe el valeroso acometer al enemigo con todo vigor y fuerza, y si es vencido, mostrar en la derrota constancia y grandeza de alma; pero la moderación, la templanza y la humanidad son los deberes del vencedor. Y respecto a los intereses de los griegos, si les importa mucho que el reino de Macedonia sea menos poderoso que antes, les interesa no menos evitar su destrucción, pues les sirve de barrera contra los tracios y los gálatas, que sin ella estos pueblos, cual ha sucedido con frecuencia, invadirían la Grecia.» Concluyó Flaminio diciendo que su opinión y la del consejo era conceder la paz a Filipo, previa consulta al Senado, si prometía cumplir con fidelidad lo que los aliados le ordenaron anteriormente, y que los etolios podían por su parte tomar la resolución que mejor les pareciese.

Atrevióse en seguida el etolio Feneas a decir que era inútil en tal caso cuanto se había movido contra el rey de Macedonia, que libre del actual peligro no tardaría en formar otros proyectos y promover nueva guerra; pero Flaminio, desde su silla y con acento de ira, interrumpióle diciendo: «Cesa, Feneas, de fati-

garos los oídos con tus impertinencias. Yo cimentaré la paz de tal suerte, que aunque Filipo quiera nada podrá emprender contra los griegos.» Dicho esto, terminó la conferencia. Al siguiente día llegó Filipo, y reunido el consejo tres días después, asistió a él, expresándose con tanto tino y prudencia que apaciguó todos los ánimos. Prometió aceptar y llevar a cabo cuanto los romanos y los aliados le ordenasen, poniéndose por completo a discreción del Senado. El Consejo escuchó con profundo silencio estas frases, y solamente el etolio Feneas preguntó al rey por qué no les daba las ciudades de Larissa, Farsalia, Tebas y Egina. «Tomadlas, contesto Filipo; consiento en ello.- No todas, replicó el cónsul; sólo Tebas, porque al ir allí al frente de mis tropas, exhorté a los habitantes a rendirse a los romanos, y negándose ellos, el derecho de la guerra me hace ser su dueño, pudiendo disponer de los tebanos a mi albedrío.» Indignado Feneas al oír esta respuesta, dijo que las ciudades dependientes de los etolios antes de la guerra y sujetas a sus leyes debían recobrarlas, por dos motivos: uno, por haber tomado las armas con los romanos; y otro, porque en el tratado de alianza hecho al principio entre romanos y etolios se acordó

que el botín de guerra se distribuyera, siendo los muebles para los primeros y las ciudades para los segundos. Respondióle el cónsul que se equivocaba en ambas cosas; que el tratado de alianza dejó de ser obligatorio desde el momento que los etolios, abandonando a los romanos, habían concertado paz con Filipo, y que aun subsistiendo el tratado, no se determinaba en él que fueran para los etolios las ciudades puestas por su propia voluntad y libre albedrío bajo la protección de los romanos, como lo habían hecho todas las de Tesalia, sino sólo las tomadas a viva fuerza. La réplica agradó a toda la asamblea, y únicamente los etolios quedaron descontentos, origen en el futuro de grandes males. Esta disputa fue la chispa que poco tiempo después encendió la guerra de los romanos contra los etolios y Antíoco.

Por lo demás, lo que inducía a Flaminio a apresurar la paz era la noticia de que Antíoco al frente de un ejército salía de Siria para invadir Europa, y temió que Filipo aprovechase la ocasión para defender las ciudades que había invadido, prolongando la guerra; además tuvo en cuenta que si le sucedía en su cargo otro cónsul, atribuiríase el honor de esta

campaña, y por ello concedió al rey lo que solicitaba: cuatro meses de tregua, recibir de él cuatrocientos talentos, tomar en rehenes a su hijo Demetrio y a algunos amigos suyos y permitirle enviar comisionados a Roma para que el Senado dispusiera lo que creyese oportuno. Separáronse en seguida con la solemne promesa de que si no se concertaba la paz, Flaminio devolvería a Filipo los talentos y rehenes, y todos los interesados despacharon embajadores a Roma, unos para solicitar la paz y otros para ponerle obstáculos.

CAPÍTULO IV

*La credulidad es origen de grandes desaciertos,
aun a los más avisados.*

A pesar de que diariamente somos engañados por unos mismos artificios y por unas mismas personas, no por eso desistimos de nuestra imprudencia. Ya hemos visto frecuentemente ejercer a muchos esta especie de doblez, pero sin llegar nosotros a ser más

cautos. Que otros caigan en el lazo no es asombroso; lo que hay que admirar es que caigan aquellos mismos que son, digámoslo así, la fuente de la malicia misma. Esto proviene de que no tienen presente aquella excelente máxima de Epicarmo: «En ser cauto y desconfiado consisten las reglas de la prudencia.» Medion es una ciudad próxima a Etolia.

CAPÍTULO V

Muerte y elogio de Attalo.

Relatada la muerte del rey Attalo, justo es manifestar, como lo hicimos de otros personajes, las cualidades que le dieron reputación. Sin otro auxilio exterior que sus riquezas, ascendió al trono de Pérgamo. Es éste, en verdad, poderoso medio para lograr cuanto se desea, si se sabe emplear prudentemente y con magnificencia; pero ¡a cuántos ha sido funesto por carecer de ambas virtudes! La envidia pone sin cesar al rico lazos que con frecuencia le

pierden en cuerpo y alma, siendo pocos los que se libran de este género de infortunios. Digno es, pues, de admiración Attalo, porque sólo se sirvió de la riqueza para adquirir la soberanía, la mayor y más bella dignidad que pueda desearse. Para ser digno de ella, comenzó adquiriendo con beneficios gran número de amigos y distinguiéndose en la guerra. Eran por entonces los gálatas la nación más formidable y belicosa; los derrotó en campal batalla, y como consecuencia del triunfo se hizo proclamar rey. De los setenta y dos años de su vida reinó cuarenta, siempre modesto y grave, en compañía de la reina su esposa y de los príncipes sus hijos, y siempre fiel a todos sus aliados. Ocurrió su muerte durante una de sus más bellas empresas por la libertad de los griegos. Dejó cuatro hijos ya adolescentes, quienes encontraron el reino tan bien ordenado, que hasta los hijos de éstos gozaron tranquilo y pacífico reinado.

CAPÍTULO VI

Ratificación en Roma de la paz con Filipo.- Designación de diez comi sarios para arreglar los

asuntos de Grecia.- Los aqueos solicitan en vano aliarse con los romanos. Elegido cónsul Claudio Marcelo, llegaron a Roma los embajadores de Filipo, de Flaminio y de los aliados para tratar de la paz proyectada con el rey de Macedonia. Largos discursos se pronunciaron en el Senado sobre este particular; pero aprobáronse las condiciones a que se sometía Filipo. Llevado el asunto a la sanción del pueblo, Marcelo, que deseaba ardientemente mandar los ejércitos en Grecia, realizó los mayores esfuerzos para que se rompiera el tratado; pero no pudo impedir que el pueblo aprobase el proyecto de Flaminio y ratificase las condiciones. Designó en seguida el Senado diez de los más ilustres ciudadanos para ir a Grecia a arreglar con Flaminio los negocios y asegurar la libertad de los griegos. Presentóse al mismo tiempo al Senado Damógenes de Egea, embajador de los aqueos, rogando que fueran éstos admitidos entre los aliados del pueblo romano; pero se tropezó con dificultades para concederle esta gracia, a causa de que tenían cuestiones con ellos los helenos por la Trifilia, los messenios, aliados ya de Roma, por Asina y Pilos, y los etolios por Erea. Dejóse este

asunto a la decisión de los diez comisarios, y por entonces no sucedió otra cosa en el Senado.

CAPÍTULO VII

Comienzan los beocios a separarse de los romanos.- Los partidarios de Roma dan muerte a Branquiles, general de los beocios.

Tras la batalla de Cinoscéfalos en Grecia, y mientras Flaminio ocupaba cuarteles de invierno en Elatea, despacharon los beocios una diputación al cónsul solicitándole el regreso de los soldados de su nación que habían servido en el ejército de Filipo. Flaminio, que tomaba entonces precauciones contra Antíoco, hizo este favor a los beodos para ganarse su amistad, devolviéndoles sus soldados, entre quienes se hallaba un tal Braquiles. Apenas recibidos, nombraron a este Braquiles general haciendo alarde de especialísimas atenciones a los demás amigos de la casa de Macedonia y concediéndoles las mismas dignidades que antes tenían. Llevaron, en fin, la

ingratitude hasta el extremo de enviar embajadores a Filipo para darle gracias por haberles devuelto sus soldados. Este proceder llamó la atención de Zeuxippo, Pisistrato y otros amigos del pueblo romano, quienes, previendo el futuro, llegaron a temer por sus familias y por sí mismos. Efectivamente, ¿qué seguridad les ofrecía Beocia al salir de Grecia los romanos, mientras Filipo pudiera sostener y apoyar a sus enemigos? Despacharon, pues, una diputación a Flaminio, que refirió extensamente al cónsul el odio que contra ellos animaba al populacho y la ingratitude de su nación. Llegaron hasta decirle que si no se daba muerte a Braquiles para asustar a los demás no podrían vivir seguros en Beocia los amigos del pueblo romano cuando el ejército saliese de Grecia. Respondió Flaminio que ni tomaba parte en tal proyecto ni prohibía llevarlo a cabo, encargándoles que dieran cuenta de él a Alexámeno, general de los etolios. Obedeció Zeuxippo y habló a este general, que aprobó la idea y ordenó a tres etolios y tres italianos matar a Braquiles...

Ningún testimonio es más temible ni grave que el que reside en nuestro interior, la conciencia.

CAPÍTULO VIII

Senatus-consulta para la paz concertada con Filipo.- Solamente los etolios quedan descontentos y lo rasgan. Durante los juegos ístmicos publica un heraldo el senatus-consulta decretado para la libertad de los griegos.- Contestación de Flaminio y de los diez comisarios a los embajadores de Antíoco, de Filipo y de los etolios. Por aquel tiempo llegaron de Roma los diez comisarios que debían arreglar los asuntos de Grecia, llevando consigo el senatus-consulta relativo a la paz con Filipo, cuyos artículos decían así: «Todos los griegos, los de Asia y los de Europa, serán libres y se gobernarán conforme a sus leyes, Filipo entregará a los romanos, antes de la fiesta de los juegos ístmicos, todos los griegos que se hallan en su poder y todas las ciudades donde tiene guarnición; retirará las guarniciones de Euro-ma, Pedasa, Bargila, Jessé, Abidos, Thasos, Mirina y Perintha, permitiendo a estas ciudades que gocen de libertad. Tito escribirá al rey Prusias cuáles son las intenciones del Senado respecto a la libertad de los cianienses. Filipo entregará a los romanos, al

mismo tiempo que los prisioneros, los trásfugas, y además los barcos de un puente, a excepción de cinco jabeques y de la galera de dieciséis bancos de remeros. Dará además, como tributo, mil talentos, la mitad inmediatamente y la otra mitad durante diez años, a razón de cincuenta cada año.» No puede explicarse cuán grande fue la confianza y la alegría de los griegos al saber este senatus-consulto. Únicamente los etolios, descontentos por no lograr lo que habían esperado, procuraban desacreditarle, diciendo que no contenía más que palabras, y para prevenir los ánimos contra el decreto deducían maliciosamente algunas probabilidades de la forma de su redacción, diciendo que, respecto a las ciudades guarnecidas por Filipo, el senatus-consulto ordenaba dos cosas: una que retirase las guarniciones y entregara las ciudades a los romanos, y otra que, al sacar aquellas, dejara las ciudades en libertad; citando nominalmente las que habían de quedar así, que eran las de Asia; de modo que las de Europa, a saber, Orea, Eretria, Calcis, Demetriada y Corinto, deberían ser entregadas a los romanos. Fácil era comprender que en tal caso los romanos sustituían a Filipo, y Grecia no se veía libre de sus cadenas, cambiando

sólo de dueño. Esto era lo que los etolios decían y repetían sin cesar.

Flaminio y los diez comisarios fueron de Elatea a Anticira, y des de allí a Corinto, donde tuvieron frecuentes consejos sobre el estado de los negocios públicos. Para impedir el mal efecto de las noticias que los etolios hacían circular por toda Grecia, y que alarmaban a algunos, creyóse obligado el cónsul a someter a deliberación este asunto, y adujo toda suerte de razones para convencer a los comisarios de que si deseaban inmortalizar el nombre romano entre los griegos, persuadiéndoles de que habían ido a aquella tierra no por propio interés, sino por la libertad de Grecia, preciso era abandonar todos los puntos ocupados, y dejar en libertad las ciudades donde Filipo tenía guarnición. Presentaba esto algunas dificultades, pues en lo tocante a las otras ciudades habían tratado el asunto en Roma los diez comisarios, recibiendo en este punto órdenes expresas del Senado, pero respecto a Calcis, Corinto y Demetria-da, por la necesidad de tomar precauciones contra Antíoco, dejáseles facultad de disponer de ellas según lo estimaran conveniente, con arreglo a las cir-

cunstancias, no dudándose de que Antíoco se preparaba de largo tiempo atrás a invadir Europa. Flaminio logró al fin del Consejo que Corinto quedara libre y en poder de los aqueos; pero no abandonaron los romanos Acrocorinto, Demetriada y Calcis.

Era entonces la época en que debían celebrarse los juegos ístmicos, y la curiosidad por lo que iba a suceder llevó a aquel punto, de casi todas las partes del universo, muchas personas de gran importancia. Objeto era de todas las conversaciones el futuro tratado de paz, y hablábase de él de diferente forma. Manifestaban unos que no existía dato alguno para creer se retirasen los romanos de todas las tierras y plazas que habían conquistado; otros, que abandonarían las ciudades más célebres y guardarían en su poder las de menos fama que les procurasen las mismas ventajas, creyendo saber cuáles eran, y nombrándolas en las conversaciones. Todo el mundo participaba de esta incertidumbre cuando, reunida en el estadio la multitud para presenciar la proclamación de la paz, se adelantó un heraldo, impuso silencio con un toque de trompeta y publicó en alta voz lo siguiente: «El Senado romano y Tito Quinto,

cónsul, tras de vencer a Filipo y los macedonios, dejan en libertad, sin guarnición ni tributos, y para que vivan con arreglo a sus leyes, a los corintos, foceos, locrenses, eubeanos, aqueos, ftiotas, magnetas, tesalianos y perrhebianos.»

Apenas pronunció el heraldo estas primeras palabras, fue tan grande el clamor del auditorio, que algunos no oyeron las demás, y otros desearon oírlas por segunda vez. La mayoría no daba crédito a sus propios oídos, pareciéndole aquello tan extraordinario, que se le figuraba un sueño. Alguno, más impaciente que los otros, pidió a gritos que volviera el heraldo, que la trompeta impusiera de nuevo silencio, y que se repitiese el senatus-consulta, y en mi opinión, no era tanto por oírlo otra vez como por ver a quién anunciaba noticia de tan difícil crédito. Presentóse de nuevo el heraldo, sonó la trompeta y fue repetida la lectura del senatus-consulta; reprodujéronse los aplausos, tan ruidosos que es hoy difícil dar justa idea de aquel suceso. Cuando cesó el ruido, entraron en liza los atletas; pero nadie les hizo caso, porque unos hablaban con los vecinos de lo que acababa de ocurrir, y otros se hallaban tan preocu-

pados, que parecían fuera de sí. Concluidos los juegos, acudió el público al cónsul para darle gracias, y tanto le estrecharon, que creyó morir ahogado. Todos querían verle la cara, saludar al libertador, apretar su mano: arrojáronle coronas y guirnaldas, y faltó poco para que le estrujasen. Pero por brillantes que fueran estas pruebas de reconocimiento, no hay temor en calificarlas de muy inferiores al beneficio. Hermoso fue ver a los romanos ir a su costa, y a través de mil peligros, a Grecia, para librarla de servidumbre; y nobilísimo llevar allí las fuerzas necesarias para ejecutar tan grande empresa. Para mayor ventura, lejos de poner obstáculo alguno, la fortuna fue favorable hasta el instante en que, a la voz de un solo heraldo, todos los griegos, los de Asia y los de Europa, se vieron libres, sin guarniciones, sin tributos y sometidos a sus propias leyes.

Pasada la fiesta, dieron audiencia los diputados a los embajadores de Antíoco, y les ordenaron que nada intentase este príncipe contra las ciudades de Asia que eran libres, retirándose de todas las que había invadido en la época de Ptolomeo y de Filipo. Prohibiéronle además pasar a Europa con un ejérci-

to, puesto que los griegos estaban en paz con todos y disfrutaban libertad. Prometieron finalmente que alguno de ellos iría a conferenciar con Antíoco. Recibidas estas órdenes, retiráronse Hegesianas y Lisias. Fueron llamados en seguida los embajadores de las naciones y ciudades, manifestándoles las resoluciones del Consejo. Dióse libertad a los macedonios llamados orestes, porque durante la guerra se habían unido a los romanos, e igual gracia concedióse a los perrhebianos, dolopos y magnetas. Además de la libertad, obtuvieron los tesalianos que se unieran a su territorio los aqueos ftiotas, exceptuando Tebas, Farsalia y Leucades, que reclamaron los etolios en virtud del primitivo tratado, pero que el Consejo no quiso entregarles, dejando el asunto a la definitiva resolución del Senado, y permitiendo solamente a los focenses y locrenses formar, como antes de la guerra, un solo Estado con los etolios. Devolvióse a los aqueos Corinto, Trifilia y Herea. Los diputados deseaban dar a Eumenes Orea y Eretria, pero Flaminio no opinó así, y por tal razón el Senado concedió también la libertad a estas ciudades, y la de Carista obtuvo igual privilegio. Dieron a Pleurates Lychnis y Parthina, dos ciudades que per-

tenecían a la Iliria, pero que se hallaban bajo la dominación de Filipo. Finalmente, quedaron en poder del rey Aminandro todos los fuertes que había conquistado en el transcurso de la guerra contra el rey de Macedonia.

Así arregladas las cosas, partieron cada uno de los diputados para las ciudades a que debían conceder libertad. Publio Léntulo fue a Bargilia; Lucio Stertinio a Hefestia, a Tasos y a las ciudades de Tracia; Publio Villio y Lucio Terencio a conferenciar con Antíoco, y Cneo Cornelio a ver a Filipo, que encontró en Tempé, manifestándole las órdenes que para él había recibido, y aconsejándole que despachase embajadores a Roma para que no se sospechase que difería hacerlo por esperar la llegada de Antíoco. Prometió el rey que irían inmediatamente, y Cornelio regresó a la asamblea que los griegos celebraban en las Termópilas.

Pronunció en ella largo discurso exhortando a los etolios a persistir en el partido que habían tomado, y a no romper su alianza con Roma. Escuchó tam-

bién sus quejas. Dolíanse unos, con atenta y moderada frase, de no haberse dado a Etolia participación alguna en el feliz éxito de la guerra, y de que los romanos faltaban a lo acordado con ellos; otros aseguraron descaradamente que sin los etolios no hubieran pisado los romanos la Tracia, ni, por consiguiente, vencido a Filipo. No creyó oportuno Cornelio contestar a todas estas quejas, aconsejando a los descontentos que acudieran al Senado, y prometiéndoles que se les haría justicia. El consejo fue aceptado. Así terminó la guerra contra Filipo.

CAPÍTULO IX

Apetencias de Antíoco.

Deseaba con vehemencia el rey Antíoco apoderarse de Éfeso por la posición favorable de esta ciudad, situada como ciudadela para atacar por mar y tierra la Jonia y las ciudades del Helesponto, y frente a Europa como baluarte natural para proteger contra ella los Estados de Asia... Todo contribuía a favorecer los deseos de Antíoco, y ya había penetra-

do en la Tracia cuando Cornelio desembarcó en el puerto de Selimbria con la misión del Senado de negociar la paz entre Antíoco y Ptolomeo.

CAPÍTULO X

Conferencia mantenida en Lisimaquia entre el rey Antíoco y los bajadores romanos.

Por entonces (197 años antes de J. C.) llegó al Helesponto Publio Léntulo acompañado de otros diez desde Bargilio, y Lucio Terencio con P. Villio desde Tasso; y habiendo hecho saber rápidamente a Antíoco su llegada, en pocos días se reunieron todos en Lisimaquia, adonde acudieran también Hegesianax y Lisias, que habían sido enviados a Flaminio por este tiempo. En las conferencias privadas que tuvo el rey con los romanos, todo se redujo a urbanidades, nacidas al parecer de la sinceridad; pero cuando ya en pública asamblea se vino a tratar del asunto, las cosas tomaron muy diverso aspecto. Lucio Cornelio solicitaba que Antíoco cediese a Pto-

lomeo todas las plazas que acababa de arrebatarse en el Asia; y hacía los más vivos esfuerzos para que evacuase asimismo las que habían pertenecido a Filipo, llamando para esto a los dioses por testigos. Cosa de risa, manifestaba, sería que Antíoco acabase llevándose el fruto de una guerra que los romanos han hecho contra Filipo. Le aconsejaba también que no tocarse a las ciudades libres. En una palabra, dijo que extrañaba con qué motivo hubiese pasado a la Europa con dos ejércitos tan poderosos de mar y tierra; que la intención no podía haber sido otra, si se había de pensar con justicia, que la de atacar a los romanos. Dicho esto, calló Cornelio.

Antíoco, ante todo, respondió que no conseguía comprender con qué derecho le disputaban los romanos el dominio de las ciudades del Asia; pues esto más bien le estaba a cualquiera otro, que no a ellos. Después de haberles pedido que con ningún pretexto se mezclasen en los asuntos del Asia, así como él tampoco se mezclaba en los de Italia, dijo: «Si he pasado a la Europa con ejército, ha sido para recobrar las plazas del Quersoneso y de la Tracia, sobre las que nadie puede pretender el mando con

mejor derecho. Estos pueblos fueron en sus principios de la dominación de Lisímaco; pero vencido éste en batalla por Seleuco, pasaron con todo su reino al vencedor por derecho de conquista. En los tiempos siguientes, mis mayores, distraídos con otros cuidados, dejaron a Ptolomeo y Filipo que sucesivamente sustrajesen y se apropiasen estos países; por eso yo ahora no los tomo abusando de la situación en que se halla Filipo, sino los recobro aprovechándome de la ocasión que se me presenta. En establecer y repoblar la ciudad de los lisimaquios, arrojados de su patria injustamente por los traces, no hago injuria a los romanos. Mi ánimo en esto no es provocar a Roma, sino prevenir una corte para mi hijo Seleuco. Las ciudades libres del Asia, si han de gozar de libertad, no ha de ser por mandato de los romanos, sino por liberalidad mía. Por lo que respecta a las diferencias de Ptolomeo, yo las ajustaré a satisfacción suya. Tengo decidido no sólo contraer con él alianza, sino añadir a ésta los vínculos del parentesco.»

A estas palabras L. Cornelio fue de parecer que se llamase a los lamsacenos y smirneos y se les

diese libertad para hablar. Efectivamente, así se hizo. Se presentaron en nombre de los primeros Parmenión y Pitodoro; y por los segundos Coerano. Viendo la libertad con que éstos hablaban, el rey, indignado de tener que dar razón ante los romanos de los cargos que le hacían, interrumpió a Parmenión diciendo: «Basta; no me acomoda que los romanos sean jueces de estas diferencias, sino los rodios.» Y con esto se disolvió la conferencia, sin haber quedado en nada.

Resueltos se hallaban en último extremo a acudir a los romanos, poniendo a disposición de esta República su ciudad y sus personas.

CAPÍTULO XI

Muerte de Scopas el Etolio en Alejandría, igualmente trágica que la de Cleomenes el Lacedemonio, mas no tan gloriosa.- Ciertamente, quien mal anda, mal acaba.- Proclamación del rey Ptolomeo durante su infancia. Muchos anhelan al valor y a las acciones gloriosas, pero pocos se atreven a emprenderlas.

Scopas tuvo sin duda mejores proporciones que Cleomenes para probar fortuna e intentar una acción esforzada. Éste, sorprendido por sus enemigos, se vio reducido únicamente a las esperanzas de sus domésticos y amigos; mas con todo no desesperó, probó todos los medios que lo fueron dables, y prefirió una muerte gloriosa a una vida deshonorada. Pero Scopas por el contrario, a pesar de haber tenido en su apoyo una poderosa tropa de soldados, no obstante de haber alcanzado una ocasión tan oportuna como la minoridad de un rey, se dejó, sin embargo, prevenir por andarse en dilaciones y consultas. Efectivamente, así que supo Aristomenes que reunía en su casa a los amigos para consultar sobre lo que se había de hacer, envió allá algunos escuderos, y le llamó de parte del rey al Consejo. Este solo aviso desconcertó de tal forma las ideas de Scopas, que ni se atrevió a dar un paso más en lo empezado, ni obedeció al llamamiento del rey, que fue hasta donde pudo rayar la imprudencia. Aristomenes, que conoció la falta de consejo que allí existía, manda rodear su casa con soldados y elefantes, y envía a Ptolomeo hijo de Eumenes con una tropa de jóvenes para que le traigan suelto si obedece la orden, y si

no, por fuerza. Ptolomeo se dirige allá y le notifica el mandato del rey. Scopas al principio, sin atender a lo que le decían, se queda mirando atentamente a Ptolomeo por largo rato, en ademán de quien amenaza y extraña la osadía. Ptolomeo se aproxima decidido y le coge de la capa. Scopas pide ayuda a los presentes. Pero como uno de los muchos jóvenes que habían entrado dijese que la casa se hallaba rodeada por fuera, cedió a la necesidad, y se encaminó con sus amigos al Consejo.

Así que entró en el Senado entabló el rey la acusación en breves, palabras; prosiguióla Polícrates que acaba de llegar de Chipre, y la concluyó Aristomenes. Todos los cargos se redujeron a los mismos que ya hemos indicado; únicamente se agregó la reunión de amigos en su casa y la desobediencia al llamamiento del rey. Por estos capítulos le condenaron no sólo todos los que componían el Consejo, sino también los embajadores de las naciones extranjeras que se encontraban presentes. Porque Aristomenes, que era el que le había de acusar, había traído consigo, a más de otros muchos ilustres griegos, a los embajadores etolios que habían venido a

negociar la paz, entre quienes estaba Dorimaco, hijo de Nicostrato. Tras haber hablado los acusadores, Scopas tomó la palabra e intentó alegar algunas excusas; pero eran tan repugnantes a la razón que se desatendió cuanto dijo. Entonces fue metido en la cárcel con sus amigos. Llegada la noche, Aristomenes hizo morir con un veneno a Scopas, sus parientes y todos sus secuaces. Dicearco perdió la vida en los tormentos y azotes, castigo conveniente a los crímenes que había cometido en conjunto contra toda la Grecia. Éste era aquel Dicearco a quien Filipo, cuando se propuso atacar contra la fe de los tratados las islas Ciclades y las ciudades del Helesponto, encomendó el mando de toda la armada y dio la dirección de toda la empresa. Éste, aquel que enviado a una expedición tan evidentemente impía, no tan sólo no hizo escrúpulo de una comisión tan torpe, sino que por un exceso de insolencia pensó aterrar los dioses y los hombres. Éste, en fin, aquel que arribado al puerto levantó dos altares, el uno en honor de la Impiedad, y el otro de la Injusticia; sacrificó sobre ellos y adoró estos simulacros como si fueran deidades. Con razón, pues, los dioses y los hombres le dieron el merecido castigo. Justo es que

el que se propone violar las leyes de la naturaleza, no muera de su muerte natural. El rey dio licencia para que los demás etolios que quisiesen, se retirasen a sus patrias con todos sus efectos.

La avaricia fue lo que más sobresalió en Scopas durante su vida. Efectivamente, por lo que hace a la codicia, no hubo persona a quien no llevase mucha ventaja. Pero ésta se hizo más pública cuando después de su muerte se vio la gran cantidad da oro y alhajas que se hallaron en su casa. Fomentada su pasión con la ignorancia y la embriaguez, no dejó absolutamente arca por abrir en todo el reino.

Después de sosegado el motín de los etolios, los cortesanos dis pusieron al momento hacer la proclamación del rey (197 años antes de J, C.). Es cierto que no tenía la edad competente; pero presumían que después que fuese público que el rey despachaba por autoridad propia, el reino recobraría su tranquilidad y el gobierno iría siempre a mejor. Hechos por todas partes grandes preparativos, se celebró aquel acto con la magnificencia propia del reino. Se

creyó comúnmente que Polícrates había contribuido grandemente a este propósito. Este personaje, desde el tiempo del padre del rey, a pesar de que era joven entonces, había logrado la primera aceptación de palacio por su probidad y bellas acciones. La misma reputación obtenía bajo el rey actual. Este crédito lo había adquirido porque habiéndosele encomendado en tiempos muy peligrosos y revueltos el mando de la isla de Chipre, y el cobro de todas sus rentas, no sólo la había conservado, sino que había reunido sumas considerables de dinero que trajo al rey al regreso, después de haber entregado el gobierno de la isla a Ptolomeo el Megalopolitano. Por este motivo fue recibido en la corte con gran aplauso, y llegó a poseer en la consecuencia grandes riquezas; pero avanzado en edad, se entregó a todo género de deshonestidades y desórdenes, vicios en que asimismo incurrió en la vejez Ptolomeo, hijo de Agesandro. Pero cuando llegue la ocasión no tendremos reparo en referir las torpezas que estos personajes cometieron en el tiempo de su prosperidad.

LIBRO DECIMONONO

CAPÍTULO ÚNICO

Las ciudades de más allá del río Betis. «Manifiesta Polibio que los muros de todas las ciudades situadas más allá del río Betis fueron derribadas en un mismo día por orden de Catón. Estas ciudades eran numerosas y las poblaban hombres habituados a la guerra».

LIBRO VIGÉSIMO

CAPÍTULO PRIMERO

Antíoco celebra Consejo con los etolios.

Eligieron los etolios treinta personas entre los apocletas para ce

lebrar Consejo con el rey... El rey convocó a los apocletas y conferenció con ellos sobre los asuntos presentes.

CAPÍTULO II

Contestación de los beocios a los embajadores de Antíoco.

Antíoco despachó embajadores a los beocios, quienes les dijeron: «Cuando el rey en persona venga a visitarnos, veremos qué contestación nos conviene darle.»

CAPÍTULO III

Embajadas que los epirotas y los helenos despachan a Antíoco.

Hallándose Antíoco en Calcis, llegaron allí Carops, embajador de los epirotas, y Calistrato, de los helenos. Rogóle Carops que no comprometiese a los epirotas en la guerra con los romanos, pues el Epiro era la primera comarca que éstos invadirían al ir de Italia a Grecia; advirtiéndole que si Antíoco estaba en situación de defenderles todos los puertos y ciuda-

des, le darían paso franco, pero de no poder hacerlo, debía perdonar su negativa a recibirle, atribuyéndola a temor de ser atropellados por los romanos. Calistrato suplicó al rey que enviase a los helenos socorros contra los aqueos, decididos a declararles la guerra y de quienes recelaban una invasión. El rey respondió a Carops que nombraría una comisión para deliberar con los epirotas acerca de lo que convenía hacer, y envió a los helenos mil hombres de infantería al mando del cretense Eufanes.

CAPÍTULO IV

La Beocia y sus habitantes.

Hacía ya largo tiempo que los asuntos de esta nación iban por mal camino, desvanecida casi por completo la antigua gloria de su gobierno. Grandes eran su reputación y poder cuando la batalla de Leuctras, pero decayeron posteriormente bajo la pretura de Amaecrito, y tomando otro derrotero, perdieron la antigua gloria. Véase cómo esto sucedió. Les indujeron los aqueos, aliándose a ellos, a

tomar las armas contra los etolios. Éstos invadieron la Beocia. Los beocios reunieron un ejército, y sin esperar a los aqueos, que venían en su auxilio, dieron batalla a sus enemigos, y la perdieron, quedando tan abatidos, que desde entonces nada se atrevieron a emprender para recobrar el antiguo esplendor, ni se unieron por decreto a los demás griegos para ninguna expedición que les propusieran. Sólo pensaban en comer y beber, hasta el exceso de perder ánimo y fuerza. Conviene decir aquí de qué forma se fue verificando gradualmente este cambio.

Una vez derrotados, abandonaron a los aqueos y se unieron al Estado de los etolios, separándose de él al ver marchar a éstos contra Demetrio, padre de Filipo. Luego que entró dicho príncipe en Beocia, sin hacer nada para rechazarle, se entregaron a los macedonios. Quedábales algún tenue sentimiento de la antigua virtud, y no todos sufrieron el yugo con paciencia, siendo objeto de acres censuras Ascondas y Neón, abuelo y padre de Braquiles, y los partidarios más entusiastas de los macedonios. Pero veamos cómo predominó la facción de Ascondas.

Designado Antígono, a la muerte de Demetrio, tutor de Filipo, fue por mar, a causa de no sé qué asuntos, a la extremidad de Beocia. A la altura de Larimna sorprendióle horrible tempestad, arrojando los barcos a la costa, donde quedaron en seco. Corrió entonces la noticia de que Antígono iba a invadir la Beocia, y al saberlo Neón, reunió toda la caballería, de que era general en jefe, y la condujo a la costa para impedir la invasión. Llega donde se hallaba Antígono muy alarmado y comprometido, pero aunque fuera cosa fácil molestar allí a los macedonios, y éstos así lo esperaban. Neón no les atacó. Agradecieronle este proceder los beocios, pero no los tebanos, y cuando puestos a flote pudieron proseguir la ruta los barcos de Antígono, dio éste gracias a Neón por no haberle atacado en la situación en que se encontraba, y se trasladó en seguida al Asia. Recordando dicho favor, cuando más adelante venció a Cleomenes y se hizo dueño de Lacedemonia, nombró a Braquiles gobernador de esta ciudad, y no fue la única merced que recibió la citada familia, porque tanto Antígono como Filipo les proporcionaban dinero y les dispensaban su protección. Con tales recursos pronto dominó a los demás

tebanos que le eran contrarios, y a todos, excepción de corto número, les hizo ser partidarios de Macedonia. Tal fue el origen del crédito que la familia Neón gozaba entre los macedonios y de las liberalidades que recibía.

Mas volvamos a Beocia, donde el desorden era tan grande, que durante unos veinticinco años estuvieron cerrados los tribunales, en suspenso los contratos y sin fallar los pleitos. Entretenidos los magistrados, unas veces en ordenar guarniciones, otras en dirigir alguna expedición, no encontraban momento para escuchar las quejas de los particulares. Las arcas del Tesoro eran saqueadas por algunos que tomaban de ellas fondos para repartirlos entre ciudadanos pobres, procurándose por tal medio los sufragios para obtener las primeras dignidades, y tanto más se inclinaba el pueblo en su favor, cuanto que de tales magistrados esperaba la impunidad de los delitos, la seguridad de que no le molestasen los acreedores, y sacar alguna cantidad del Tesoro público. Quien más contribuía a esta corrupción era un tal Ofeltas, que diariamente ideaba algún proyecto, útil al parecer por el momento, pero de funestas

consecuencias para el Estado. Comenzó y se extendió además la costumbre perniciosa de que los muertos sin hijos no dejaran, como antes, los bienes a su familia, sino a sus compañeros de festines, para que los gastaran en común y aun los que tenían hijos dejaban gran parte de su herencia a esta especie de comunidades. Para muchos beocios tenía el mes más convites que días. Cansáronse por fin los megarianos de tan desdichado gobierno, y volvieron a unirse a los aqueos, de quienes se habían separado, pues en tiempo de Antígono Gonatas formaban con los aqueos un solo Estado. La separación había sido por mutuo consentimiento, a causa de ocupar Cleomenes el istmo e impedir la comunicación entre ambos pueblos. Muy ofendidos los beocios por esta deserción, y creyéndose despreciados, acudieron a las armas. Con el mayor desdén a los megarianos, aproximáronse a la capital sin pensar que los aqueos acudirían a socorrerles, y empezaban ya los preparativos del asalto, cuando aterrados por la noticia que circuló de que se acercaba Filopemen con sus tropas, dejaron las escalas junto a los muros, y desordenadamente regresaron a sus tierras. A pesar de su mal gobierno, no sufrieron mucho los beocios por

las guerras de Filipo y de Antíoco, pero sí en tiempos posteriores. Como si la fortuna quisiera desquitarse, les trató cruelmente, según veremos más adelante... ..
... ..

CAPÍTULO V

Más noticias acerca de los beocios.

Excusaron los beocios la mudanza de sus amistosos sentimientos hacia los romanos con el asesinato de Braquiles y la marcha de Flaminio con su ejército contra Coronea, para castigar los frecuentes asesinatos de ciudadanos romanos en los caminos; pero la verdadera razón fue, según hemos visto, la corrupción en que cayeron. Efectivamente, cuando se aproximó Antíoco a Tebas los magistrados beocios salieron a recibirle, mantuvieron con él amistosa conversación y le hicieron entrar en la ciudad.

CAPÍTULO VI

Antíoco contrae matrimonio en Calcis.

«Cuenta Polibio en el lib. XX que Antíoco, llamado el Grande, salió de Eubea para Calcis y contrajo allí matrimonio a la edad de cincuenta años y en el momento de preocuparle dos graves negocios: el de emancipar a los griegos, según decía, y la guerra con los romanos. Enamorado durante esta guerra de una joven de Calcis, sólo pensó en los preparativos de la boda, dedicando el tiempo a los placeres y a la embriaguez de los festines. Esta joven, de sin par belleza, era hija de Cleoptolemo, uno de los más ilustres ciudadanos de Calcis. Pasó Antíoco todo el invierno en dicha ciudad, ocupado únicamente de la celebración de su matrimonio y sin cuidarse de todos los demás grandes negocios. Dio a su esposa el nombre de Eubea, y, vencido en la guerra, refugióse con ella en Éfeso».

CAPÍTULO VII

Ocupada Heraclea por los romanos, despachan los etolios repetidas veces embajadores a Roma,

viéndose obligados a someterse a la fe de los romanos.- Engañados sobre la significación de esta fórmula, asústanse al saberla, y rompen el tratado.- Regreso de Nicandro, enviado por los etolios a Antíoco, y su conferencia con Filipo. Percatándose Feneas, pretor de los etolios, del peligro que, tomada Heraclea, amenazaba a Etolia, e imaginando los daños que sufrirían otras ciudades, apresuróse a despachar comisionados a Manio para solicitarle una tregua y la paz. Fueron sus embajadores Arquedamos, Pantaleón y Caleses, que llegaron al cónsul con intención de pronunciarle largo discurso, pero lo impidió Manio, interrumpiéndoles y pretextando lo ocupadísimo que le tenía la distribución del botín de Heraclea Concedióles una tregua de diez días, y les prometió enviarles a Lucio para que se enterase de sus deseos. Llegó con ellos Lucio a Hipata, donde las conferencias se celebraron. Para justificar su descontento recordaron los servicios que a los romanos habían hecho; pero Lucio les interrumpió, diciéndoles que tal apología era inoportuna, que habían roto la amistad con Roma, procurándose así el odio de los romanos; que sus anteriores servicios de nada podían servirles en la actualidad, y que el

único medio de aplacar a los romanos era acudir a los ruegos y suplicar al cónsul perdón y olvido de sus faltas. Después de larga deliberación decidieron los etolios dejarlo todo a la discreción de Manio, entregándose a la fe de los romanos, sin saber a lo que se comprometían y pretendiendo con ello la benevolencia de Lucio. Engañáronse por completo, pues entre romanos, entregarse a la fe, es someterse en absoluto a la voluntad del vencedor.

Ratificado el decreto, enviaron a Feneas con Lucio para dar a conocer al cónsul lo decidido. Feneas se presentó a Manio, y después de algunas frases en defensa de los etolios, concluyó diciendo que habían convenido someterse a la fe de los romanos. «¿Es así?», preguntó el cónsul, y al confirmarlo Feneas y Lucio, añadió: «Pues bien: es preciso que ningún etolio vaya a Asia, ni como particular ni como hombre público; además me entregaréis a Dicearco y Menestrato, epirota (de quien se decía que había penetrado con tropas en Neupacta), y con ellos a Aminandro y los atamanienses que le han seguido en la rebelión contra los romanos.» No quiso Feneas oír más, interrumpió al cónsul, diciéndole: «Lo que

me pides ni es justo ni lo permiten las costumbres de los griegos.» Entonces Manio levantó la voz, no por ira, sino para imponerse y asustar a los diputados etolios. «No está mal, grieguecillos, contestó, que aleguéis vuestras costumbres, advirtiéndome lo que debo hacer, después de haberos entregado a mi fe. ¿Sabéis que de mi voluntad depende encadenaros?» Y en prueba de ello hizo llevar cadenas y un collar de hierro, que ordenó poner a uno de ellos. De miedo se le doblaban las rodillas a Feneas y los demás diputados. Lucio y algunos otros tribunos que presenciaban el acto rogaron a Manio que respetase el carácter de embajadores de aquellos griegos, no tratándoles con rigor. Aplacóse el cónsul y dejó hablar a Feneas, quien y manifestó que los magistrados de Etolia harían cuanto se les mandaba; pero que las órdenes, para ser ejecutadas, necesitaban la aprobación del pueblo, por lo que le pedía nueva tregua de diez días. Le fue concedida, y terminó la conferencia.

De regreso en Hipata, los embajadores relataron a los magistrados cuanto oyeran y les sucedió, comprendiendo entonces los etolios a lo que se habían

expuesto por ignorar lo que significaba entregarse a la fe de los romanos. Enviaron inmediatamente órdenes a las ciudades convocando a la nación para deliberar, pero antes que las órdenes llegó la noticia de lo maltratados que habían sido los embajadores, y tan grande fue la indignación que nadie quiso asistir a la asamblea, siendo imposible deliberar. Otra causa difirió asimismo las negociaciones. Nicandro llegó por entonces de Asia a Faleres en el golfo de Malea, y bastó que manifestase al pueblo la buena voluntad de Antíoco y las promesas que le había hecho, para que nadie pensara en la paz, dejando transcurrir tranquilamente los diez días de la tregua sin hacer nada para poner fin a la guerra.

Ocurrió a Nicandro en su viaje singular aventura, que no debo omitir. A los doce días de navegar con rumbo a Éfeso, arribó al puerto de Falara. Supo durante el camino que los romanos se hallaban en Heraclea, y los macedonios, aunque fuera de Lamia, acampando en las proximidades de esta ciudad, y tuvo la suerte de poder entregar en Lamia cuanto dinero llevaba. Llegada la noche, intentó pasar por entre los dos campamentos para ir a Hipata; pero

una guardia de los macedonios le capturó y condujo a Filipo. Imposible parecía evitar una de estas dos contrariedades: o arrostrar la cólera del rey de Macedonia, o ser entregado a los romanos. Anunciaron a Filipo, que estaba comiendo, la prisión de Nicandro, y ordenó se le custodiara, sin causarle privaciones. Concluida la comida, se unió a Nicandro, y después de lamentarse de la insensatez de los etolios al dar entrada en Grecia primero a los romanos y después a Antíoco, le encargó para los magistrados que, al menos en las presentes circunstancias, olvidasen lo pasado, aceptasen su amistad y obraran de forma que etolios y macedonios no trabajasen para destruirse recíprocamente. Y en cuanto a Nicandro le recomendó que recordase siempre su benevolencia al dejarle en libertad y acompañado de buena escolta, con orden de que no le abandonasen hasta penetrar en Hipata. Así se ejecutó puntualmente. Regresó, pues, Nicandro sano y salvo a su patria, pero muy sorprendido de la fortuna que en esta ocasión tuvo, y desde entonces se inclinó siempre a favor de la casa de Macedonia. Este agradecimiento le costó caro en tiempo de Perseo, pues no siendo espontánea su oposición a las empresas del citado

príncipe, sospecharon y le acusaron de estar en inteligencia con él. Llamáronle a Roma para dar cuenta de su conducta y allí murió.

CAPÍTULO VIII

Córax y *Aprautia*.
Córax es una montaña situada entre Callípoli y Naupacta. Aprautia es una ciudad de Tesalia.

CAPÍTULO IX

Mensaje de los lacedemonios al Senado romano.

Regresaron entonces sin haber logrado nada de lo que se prometían los embajadores enviados a Roma por los lacedemonios. Su misión se refería a los rehenes y a sus pueblos. Sobre lo último respondió el Senado que daría las órdenes necesarias a los diputados que debían ir a Laconia, y en cuanto a los rehenes, que deseaba examinar de nuevo el asunto.

Tratóse también de los desterrados, y el Senado contestó que le sorprendía nos les hubieran devuelto a su patria los aqueos, puesto que Esparta había recobrado la libertad.

CAPÍTULO X

EL Senado romano reconoce los servicios que Filipo había prestado a la República en el transcurso de la guerra con Antíoco.

Penetraron en el Senado los embajadores de Filipo, y tanto hicieron valer el celo y la prontitud con que su señor había defendido contra Antíoco los intereses de la República, que antes de concluir la arenga, el Senado, agradecido, permitió a Demetrio, que se hallaba en rehenes en Roma, regresar al lado del rey su padre, y prometió además perdonar a Filipo el tributo convenido si en la actual guerra continuaba fiel a los romanos. Asimismo se dio libertad a los rehenes de los lacedemonios, a excepción de

Armenas, hijo de Nabis, que, poco tiempo después, falleció a causa de una enfermedad.

**LIBRO
PRIMERO
PRIMERO**

**VIGÉSIMO
CAPÍTULO**

*Fiestas de los romanos tras de una victoria.-
Contestación del Senado*

a los embajadores etolios.

Al conocerse en Roma la victoria naval, ordenóse al pueblo una fiesta de nueve días, es decir, no trabajar y ofrecer a los dioses sacrificios en agradecimiento del triunfo concedido a las armas romanas. Fueron escuchados después los embajadores etolios y los de Manio, y el Senado propuso a los primeros esta alternativa o que pusieran sin restricción alguna cuanto les concernía en manos de Roma, o pagar inmediatamente mil talentos y tener los mismos amigos y los mismos enemigos que Roma. Rogaron

los etolios que les explicasen qué era lo que debían poner a disposición de los romanos, pero el Senado no quiso dar esta explicación y prosiguió en guerra contra ellos.

CAPÍTULO II

Mensaje de los atenienses a los romanos en favor de los etolios.- Apu rada situación en que colocan a éstos las proposiciones de los romanos. Informados los atenienses, mientras el cónsul Manio cercaba a Amfisa, de la extremidad en que esta plaza se encontraba y de la llegada de Publio Escipión, enviaron a Equedemo al campo de los sitiadores, con orden de saludar de su parte a los dos Escipiones, Lucio y Publio, y de inducirles, si era posible, a que no hicieran guerra a los etolios. Previendo Publio que este embajador le sería muy útil en el futuro, recibióle con bondadosas atenciones. Tenía el propósito de arreglar las cuestiones con los etolios, y si éstos se negaban, no detenerse allí y trasladarse al Asia, comprendiendo que el único medio de poner fin glorioso a aquella guerra no consistía tanto en

subyugar a los etolios como en vencer a Antíoco y dominar el Asia. Oyó con agrado lo que el embajador le dijo acerca de la paz, y le ordenó sondear a los etolios sobre este asunto. Llegó Equedemo a Hipata y conferenció con los magistrados de Etolia, que con placer le escucharon hablar de paz, y designaron embajadores para que le acompañasen a ver a Publio, acampado a ocho estadios de Amfisa. Relataron éstos detalladamente los servicios que los romanos habían recibido de los etolios. Refirió a su vez Publio, en tono amistoso, lo que había llevado a cabo en España y África, de qué forma se portó con quienes le hicieron dueño de su suerte, y declaró por fin que debían someterse también, entregándose a los romanos. Esperaban los embajadores poder concertar la paz; pero al saber las condiciones, que eran o entregarse a discreción a los romanos o pagar inmediatamente mil talentos y tener por amigos y enemigos los mismos que Roma, indignáronles unas proposiciones tan poco en armonía con el amistoso lenguaje que acababan de oír. Manifestaron, no obstante, que comunicarían estas órdenes a los etolios, y se despidieron. Habló nuevamente Equedemo a los magistrados etolios y se deliberó sobre el asunto.

Siendo impracticable la primera condición, inmensa la suma pedida e imposible de entregar, y asustándo-les la segunda, porque, al aceptarla anteriormente, creyeron verse encadenados; inquietos e indecisos sobre el partido que debían tomar, despacharon de nuevo a los embajadores para rogar disminución en la suma, a fin de poderla pagar, o que los magistrados y las mujeres no quedaran a merced de los romanos. Volvieron a ver a Publio con estas instrucciones; pero Lucio les dijo que no podía tratar de la paz sino en los referidos términos. Regresaron a Hipata en compañía de Equedemo; hubo nueva deliberación, y éste les aconsejó que, siendo por entonces imposible la paz, pidieran tregua para tomar algún respiro y enviaran embajadores al Senado, porque acaso tuviera éste más indulgencia, y si no la tenía, aguardasen la ocasión que el porvenir les presentara para librarse del apuro presente; que su situación no podía empeorar, y existían muchas razones para creer que mejorase. Se estimó juiciosa esta opinión, y enviaron a Lucio nuevos representantes para obtener seis meses de tregua, durante los cuales mandarían una embajada al Senado. Publio, que deseaba ardientemente desde hacía tiempo ir a Asia,

persuadió a su hermano para que concediera la tregua, y redactado el pacto, Manio levantó el sitio, entregó todas las tropas a Lucio y emprendió con los tribunos el camino de Roma.

CAPÍTULO III

Cansancio y división de los focenses frente a la presencia de los romanos.

Cansados los focenses de tener tanto tiempo por huéspedes a los romanos con sus barcos, e impacientes por los tributos que les imponían, se dividieron en varios partidos.

CAPÍTULO IV

Mensaje de los focenses a Antíoco.

Se hallaba acampado Seleuco en las fronteras de Focea cuando los magistrados de esta comarca, rece-

lando que la penuria en que vivían sublevaba la muchedumbre y que los partidarios de Antíoco la inclinaban en favor de éste, enviaron embajadores al citado príncipe para rogarle que no se aproximase a Focea, pues estaban decididos a esperar tranquilos el éxito de la guerra y a someterse después a lo que se les ordenase. De estos embajadores, Aristarco, Casandro y Rhodón eran partidarios de Seleuco, y Hegias y Gelias, de Antíoco. Recibió el rey a los tres primeros amablemente, haciéndoles mucho agasajo y cuidándose apenas de los otros. Informado de las intenciones del pueblo y del hambre que sufría, sin escuchar a los embajadores ni darles contestación alguna, púsose en marcha hacia la ciudad.

CAPÍTULO V

Pausistrato, general de la flota de los rodios.

Al mando Pausistrato de la flota de los rodios, valiéndose de una má quina apropiada para arrojar fuego. A ambos lados de la proa, y en la parte interior y superior del navío, colocáronse dos anclas, sujetas

de forma que sus extremidades avanzaran bastante sobre el mar; de estas extremidades, y sujeta con una cadena, pendía una vasija con gran cantidad de fuego, de modo que al aproximarse de frente o costado un buque enemigo arrojaban el fuego sobre él, sin peligro para la nave que lo llevaba, a causa de la inclinación de la máquina.

CAPÍTULO VI

Panfilidas.

Ciertamente Panfilidas, comandante de la flota de los rodios, sabía aprovechar mejor que su colega Pausistrato todas las circunstancias favorables para la acción. Su talento vasto y profundo le hacía ser si no tan osado, más constante en sus empresas. Pero como la mayor parte de los hombres no juzgan de las cosas por principios y razón, sino por los resultados, siendo mayor la actividad y atrevimiento de Pausistrato, le prefirieron los rodios, hasta que el accidente que les sucedió hizoles cambiar de preferencia.

CAPÍTULO VII

Misivas del cónsul Lucio.

Seleuco y Eumenes recibieron en Samos misivas del cónsul Lucio y de Publio Escipión en las que les manifestaban que se había concedido a los etolios la tregua solicitada, y que el ejército romano marchaba hacia el Helesponto. Los etolios enviaron las mismas noticias a Antíoco y a Seleuco.

CAPÍTULO VIII

Tratado de alianza entre Eumenes y los aqueos.

Despachó Eumenes una diputación a los aqueos para inducirles a que se aliaran con él, y hubo una asamblea en Acaia, donde se concertó y ratificó esta alianza. Entregaron los aqueos al rey mil hombres de a pie y cien caballos, y designaron por jefe a Diofanos, de Megalópolis.

CAPÍTULO IX

Diofanes.

El megalopolitano Diofanes había militado a las órdenes de Filo pemen en el transcurso de la larga guerra hecha por Nabis, tirano de Lacedemonia, en las proximidades de Megalópolis, llegando a ser habilísimo en el arte militar. Robusto de cuerpo y de aspecto altivo, poseía lo que principalmente se estima en un guerrero: la bravura y perfecto manejo de las armas.

CAPÍTULO X

Cercado Eumeno en Pérgamo, disuade a los romanos de aceptar la paz que ofrecía Antíoco.

En ocasión de recorrer la campiña de Pérgamo, supo Antíoco que llegaba Eumeno, y recelando que todas las tropas de mar y tierra cayeran sobre él,

decidió, para evitar el peligro, ofrecer la paz a los romanos, a Eumeno y a los rodios. Levantó, pues, el campo, y se fue a Elea. Delante de la ciudad existía una altura donde situó la infantería; la caballería, que contaba más de seis mil caballos, la hizo acampar en la llanura junto a los muros de la plaza. Entre ambas fuerzas estableció su cuartel general, y envió comisionados a Lucio, que se hallaba en la ciudad, para tratar de la paz. Inmediatamente el general romano reunió a Eumeno y los rodios para pedirles consejo. No se oponían a la paz Eudemo y Pamfílicas, pero Eumeno sostuvo que no era digno ni posible hacerla en aquellas circunstancias, «porque, dijo, no hay dignidad en concertar convenios estando encerrado en los muros de una plaza, y no es posible porque el cónsul no se halla aquí, y sin su autoridad carecería de fuerza y validez el tratado. Además, aunque parezca Antíoco dispuesto a la paz, no podríamos, sin que el pueblo y el Senado romanos ratificaran lo pactado, retirarnos con las tropas de mar y tierra. Lo único factible mientras la aprobación llegaba, era pasar aquí el invierno, concertando una suspensión de hostilidades, consumiendo los víveres y municiones de nuestros aliados, y si el

Senado no opinaba en favor de la paz, reanudar la guerra, cuando ahora, con ayuda de los dioses, estamos en situación de poderla terminar. Así habló Eumeno, y convencido Lucio contestó a los embajadores de Antíoco que hasta la llegada del procónsul no se podía tratar de paz. Al conocer la respuesta Antíoco, devastó la campiña de Elea, y dejando en ella a Seleuco, avanzó hasta la llanura de Tebas, fértil y abundante en toda clase de recursos, donde sus tropas se hartaron de botín.

CAPÍTULO XI

Antíoco y los romanos procuran la alianza de Prusias.

Efectuada la referida expedición, llegó Antíoco a Sardes, despachando inmediatamente un comisionado a Prusias para inducirle a que se aliara con él. Temeroso hasta entonces Prusias de que los romanos se trasladaran a Asia y sometieran todas las naciones a su dominación, manifestábase inclinado a la alianza con Antíoco; pero puso término a su in-

certidumbre una misiva de los dos Escipiones, Lucio y Publio, abriéndole los ojos sobre las consecuencias de la empresa de Antíoco contra los romanos. Empleó Publio las razones más convincentes para disuadirle del error, en que se hallaba, demostrándole que ni él ni la República pretendían quitarle lo que le pertenecía, y haciéndole ver que los romanos, en vez de privar de los tronos a los que legítimamente los ocupaban, habían hecho algunos reyes y aumentado considerablemente el poder de otros; prueba de ello Indibilis y Colcas en Iberia, Massinisa en África, y Pleurates en Iliria, que de jefes de escasa importancia, con la ayuda de Roma habían llegado a reyes, y por tales eran reconocidos que se fijara en Filipo y Nabis; vencido el primero por los romanos y obligado a darles rehenes y a pagar tributo tan pronto como de él recibieron una ligera prueba de amistad, devolviéronle a su hijo y a los demás nobles jóvenes que con él estaban en Roma como rehenes, perdonáronle el tributo y agregaron a su reino muchas ciudades tomadas durante la guerra; y en cuanto a Nabis, aunque era un tirano y tenían derecho a perderle, le perdonaron, obligándole únicamente a dar las seguridades ordinarias: que no

temiera, pues, por su reino, se aliara confiado a los romanos, y jamás tendría que arrepentirse de esta decisión. Tanto impresionó la carta a Prusias, que tras de hablar con los embajadores enviados por C. Livio, renunció a todas las esperanzas que para atraerle a su causa le había hecho concebir el rey de Siria. Sin recurso alguno por este lado, dirigióse Antíoco a Éfeso, juzgó que el único medio para detener a los romanos e impedir la guerra en Asia, era ser fuerte y temible por mar, y resolvió decidir la campaña con un combate naval.

CAPÍTULO XII

Asustado Antíoco al ver a los romanos en Asia, despacha embajadores para solicitar la paz.- Instrucciones que les da para el Consejo y para Publio Escipión personalmente. Derrotado Antíoco en la batalla naval, detúvose en las proximidades de Sardes, y deliberaba detenidamente acerca del partido que debía tomar, cuando supo la noticia de que los romanos habían penetrado en Asia. Consternado entonces y sin esperanzas, envió a Heraclides de

Bizancio para solicitar la paz a los Escipiones, ofreciendo retirarse de Lamsaca, Esmirna y Alejandría, las tres ciudades que habían sido causa de la guerra; salir asimismo de las de Eolia y Jonia, que en la cuestión pendiente se habían unido a los romanos, y además indemnizar a éstos de la mitad de los gastos de la guerra. Tales eran las instrucciones de Heraclides para el Consejo; pero además llevaba para Publio otras que ahora diremos. Llegó el embajador al Helesponto, y encontró al enemigo en el mismo lugar donde había acampado antes de pasar el estrecho. Alegróse al pronto creyendo que era indicio favorable a la paz la circunstancia de que nada hubiera intentado en Asia todavía el ejército enemigo; pero le desanimó la noticia de que Publio se hallaba aun al otro lado del mar, pues creía encontrar en éste poderosa ayuda para la negociación. Publio quedó en el primer campamento porque era salieno, es decir, según explicamos en nuestro tratado de gobierno, miembro de uno de los tres colegios que cuidan en Roma de los principales sacrificios ofrecidos a los dioses, y que donde se hallan, al llegar la época de la fiesta, tienen que quedarse treinta días. Como el ejército debía realizar la travesía en-

tonces, Publio no le siguió, permaneciendo en Europa, y aquel se detuvo próximo al Helesponto esperando a Publio. Llegó pocos días después, y fue llamado Heraclides al Consejo, donde después de manifestar las condiciones a que se sometía Antíoco para concertar la paz, exhortó a los romanos a que no olvidaran que eran hombres, a desconfiar de la fortuna y a no ambicionar ilimitado poder, contentándose con el que en Europa tenían. Agregó que aun limitada su dominación a esta parte del mundo, no dejaría de parecer increíble, porque nadie la tuvo igual, y que si no les satisfacía el número de ciudades ofrecidas por Antíoco y deseaban algo de lo que éste poseía en Asia, lo dijeran, que el rey estaba decidido, por obtener la paz, a aceptar, de ser posible, lo que se le prescribiera.

La opinión del Consejo fue que el general romano contestase al embajador, que Antíoco indemnizase, no la mitad, sino todos los gastos de la guerra, puesto que él fue el primero, y no los romanos, en acudir a las armas, y que al dejar en libertad las ciudades de Eolia y de Jonia, se retiraría además de toda la comarca del lado de acá del monte Tauro. No

hizo caso Heraclides de unas proposiciones que tanto excedían a las órdenes recibidas, ni volvió al Consejo, pero convirtióse en asiduo cortesano de Publio; y un día que pudo hablarle confidencialmente, le dijo que si por medio de él conseguía la paz, su hijo, prisionero al principio de la guerra, le sería devuelto sin rescate; además le daría Antíoco la cantidad en plata que pidiera; y finalmente, partiría con él las rentas de su reino. De todos estos ofrecimientos sólo aceptó Publio el relativo a su hijo, y respondió que agradecería a Antíoco cumplierse su palabra en este punto; pero los demás, tanto los hechos en el Consejo, como los que particularmente le ofrecía, no se acomodaban a los intereses del rey; que acaso hubieran sido atendidas las proposiciones de Antíoco enviándolas cuando se hallaba en Lisimaquia y dueño de la entrada del Quersoneso, y aun después de abandonar ambos puntos, si se hubiera presentado al frente de un ejército en el Helesponto para impedir a los romanos la entrada en Asia. «Pero ahora, dijo, que nuestras tropas acampan aquí y sin oposición de nadie; ahora que hemos puesto freno a su ambición y somos sus señores, no le es permitido tratarnos de igual a igual, y justo es re-

chazar sus ofrecimientos.» Agregó que debía tomar prudentísimas medidas y reflexionar seriamente en su apurada situación, y que para atestiguarle su reconocimiento por la oferta que le había hecho de devolverle su hijo, le aconsejaba acceder a lo que los romanos le exigieran y no atacarles en manera alguna. Regresó Heraclides junto a Antíoco; supo éste la contestación de los romanos y no pensó más en la paz, porque aun cogido con las armas en la mano no debía esperar suerte más triste que la que se le ordenaba. Dedicóse, pues, a preparar nueva batalla.

CAPÍTULO XIII

Condiciones de la paz entre Antíoco y los romanos.

Obtenida la victoria por los romanos en la batalla contra Antíoco, y ocupado Sardes con algunas ciudadelas, presentóse a aquellos Museo en calidad de heraldo de parte de este príncipe. Le recibió Publio con afabilidad, y dijo Museo que el rey, su señor, quería enviarles embajadores para tratar con ellos,

viniendo' él por un salvoconducto, que se le concedió. Al cabo de pocos días llegaron estos embajadores, que eran Zeuxis, sátrapa que fue de la Lidia, y su sobrino Antipater. El primero con quien procuraron entenderse fue Eumeno, temiendo que por sus antiguas cuestiones con Antíoco tratara de prevenir el Consejo en contra de éste; pero se equivocaron, encontrándole moderado y complaciente. Llamados al Consejo, después de hablar con detenimiento de varias cosas, exhortaron a los romanos a usar con moderación y prudencia de sus ventajas; manifestaron que Antíoco carecía de estas virtudes, pero que debían ser preciosas en los romanos, a quienes la fortuna había hecho dueños del universo. Preguntaron en seguida qué debía hacer aquel príncipe para conseguir la paz y la amistad de los romanos, y después de alguna deliberación, contestó Publio por orden del Consejo: que los romanos victoriosos no imponían condiciones más duras que antes de la victoria, y serían las ya ofrecidas a orillas del Helesponto, a saber: que Antíoco se retiraría de Europa, y en Asia de toda la parte de acá del monte Tauro; que daría a los romanos quince mil talentos eubolcos por gastos de la guerra, quinientos inmediatamente, dos

mil quinientos cuando el pueblo romano ratificara el tratado, y el resto a razón de dos mil talentos anuales; que pagaría a Eumeno los cuatrocientos talentos que le debía y lo que le quedase de víveres conforme al tratado efectuado con su padre; que entregaría a los romanos, Aníbal de Cartago, el etolio Theas, el acarnanio Mnasílico, Filón y Ebulides de Calcis, y que, para seguridad del pacto, daría en seguida veinte rehenes, cuyos nombres recibiría por escrito. Tal fue la respuesta de Publio Escipión en nombre del Consejo. Zeuxis y Antipater aceptaron las condiciones. Decidióse luego por unanimidad despachar comisionados a Roma para recomendar al pueblo y al Senado que aprobaran el tratado, y se separaron. Fueron distribuidas las tropas en cuarteles de invierno, y pocos días después llegaban los rehenes a Éfeso. Eumeno, los dos Escipiones, los rodios, los esmirnianos y casi todos los pueblos de este lado del Tauro, dispusieronse a enviar inmediatamente embajadores a Roma.

CAPÍTULO XIV

Los embajadores de los lacedemonios a Filopemen.

Deliberaron los lacedemonios sobre cuál de sus conciudadanos enviarían a Filopemen para llegar a un acuerdo con él sobre los negocios públicos, y a pesar de que la mayoría de las veces se apetecen estos cargos gratuitos, y hasta se pagan, por dar ocasión al contraer amistades y alianzas, nadie quería entonces ser portador de esta gracia de los lacedemonios. La penuria de hombres les obligó a escoger a Timolaüs, ligado por antiguas obligaciones con Filopemen, Soter y su familia. Dos veces fue Timolaüs a Megalópolis con este fin sin atreverse a manifestar a Filopemen el objeto de sus viajes, hasta que finalmente, casi violentándose, volvió por tercera vez y confidencialmente le dijo el donativo. Escuchóle Filopemen con más bondad de la que Timolaüs esperaba, y esto le puso tan contento que imaginó haber logrado su deseo; pero le contestó que pensaba ir dentro de pocos días a Lacedemonia y dar personalmente las gracias a los principales ciudadanos por el favor que le dispensaban. Partió, efectivamente, presentóse al Senado, y manifestó que, aun

sabiendo de largo tiempo atrás la benevolencia de los lacedemonios para con él, la reconocía ahora plenamente al ver la corona ofrecida y los insignes honores que querían dispensarle; mas que el pudor le impedía recibir de sus manos tal presente, y que no era a los amigos, sino a los enemigos, a quienes debían ser ofrecidos estos honores y coronas porque si las aceptaban aquellos, nunca se librarían de los ataques de la envidia. Libre el espíritu de los amigos de estos lazos de agradecimiento, podían tener crédito con los aqueos cuantas veces les pidieron que ayudasen a Esparta; mientras los enemigos agradecidos quedaban obligados a marchar de acuerdo con los lacedemonios, o al menos a guardar silencio y no perjudicarles.

CAPÍTULO XV

Algunas reflexiones morales en torno a Filopemen.

No es indiferente, sino interesantísimo, saber si las cosas se conocen de oídas o por haberlas pre-

senciado. Útil es a todos tener conocimiento seguro de los acontecimientos a que han concurrido. Rara vez marchan de acuerdo lo honrado y lo útil, y son pocos los hombres que pueden conciliar ambas ventajas. Es indudable de que la honradez es con frecuencia contraria a la utilidad presente, y viceversa. No obstante, Filopemen, que en estas circunstancias quería reunir las, consiguió su deseo. Era, efectivamente, honroso hacer que volvieran a Esparta los prisioneros desterrados, y útil a los lacedemonios que esta ciudad humildemente... prudente y ordenada de todas las virtudes militares... para tratar del asunto de Ariarato... de regreso de Tracia... lograr del rey... que estaba dotado de grande alma... en vez de ser los primeros en dar ejemplo de perjurio, conveniales más que los otros violasen los tratados.

CAPÍTULO XVI

Clemencia de Filipo y crueldad de Ptolomeo.

En verdad había recibido Filipo muchas ofensas de los atenienses, y sin embargo no quiso abusar de

la victoria de Queronea para perjudicar a sus enemigos; por el contrario, ordenó que fuesen enterrados los atenienses muertos en el campo de batalla y devueltos a sus hogares los cautivos, no sólo sin rescate, sino dándoles los vestidos que precisaban. Lejos de imitar éstos la benignidad del rey, parecían en competencia para mostrar rencor e imponer suplicios a los que hacían la guerra por la misma causa. Mas ordenó Ptolomeo que ataran estos hombres desnudos a los carros, se les arrastrase así, y les mataran después de este tormento.

**LIBRO
SEGUNDO
PRIMERO**

**VIGÉSIMO
CAPÍTULO**

Demandas de Eumeno y de los embajadores al Senado. Contestación

que reciben.

Al finalizar la primavera, llegaron a Roma Eumeno, los embajadores de Antíoco, los de los rodios y de todos los demás pueblos, porque después de la batalla casi todas las naciones de Asia comprendiendo que su suerte dependía del Senado, designaron representantes. Todos fueron recibidos con grandes atenciones, y con especial distinción Eumeno, adelantándose hacia él y haciéndole magníficos regalos. Después de Eumeno, fueron los rodios los más obsequiados. El día de la audiencia penetró primero Eumeno en el Senado y le dijeron que declarase con absoluta libertad lo que deseaba. Contestó el rey que si tuviera que solicitar gracia de un amigo se aconsejaría de los romanos, por temor de desear algo contrario a justicia o pedir más de lo que conviniese; pero teniendo que pedir a los romanos, lo mejor, en su opinión, era dejara discreción de este pueblo sus intereses y los de sus hermanos. Al oír estas frases, púsose en pie un senador y le dijo que nada temiese, y manifestara con franqueza lo que quería, porque la intención del Senado era otorgarle cuanto pidiera; pero a pesar de las instancias que se le hicieron, negóse Eumeno a hablar más, y se retiró. Deliberó el Senado sobre lo que convenía hacer,

y prevaleció la opinión de llamar de nuevo a Eumeno y apremiarle a que se explicara con libertad, que había venido y conocía mejor que ningún otro los asuntos de Asia y lo que convenía hacer. Penetró el rey de nuevo en el Senado, habiéndole dicho alguno que le acompañaba lo que se había decidido, y vióse obligado a decir su parecer sobre el estado presente de sus negocios.

«En lo que particularmente me concierne, dijo, persisto, padres conscriptos, en la decisión tomada de dejaros en plena libertad de decidir lo que os agrade. No puedo disimular, sin embargo, la alarma que me produce una pretensión de los rodios. Vienen ante vosotros con tanto celo y ardimiento por los intereses de su patria como yo por los de mi reino; pero el discurso que van a pronunciar ante vosotros describe las cosas de un modo distinto a la realidad y fácilmente os convenceréis de ello. Comenzarán diciéndoos que no han venido a Roma para pedir ni para perjudicaros en lo más mínimo, sino para lograr de vosotros la libertad de los griegos establecidos en Asia; agregarán que por mucho que les complazca este beneficio, será aun más dig-

no de vosotros y de la generosidad que con los demás griegos habéis tenido. Esto es la apariencia es bellísimo, mas en el fondo opuesto a la verdad, porque si se da libertad a las ciudades, cual solicitan, su poder aumentará infinitamente, quedando el mío en cierta forma destruido. Desde que fuese pública en nuestra tierra esta determinación, el prestigio de la palabra libertad y la ventaja de gobernarse por leyes propias sustraerían de mi dominación, no sólo los pueblos a quienes se otorgase este beneficio, sino los que antes me estaban sometidos, porque tal rumbo tomará el asunto: se creará que se les debe la libertad, los pueblos libres les prometerán alianza, y por reconocimiento a tan gran beneficio, se juzgarán obligados a obedecer cuantas órdenes de ellos reciban. Os ruego, pues, padres conscriptos, que os fijéis atentamente en este punto, no sea que por descuido acrecentéis demasiado el poder de unos, restringiendo imprudentemente el de vuestros amigos, y hagáis bien a los que contra vosotros han empuñado las armas, desdeñando o menospreciando al parecer a los que os han sido siempre adictos. En cualquier otra cosa que no sea en la amistad y cariño que he de profesaron mientras pueda, cederé de buen

grado a quien pretenda mejor derecho, y lo mismo os diría mi padre si viviese. Fue el primero de asiáticos y griegos que buscó vuestra amistad y alianza, y fiel a ambas prosiguió hasta su último suspiro. Su alianza no se limitaba a puro sentimiento amistoso, pues no hicisteis guerra alguna en Grecia en que él no tomara parte: ninguno de vuestros aliados os ayudó con más tropas de mar y tierra y mayor cantidad de víveres y municiones, y ninguno arrojó mayores peligros. Hasta la vida perdió por vosotros, pues falleció mientras procuraba atraer a los beocios a su partido. Heredero de su reino, lo soy también de su afecto a los romanos. Ni puedo ni es posible amaros más que él; pero he hecho por vosotros más que él hizo, porque los acontecimientos sometieron mi constancia a duras pruebas. Inútil fue que Antíoco mostrase empeño en darme a su hija por esposa y participación en cuanto poseía, entregarme inmediatamente todas las ciudades que de mi reino habían sido desmembradas, y contar conmigo en todas sus futuras empresas si me aliaba a él contra Roma: ninguno de sus ofrecimientos acepté, y lejos de ello, le he hecho la guerra con vosotros, auxiliándoos por mar y tierra con más tropas que ningún otro de vues-

tros aliados y, en los momentos de mayor apuro, más municiones que los otros. Sin vacilar arrostré con vuestros generales los mayores peligros, y en fin, por amistad al pueblo romano, me he visto encerrado y asediado en mi capital, a riesgo de perder corona y vida. Muchos de vosotros, padres conscriptos, conocéis de vista estos hechos, y nadie aquí los ignora. Justo es, pues, que atendáis a mis intereses con igual eficacia que yo defendí los vuestros. ¿No sería, por cierto, extraño que a vuestro enemigo Massinisa, por acudir a vuestro campo con algunos jinetes y seros fiel en la guerra contra los cartagineses, le hayáis dado por reino la mayor parte de África; que Pleurates, sin hacer jamás nada por vosotros, sea hoy por igual razón el príncipe más poderoso de Iliria, y que nada hagáis por mí después de las grandes y memorables empresas que mi padre y yo realizamos por auxiliares? ¿Cuál es, finalmente, el objeto de este discurso y qué es lo que de vosotros deseo? Lo diré con franqueza, pues así lo deseáis. Si vuestro propósito es conservar algunas plazas de Asia a este lado del monte Tauro y que antes obedecían a Antíoco, os veré en ellas con singular placer. Teniéndos vecinos, y sobre todo, participando de

vuestro poder, reinaré tranquilo y convencido de que mi reino está resguardado de todo insulto. Pero si no queréis conservar nada allí, pareceme que a nadie mejor que a mí podéis ceder las comarcas conquistadas durante la guerra. ¿No es más digno, me diréis, dar libertad a las ciudades que estaban en servidumbre? Sin duda alguna, si no hubieran tenido la audacia de unirse a Antíoco en contra vuestra; y pudiéndoles echar en cara esta falta, y más glorioso es devolver a vuestros amigos beneficio por beneficio que favorecer a vuestros enemigos.» Así habló Eumeno, y se retiró. Su discurso conmovió al Senado, dejándole muy dispuesto a hacer todo lo posible por satisfacer al rey de Pérgamo.

Quiso oír después el Senado a los rodios, pero estaba ausente uno de los embajadores, y se llamó a los de Esmirna, que probaron, con la referencia de gran número de hechos, su adhesión a los romanos durante la última guerra, y lo pronto que acudieron en su auxilio. Siendo notorio que de todos los griegos que viven en Asia con leyes propias, ningún pueblo mostró más ardimiento y fidelidad a Roma,

inútil es referir aquí detalladamente cuanto en el Senado dijeron.

Penetraron después los rodios; comenzando por narrar los servicios hechos a los romanos, y sin extenderse en este punto, llegaron pronto a lo que a su patria interesaba. «Sensible es para nosotros, manifestaron, que la naturaleza de los negocios no nos permita opinar como un príncipe al que estamos estrechamente unidos. Creemos que nada pueden hacer los romanos más honroso para nuestra patria, más glorioso para ellos, que librar de servidumbre a todos los griegos de Asia, haciéndoles gozar la libertad, bien que los mortales anhelan como el mayor de todos; pero precisamente no quieren convenir en esto Eumeno y sus hermanos, porque la monarquía no consiente la igualdad entre los hombres, y pretende que todos, o al menos la mayoría, le sean sumisos y obedientes. A pesar de ello, no dudamos de que nos concederéis esta gracia, no, por hacernos la ilusión de que tenemos con vosotros más crédito que Eumeno, sino por ser evidente que lo que pedimos es más justo y conforme a los intereses de los aliados. Razón habría para vacilar, si no pudierais de-

mostrar vuestro agradecimiento a Eumeno de otra suerte que entregándole las ciudades con derecho a regirse por leyes propias, porque entonces tropezaríais en la dura alternativa de desatender a un príncipe verdaderamente amigo, o faltar a lo que la justicia y el deber exigen de vosotros, oscureciendo o borrando por completo la gloria que con vuestras empresas habéis adquirido. Pero siéndoos fácil satisfacer a todos, ¿por qué dudar? Estamos aquí como junto a mesa abundantemente servida, de donde cada cual puede tomar más de lo preciso para hartarse. Podéis disponer en favor de quien queráis de la Licaonia de la Frigia; cerca del Helesponto, de Pisidia, del Queroneso y de todas las comarcas vecinas de Europa, regiones que unida cualquiera de ellas al reino de Eumeno, le hará diez veces mayor que es actualmente; y si le concedéis todas o al menos la mayoría, no habrá reino más grande y poderoso que el suyo. Podéis, pues, romanos, recompensar con magnificencia a vuestros amigos, sin perjuicio de vuestra gloria y sin faltar a lo que da más esplendor a vuestras empresas, porque el objeto que os proponéis no es el que persiguen otros conquistadores que salen a campaña para subyugar ciudades y apoderar-

se de navíos y municiones. Vosotros habéis sometido el universo entero a vuestra dominación y desdeñáis tales cosas. ¿Qué necesitáis ahora? ¿Qué debéis buscar con mayor interés y cuidado? Las alabanzas y la gloria, difíciles de adquirir y más difíciles de conservar. ¿Queréis convenceros? Habéis hecho la guerra a Filipo exponiéndoos a todo género de peligros sólo por dar libertad a los griegos, único fruto que os proponíais de esta expedición, y no obstante, os ha satisfecho más que los terribles castigos con que os vengasteis de los cartagineses. Y no nos sorprende, porque el dinero que habéis exigido es un bien común a todos los hombres; pero los honores, los elogios y la gloria sólo corresponden a los dioses y a los hombres que se asemejan a la divinidad. La más hermosa de vuestras empresas es la de haber dado libertad a los griegos, y si concedéis igual favor a los griegos de Asia, llegará vuestra gloria a su apogeo; pero si no queréis coronar vuestra primera generosa acción con esta última, perderéis mucha parte de la fama que aquella os produjo. En cuanto a nosotros, romanos, unidos a vosotros y por hacer triunfar vuestras miras, hemos arrostrado los mayores peligros, y conservaremos siempre los mismos

amistosos sentimientos; por ello no tememos manifestar lo que nos parece más y conveniente y ventajoso. Ni nos mueve interés propio, ni deseamos otra cosa que lo que os convenga hacer.» Así hablaron los embajadores rodios, y la solidez de sus argumentos unida a la modestia de su discurso conquistaron los aplausos de todo el Consejo.

Los embajadores de Antíoco, Antipater y Zeuxis, penetraron en seguida, y se limitaron a pedir, a suplicar que fuese confirmada la paz hecha en Asia por los dos Escipiones, cosa que el Senado hizo en el acto. Pocos días después el pueblo ratificó la paz y se hicieron a Antipater los juramentos de costumbre en tales ocasiones. Llamados después otros embajadores procedentes de Asia, concedióseles corta audiencia, dando a todos igual respuesta, cual fue, que se designarían diez diputados, para sobre el terreno enterarse de las cuestiones que las ciudades tenían entre sí. Se les designó, efectivamente, con facultades para arreglar a su arbitrio estos particulares asuntos. Respecto a los generales el Senado ordenó que todos los pueblos hasta el monte Tauro, sometidos antes de la guerra a Antíoco, en adelante

reconocieran por rey a Eumeno, a excepción de la Licia y de la Caria, hasta el Meandro, que se daban a los rodios; que las ciudades griegas tributarias antes de Attalo lo serían ahora de Eumeno, quedando exceptuadas las que no pagaban tributo a Antíoco. Tales fueron las órdenes dadas a los diez comisarios enviados a Asia junto al cónsul Cneo.

Así arreglados los negocios, volvieron los rodios al Senado para tratar de la ciudad de Soles, que se halla en Cilicia, asegurando que debían velar por sus intereses a causa de ser sus habitantes, como ellos, una colonia de argivos, y considerarles hermanos, manteniendo con ellos unión verdaderamente fraterna. Solicitaron, pues, como favor a los rodios que aquellos obtuviesen la libertad. Al oír la petición, el Senado ordenó llamar a los embajadores de Antíoco, y deseó que este príncipe abandonara la Cilicia, pero Antipater y Zeuxis se negaron a aceptar esta condición, que era contraria a lo estipulado. Les propuso entonces el Senado dejar en libertad la ciudad de Soles, y resistiendo los embajadores acceder a ello, les despidió, haciendo entrar a los rodios y enterándoles de que los representantes de Antíoco se oponían.

an a su petición. Agregó que si resueltamente querían la libertad de Soles, arrostrando por todo, satisfarían su deseo. Tanto complació a los rodios la decisión del Senado por servirles, que manifestaron estar conformes con lo que se les había otorgado, y Soles continuó como estaba. Próximos a partir los diez comisarios y los embajadores, llegaron a Brindis, en Italia, Publio y Lucio Escipión, ambos vencedores de Antíoco, y entraron pocos días después en Roma, consiguiendo los honores del triunfo.

CAPÍTULO II

Restablecido en el trono Aminandro, despacha a Éfeso embajadores a los Escipiones.- Los etolios se apoderan de Anfiloquia, la Aparantia y la Dolopia.- Vencido Antíoco, procuran apaciguar el rencor de los romanos. Creyéndose Aminandro en tranquila posesión de su reino, despachó embajadores a Roma y los dos Escipiones, que aún permanecían en Éfeso. Las órdenes dadas a estos embajadores eran excusar, en lo tocante a los etolios, el haber recobrado sus

Estados, quejarse de Filipo y rogar que se le contase en el número de los aliados.

Juzgaron los etolios la ocasión propicia para penetrar en Anfilo quia y Aparantia, y su general Nicandro reunió numeroso ejército, invadiendo Anfiloquia, desde donde, por no encontrar resistencia alguna, se trasladó a la Aparantia, cuyas poblaciones, como las de la anterior provincia, se rindieron de buen grado. Entró en seguida en Dolopia, donde al principio quisieron defenderse permaneciendo fieles a Filipo, pero al saber lo sucedido a los atamanienses y la fuga de Filipo, cambiaron de parecer y se unieron a los etolios. Concluida esta feliz expedición, regresó Nicandro a Etolia muy satisfecho de haber librado a su patria con tales conquistas de todo peligro exterior; por lo menos así lo creían. Pero mientras se regocijaban los etolios con sus conquistas, llegó la noticia de haberse librado una batalla en Asia siendo completamente derrotado Antíoco. Cundió la alarma por todas partes, y al mismo tiempo llegó de Roma Damotelo anunciando que continuaban en guerra con esta república y que el cónsul Marco Fulvio iba contra ellos al frente de un ejérci-

to. Esto aumentó la alarma ignorando cómo se librarían de la tempestad que les amenazaba. Tomaron al fin el partido de enviar comisionados a los rodios y a los atenienses, rogándoles mandaran a Roma embajadores que, apaciguando la cólera de los romanos, aliviassen algo los males que agobiaban la Etolia. También por su parte despacharon una embajada, eligiendo para formarla a Alejandro llamado el Isiano, Feneas, Carops, Alipo de Ambracia y Licopes.

CAPÍTULO III

Cercan los romanos a Ambracia.- Extremada avaricia de uno de los tres embajadores etolios.

Habló el cónsul con los embajadores que habían ido a verle de parte de los epirotas acerca de la expedición de que estaba encargado contra los etolios, y les pidió consejo. Obedeciendo entonces los ambracianos las leyes de los etolios, aconsejaronle los embajadores poner sitio a Ambracia, porque si los

etolios deseaban aceptar una batalla, el campo era allí muy a propósito para darla, y si por temor la rehusaban, fácil cercar la ciudad, encontrando en aquella comarca abundancia de todo lo necesario para la alimentación de las tropas y los trabajos del asedio, pues el Aractus que corría junto a sus muros le facilitaba conducir al campamento todo lo necesario y resguardaría las obras de sitio.

Conoció Marco Fulvio que el consejo era bueno; levantó el campamento, y por el Epiro condujo el ejército delante de Ambracia. Al llegar no se atrevieron los etolios a hacerle frente. Reconoció las fortificaciones, cercó la ciudad, y empezó rudamente el ataque.

Antes de que partiese el cónsul, los embajadores enviados por los etolios a Roma fueron descubiertos por Sibirto, hijo de Petreo, en la Cefalenia y conducidos a Casandra. En el primer momento opinaron los epirotas trasladarlos a Buquetus, guardándoles allí con cuidado; pero algunos días después, y por estar en guerra con los etolios, les propusieron resca-

tar su libertad. Uno de estos embajadores, Alejandro, era el hombre más opulento de Grecia; también eran ricos pos otros dos, pero no tanto como aquel. Pidiéronles a cada uno cinco talentos, y los dos últimos aceptaron con gusto la condición, considerando que la libertad era el bien máspreciado que tuvieran en el mundo; pero Alejandro dijo que no quería comprarla tan cara, y que cinco talentos eran suma exorbitante. Mientras él pasaba las noches gimiendo y llorando por la pérdida que le amenazaba, temieron los epirotas que al saber los romanos la detención de los embajadores, les escribieran rogándoles o quizás ordenándoles que les pusieran en libertad. Este temor les hizo menos exigentes, contentándose con pedir tres talentos por rescate de cada uno de ellos. Los dos menos ricos consintieron pagarlos, y dando fianza regresaron a su tierra; pero Alejandro respondió que sólo pagaría un talento, y que aun esto era mucho, por lo cual continuó detenido. Parece que este viejo, poseedor de doscientos talentos, prefería perder la vida a dar tres; que a tal extremo conduce la avaricia de acumular dinero; y, no obstante tan buen resultado tuvo en esta ocasión su insensata negativa, que la aplaudieron y

elogiaron, porque a los pocos días llegaron a Casandra las cartas de los romanos que temían los epirotas, y Alejandro fue el único embajador que recobró la libertad sin rescate. Cuando los etolios supieron la aventura designaron a Damotelo para que fuese de embajador a Roma; fiero al saber éste en Leucades que Marco Fulvio se dirigía por el Epiro a Ambracia, desesperó del éxito de su embajada y regresó a Etolia.

CAPÍTULO IV

*Resistencia de los etolios frente al cónsul romano Marco Fulvio.
Evocación de otros famosos agedios.*

Cercados los etolios por el cónsul romano Marco Fulvio, resistieron valerosamente los ataques de las máquinas y arietes que había hecho avanzar. Fortificado su campamento, hizo construir el cónsul contra Pyrrhea, en la llanura, tres obras avanzadas, separadas por intervalos y dirigidas al mismo punto; construyó otra por la parte de Esculapium, y la quinta

contra la ciudadela. Impulsados con gran vigor todos estos trabajos que estrechaban la ciudad, los encerrados dentro veían con espanto los terribles peligros que les amenazaban. Los arietes batían potentes los muros, y los sitiados aprovechaban todos los medios para resistir, lanzando con sus máquinas contra los arietes masas de plomo, fragmentos de roca y troncos de encina. Valiéndose de anillos de hierro, atraían a la parte inferior de los muros las guadañas del enemigo para romper el aparato que las movía y apoderarse de ellas, y diferían las operaciones del asedio con frecuentes salidas, atacando por la noche a los centinelas que protegían los trabajos o acometiendo con arrojo durante el día a los diversos puestos
... ..
... ..

Nicandro envió un día quinientos jinetes que penetraron en ella atravesando audazmente los atrincheramientos del contrario. Les ordeno que, en determinado día y hora atacaran a los sitiadores, prometiéndoles que él lo haría también por opuesto lado participando del peligro. Salieron, efectivamen-

te, los sitiados y combatieron con valor; pero temiendo el peligro, o por alguna ocupación precisa que le impidiera realizar el proyecto, no atacó Nicandro, y el esfuerzo fue inútil .

...Muchas ciudades, aun después de destruidos sus muros, resis tieron al enemigo como lo hizo Ambracia. A fuerza de golpear sin interrupción con los arietes, los romanos derribaban cada día una parte de la muralla; pero no podían entrar por la brecha, porque los cercados construían por dentro un nuevo muro y los etolios que quedaban combatían con arrojo entre las ruinas. Desesperando los romanos de poder ocupar la ciudad a viva fuerza, comenzaron a hacer minas; pero tampoco conseguían nada, porque los sitiados, que según probaremos, eran muy hábiles en todos los trabajos militares, comprendieron la intención y neutralizaron los efectos. Fortificaron los romanos de lastres obras avanzadas la de en medio, poniéndola a cubierto de todo ataque, y construyeron paralelamente al muro un pórtico de doscientos pies de largo. Al abrigo de esta muralla continuaron sin interrupción los trabajos de las minas, esparciendo la tierra que sacaban.

Así engañaron a los cercados durante muchos días, hasta que por elevarlo el montón de tierra comprendieron éstos lo que sucedía e hicieron una contramina paralela al muro y al pórtico construido frente a las torres. Cuando tuvo la profundidad conveniente, colocaron en ella una serie de instrumentos y campanas de bronce de delicada construcción para escuchar el ruido de los mineros romanos y saber la dirección de sus trabajos. Así dirigidos, atravesaron su mina con otra por debajo de la muralla en la presumida dirección de la que hacía el contrario. Pronto concluyeron esta nueva mina, porque la excavación de los romanos pasaba ya del muro, habiendo tenido que sostener con postes ambos lados de la reina. Encontráronse, pues y trabaron combate con sus picas, pero sin resultado, por lo fácil que era protegerse con el escudo. Uno de los sitiados sugirió a sus conciudadanos la idea de colocar en aquel punto un tonel tan grande como la excavación, lleno de menuda pluma y atravesado por una barra de hierro con agujeros. Abierto el tonel por la parte que daba al enemigo, prendieron fuego en la abertura, que avivado con la barra y comunicado a las plumas, produjo por la humedad de éstas un humo acre y

violento en toda la parte de mina que los romanos ocupaban, y no pudiendo ni detener el humo ni sufrirlo, abandonaron la mina.

CAPÍTULO V

Tras larga resistencia ríndese Ambracia al cónsul.- Paz entre etolios y romanos.- EL tratado.

Llegaron al campamento de los romanos embajadores de los ate nienses y de los rodios para inclinar a Fulvio a concertar la paz con los etolios, y Aminandro, rey de los atamanienses, solicitó también salvoconducto para presentarse al cónsul. En la época de su fuga había vivido largo tiempo en Ambracia, a cuyos habitantes amaba, mostrando grande empeño por librarles de aquella extremidad. Pocos días después acudieron asimismo embajadores de Acarnania, acompañados de Damotelo, pues al saber el cónsul el accidente ocurrido a los embajadores etolios escribió a los de Tiro para que se los llevasen. Todas estas embajadas reunidas, trabajaban con

ardor por la paz. Sin cesar exhortaba Aminandro a los ambracianos diciéndoles que la conseguirían siguiendo mejores consejos. Con frecuencia llegaba al pie de las murallas y hablaba con los sitiados, y creyendo éstos oportuno que entrase en la ciudad, solicitó permiso al cónsul, que se lo concedió. Entró, pues, y deliberó con los ambracianos sobre la situación presente.

Por otro lado, los embajadores de Atenas y de Rodasen sus frecuentes conversaciones con el cónsul procuraban calmarle e inducirle en favor de los ambracianos. Alguno sugirió a Damotelo y a Feneas que vieran e hiciesen amistad con C. Valerio, hijo de Marco Lœvino, que fue el primero en llevar a cabo un tratado de alianza con los etolios, y hermano de madre de Marco Fulvio. Era Valerio joven oficial de gran talento y de mucho valimiento con el cónsul. Recomendóle Damotelo este negocio, que Valerio consideró como asunto propio, hasta el punto de juzgar deber suyo proteger a los etolios y procurando con el mayor celo restablecer su amistad con los romanos. Tanto se movió para conseguirlo, que al fin logró su deseo. Cediendo los ambracianos a las

exhortaciones de Aminandro, rindiéronse a discreción, abriendo al cónsul las puertas de la ciudad, a condición, no obstante, para no faltar a la fe con sus aliados, de que salieran libremente los etolios para retirarse a su patria. Efectuado el tratado de paz con consentimiento del cónsul, decía en substancia que los etolios pagarían inmediatamente doscientos talentos eubeicos y trescientos en diez años, a razón de cincuenta cada uno; que en el plazo de seis meses devolverían sin rescate todos los prisioneros y tráfugas que tenían de los romanos; que no sujetarían ninguna ciudad a sus leyes y gobierno, ni someterían ninguna de las tomadas por los romanos desde que Tito Quintio fue a Grecia o que habían hecho alianza con Roma, y que los cefalenios no quedaban incluidos en el tratado. Este sólo era un proyecto sin fuerza hasta que los etolios convinieran en él y se diese cuenta al Senado. Los embajadores de Atenas y Rodas permanecieron en Ambracia esperando la vuelta de Damotelo, que fue a anunciar a los etolios lo pactado. Éstos, que no esperaban ser tan bien tratados, lo aceptaron con regocijo, aunque en el primer momento sintieran la separación de las ciudades que vivían sujetas a sus leyes.

Rendida Ambracia, puso en libertad el cónsul a los etolios, según se había estipulado; pero ordenó transportar las estatuas, cuadros y objetos de arte, que eran muchos, porque Ambracia había sido capital y lugar de residencia de Pirro. Se le obsequió a Fulvio con una corona de ciento cincuenta talentos. Entró éste en seguida en las tierras de Etolia, sorprendiéndole no encontrar resistencia, y al llegar a Argos de Anfiloquía, distante ciento sesenta estadios de Ambracia, acampó, y supo por Damotelo que los etolios habían confirmado el convenio. Regresaron los embajadores etolios a sus casas y Fulvio a Ambracia, donde no se detuvo, saliendo para Cefalania.

Eligieron en Etolia por embajadores para ir a Roma a Feneas y Nicandro, con objeto de que gestionaran la ratificación del tratado de paz por el pueblo, sin lo cual era ineficaz. Llevando consigo a los embajadores de Atenas y de Rodas, se pusieron en camino. Por su parte, el cónsul envió también a Caio Valerio y a algunos otros amigos suyos, que al llegar a Roma hallaron al pueblo excitado por Filippo contra los etolios. Creía este príncipe que habían sido injustos con él al apoderarse de la Atamania y

de la Dolopia, y suplicó a los amigos que tenía en Roma que, tomando parte en su resentimiento, impidieran la ratificación del tratado de paz: y de tal forma prepararon los ánimos, que apenas quiso escuchar el Senado la que decían los embajadores etolios, hasta que, a ruegos de los rodios y de los atenienses, se les oyó con atención. Uno de los embajadores de Atenas, Damis, fue aplaudido por toda la asamblea en varios párrafos de su discurso, y especialmente en una comparación muy apropiada al asunto. Manifestó que era justa la irritación del Senado contra los etolios, quienes colmados de beneficios por Roma, nunca atestiguaron agradecimiento: que, provocando la guerra con Antíoco, pusieron al pueblo romano en inminente peligro; pero que hacía mal el Senado al imputar a la nación tales faltas, porque en los Estados la muchedumbre era en cierto modo parecida al mar, de ordinario apacible y tranquilo, hasta el punto de aproximarse a él y viajar sobre sus aguas sin temor ni peligro, pero que agitado por impetuoso huracán, es lo más terrible y formidable; que esto había ocurrido en Etolia, pues mientras sus habitantes, se dejaron guiar por sus propios instintos, fueron, de todos los griegos, los

más amigos y mejores auxiliares de los romanos; pero al volver allí Thoas y Dicearco procedentes de Asia, y Menestas y Damócrito de Europa, sublevaron la muchedumbre, mudando sus disposiciones naturales hasta el extremo de comprometerla a decirlo y hacerlo todo. Cegada por malos consejos, y deseando perjudicar a los romanos, se precipitó en un abismo de desdichas; que la cólera del Senado debía dirigirse contra aquellos botafuegos y no contra la República etolia, digna de su compasión, y que librada por la paz del peligro en que se hallaba, volvería a ser, de seguro, como antes, por agradecimiento a este nuevo beneficio, la amiga más fiel de Roma entre todas las naciones de Grecia. Este discurso reconcilió a los etolios con el Senado, que aprobó e hizo ratificar por el pueblo el tratado. Decía así:

«Los etolios tendrán respeto sincero y sin reserva al imperio y dominación romana, No dejarán paso por sus tierras y ciudades a ninguna tropa que manche contra los romanos, sus aliados o sus amigos, y en ningún caso lo socorrerán por disposición de las autoridades. Tendrán por amigos y enemigos los

mismos que el pueblo romano, y harán la guerra a los que los romanos la hagan. Devolverán todos los tráfugas y prisioneros hechos a los romanos y a sus aliados, a excepción de los que capturados en el transcurso de la guerra y devueltos a su patria fueran prisioneros por segunda vez y de los que eran enemigos de Roma cuando los etolios estaban aliados a ella. Estos prisioneros y tráfugas serán entregados a los magistrados de Corcira en el término de cien días, a contar desde la ratificación del tratado, si en dicho término no se encontrara a algunos, los entregarán cuando aparezcan, sin cometer fraude ni permitir que regresen a Etolia. Pagarán inmediatamente los etolios en plata tan buena como la del Ática, al procónsul que está en Grecia, doscientos talentos euboicos, y podrán, si lo desean, abonar en oro la tercera parte de esta suma a razón de diez minas de plata por una de oro. Enviarán además a Roma cincuenta talentos anuales durante seis años. Entregarán al cónsul cuarenta rehenes elegidos por los romanos, que no tendrán menos de nueve ni más de cuarenta años. No habrá pretor, ni general de caballería, ni escriba público que no haya estado antes en rehenes en Roma. Los etolios cuidarán del viaje de

los rehenes, y si alguno falleciese será reemplazado por otro. No será comprendida en este tratado la Cefalonia. No conservarán los etolios dominio alguno sobre las tierras, ciudades y hombres que se hallaban en su poder en tiempo de los cónsules Tito, Quintio, Cneo Domicio, y posteriormente, o que han sido aliados de Roma. La ciudad y territorio de los eniados se unirá a la Acarnania.» Jurada fidelidad a estos artículos, firmóse la paz. Así se arreglaron los asuntos de los etolios, y en general los de todos los griegos.

CAPÍTULO VI

En qué época sostuvo el cónsul Manlio la guerra contra los gálatas.

Esta guerra concluyó en Asia, mientras en Roma se trataba la paz con Antíoco y en Grecia luchaban los romanos con los etolios. Todos los embajadores que fueran de Asia a Roma trabajaron para terminarla.

CAPÍTULO VII

Esfuerzo que cuesta a Moagetes, tirano de Cibira, preferir su salvación a su dinero.

Moagetes, tirano de Cibira, era falso y cruel. Merece que hable de él, no de paso, sino con el cuidado y diligencia que a mi historia conviene. Al aproximarse el cónsul, que para sondearle envió por delante a C. Helvio, el tirano de Cibira despachó un comisionado a éste rogándole que impidiese el saqueo de sus tierras, pues él era amigo del pueblo romano y se hallaba dispuesto a hacer cuanto le ordenaran. Al mismo tiempo ordenó le ofrecieran una corona que valía quince talentos. Prometió Helvio que no tocarían a sus tierras, y a la vez le recomendó enviase una embajada al cónsul que se aproximaba y llegaría pronto. Mandó, efectivamente, Moagetes embajadores en compañía de su hermano, y encontraron éstos en el camino al cónsul, que les manifestó en tono enérgico y amenazador era Moagetes el príncipe asiático que más había contribuido a com-

batir el poder de Roma, no mereciendo su amistad, sino su cólera e indignación. Asustados los embajadores, hicieran caso omiso de las órdenes recibidas, suplicando al cónsul que conferenciase con Moagetes, y obtenida esta gracia regresaron a Cibira. Salió el tirano de la ciudad al día siguiente, acompañado de sus amigos, vestido con humildad, sin escolta y en un estado que daba compasión verle. Empezó doliéndose de su pobreza y de la miseria de las ciudades de su pequeño Estado, que sólo eran tres, Cibira, Silea y Alinda, y rogó al cónsul que se contentara con quince talentos. Admirado Cneo Manlio de la falta de pudor de este tirano, le dijo que si no daba quinientos talentos talaría sus tierras, pondría sitio a Cibira y la entregaría al saqueo. Amedrentado Moagetes, suplicó que no llevase a cabo las amenazas, y lo hizo con tal habilidad, que agregando algo a los primeros ofrecimientos, se hizo amigo del pueblo romano, sin costarle más de cien talentos y diez mil medidas de trigo.

CAPÍTULO VIII

Acciones de Manlio en la Pamfilia y la Caria en el transcurso de la guerra de los galo-griegos.

Luego de atravesar Cneo Manlio el Colabates, recibió embajadores de la ciudad llamada Isionda para suplicar que la socorriera contra los telmesianos, que en unión de los filomenianos, después de talar los campos y saquear la ciudad, tenían puesto sitio a la ciudadela, donde se habían refugiado todos los habitantes con sus mujeres e hijos. Prometiéndoles bondadosamente Manlio que iría en su auxilio, y previniendo las ventajas de este negocio, se dirigió a la Pamfilia y contrajo alianza con los telmesianos y los aspendianos mediante cincuenta talentos que exigió. Presentáronse allí embajadores de otras ciudades, a quienes inspiró los mismos sentimientos amistosos, y después de hacer levantar el sitio de Isionda, regresó a la Pamfilia.

CAPÍTULO IX

Secuencias de la incursión contra los galogriegos.

Ocupada la ciudad de Cirmasa con un botín considerable, cuando costeaba Manlio un pantano encontró los embajadores que le enviaban los habitantes de Lisinoe para rendirse a discreción. Desde allí penetró por las tierras de los salagusianos, apoderándose en ellas de un gran botín, y esperó hasta ver lo que la ciudad resolvía. Enviáronle un comisionado para saber las condiciones con que concedería la paz, y exigió una corona de un valor de cincuenta talentos, dos mil medimnos de cebada, y dos mil de trigo. Entregósele lo que pedía, y quedó concertada la paz.

CAPÍTULO X

Eposoñat, rey de los galogriegos, exhorta sin resultado a los otros reyes de la misma región a someterse a los romanos.

Despachó Manlio embajadores a Eposoñat para que gestionara con los otros reyes de la Galo-Grecia, y recibiólos de aquel poco tiempo después, suplicándole, que no se apresurase a levantar el campo ni a atacar a las galo-tolistoboges, porque él mismo iría a ver a sus reyes y les inclinaría a la paz, persuadiéndoles para que aceptaran las condiciones que les ofrecieran, siendo razonables...

Avanzó Cneo Manlio hasta el Sangaris, y no pudiendo vadearlo por la profundidad, hizo construir un puente. Cuando acampaba a orillas del río se le presentaron algunos galos enviados de Pessinunta por Altis y Battacus, sacerdotes de la madre de los dioses. Llevaban éstos suspendidos al cuello emblemas y figuras, y le manifestaron que la gran diosa presagiaba a los romanos la victoria y el poder. Acogióles Manlio con benevolencia, pero al llegar éste junto a la aldea de Gorda mandóle a decir Eposoñat que había visto a los reyes de los galos, que no aceptaban ningún convenio, y que habiendo reunido en el monte Olimpo sus mujeres, sus hijos y efectos, se disponían a la defensa.

CAPÍTULO XI

Ortiagón, rey de Galacia.

Ortiagón, rey de Galacia, decidió extender su dominación a todos los gálatas de Asia. La naturaleza y la costumbre le ayudaban para el feliz éxito de esta empresa. Distinguíanle su liberalidad y grandeza de alma, y en los consejos y conversaciones mostrábase tan atento como hábil. Era además de extraordinaria bizarría e intrepidez en las batallas, condición de suma importancia en los pueblos de aquella raza.

CAPÍTULO XII

Chiomara

Cuando los romanos, al mando de Manlio, derrotaron a los gálatas, cayó en su poder, entre otras mujeres, Chiomara, esposa de Ortiagón. El centurión a quien correspondió en el reparto, hombre

avaro y libertino, abusó de ella indignamente, pero vencible después la avaricia y aceptó gran cantidad de dinero por dejarla en libertad llevándola él mismo a orillas de un río que separaba el campamento romano del de los contrarios. Los gálatas que traían el precio del rescate cruzaron el río y contaron el dinero al centurión, quien les entregó a Chiomara; pero en el instante en que se despedía de ella abrazándola, hizo Chiomara señas a uno de aquellos para que le diese muerte. Comprendió el gálata la indicación, y cortó la cabeza al romano. Cogióla Chiomara, la envolvió en su vestido, y al llegar junto a su marido la arrojó a sus pies ensangrentada. Admirado éste, la dijo: «Bello es, esposa mía, conservar la fe.- Sí, replicó ella; pero es más bello no dejar con vida más que uno de los hombres que me han gozado.» Manifiesta Polibio que diferentes veces conversó con esta mujer en Sardes, admirando su grandeza de alma y su prudencia.

CAPÍTULO XIII

Emboscada que los galos tectosages tienden contra Manlio, bajo pretexto de una conferencia.

Vencidos los galos y cuando Manlio, acampado junto a Ancira, se disponía a marchar adelante, llegaron embajadores de los tectosages, para suplicarle que, sin mover las tropas de donde se hallaban, avanzase él al día siguiente entre los dos campamentos, donde encontraría a los reyes para tratar de la paz. Accedió el cónsul y fue al lugar indicado con quinientos caballos; pero los reyes faltaron a la cita y regresó al campamento. Vinieron nuevamente los embajadores tectosages, excusaron con diferentes pretextos a sus príncipes, y rogaron otra vez al cónsul que fuera al sitio convenido, donde le esperarían los magnates de aquella tierra para conferenciar sobre la forma de acabar la guerra. Prometió Manlio lo que le solicitaban, pero no salió del campamento, enviando a Attalo con algunos tribunos y trescientos caballos. Acudieron, efectivamente, varios tectosages de los más distinguidos; hablóse del asunto, pero manifestaron que carecían de poderes para un pacto, y que sus reyes vendrían en seguida para acordar los

artículos de la paz, si Manlio quería encontrarse con ellos en el mismo lugar. Prometió Attalo que iría el cónsul, y se separaron. Todos estos detalles eran fingidos, y el verdadero propósito ganar tiempo para transportar al lado opuesto del Halis sus familias y efectos, y, sobre todo, coger prisionero al cónsul, si podían, o al menos degollarle. Con tal fin, volvieron al día siguiente al sitio convenido al frente de unos mil caballos y esperaron la llegada de los romanos. Persuadido el cónsul, por lo que le dijo Attalo, de que vendrían los reyes, salió como la primera vez del campamento con quinientos caballos. Debe advertirse que algunos días antes los forrajeadores del ejército romano estuvieron en un lugar desde donde podían ayudar al destacamento de caballería que acompañaba al cónsul, y el mismo día de la conferencia ordenaron los tribunos que salieran en gran número, fuesen a dicho lugar y se les uniera otro destacamento igual. Lo que parecía sin objeto fue muy útil a las pocas horas.

CAPÍTULO XIV

Asuntos de Grecia y el Peloponeso.

Aprovechando los recursos de la traición, apodoseó Fulvio durante la noche de una parte de la ciudadela, e introdujo en ella a los romanos

.....
.....
.....

Para castigar un crimen de los lacedemonios, el pretor de los aqueos, Filopemen, trajo a los desterrados a la ciudad, y ordenó matar, según refiere Polibio, a cuarenta espartanos

CAPÍTULO XV

Embajadas que despachan a Manlio todas las naciones de Asia.- Tratado de paz entre Antíoco y los romanos.

Durante el tiempo en que Cneo Manlio se hallaba en cuarteles de invierno en Éfeso en el último año de esta olimpiada, las ciudades griegas de Asia y mu-

chas otras despacharon embajadores para felicitarle por la victoria que había logrado sobre los galos y llevarle coronas. La alegría de los pueblos de este lado del monte Tauro no se fundaba tanto en que, derrotado Antíoco, veíanse libres unos de los impuestos que les agobiaban, otros de guarniciones que les oprimían, y todos de la necesidad de obedecer las órdenes de este príncipe, sino porque ya nada temían de los bárbaros y no sufrirían de ellos los insultos e injusticias a que estaban acostumbrados. Antíoco, los galos y Ariarates, rey de Capadocia, enviaron representantes al cónsul para saber con cuáles condiciones se les concedería la paz. Ariarates se había unido a Antíoco y hallóse en la batalla que los romanos acababan de ganar. Temió el castigo, y la alarma en que vivía le hizo despachar un comisionado tras otro a fin de saber qué deseaban diese o hiciera para obtener el perdón de su falta. El cónsul recibió bondadosamente todas las embajadas de las ciudades, y después de elogiarlas mucho, las despidió. Contestó en seguida a las otras, diciendo a los galos que esperaba la llegada de Eumenes para hacer la paz con ellos; a los de Ariarates que pagaran seiscientos talentos; y a Museo, embajador de

Antíoco, que antes de hablar su señor de paz viniera con su ejército a las fronteras de Pamfilia trayendo dos mil quinientos talentos y el trigo que se debía distribuir a los soldados, conforme al acto llevado acabo antes con Lucio Escipión. Al llegar la primavera, y hechos los sacrificios expiatorios, partió con Attalo, llegando a los ocho días de marcha a Apamea, donde permaneció tres días. Al tercero levantó el campamento y se dirigió a largas jornadas durante otros tres al lugar donde dijo a los embajadores de Antíoco que fueran a esperarle. Allí estaba Museo, y rogó a Manlio que aguardara hasta que los carros y acémilas que traían el trigo y el dinero llegasen. Tres días después entraron en el campamento; se distribuyó el trigo a las tropas, y un tribuno por arden del procónsul llevó los talentos a Apamea. Notificaron a Manlio que el jefe de la guarnición de Perga no había evacuado esta plaza, y se acercó a ella con el ejército. Ya se hallaba muy próximo cuando se le presentó dicho jefe suplicándole que le dispensara permanecer en Perga, por ser éste su deber; que Antíoco le había dado el mando, y su obligación era conservarlo mientras no le dijera lo que debía hacer; que hasta entonces nadie le había manifestado las

intenciones de dicho príncipe, y que le concediera un plazo de treinta y nueve días para informarse de lo que deseaba el rey que hiciese. Manlio consintió en ello sin esfuerzo, porque en todo encontraba a Antíoco fidelísimo a su palabra. Pocos días después Perga estaba libre. Al iniciarse el verano desembarcaron en Éfeso los diez comisarios con Eumenes, y tras de descansar dos días se encaminaron a Apamea. Advertido Manlio, envió a su hermano Lucio con cuatro mil hombres contra los oroandianos para inducirles u obligarles a pagar los tributos que se les habían impuesto. Apresuróse en seguida a reunirse al rey Eumeno, y al llegar a Apamea celebró Consejo con este príncipe y los diez comisarios sobre la paz que se iba a concertar y que quedó ajustada en estos términos:

«Entre Antíoco y los romanos habrá perpetua paz con las siguientes condiciones:

»El rey Antíoco no permitirá el paso por sus tierras ni por las de sus vasallos a ningún ejército enemigo del pueblo romano, ni le proporcionará soco-

ro alguno. En reciprocidad, ni Roma ni sus aliados permitirán que pase por sus tierras ejército alguno para hacer la guerra a Antíoco o sus vasallos.

»Antíoco no llevará la guerra a las islas, y renunciará a sus pretensiones en Europa.

»Retirá sus tropas de todas las ciudades, pueblos y castillos de esta parte del monte Tauro hasta el río Halis, y del llano hasta las alturas del lado de Licaonia. »AL evacuar las plazas, las tropas sirias no se llevarán el arma

mento, y si se lo han llevado lo restituirán. »Antíoco no recibirá en sus Estados soldados del rey Eumeno ni

de ningún otro. »Si algunos habitantes de las ciudades que los romanos separan

del reino de Antíoco se unen a su ejército, los enviará a Apamea. »Se permitirá a los del reino de Antíoco que estén con los roma

nos o sus aliados continuar con ellos o retirarse.
»Antíoco y sus vasallos devolverán a los romanos y a los aliados de éstos los esclavos, los prisioneros y los fugitivos que hayan capturado.

»El rey de Siria pondrá en manos del procónsul, si pudiera ha cerlo, al cartaginés Aníbal, hijo de Amílcar; al acarnanio Mnesiloco, al etolio Thoas, a los calcidianos Eubulis y Filón, y a cualquier otro que haya ejercido alguna magistratura en Etolia.

»Entregará todos los elefantes que tiene en Apa-mea y no se le permitirá tener ninguno.

»Pondrá a los romanos en posesión de todas las galeras armadas en guerra con sus tripulaciones, y únicamente podrá tener en el mar diez barcos con treinta remeros cada uno.

»Limitará su navegación al promontorio Calicadno, salvo si tiene que enviar dinero, embajadores o rehenes.

»No se le permitirá reunir tropas mercenarias en tierra romana, ni siquiera recibir voluntarios.

»Las casas que en Siria pertenecen a los rodios y a sus aliados continuarán en su poder como antes de la guerra.

»Si se les debe dinero, podrán exigirlo y se les restituirá lo que probasen que se les ha quitado.

»Los bienes de los rodios quedarán exentos de todo gravamen e impuesto, como se hallaban antes de la guerra.

»Si Antíoco ha dado a otros las ciudades que debe entregar a los romanos, sacará de ellas las guarniciones y no aceptará las que, concertada la paz, deseen volver a su obediencia.

»Durante doce años satisfará a los romanos mil talentos anuales en plata de la más pura, como la de Atenas, de ochenta libras romanas cada talento, y quinientas cuarenta mil medidas de trigo.

« Entregará al rey Eumeno en el período de cinco años trescientos cincuenta y nueve talentos en iguales anualidades; ciento veintisiete talentos por el trigo que se le debe y que se ha dejado a estimación de Antíoco, y mil doscientas ocho dracmas que él concede a Eumeno, y con las cuales se da este rey por satisfecho.

»Entregará a los romanos veinte rehenes de dieciocho a cuarenta y cinco años, y los cambiará cada cuatro años.

»Si faltara algo a la cantidad que debe abonar cada año, lo que falte lo entregará al siguiente.

»Si algunas ciudades o naciones a las cuales por el presente trata do no puede declarar guerra Antíoco, la hicieran a él, tendrá derecho a defenderse, pero no a apoderarse de ninguna de estas ciudades o a contarlas entre sus aliados. »Las cuestiones que ocurran se resolverán con arreglo a justicia. »Si cualquiera de ambas partes juzgara oportuno agregar

o quitar algunos de los anteriores artículos, podrá hacerse por mutuo consentimiento.»

Prestados los juramentos de costumbre, envió el procónsul a Siria a Lucio Minucio Thermo y a su hermano Lucio, que habían traído el dinero de los oroandianos, ordenándoles que para seguridad del tratado tomaran juramento a Antíoco. Asimismo despachó correos a Quinto Fabio para que regresara al puerto de Patara y quemar en él todos los barcos del rey de Siria.

CAPÍTULO XVI

Los diez comisarios arreglan los asuntos de Asia.

Escuchadas por el general romano y los diez comisarios en *Apa mea* las cuestiones que tenían entre sí los particulares, unos por las tierras, otros por dinero o por cualquier otra causa, les enviaron a ciudades aceptadas por ellos para que allí concluyesen sus litigios y se dedicaran al arreglo de los asun-

tos generales. Todas las ciudades libres que, tributarias antes de Antíoco, habían permanecido fieles a los romanos en la última guerra, quedaron exentas de tributo; las que la pagaban a Attalo se les obligó a satisfacerlo a Eumeno, y a las que se separaron de los romanos para unirse a Antíoco se les ordenó entregar a Eumeno lo que daban al rey de Siria. Concedióse completa franquicia a tus colofonianos establecidos en Notium, a los cimeanos y a los milesianos. La ciudad de Clazomenes logró además de la inmunidad la soberanía en la isla Drimusa. Se restableció a los milesianos el campo sagrado que no habían podido conservar durante la guerra. Chío, Esmirna y Eritrea, que se habían distinguido por su adhesión al partido romano, recibieron las tierras que cada una deseaba y creía convenirle. Los foceos entraron en posesión de su primer gobierno y de sus antiguos dominios.

Tocó su turno a los rodios, que recibieron la Licia y la Caria hasta el Meandro, a excepción de Telmesa. En cuanto a Eumeno y sus hermanos, no satisfechos los comisarios con lo acordado en su favor en el tratado de paz, les dieron además la Li-

simaquia con el Quersoneso en Europa y las tierras y castillos que con éste confinan y que obedecían a Antíoco, y en Asia las dos Frigias, la pequeña, próxima al Helesponto, y la grande, la Misia, que ya habían conquistado ellos, la Licaonia y la Lidia, y las ciudades de Milias, Tratis, Éfeso y Telmesa. El rey de Pérgamo disputó con los embajadores de Antíoco, pretendiendo que la Pamfilia estaba del lado de acá del monte Tauro. El proceso fue remitido al Senado. Todos los asuntos, o al menos la mayoría y los más necesarios, quedaron así arreglados, dirigiéndose el procónsul al Helesponto y confirmando durante el camino cuanto había hecho con los galos.

CAPÍTULO XVII

Causas de la ruina de la monarquía macedónica.

En esta época comenzaron las causas que produjeron la ruina de la casa real de Macedonia. Bien sé que algunos de los que han escrito acerca de la guerra de los romanos con Perseo le dieron otro origen,

cual es la expulsión del rey Alezupor de su reino por haber deseado, tras la muerte de Filipo, apoderarse de las minas de oro y plata del monte Pangeo, tentativa que decidió a Perseo a declararle la guerra y a despojarle en seguida de todos sus Estados. La segunda causa sería, según ellos, la invasión de la Dolopia a consecuencia de esta guerra y la llegada de Perseo a Delfos; y la tercera, las asechanzas dirigidas en Delfos contra el rey Eumeno y el asesinato de los comisionados beocios. Estos diversos acontecimientos fueron, a juicio de los indicados historiadores, motivos de la guerra entre Perseo y los romanos.

Creo de gran interés, no sólo para los historiadores, sino también para los que lean con reflexión, conocer las verdaderas causas de sucesos que han producido tantas desdichas. Muchos escritores, no obstante, confunden, acaso por ignorancia, lo que podría llamar prólogo de los acontecimientos con la causa de ellos y de los sucesos antes referidos: los primeros son el prólogo, mientras el verdadero principio de la guerra contra Perseo y de la destrucción del reino de Macedonia únicamente dimanar de los

últimos hechos, es decir, de las asechanzas dirigidas contra el rey Eumeno, del asesinato de los comisionados y de los demás crímenes cometidos en esta época.

La causa de todos estos acontecimientos no fue en realidad ninguna, según probaré más adelante pues como manifesté que Filipo, hijo de Amintas, había dispuesto la guerra contra Perseo, y que Alejandro se limitó a llevar a cabo los proyectos de su padre, manifiesto ahora que Filipo, hijo de Demetrio, concibió el proyecto de esta última guerra contra los romanos, preparando todos los medios de ataque, y a su muerte Perseo acometió la empresa. Siendo esto verdad, como demostraré, los preparativos no pueden ser anteriores a la muerte del que proyectó la guerra; suposición absurda en que incurren otros escritores, dando como causa de ésta acontecimientos anteriores a la muerte de Filipo.

**LIBRO
TERCERO
PRIMERO**

**VIGÉSIMO
CAPÍTULO**

Se enemistan los aqueos con los romanos.- Embajadas mutuas de

Ptolomeo a los aqueos y de éstos a Ptolomeo.

Irritados los lacedemonios por la matanza de muchos de sus con ciudadanos en Compasium, y creyendo que con este acto desafiaba Filopemen el poder e insultaba la majestad de la República romana, despacharon a Roma embajadores para quejarse de este pretor y de su gobierno. Marco Lépedo, que era entonces cónsul y fue después gran sacerdote, escribió a los aqueos, en vista de lo que los embajadores le manifestaron, quejándose de la conducta observada con los lacedemonios. Filopemen envió al mismo tiempo a Roma como embajador a Nicomedes de Elea.

Por entonces vino a Acaia el ateniense Demetrio, de parte de Ptolomeo, para renovar la alianza que anteriormente tuvieron los aqueos con este príncipe, y que con gran satisfacción de aquellos quedó restablecida, enviando al rey como embajadores a mi padre Licortas y a los sicionianos Teodoridas y Rotiseles, a fin de prestar juramento y recibir el del rey. Momento es este de relatar una anécdota que, aun cuando parezca impropia del asunto que trato, merece ser conocida. Renovada la alianza, recibió Filopemen al embajador de Ptolomeo, invitándole a comer. Recayó la conversación en las cualidades de este príncipe, y elogió mucho el embajador su habilidad y osadía en la caza, la maestría y el vigor con que manejaba el caballo y las armas; y en demostración de ello, manifestó que cazando a caballo, había muerto un toro de un solo rejonazo.

CAPÍTULO II

Los beocios indisponen gradualmente contra ellos a los romanos y a los aqueos.

Concertada la paz con Antíoco, los agitadores desesperaron de poder renovar y embrollar los asuntos, y el gobierno beocio cambió de aspecto. Veintiséis años hacía que se hallaban sin fallar los litigios entre los ciudadanos, y corrió en las ciudades la noticia de que se iban a sentenciar. Siendo, como siempre, más los pobres que los ricos, disputábase mucho sobre la oportunidad de esta determinación, cuando por casualidad se produjo un suceso que favoreció mucho a los que defendían lo más equitativo.

Hacía largo tiempo que Tito Flaminio, agradecido a los servicios que Zeuxippo le prestó en las guerras contra Antíoco y Filipo, deseaba pudiese regresar a Beocia, su patria, y logró escribiera el Senado a los beocios para que le llamaran, como asimismo a los demás desterrados; pero los beocios no atendieron la petición, recelosos de que al volver los proscritos enfriaran su amistad con los macedonios, y para confirmar la sentencia contra Zeuxippo y consortes reunieron una asamblea, reprodujeron ante ella las razones de la imputación, se les acusó primero de sacrilegio por suponer que habían arrancado

planchas del altar de Júpiter, que era de plata, y después, del crimen de asesinar a Braquiles; y hecho esto, enviaron a Roma a Calícrito para decir que no podían anular lo fallado con arreglo a las leyes. Llegó al mismo tiempo a Roma para defender su derecho Zeuxippo, y el Senado escribió a los etolios y a los aqueos manifestando la resistencia de los beocios a sus órdenes y mandándoles que llevaran a Zeuxippo a su patria. No juzgando a propósito los aqueos emplear tropas para este asunto, despacharon a los beocios comisionados que les aconsejaron obedecer las órdenes del Senado y prorrogar el fallo de los litigios que tenían entre sí, como prorrogaban el de los pleitos que por faltar a los contratos habían promovido hacía tiempo aqueos contra beocios. Prometiéndose a los comisionados seguir sus consejos, pero pronto olvidaron las promesas. Hippias era entonces pretor en Beocia, y al sucederle Alcetas concedió permiso Filopemen a cuantos se lo pidieron para recobrar de los beocios lo que les habían arrebatado, y no fue éste leve motivo de guerra entre ambos pueblos. Inmediatamente quitaron a Mirricio y a Simón parte de sus ganados, y hubo un combate entre los que pretendían la presa, siendo principio,

no de pleito entre ciudadanos, sino de odio entre ambos pueblos, que hubiera degenerado en cruel guerra de insistir el Senado en que Zeuxippo regresara a su patria; pero por fortuna no lo hizo, y los megarianos arreglaron las cuestiones, rogando a Filopemen revocara el permiso dado a los de su nación que habían contratado con los beocios.

CAPÍTULO III

Disputa entre licios y rodios.

He aquí la razón. Mientras los diez comisarios ordenaban los asuntos de Asia, fueron Teetetes y Filofrón a solicitar de parte de los rodios que en recompensas de su adhesión a los romanos y de la solicitud con que les habían ayudado en la guerra contra Antíoco, se les diera soberanía sobre Licia y Caria. Al mismo tiempo suplicaban Hiparco y Sati-ro, en nombre de los ilianos, que en consideración a sus lazos con los licios se perdonaran a éstos las faltas cometidas. Los comisarios escucharon ambas partes, y para contentar en lo posible a los dos pue-

blos, no determinaron nada riguroso contra los ilianos, y concedieron la Licia a los rodios. Origen fue esto de sensible guerra entre licios y rodios. De una parte los ilianos recorrían las ciudades de Licia proclamando que ellos eran los que habían aplacado en su favor a los romanos, y que a ellos les debían la libertad. De otra Teetetes y Filofrón manifestaban a los rodios que los romanos les habían concedido Licia y Caria hasta el Meandro. Creyéndose libres los licios, despacharon representantes a los rodios, proponiendo una alianza entre ambos pueblos, y los rodios creyéndose señores comisionaron a algunos ciudadanos para arreglar los asuntos de las dos provincias que les habían dado. Esta diferencia de opiniones demostraba que no todos sabían el verdadero estado del asunto; pero cuando los licios hicieron a los rodios su proposición en Consejo, y Potión, uno de los pritanos o senadores de los rodios, les hizo ver lo absurdo de su ofrecimiento, estalló el antagonismo, porque los licios protestaron de que a pesar de lo que pudiera suceder, jamás se someterían ni obedecerían a los rodios.

CAPÍTULO IV

Diversas embajadas relativas en parte a los asuntos entre Filipo, Eu meno de Tracia y los tesalios, y en parte a las cuestiones de lacedemonios y aqueos.- Resumen de los capítulos que Polibio dedicaba a estos asuntos. En la CXLVIII olimpíada llegan a Roma embajadores de Filipo y de los pueblos limítrofes de Macedonia.- Decretos del Senado relativos a estas embajadas.

Suscitadas cuestiones entre Filipo de una parte y los tesalios y perrebianos de otra, acerca de las ciudades de Tesalia y Perrebia, que el primero retenía en su poder, se entabló un debate entre ambas partes en Tempe, en presencia de Quinto Cecilio.- Decisión de Cecilio.

Discusión sobre las ciudades de Tracia con los embajadores de Eumeno y los desterrados de Maronea. La conferencia acerca de este asunto se verifica en Tesalónica. Sentencia de Cecilio y de los demás embajadores romanos.

Llegan al Peloponeso los embajadores despachados por el rey Ptolomeo, por Eumenes y por Seleuco.- Decreto de los aqueos acerca de la alianza con Ptolomeo, y regalos que les ofrecen los reyes antes mencionados. Llegada de Quinto Cecilio al Peloponeso.- Censura lo que se ha llevado a cabo en Lacedemonia. Area y Alcibíades, que eran de los expulsados de Lacedemonia, se encargan de ir en embajada a Roma para acusar allí a Filopemen y a los aqueos.- Matanza que el rey Filipo realiza en Maronea.- Llegada de los embajadores romanos. Sus instrucciones. Causas de la guerra de los romanos contra Perseo.

En el transcurso de la CXLVIII olimpiada llegan los embajadores romanos a Clitora, en Arcadia, donde convocan a los aqueos. Discursos de los oradores de los diversos partidos acerca de los asuntos de Lacedemonia.- Decretos de los aqueos. Lo que en ellos se disponía.

CAPÍTULO V

Embajadas a Roma de diferentes naciones contra Filippo.- Embajada de los romanos a este príncipe.

En este tiempo despachó el rey Eumeno embajadores a Roma para dar a conocer las violentas exacciones de Filippo en las ciudades de Tracia. Asimismo fueron de los maronitas desterrados, acusando a este príncipe de haber sido causa de su destierro. Los atamanienses, los perrebianos y los tesalios enviaron representantes para pedir la devolución de las ciudades que Filippo les había arrebatado durante la guerra con Antíoco. Finalmente, el mismo rey designó también embajadores para que le defendieran de las acusaciones de que fuera objeto. Después de largos debates que tuvieron entre sí todos estos representantes, ordenó el Senado despachar embajadores a Macedonia para examinar todo lo concerniente a Filippo y servir de salvaguardia a cuantos desearan quejarse de este príncipe. Fueron escogidos para esta embajada Quinto Cecilio, Marco Bebio y Tiberio Sempronio.

CAPÍTULO VI

Consejo celebrado entre los aqueos para tratar diversos asuntos y contestar a los embajadores enviados de muchas regiones.- Dos bandos entre los aqueos, uno cuyos jefes eran Aristenes y Diófanes, y del otro Filopemen y Licortas. Tratemos ahora de los asuntos del Peloponeso. Ya hemos mencionado que durante el gobierno de Filopemen despacharon los aqueos embajadores a Roma para arreglar los de Lacedemonia, y al rey Ptolomeo para renovar la alianza que antes tuvieron con él. Elegido pretor Aristene, que sucedió a Filopemen, fueron recibidos en Megalópolis, donde se efectuaba entonces el Consejo de los aqueos embajadores de Eumeno, que ofrecieron a la República ciento veinte talentos, cuyos intereses se destinarían a sueldos u honorarios de los que formaban el Consejo público. También llegaron otros representantes de Seleuco, que, en nombre de su señor, prometieron diez barcos armados en guerra, solicitando que se renovase la antigua alianza con Antíoco. Reunido el Consejo, el primero que entró fue Nicomedes de Elea, relatando lo que

manifestó ante el Senado romano acerca del asunto de Lacedemonia y lo que le contestaron. Se dedujo de la respuesta que el Senado no se hallaba satisfecho ni de la destrucción del gobierno de Esparta, ni de que hubieran sido demolidas las murallas de esta ciudad, ni de la matanza de Compasium, pero que no desautorizaba nada de lo realizado; y como nadie hablase en pro o en contra de las contestaciones del Senado, se pasó a otro asunto. Dióse en seguida audiencia a los embajadores de Eumeno, que, después de renovar la alianza existente antes con Atalo, padre de Eumeno, y de ofrecer el donativo de los ciento veinte talentos que hacía Eumeno, alabaron mucho la benevolencia y amistad de su señor a los aqueos. Cuando concluyeron su discurso se puso en pie el sicioniano Apolonio, y dijo que el regalo ofrecido por el rey de Pérgamo era, considerado en sí mismo, digno de los aqueos; pero atendiendo al fin que Eumeno se proponía y al provecho que esperaba sacar de su liberalidad, no podía aceptarlo la República sin cubrirse de infamia y sin cometer el crimen más enorme; que de este último inconveniente no cabía duda, pues la ley prohibía a todo particular, fuese del pueblo o magistrado, recibir algo de un rey

bajo cualquier pretexto, y la trasgresión sería mucho más criminal si la República, por medio de su Gobierno, aceptase los ofrecimientos de Eumeno; que la infamia resultaba evidente, pues nada tan vergonzoso para el Consejo como recibir de un rey el sueldo u honorario anual, y no reunirse para deliberar sobre los negocios públicos sino después de haberse embriagado, por decirlo así, en la mesa del príncipe; que esto perjudicaría grandemente los asuntos de la patria; que después de Eumeno, no dejaría Prusias de ofrecer idénticos regalos, y después de Prusias, Seleuco; que el interés de los reyes era muy distinto al de las repúblicas, refiriéndose casi siempre las deliberaciones más importantes en éstas a conflictos con los reyes, para lo cual ocurriría una de dos cosas: o que los aqueos favorecerían a estos príncipes con perjuicio de la nación, o cometerían negra ingratitud con sus bienhechores. Terminó, pues, exhortando a los aqueos, no sólo a rehusar el ofrecimiento, sino a detestar a Eumeno por la invención de este medio para corromperles.

Después de Apolonio habló el egineta Cassandro, y convenció a los aqueos de que sus conciudadanos

cayeron en el infortunio en que se hallaban por vivir sujetos a sus leyes. Hemos visto, efectivamente, que Publio Sulpicio fue a Egina y vendió todos habitantes, y que los etolios, en virtud de un tratado efectuado con los romanos, dueños de esta ciudad, la entregaron a Attalo por la suma de treinta talentos. De esto dedujo Cassandro que en vez de comprar Eumeno por cantidad en metálico la amistad de los aqueos, tenía en su mano, devolviendo a Egina, el medio de captarse la benevolencia de toda la nación. Aconsejó en seguida a los aqueos no dejarse seducir por los ofrecimientos de Eumeno, porque si tenían la debilidad de aceptarlos perderían los eginetas para siempre la esperanza de recobrar la libertad. Tan grande fue la impresión de estos dos discursos en la multitud, que nadie osó defender al rey de Pérgamo, rechazando todos a gritos la proposición a pesar de lo deslumbradora que era la suma ofrecida.

Llamóse en seguida a Licortas y a los demás embajadores envia dos a Ptolomeo, que leyeron el decreto de este príncipe renovando la alianza. Después de decir Licortas que había prestado juramento al rey en nombre de los aqueos y recibido el suyo,

agregó que traía a la República, de parto de Ptolomeo, seis mil escudos de bronce para armar a los delastos y doscientos talentos en bronce acuñado, concluyendo el discurso con un breve elogio de la benevolencia y amistad de este príncipe a la nación aquea. Entonces se levantó el pretor Arístenes y preguntó al embajador de Ptolomeo y a los que enviaron los aqueos a este príncipe qué alianza habían renovado. Nadie supo responder a la pregunta, buscando informes unos de otros y quedando todos perplejos. La dificultad nacía de que entre los aqueos y Ptolomeo se habían llevado a cabo muchos tratados de alianza muy distintos unos de otros, según las circunstancias en que se concertaron, y que el embajador de Ptolomeo, al reanudar la alianza, habló en general de renovación sin determinar ninguna de las hechas anteriormente. Por ello, el pretor reseñó todos los tratados, hizo ver las importantes diferencias que existían entre ellos, y los oyentes desearon saber cuál era el renovado; pero no pudiendo dar razón de su comportamiento ni Filopemen, durante cuya pretura se hizo la renovación, ni Licortas, enviado con este objeto a Alejandría, quedaron convencidos por falta de tino y prudencia en

este asunto, torpeza que hizo resaltar el mérito de Arístenes, a quien se consideró como el único hombre capaz de hablar con conocimiento de causa. Impidió que se ratificara el decreto, y dejó para más adelante la resolución de este asunto. Después dieron audiencia a los embajadores de Seleuco, renovóse la alianza hecha con él, pero no se juzgó conveniente aceptar las naves ofrecidas. Disuelta en seguida la Asamblea, regresó cada cual a la ciudad de donde había venido. En otro día que se celebraba una gran fiesta, llegó a Acaia Quinto Cecilio, de regreso de Macedonia, donde había ido como embajador, y reunió en seguida Arístenes en Argos a los principales magnates de la República. Penetró en el Consejo Quinto Cecilio y dijo que los aqueos debían ser tanto menos rigurosos con los lacedemonios, cuanto que la conducta observada traspasaba los límites de una justa moderación y que convendría reformar todo lo imprudentemente realizado contra ellos en esta ocasión, cosa que con el mayor interés les aconsejaba.

Demostróse entonces que lo efectuado contra los lacedemonios no parecía bien a Arístenes y que

estaba de acuerdo con Cecilio, pues nada contestó, vendible este silencio, Púsose en pie en seguida Diófanes de Megalópolis, más guerrero que político, y no habló para defender o excusar los procedimientos de los aqueos, sino para vengarse de Filopemen, a quien quería mal, intentando otra acusación contra los aqueos. Manifestó que se había obrado injustamente no sólo con Lacedemonia, sino también con Messena, y fundó esta censura en que los messenios no se hallaban acordes entre sí ni con el decreto de Tito Quintio para el regreso de los desterrados, ni con la manera como lo había llevado a cabo Filopemen. Viendo Cecilio que entre los mismos aqueos tenía partidarios, parecióle peor que todo el Consejo no se sometiera a su opinión.

Entonces Filopemen, Licortas y Archón defendieron enérgica mente a la República, probando que lo efectuado en Esparta bien hecho estaba y hasta en provecho de los lacedemonios, y que no cabía reforma sin violar todos los derechos humanos y el respeto que se debía a los dioses. Sus discursos impresionaron al Consejo, que ordenó no cambiar nada de lo establecido y dar esta contestación al embaja-

dor romano. Cuando se la llevaron a Cecilio pidió que fueran convocados los comicios; pero los magistrados le respondieron que no podían hacerlo sin que presentase Cecilio una carta del Senado de Roma rogando a los aqueos esta convocatoria. No tenía la carta Cecilio, y la reunión de los comicios fue terminantemente negada, lo que incomodó tanto al romano que se fue de Acaia sin escucharlo que los magistrados tenían que decirle. Creyóse que ni Cecilio ni antes que él Marco Fulvio se hubieran expresado con tanta libertad a no estar seguros del apoyo de Arístenes y Diófanes, y se acusó a éstos de haber atraído a la República aquellos dos romanos por odio a Filopemen, siendo desde entonces sospechosos a la opinión pública. Tal era el estado de los asuntos en el Peloponeso.

CAPÍTULO VII

Diversas embajadas que llegaron a Roma.- Embajadas de los romanos a Filipo y los griegos.

Al regresar a Roma, Cecilio dio cuenta al Senado de cuanto le había ocurrido en Grecia. Se ordenó entraran en seguida los embajadores de Macedonia y del Peloponeso, siendo los primeros en presentarse ante el Senado los de Filipo y de Eumeno, y luego los desterrados de Enum y de Maronea, que repitieron lo manifestado antes por Celio en Tesalónica. Oyóles el Senado, y juzgó que convenía despachar nuevos embajadores a Filipo para ver sobre el terreno si se había retirado, según prometió a Cecilio, de las ciudades de la Perrebia, y para ordenarle que evacuasen a Enum y Maronea y cuantos castillos, tierras y pueblos ocupaba en la costa marítima de Tracia. Fue escuchado después Apolonidas, embajador que enviaron los aqueos para justificar por qué no hicieron lo que Cecilio pedía e informar al Senado de todo lo relativo a Lacedemonia, cuya República envió también por representantes a Area y Alcibíades, dos antiguos desterrados devueltos a su patria por Filopemen y los aqueos. Ingratos ambos al gran beneficio recibido, encargáronse de la odiosa misión de acusar a quienes les salvaron y devolvieron a sus hogares, y esta ingratitud fue lo que más irritó a los aqueos. Probó Apolonidas que no era

posible arreglar mejor que lo habían efectuado Filopemen y los aqueos los asuntos de Lacedemonia. Area y Alcibíades procuraron por su parte demostrar que, expulsados los habitantes de Lacedemonia, todas las fuerzas de la ciudad se hallaban agotadas; que reducidos a corto número sus pobladores y derruidas las murallas, no se podía vivir allí seguro; que había perdido su antigua libertad, y no sólo estaba sometida a los decretos públicos de los aqueos, sino obligada a obedecer a sus pretores. Comparó y pesó el Senado las razones de unos y otros, y designó embajador a Apio Claudio, dándole instrucciones para arreglar este negocio y los demás de Grecia. Defendió después Apolonidas a los aqueos del crimen que se les imputaba por no haber convocado los comicios cuando lo pidió Cecilio, diciendo que no eran responsables, porque la ley les prohibía reunirse, salvo el caso de alianza o guerra, o presentación de cartas del Senado; que los magistrados hicieron bien en deliberar si debía reunirse el Consejo de la nación, y no se equivocaron al negarlo, puesto que Cecilio no llevaba cartas del Senado romano y tampoco quiso ordenarlo por escrito. No dejó Cecilio esta defensa sin réplica, censurando a Filopemen, a

Licortas y a los aqueos en general por el rigor con que habían tratado a los lacedemonios. El Senado respondió a los embajadores aqueos que enviaría representantes para que sobre el terreno examinaran las cosas de cerca, y les recomendó tuvieran con estos comisionados los miramientos que él dispensaba a los embajadores de los aqueos.

CAPÍTULO VIII

Crueldad de Filipo con los maronitas.- Envía a Roma a su hijo Demetrio.

Al conocer Filipo por sus embajadores que regresaron de Roma la orden de que resueltamente abandonara las ciudades de Tracia, le enfureció la idea de que por todas partes estrecharan su dominación, y descargó la rabia en los habitantes de Maronea. Con el gobernador de Tracia, Onomasto, que por su orden fue a verle, concertó la proyectada venganza. Había vivido Cassandro largo tiempo en esta ciudad, donde era muy conocido, pues acostumbraba Filipo

a enviar sus cortesanos a las ciudades para que se habituaran a verles en ellas. De este Cassandro se valió Onomasto para llevar a cabo la bárbara orden del rey, por virtud de la cual penetró de noche en la ciudad un cuerpo de soldados tracios, atacando a los habitantes y asesinando a gran número de ellos. Vengado así Filipo de los que no eran partidarios suyos, y persuadido de que nadie se atrevería a acusarle, aguardó tranquilamente la llegada de los representantes romanos. Poco tiempo después llegó, efectivamente, Apio; informöse de lo hecho con los maronitas, y censuró duramente al rey de Macedonia, quien negó haber tenido parte en la matanza, atribuyéndola a un motín popular. «Unos, manifestó, eran partidarios de Eumeno, otros míos, y enardecidos los ánimos, se han asesinado unos a otros.» Llevó su confianza hasta el extremo de ordenar que condujeran ante él a quien deseara acusarle; pero ¿quién se hubiera atrevido, estando el castigo tan próximo y tan lejos el socorro que podía esperar de Roma? «Inútiles son, dijo Apio, tus excusas; sé lo ocurrido y quién es el autor.» Esta frase alarmó mucho a Filipo; mas no pasaron de aquí las cosas en la primera entrevista. Al día siguiente le ordenó Apio

que enviara inmediatamente a Roma a Onomasto y Cassandro para que el Senado les interrogara sobre el suceso. Al oír esta orden, palideció Filipo, vaciló y titubeó largo rato antes de contestar. Por fin, manifestó que enviaría a Cassandro, autor de la matanza, según creían los comisarios de Roma; pero se empeñó obstinadamente en tener a su lado a Onomasto, asegurando que ni estaba en Maronea ni siquiera en las proximidades cuando ocurrió la sangrienta tragedia. La causa de este empeño era el recelo de que un hombre de su completa confianza como Onomasto, a quien nada había ocultado, denunciara ante el Senado todos sus secretos. Respecto a Cassandro, cuando salieron los comisarios de Macedonia, le hizo embarcar; pero envió tras él gentes que le envenenaron en el Epiro. Se fueron los comisarios muy convencidos de que Filipo había ordenado la matanza de Maronea y de que preparaba una ruptura con los romanos. El rey, que no disimulaba su odio a Roma y el deseo de vengarse, reflexionó a solas y con sus amigos Apeles y Filocles sobre si acudiría inmediatamente a las armas, declarando la guerra a los romanos; pero no estando hechos los preparativos precisos, imaginó, como recurso para ganar

tiempo, enviar a su hijo Demetrio a Roma, donde había estado largo tiempo en rehenes y era muy querido, considerándole el más a propósito para defenderle ante el Senado de las acusaciones que le dirigieran o excusar las faltas cometidas. Dispuso, pues, lo necesario para esta embajada, y avisó a los amigos que deseaba acompañasen al príncipe. Al mismo tiempo prometió auxilio a los bizantinos, no porque le interesara defenderlos, sino porque al ir en su socorro aterrorizaría a los reyezuelos de Tracia, que reinaban en las inmediaciones de Propóntida, y les impediría ser obstáculo a su propósito belicoso contra Roma.

CAPÍTULO IX

Llegan a Creta los comisarios romanos y ponen en orden los negocios de esta nación.

Ocurría en la isla de Creta que, mientras Cidatos, hijo de Antical co, desempeñaba el cargo de primer magistrado en Gortina, los gortinianos, procurando

por todos los medios disminuir el poder de los cnosienos y limitar su dominación, entregaron a los rancianos, Licastión, y a los lictianos Diatonión. Por entonces llegaron a Creta con Apio los comisionados enviados de Roma para arreglar las cuestiones en esta isla, y tras largos debates estuvieron de acuerdo los cretenses en tomarles por árbitros. Dieron los comisarios a los cnosienos la posesión de su antiguo territorio, y ordenaron a los cidoniatas recobrar los rehenes que habían dejado en Carmión y salir de Falasarnes sin llevarse nada de lo que pertenecía a los habitantes. Dejéronles asimismo en libertad de formar o no parte del Consejo público, según lo estimaran conveniente, siempre que en el futuro no traspasaran los límites de su dominio. Igual permiso concedieron a los falasarnianos desterrados de la ciudad por haber muerto a Menoctinos, uno de sus más ilustres conciudadanos.

CAPÍTULO X

Ptolomeo, rey de Egipto.

Cuando este príncipe puso sitio a Licópolis, los magnates de Egipto se amedrentaron y rindieron a discreción. El rey se portó mal con ellos, procurándose así muchas desgracias. Acaeció algo semejante a lo ocurrido cuando Polícrates derrotó a los rebeldes, porque Atinis, Pausiras, Quesufo e Irobasto, únicos que quedaron de todos los señores, cediendo a las circunstancias, fueron a Saïn para rendirse a Ptolomeo; pero faltando este príncipe a las seguridades que había prometido, les arrastró desnudos y atados a los carros y les condenó después a muerte. Desde allí fue a Neucrates, donde recibió un cuerpo de mercenarios que había reclutado Aristónico en Grecia, y se embarcó de regreso a Alejandría sin acometer ninguna empresa belicosa, aunque entonces tenía veinticinco años. Ésta fue la consecuencia de los malos consejos de Polícrates.

CAPÍTULO XI

Aristónico.

Era un eunuco de Ptolomeo, rey de Egipto, educado junto a él desde su niñez y de poca mayor edad. Puso de manifiesto sentimientos más nobles y elevados de los propios en gente de esta clase. Naturalmente aficionado a la guerra, se aplicaba mucho a estudiarla, amable en sociedad, conducíase con raro talento, sabiendo simpatizar con todos los caracteres, y a estas buenas cualidades añadía la de gustarle agradar a los demás.

CAPÍTULO XII

Apolonia, esposa de Attalo, rey de Pérgamo, y madre de Eumeno.

Por varias razones merece esta reina que la demos a conocer a la posteridad. Era natural de Cizico; la escogió Attalo entre el pueblo y compartió con ella el trono. Hasta su muerte ocupó esta suprema dignidad, conservando el cariño de su esposo no por caricias y frívolas zalamerías, sino por su carácter prudente, grave, modesto y probo. Madre de cuatro príncipes, tuvo para ellos, hasta la hora postrera,

inalterable ternura, y sobrevivió bastante a Attalo. Lo que más honró a dos de sus hijos fue el respeto con que la recibieron en Cizico, colocándola entre ambos, cogiéndola cada uno de una mano y conduciéndola civilmente a los templos y a otros lugares de la ciudad. Todo el pueblo miraba con admiración a los jóvenes príncipes, recordando, al verles, a Clovis y Bitón, y estimando superior al de éstos el acto de los hijos de Attalo, que unían a igual cariño el brillo de su ilustre nacimiento. Este encantador acontecimiento se verificó en Cizico, después de la paz con Prusias.

CAPÍTULO XIII

A propósito de Filopemen.

Se hallaba Filopemen en desacuerdo con Arcón, pretor de los aqueos, acerca de un determinado asunto; pero se le vio acceder poco a poco a las ideas de éste y aprovechar con habilidad todas las ocasiones para tributarle grandes alabanzas. Presenciaba yo esto, sin agradarme el propósito de hacer

daño con el exceso de elogios. Llegado a edad más madura, menos apruebo este proceder. La disposición de ánimo que nos inclina a la prudencia es muy distinta de la que nos induce a obrar mal, diferenciándose tanto como un hombre hábil de un hombre malo. En una palabra, lo primero es lo mejor, y lo segundo lo peor del mundo. Mas la locura de nuestro siglo crece tan rápidamente, que en verdad dudo encuentre mi opinión muchos partidarios, siendo poco probable que exista quien la apruebe y menos quien la imite.

LIBRO VIGÉSIMO CUARTO

CAPÍTULO PRIMERO

Quejas de los embajadores de Grecia contra Filipo.- Contestaciones

del Senado romano a ellos y a Demetrio, hijo del rey de Macedonia.

Quizá no hubo nunca tantos embajadores de Grecia en Roma como en el transcurso de la ciento cuarenta y nueve olimpíada, porque al circular la noticia de que Filipo se veía obligado a someter a jueces las cuestiones con sus vecinos y que los romanos escucharían las quejas contra este príncipe, protegiendo los pueblos que tenían derechos o intereses que defender de sus agresiones, de todos puntos próximos a Macedonia acudieron a Roma acusadores contra Filipo, unos por causa propia, otros en nombre de sus ciudades y otros de naciones a cuyo servicio estaban. Asimismo envió embajada Eumeno y al frente de ella a su hermano Ateneo, para quejarse de que Filipo no había evacuado las ciudades de Tracia y de que mandó socorros a Prusias. Cada una de las facciones de Lacedemonia tenía igualmente sus representantes. El único defensor de Filipo en el Senado era su hijo Demetrio, acompañado de Filocles y de Apeles, dos amigos de completa confianza para el rey. El primero que llamó el Senado fue Ateneo de quien recibió una corona de un valor de quince mil monedas de oro, por lo cual hizo aquel grandes elogios de Eumeno y de sus hermanos, aconsejándoles persistir en su amistad a

Roma. Los cónsules hicieron entrar en seguida a Demetrio, y sucesivamente a todos los acusadores de Filipo, tantos eran, que se emplearon tres días en escucharles, no sabiendo el Senado cómo satisfacer a todos; porque de Tesalia, por ejemplo, no sólo había representantes del reino, sino de cada una de las ciudades. También enviaron los perrebianos, los atenienses, los epirotas y los ilirios. Acusaban unos a Filipo de usurpación de tierras; otros de apoderarse de personas y animales en dominio ajeno; otros de impedir que se administrara la justicia con arreglo a sus leyes; otros, en fin, de haber corrompido a los jueces. Tantas eran las quejas, que la memoria no podía retenerlas ni clasificarlas. El mismo Senado se vio en la imposibilidad de esclarecer y apreciar el sinnúmero de hechos de distinta naturaleza, y dispensó a Demetrio justificar al rey su padre de todo lo que se le acusaba, por cariño a aquel príncipe, muy joven entonces, e incapaz de contestar a las sutilidades y argucias que empleaban los acusadores. Además, Demetrio empleaba sólo palabras para defender a su padre, y el Senado quería conocer a fondo las intenciones de Filipo, por lo cual preguntó al príncipe y a sus dos amigos si les había dado el

rey alguna memoria. Respondió Demetrio que tenía una, y presentó un librito, ordenándole el Senado que leyera las contestaciones que, en general, daba Filipo a las quejas. Decía el rey en este libro que había llevado a cabo las órdenes de los romanos y que si cometió alguna falta fue por culpa de sus acusadores. En casi todos los párrafos repetía: «Aunque en esto, ni Cecilio ni los demás comisarios nos han hecho la justicia que debían»; y además: «Aunque al darnos estas órdenes no se atendiera a la justicia.» Así acababan todas las respuestas de Filipo, y por ello el Senado, después de oír las reclamaciones, proveyó en general a ellas, diciendo por medio del cónsul, que se hallaba persuadido, en vista de lo que había dicho o leído Demetrio, de que Filipo ni se había apartado ni se apartaría en el futuro de lo que la justicia exigía de él; pero que se le hacía esta gracia en atención al príncipe su hijo, y para que no lo dudase despacharía Roma a Macedonia embajadores, no sólo para saber si se conformaba en todo a la voluntad del Senado, sino también para manifestarle que debía a Demetrio la indulgencia con que se le trataba; respuesta tanto más halagüeña para este príncipe, cuanto que iba acompaña-

da de afectuosas y sinceras demostraciones de estimación y amistad, pidiéndole en cambio únicamente que fuera amigo del pueblo romano.

Concluido este asunto, se dio audiencia a los embajadores de Eumeno, quienes se quejaron de que Filipo enviara socorros a Prusias y de que no hubiera evacuado las ciudades de Tracia. Filocles, embajador que fue de Filipo en la corte de Prusias, y que, por orden del rey de Macedonia, había ido a Roma para tratar de estos dos asuntos, quiso decir algo en excusa de su señor; pero después de oírle un rato el Senado, contestó que si al llegar los embajadores a Macedonia no encontraban ejecutadas sus órdenes y entregadas todas las ciudades de Tracia al rey de Pérgamo, castigaría esta desobediencia, no consintiendo por más tiempo frívolas promesas. Si no estalló entonces la indignación de los romanos contra Filipo fue por la presencia del príncipe su hijo, que si de una parte fue favorable a los intereses del rey, de otra no contribuyó poco a la total ruina de la casa de Macedonia. La gracia que el joven Demetrio había obtenido del Senado le envaneció, y su padre y su hermano Perseo concibieron furiosos celos por

la preferencia de que era objeto. Acrecentaron considerablemente sus sospechas una conversación secreta que tuvo Demetrio con un desconocido, quien le dio a entender que los romanos le pondrían pronto en el trono de Macedonia, y al mismo tiempo escribió a Filipo que le importaba enviar por segunda vez a Roma a su hijo y sus amigos. Ambos incidentes sirvieron a Perseo para lograr que Filipo consintiera en la muerte de Demetrio. Ya veremos más adelante cómo se llevó a cabo esta determinación.

Después de los de Eumeno entraron los embajadores de los lace demonios. Solicitaron unos la libertad para los desterrados y devolución de los bienes que les confiscaron al desterrarles; pero Area y Alcibíades manifestaron que era suficiente darles el valor de un talento y que debía repartirse el resto entre los ciudadanos más útiles al Estado. Otro comisionado, Serippo, pidió que se restaurara la forma de gobierno que tenía la República cuando se hallaba incorporada a Acaia. Chasón defendió a los condenados a muerte o desterrados por los aqueos, demandando el regreso de éstos y el restablecimiento de la República en su primitivo estado. Cada cual

tenía sus miras particulares respecto a los aqueos, y según estas miras así hablaba. No pudo el Senado aclarar estos asuntos, y eligió para hacerlo a tres ciudadanos que con tal objeto habían estado ya en el Peloponeso, Tito, Quintio y Cecilio. Ante ellos defendieron los lacedemonios, durante largo tiempo, sus respectivas pretensiones, acordándose al fin en que los desterrados regresarían a su patria, en que los condenados a muerte lo fueron injustamente, y que Lacedemonia continuaría incorporada a la Acaia. Faltaba decidir si se devolverían sus bienes a los desterrados o si se limitaría la devolución a la suma de un talento; pero nada se determinó en este punto. Para evitar nuevas disputas, escribióse lo convenido, y ordenaron los comisionados que las partes firmaran el acta. No la habían firmado los aqueos, y a fin de obligarles llamó Tito a Jenarco, que les representaba para renovar la alianza con los romanos y para defenderles contra los embajadores de Lacedemonia. Sin advertirle previamente, le preguntó con brusco acento si aprobaba lo pactado. Jenarco no sabía qué responder, porque el regreso de los desterrados y la rehabilitación de los muertos, terminantemente contrarias a un decreto de su na-

ción grabado en una columna, le desagradaban, y en cambio le satisfacía mucho la incorporación de Esparta a Acaia. En tal incertidumbre, tanto por no saber qué hacer como por miedo, firmó el acta. Efectuado esto el Senado envió a Quinto Marcio a Macedonia y el Peloponeso para que sus órdenes fueran ejecutadas.

CAPÍTULO II

Dinócrates.

Era este messenio cortesano y soldado, y ejerciéndolos se perfeccionó en ambos oficios. Quien, juzgándole por las apariencias, le creyese capacitado para los negocios de Estado, se hubiese engañado, porque de la difícil ciencia del gobierno sólo tuvo despreciable y superficial barniz. Distinguíase en la guerra por la actividad y osadía, y triunfaba en singular combate. Era en la conversación vivo e interesante, y en sociedad complaciente, atento y sensible a la amistad; mas en los asuntos de Estado, que exigen reflexión, prever el futuro, tomar precauciones,

Cuando llegó a Roma Dinócrates de Messenia, satisfízole en ex tremo que el Senado designara a Tito para embajador cerca de Prusias y Seleuco, pensando que este romano, con quien tuvo trato durante la guerra de Lacedemonia y quería tanto como odiaba a Filopemen, arreglaría, al pasar por Grecia, los asuntos de Messenia conforme a su particular conveniencia. Como fundaba en Tito todas sus esperanzas, se convirtió en asiduo cortesano suyo. Llegó con él a Grecia, convencido de que, en lo referente a los asuntos de su patria, no seguiría Tito otra inspiración que la suya. Les esperó tranquilo Filopemen, porque sabía con certeza que Tito no recibió orden alguna relativa a los asuntos de Grecia. Al llegar a Neupacta escribió Tito al pretor y a los demás miembros del Consejo de los aqueos ordenándoles que se reunieran, y contestáronle que para efectuar la convocatoria esperaban manifestase lo que debía comunicar al Consejo, sin cuyo requisito no permitían las leyes reunirlos. Con esto destruyó a Filopemen todas las esperanzas de Dinócrates y de los antiguos desterrados, haciendo para ellos inútil la llegada de Tito, que no se atrevió a simular órdenes no recibidas.

CAPÍTULO IV

Marcha Filipo de las ciudades griegas de Tracia.- Incursión de este príncipe contra los bárbaros.

A la llegada de Quinto Marcio a Macedonia, abandonó Filipo todas las ciudades de Tracia donde los griegos se habían establecido, retirando las guarniciones; pero no sin disgusto y pesar vióse obligado a despojarse a sí mismo. En todo lo demás mostró igual sumisión a las órdenes de los romanos, importándole disimular el odio que les profesaba y ganar tiempo para la guerra que proyectaba declararles. Por ello marchó contra los bárbaros, cruzó la Tracia y penetró en las tierras de los odrisianos, bessienos y denteletos, apoderándose al paso de Filopópolis, cuyos habitantes, al acercarse el enemigo, huyeron a las montañas. Hizo después correrías por el llano, saqueando a unos y obligando a otros a capitulaciones y arreglos. Dejó guarnición en la ciudad y regresó a su reino. Los odrisianos, faltando a la fe prome-

tida a Filipo, arrojaron poco tiempo después esta guarnición.

CAPÍTULO V

Comienzan las desdichas de Demetrio, hijo de Filipo.

De regreso en Macedonia, manifestó Demetrio la respuesta del Senado romano, y cuando los macedonios vieron que por consideración a este príncipe habían sido bien tratados, que a él debían la gracia recibida, y que en el futuro los romanos harían todo lo posible por favorecerle, le miraron como libertador de la patria, porque la conducta de Filipo con los romanos les hacía temer que estos invadieran pronto con un ejército la Macedonia. Llamaron la atención de Filipo y Perseo los honores que Demetrio recibía, no pudiendo sufrir el deseo de los romanos de que sus favores se debieran a este joven príncipe. Tuvo, no obstante, el padre suficiente dominio sobre sí para disimular el disgusto, pero Perseo no ocultó el rencor. Era este príncipe no sólo menos apreciado en

Roma que su hermano, sino infinitamente inferior a él en carácter y talento, por lo cual temía que, aun siendo de mayor edad, se le excluyera de la sucesión a la corona, y para impedirlo empezó por corromper y ganar a los amigos de Demetrio.

CAPÍTULO VI

Filipo.

Sucedió por entonces un acontecimiento que fue para este príncipe y para el reino todo de Macedonia principio de horrible calamidad, y que merece ser notado. Como en venganza de los crímenes e impiedades con que Filippo había manchado su vida, la fortuna desencadenó contra él furias que noche y día le atormentaron hasta su última hora. Prueba evidente de que el hombre no puede sustraerse a la justicia, y de que es impío despreciarla. La primera idea que estas vengadoras furias le inspiraron, para preparar la guerra a los romanos fue expulsar a los que con sus mujeres e hijos habitaban en las grandes ciudades, especialmente en las marítimas, enviándo-

les a la provincia llamada antes Peonia, y hoy Ema-tia, poblando las ciudades con tracios y bárbaros, que durante su expedición contra los romanos le serían más fieles y adictos. Esta trasmigración causó gran duelo y prodigioso alboroto en toda Macedonia, hasta el punto que una irrupción de enemigos no produjera más perturbación y desorden. El odio al rey estalló entonces en imprecaciones contra él.

Apenas llevada a cabo orden tan inhumana, se le ocurrió no dejar nada que le fuera sospechoso o temible, y ordenó a los gobernadores de las ciudades que buscaran y prendieran a los hijos de ambos sexos de los macedonios a quienes había mandado matar. Aunque el mandato se refería especialmente a Admeto, Pírrico, Somos y los otros que con ellos murieron, extendíase, no obstante, a los demás a quienes Filipo había hecho perder la vida. Dícese que para justificar la crueldad citaba el siguiente verso: *Necio quien mata al padre y perdona a los hijos*. La suerte de estos niños hijos la mayoría de padres ilustres y poderosos, produjo gran impresión en el reino y conmovió a todos profundamente. Pero la fortuna ocasionó otro suceso en que los propios

hijos de Filipo vengaron a los otros de la inhumanidad de que eran víctimas. Tratábanse mal Perseo y Demetrio, buscando ambos el medio recíproco de perderse. Supo el padre este odio entre sus hijos, y le produjo mortal inquietud la duda de cuál sería el más osado para matar al otro, y de cuál sería él mismo víctima en su vejez. Esta duda le atormentaba noche y día, mortificando de continuo su espíritu, y haciendo creer que algunos dioses irritados castigaban así los anteriores crímenes del anciano monarca. Así lo veremos más adelante con mayor evidencia.

CAPÍTULO VII

Filopemen y Licortas, pretores de los aqueos.

En verdad no fue el primero inferior en virtud a ningún héroe de la antigüedad, aunque menos favorecido por la fortuna. Su sucesor Licortas le igualaba en estimables prendas.

Nada emprendió Filopemen en el transcurso de cuarenta años en una nación democrática y susceptible de infinitas vicisitudes de que no saliera con honor; nada concedió al favor, y sin consideración alguna atendía siempre al bien de la república. A pesar de ello, fue hábil para evitar los ataques de la envidia, y creo no existe en esto quien le iguale.

CAPÍTULO VIII

Aníbal.

Es extraordinaria cosa ciertamente el que este capitán cartaginés haya estado diecisiete años en guerra al frente de un ejército compuesto de hombres de naciones, tierras y lenguas diferentes, conduciéndole a expediciones asombrosas de muy dudoso éxito, sin que ninguno de sus soldados intentara hacerle traición.

CAPÍTULO IX

Publio Escipión.

Tras desempeñar con gloria los primeros cargos de la República, vióse Escipión citado a comparecer ante el pueblo, según costumbre de los romanos para responder a una acusación contra él intentada por no sé qué plebeyo. Compareció, efectivamente, y el acusador le dijo muchas cosas que debían molestar su amor propio; mas de tal suerte había conquistado la amistad del pueblo y la confianza del Senado, que al manifestar sencillamente no convenía a los romanos escuchar a un acusador de Publio Cornelio Escipión, a quien los mismos denunciadores debían la libertad de hablar, la asamblea se disolvió dejando solo al acusador.

CAPÍTULO X

Diversas contestaciones del Senado a distintos embajadores.

Durante el segundo año de la presente olimpiada fueron a Roma embajadores de parte de Eumenes, de Farnaces, de los aqueos, de los lacedemonios desterrados y de los que en la ciudad vivían. Tam-

bién enviaron los rodios para quejarse del asesinato cometido en Sinope. Respondió el Senado a los representantes de Sinope, de Eumeno y de Farnaces que a fin de enterarse con exactitud del estado de los asuntos en Sinope y de las cuestiones entre ambos reyes despacharía comisarios.

Respecto a los demás, como Quinto Marcio acababa de llegar de Grecia, Macedonia y el Peloponeso dando de estas regiones cuantos informes se podían desear, no juzgó el Senado necesario escuchar a los embajadores. Llamóse, no obstante, a los del Peloponeso y Macedonia y se les dejó hablar; pero en la contestación dada y en el juicio formado, menos se tuvieron en cuenta sus quejas que la información de Marcio, donde se manifestaba que Filipo había obedecido ciertamente las órdenes del Senado, pero sometiéndose a ellas de muy mal grado, y que aprovecharía la primera ocasión favorable para declarar la guerra a Roma. En vista del informe, elogió el Senado lo llevado a cabo por Filipo pero advirtiéndole a la vez que se guardara bien de emprender nada contra la República romana.

En cuanto al Peloponeso, decía Quinto Marcio que los aqueos no querían enviar ningún asunto al Senado, que era una liga altiva y orgullosa, con la pretensión de decidirlo todo por sí, y que si los padres conscriptos no les escuchaban sino de cierta forma, demostrándoles, aunque fuera indirectamente, no hallarse satisfechos de sus procedimientos, los lacedemonios ajustarían paces con los messenios, y los aqueos vendrían a implorar el auxilio de los romanos. En vista de esto el Senado respondió a Serripo, embajador de Lacedemonia, que había hecho cuanto le era posible por sus compatriotas, pero que no era de su incumbencia la cuestión entre ellos y los messenios. El Senado contestó así para dejar a los lacedemonios dudosos, y cuando en seguida solicitaron los aqueos que en virtud del tratado de alianza se les auxiliara, de poder ser, contra los messenios, y de no serlo se impidiera al menos salir de Italia armas y víveres para Messenia, ninguna de ambas cosas fue concedida. Lejos de ello, el Senado respondió que cuando los lacedemonios, o los corintios o los argivos se separaran de la liga aquea, no debería sorprender a los aqueos la indiferencia de los padres conscriptos ante tal separación, lo que era

tanto como publicar a son de clarines que permitía la anulación de la Liga. Se retuvo en Roma a los embajadores hasta conocer el éxito de la expedición de los aqueos contra los messenios. Esto era lo que por entonces se hacía en Italia.

CAPÍTULO XI

Diputación que despachan a Roma los lacedemonios desterrados.

Los desterrados de Lacedemonia enviaron a Roma una diputación, de la que formaban parte Arcesilao y Agesípolis, que en su niñez fue rey de Esparta. Capturados y muertos por los piratas, se les sustituyó con otros que llegaron sanos y salvos a Roma.

CAPÍTULO XII

Tras someter a los messenios, venga Licortas la muerte de Filopemen.

Cuando Licortas, pretor de los aqueos, aterró a los messenios, éstos, en vez de quejarse como en otras ocasiones del rigor del gobierno, apenas se atrevían, aun socorridos por los enemigos, a abrir la boca y manifestar que era necesario tratar de la paz. El mismo Dinócrates, cercado por todos lados, cedió a las circunstancias y se retiró a su casa. Entonces los messenios, dóciles a los consejos de sus ancianos, y sobre todo a los de los embajadores de Beocia, Epinetes y Apolodoro, que afortunadamente se hallaban en Messenia para negociar la paz; los messenios, repito, enviaron representantes para acabar la guerra y pedir perdón de sus pasadas faltas. Reunió Licortas a los demás magistrados, y escuchados los comisionados, les dijo que el único medio de conseguir la paz era entregar a los autores de la rebelión y muerte de Filopemen, poner todos sus intereses en manos de los aqueos, y recibir guarnición en su ciudadela. Divulgada la contestación del pretor, los que querían mal a los promovedores de la guerra mostráronse muy dispuestos a prenderles y entregarles, y los que nada temían de los aqueos consentían de buen grado en dejar a su discreción los asuntos. Todos además aceptaban las condiciones, por no

haber otro recurso. Entregaron, pues, la ciudadela al pretor; penetró éste en la ciudad al frente de tropas escogidas, convocó al pueblo, le arengó en el sentido que las circunstancias exigían, y prometióle que jamás faltaría a la fe jurada. Todos los asuntos generales los dejó para el consejo de los aqueos, que oportunamente iba a reunirse en Megalópolis. Hizo justicia a los convictos de algún crimen y condenó a muerte a los que tomaron parte en la de Filopemen.

CAPÍTULO XIII

Filipo.

Ningún rey ha sido más infiel e ingrato que este príncipe cuando creció su poderío y dominó la Grecia; ninguno más modesto y razonable cuando la fortuna dejó de favorecerle. Al desquiciarse por completo sus asuntos, tranquilo acerca de lo que pudiera sucederle, procuró por toda clase de medios restablecer el primitivo estado de su reino.

CAPÍTULO XIV

Referente a Filipo.

He aquí la venganza que de Filipo, hasta la hora de su muerte, tomaron sus propios amigos, ejemplo que a todos demuestra el ojo vigilante de la justicia, del que ningún mortal debe burlarse.

Tras condenar a muerte Filipo gran número de macedonios, hizo asimismo morir a los hijos de éstos, fundándose, en el siguiente verso que recitaba:

Necio quien mata al padre y perdona los hijos.
Ciega y furiosa odiaba su alma a los hijos, como
había odiado a
los padres.

CAPÍTULO XV

De las opuestas opiniones entre los hermanos Demetrio y Perseo.

Daba la impresión que la fortuna presentaba entonces en público teatro y a presencia de todos a los dos hermanos, no como actores trágicos de fábulas o historias, sino para que claramente se vea cómo se pierden todos los hermanos entre quienes arden y se envenenan las querellas y los odios, y cómo se pierden no sólo ellos, sino también sus hijos, causando la destrucción y ruina de sus Estados, mientras aquellos que entre sí mantienen indulgente afecto, salvaron los Estados a que me he referido, y vivieron con gloria, citados y elogiados por todo el universo.

Muchas veces, al hablaros de los reyes de Lacedemonia, os he manifestado que conservaron a su patria la dominación de Grecia mientras quisieron gobernar unidos bajo la vigilante y paternal tutela de los eforos, pero al aspirar cada uno a la monarquía, perturbaron el Estado, ocasionando a Esparta los mayores infortunios. Mejor y más reciente ejemplo es el de Attalo y Eumeno, que de débil Estado han sabido hacer un imperio tan floreciente como el que más. Consiguieron esto por la concordia, armonía y buena inteligencia que reinó en todos sus actos. Lo

sabéis, y en vez de ajustaros a esta verdad hacéis todo lo contrario en vuestras mutuas relaciones.

CAPÍTULO XVI

*De cómo Filopemen, general de los aqueos, capturado por los messe-
nios, fue envenenado.*

Fue Filopemen persona a quien nadie anteriormente superó en mérito. Vencible la fortuna, a pesar de que parecía asociada sumisa a él en el curso de su vida. Mas ateniéndose al proverbio: «Feliz el poderoso y doblemente feliz cuando no es poderoso», conviene envidiar la suerte, no de los que siempre fueron dichosos, sino de los que en su carrera contaron con los favores de la caprichosa fortuna y únicamente sufrieron desdichas soportables.

CAPÍTULO XVII

Sobre las cuentas de Popilio.

Solicitó Popilio en el Senado una suma destinada a perentorias necesidades, y alegó el cuestor una ley que prohibía abrir el tesoro aquel día. «Dadme las llaves dijo Popilio, y yo abriré bajo mi responsabilidad.» Transcurrido algún tiempo le exigieron cuenta, también en el Senado, del dinero que había recibido de Antíoco antes de la tregua para pagar el ejército. «Tengo esa cuenta, dijo, pero no quiero entregarla a nadie»; y como el peticionario apremiaba y exigía una solución, juzgó Popilio oportuno enviar a su hermano por ella. Traído el registro, lo abrió y presentó a todo el mundo e hizo buscar al peticionario la cuenta pedida. Dirigiéndose en seguida a los demás, les dijo: «¿Por qué se pregunta el empleo de estos tres mil talentos, y no se piden informes de dónde van a parar los quince mil que habéis recibido de Antíoco? ¿Por qué no preguntáis asimismo de qué modo habéis llegado a ser dueños de Asia, de Libia y de España?» Todos quedaron estupefactos e impusieron silencio al investigador de las cuentas. Relatamos esto para recordar las virtudes antiguas y que sirvan de emulación en el futuro.

LIBRO VIGÉSIMO QUINTO

CAPÍTULO PRIMERO

Restaura Licortas a los messenios en su primitivo estado.- Disimulo de

los romanos respecto a los aqueos. Se incorpora Esparta a la Liga Aquea.- Los ciudadanos y desterrados de Lacedemonia despachan una embajada a Roma. Los messenios, que por su imprudencia llegaron a mísera situación, por generosidad de Licortas y de los aqueos uniéronse de nuevo a la Liga de que se habían separado. También ganó entonces la Liga a Turia, Abia y Fares, que en el transcurso de la guerra se separaron de los messenios, erigiendo cada una su columna particular. Al conocerse en Roma que los aqueos habían acabado felizmente la guerra con los messenios, mudaron de lenguaje con los embajadores de aquellos, manifestándoles el Senado que había impedido llevar de Italia a Messenia armas y víveres, lo que hizo claramente comprender que ni desdeñaba ni descuidaba los asuntos exteriores, y que por el contrario consideraba mal hecho no

consultarle sobre todas las cosas y no seguir su opinión.

Llegaron por fin de Roma los embajadores de los lacedemonios y dieron cuenta de la contestación del Senado. Conocida ésta, reunió Licortas el pueblo en Siciona, y puso a discusión si se admitiría a Esparta en la Liga Aquea. Para inclinarle a que la admitiese, dijo que los romanos, a cuya disposición quedó esta ciudad, no querían encargarse de ella, declarando a los embajadores que no les importaba dicho asunto; que los que se hallaban en Esparta al frente del gobierno deseaban entrar en la Liga y que el admitirlos producía dos importantes ventajas: la primera asociarse a un pueblo que les había prometido inviolable fidelidad, y la segunda que los aqueos no tendrán entre ellos ni en su Consejo a los antiguos desterrados, cuya ingratitud e impiedad conocían, pues les arrojarían de la ciudad para recibir en ella otros ciudadanos amigos del gobierno y agradecidos a este beneficio. Tales fueron las razones de que se valió Licortas para aconsejar que fuera admitida Esparta en la Liga Aquea. Diófanes y otros defendieron a los desterrados. «¿No es suficiente decían,

que se les arroje de la patria? ¿Queréis agravar su infortunio en favor de corto número de personas y ayudar con vuestro poder a los que contra todo derecho y razón les han alejado de sus hogares?» A pesar de esta oposición resolvió el Consejo que Esparta fuese admitida en la Liga, y efectivamente la recibieron en ella y se grabó el decreto en la columna. De los antiguos proscritos fueron indultados los irresponsables de empresas contra la nación aquea.

Concluido este asunto, enviaron los aqueos a Roma a Bippo de Argos para informar al Senado de lo que habían llevado a cabo. Los lacedemonios comisionaron por su parte a Charón, y los desterrados a Cletis para que defendiera su causa contra los embajadores de los aqueos. También enviaron representantes Eumeno, Ariarates y Farnaces. Los embajadores de estos tres príncipes fueron los primeros recibidos en audiencia, y no precisó el Senado escucharles largo tiempo, que ya sabía por Quinto Marcio y los demás comisionados para entender de la guerra entre ambos príncipes la moderación de Eumeno y la avaricia y orgullo de Farnaces. Contestóles que despacharía nuevos comisionados para

examinar con mayor detenimiento las cuestiones entre ambos reyes. Llamóse en seguida a los embajadores de Lacedemonia y de los desterrados, y escuchadas sus pretensiones, nada se dijo a los primeros que indicara disgusto por lo sucedido. A los desterrados se les prometió escribir a los aqueos para que les permitieran regresar a su patria. Algunos días después se presentó al Senado Bippo, embajador de los aqueos; relató cómo a los messenios se les había restablecido en su primitivo estado, y no sólo se aprobó cuanto manifestó, sino que además se le tributaron muchos honores y pruebas de amistad.

CAPÍTULO II

Prohíbese a los desterrados lacedemonios regresar a su patria.

Apenas llegaron al Peloponeso los embajadores de los desterrados de Lacedemonia, entregaron a los aqueos las cartas del Senado ordenando que se abriese a los proscritos las puertas de la patria. Contestóseles que esperaban para deliberar sobre las

cartas a que regresaran de Roma los embajadores aqueos. Grabóse después en la columna el tratado llevado a cabo con los messenios, y se les concedió la inmunidad por tres años, de suerte que los daños causados por la guerra no les fueron más perjudiciales que a los aqueos. Poco después llegó de Roma Bippo, y manifestó que las cartas del Senado en favor de los desterrados no significaban empeño en que volvieran a su patria, sino deseo de librarse de sus impertinencias. En vista de ello los aqueos acordaren no cambiar nada de lo establecido.

CAPÍTULO III

Procuran inútilmente los romanos convencer a Farnaces para que viva en paz con Eumenes y Ariarates.

Sin preocuparse Farnaces de lo que los romanos resolvieran, en vió a Leocrito al frente de diez mil hombres para saquear la Galacia, y al iniciarse la primavera reunió sus tropas con la intención, al parecer, de invadir la Capadocia. Indignado Eumeno al

ver tan escandalosamente violados los tratados más solemnes, reunió también sus tropas. Dispuestas ya a partir, llegó Attalo de Roma, conferenció con Eumeno acerca de la cuestión presente, y juntos marcharon contra Leocrito. No le encontraron en Galacia y avanzaron en dirección a Farnacia. En el camino se le presentaron comisionados de Carsignat y Gesotoro, partidarios de Farnaces, solicitando que no se les causara daño y prometiendo hacer cuanto se les ordenase; pero irritados ambos reyes por la infidelidad de estos príncipes, no quisieron escucharles. En cinco días de marcha llegaron de Calpito al río Halis, y seis días después a Amisa, donde se unió a ellos con su ejército el rey de Capadocia, y los tres arrasaron la llanura. Acampados se hallaban cuando llegaron los embajadores de Roma para restablecer la paz. Supo la noticia Eumeno, y envió a Attalo a recibirles y convencerles de que tenía recursos propios para resistir y aun hacer entrar en razón a Farnaces. A tal fin aumentó el número de sus tropas, proveyéndolas de todo lo necesario.

Los embajadores aconsejaron a Eumeno y Ariarates no proseguir la guerra, y ambos príncipes ac-

cedieron, pero rogando a aquellos reunir un Consejo en que Farnaces se encontrara con ellos, a fin de convencerle cara a cara de su perfidia y crueldad, y si no era posible traerle, que examinaran por lo menos, como jueces imparciales, sus quejas contra este príncipe. No pudieron los embajadores negarse a peticiones tan justas y razonables, pero advirtieron a los reyes la conveniencia de retirar sus tropas de aquella región, porque habiéndoseles enviado para acabar la guerra, los actos de hostilidad se avenían mal con las conferencias para la paz. Consintió Eumeno, y al día siguiente levantó el campamento, retirándose a Galacia. Fueron seguidamente los embajadores a ver a Farnaces, y procuraron persuadirle de que el mejor medio para arreglar los asuntos era tener una conferencia con Eumeno. Farnaces la rechazó de una forma terminante, e hizo sospechar con su negativa que se reconocía culpado y que carecía de razones eficaces para justificarse; mas resueltos los embajadores a terminar de cualquier modo la guerra, no le dejaron hasta que accedió a enviar representantes a orillas del mar para arreglar la paz con las condiciones prescritas. Los de Roma, con los plenipotenciarios de Farnaces, se unieron

entonces a Eumeno. Los romanos y el rey de Pérgamo se acomodaban a todo pero todo lo resistían y disputaban los embajadores de Farnaces; de suerte que apenas llegaba a un acuerdo con ellos en alguna cosa, pedían otra o mudaban de opinión. Viendo los comisarios de Roma que trabajaban en vano y que Farnaces no aceptaría ninguna condición, salieron de Pérgamo sin realizar nada. Los representantes de Farnaces regresaron también a su tierra; prosiguió la guerra, y Eumeno se preparó de nuevo a ella. Pidiéronle entonces los rodios que fuese a Rodas, y acudió a marchas forzadas para dirigir la campaña contra los licios.

CAPÍTULO IV

Eumeno envía a sus hermanos a Roma.- Promesas que el Senado les hace.

Llevado a cabo el tratado entre Farnaces, Attalo y los demás, cada cual condujo sus tropas a sus Estados. Eumeno se hallaba entonces en Pérgamo,

convaleciente de grave enfermedad, y supo con satisfacción por Attalo la noticia del pacto, determinando enviar todos sus hermanos a Roma, por dos razones: una, poner fin a la guerra con Farnaces; y otra, que conocieran a sus hermanos los amigos que tenía en Roma y en el Senado. Realizaron el viaje a esta ciudad, donde ya eran conocidos de innumerables personas por haber militado con ellos en Asia. El recibimiento fue magnífico, no economizando nada el Senado para alojarles y tratarles con esplendor. Hiciéronseles grandes regalos y se les concedió la audiencia más favorable. Ante el Senado recordaron, en largo discurso, los resultados de la estrecha alianza que su casa tenía de largo tiempo atrás con Roma; quejáronse de Farnaces y pidieron que se le castigara cual merecía. La contestación del Senado fue favorable. Se les prometió despachar nuevos embajadores que, sobre el terreno, procuraran por todos los medios posibles acabar la guerra.

CAPÍTULO V

Por qué escogieron los aqueos para embajadores cerca de Ptolomeo a Licortas, su hijo Polibio y el joven Arato.

Deseando Ptolomeo Epifanes aliarse a los aqueos, les envió un embajador con promesa de darles seis galeras de cincuenta remos armadas en guerra. El regalo se estimó digno de agradecimiento y fue aceptada la oferta del príncipe. Efectivamente valía ésta unos diez talentos. Para dar gracias a Ptolomeo por las armas y dinero que antes había remitido y para recibir las galeras eligieron los aqueos, en su Consejo, a Licortas, Polibio y el joven Arato. Licortas, porque era pretor cuando se renovó la alianza con Ptolomeo y defendió con empeño los intereses de este príncipe; Polibio, su hijo, que aun no había cumplido la edad prescrita por las leyes, porque el padre fue comisionado para reanudar la alianza con el rey de Egipto y traer a Acaia las armas y el dinero que éste dio a la Liga Aquea; y, finalmente, Arato, por lo mucho que quiso Ptolomeo a sus antecesores. Esta embajada no llegó a salir de Acaia, porque cuando iba a ponerse en camino murió Ptolomeo.

CAPÍTULO VI

Cherón.

Este lacedemonio fue el año anterior comisionado en Roma. Aunque joven, de humilde cuna y mal educado, tenía disposición para los negocios. Adquirió en poco tiempo reputación por las excitaciones que en el pueblo produjo y por una empresa que ningún otro hubiese intentado. Comenzó por distribuir en partes desiguales entre los más viles ciudadanos las tierras que los tiranos habían concedido a las hermanas, esposas, madres e hijos de los proscritos, y después, sin cuidarse de las leyes, sin decreto público, sin autoridad de magistrado, gastaba los fondos del Estado como si fueran suyos, derrochando en locuras las rentas de la República. Algunos ciudadanos a quienes esta conducta indignaba solicitaron con reiteradas instancias que, conforme a las leyes, se designaran cuestores para guardar el tesoro público, y así se hizo; pero Cherón, a quien la conciencia acusaba, tomó las medidas necesarias para librarse de las pesquisas de estos nuevos funciona-

rios. El más capaz para descubrir sus malversaciones era uno de ellos, llamado Apolonides, y Cherón apostó algunos asesinos que le dieron muerte al volver del baño. La noticia de esta muerte sublevó el ánimo de los aqueos contra el asesino. El pretor salió inmediatamente para Lacedemonia, puso preso a Cherón, ordenóle responder del crimen de que se le acusaba y, condenado, ordenó encerrarle en un calabozo. En seguida aconsejó a los cuestores investigar cuidadosamente los fondos públicos y procurar que fuesen puntualmente devueltas las tierras arrebatadas a los parientes de los proscritos.

CAPÍTULO VII

Filopemen y Arístenes.

Gran diferencia existía entre estos dos pretores de los aqueos, no sólo por su carácter, sino por su forma de gobernar. Había nacido el primero belicoso, y de ánimo y cuerpo era a propósito para la guerra. El otro, más inclinado a deliberar y arengar en los Consejos. Advirtiéndose principalmente esta dife-

rencia cuando la República romana extendió su poder y su autoridad a Grecia, es decir, en tiempo de las guerras de Filipo y Antíoco. La política de Arístenes consistía entonces en llevar a cabo sin pérdida de tiempo cuanto juzgaba favorable a los intereses de los romanos, y a veces, antes de recibir órdenes de éstos. Procuraba, no obstante, disfrazar su adhesión a Roma con aparente recelo por las leyes, y cuando le pedían algo abiertamente contrario a ellas, negábase a concederlo. Filopemen obraba de otro modo. Si lo que los romanos exigían de Acaia era conforme a las leyes y a los tratados de alianza efectuados con ellos, ejecutaba las órdenes inmediatamente y sin argucias para eludir el cumplimiento; pero cuando sus pretensiones traspasaban los límites legales, no se sometía a ellas de buen grado, exigiendo que primero se le dijera el motivo, después se suplicara el cumplimiento de los tratados, y si permanecían inflexibles tomar a los dioses por testigos de la infracción, y obedecer.

CAPÍTULO VIII

No es bueno arruinar las cosechas del enemigo.

Paréceme gran error dejarse llevar por la cólera hasta el extremo de destruir cosechas, árboles y casas, arrasando las comarcas; porque creyendo amedrentar al enemigo al saquear sus tierras y arrebatárle sus riquezas presentes y futuras, riquezas precisas para su existencia, se le hace feroz, perpetuando en su ánimo, una vez ofendido, el sentimiento de la ira.

Esto fue en Creta fuente de grandes sucesos, si puede decirse así, porque gracias a la asiduidad de las discordias y a los excesos de recíprocas crueldades lo que es fuente de un acontecimiento es asimismo su fin, y lo que parece aquí extraordinario e increíble, es allí natural y consecuente
... ..

He aquí los argumentos que empleó Arístenes ante los aqueos en su disentiimiento con Filopemen: «No pretendáis conservar la amistad de los romanos mediante lanza y heraldo. Si somos suficientemente

fuerzas para marchar contra ellos... Filopemen se ha atrevido a decirlo... ¿Por qué, pues, deseando lo imposible perderá lo probable? Dos objetivos persigue toda política: lo bello y lo útil. Cuando la posesión de lo bello puede realizarse, los hábiles administradores deben procurarla y, si no, preciso es atenerse a lo útil; pero abandonar ambas cosas, es el colmo de la impericia. Así proceden los aqueos cuando, acatando las órdenes que se les dan las cumplen con tibieza y de mala gana. Entiendo, pues, que es necesario, o mostrar que podemos no obedecer, o no expresarse en tal sentido, obedeciendo de buena voluntad.» Contestó Filopemen que no era tan ignorante que desconociese la diferencia entre el gobierno de Roma y el de los aqueos, no menos que la superioridad de aquel; «pero cuando un poder más fuerte, dijo, pesa demasiado a los débiles, ¿qué debe hacerse? ¿Unirnos con todas nuestras fuerzas a los amos, sin manifestar oposición alguna, para sufrir las órdenes más duras, o resistir cuanto podamos y retardar nuestra esclavitud?... Cuando ordenen injusticias, nuestro derecho nos dará aliento para rechazar lo más amargo de su dominación, sin dejar por ello de atender mucho a los romanos, como dice

Arístenes, observando escrupulosamente los tratados y los juramentos de fidelidad a los aliados. Pero si teniéndolo todo por justo, nos apresuramos cual prisioneros de guerra a cumplir sus deseos, ¿en qué se diferenciará la nación aquea de sicilianos y tirrenos, siempre esclavos? Preciso es convenir, agregó, en que la justicia de los romanos nada significa, o, de no atrevernos a decirlo, usar de nuestra justicia, pero no entregarse cuando se defiende en la lucha la más bella y grande de las causas. Llegará un día para los griegos, bien lo sé, en que precise obedecer las órdenes de Roma; pero, ¿debemos acelerar o retardar ese día? Creo que retardarlo, y en esto difieren mis ideas de las de Arístenes, porque él quiere realizar en seguida acontecimientos cuya necesidad preveo y para ello emplea todas sus fuerzas, mientras yo ejercito las mías en oponerme y alejar este suceso.» Tales discursos acreditan que la política del uno era bella y la del otro prudente; ambas seguras, porque las grandes cosas se preparaban entonces en Grecia y Roma sin hablar de Filipo y de Antíoco. A pesar de que Arístenes y Filopemen defendían la integridad de Acaia contra los romanos, corrió el

rumor de que el primero era más favorable a éstos que el segundo.

LIBRO VIGÉSIMO SEXTO

CAPÍTULO PRIMERO

Magnánimos y nobles sentimientos de Licortas en la asamblea de los aqueos.- Embajada al Senado en representación de esta nación.- Uno de los embajadores, Calístrato, traiciona a su república y a todos los griegos. El pretor de los aqueos, Hiperbato, puso a discusión en el Consejo si se atendería a las cartas del Senado de Roma solicitando levantar al destierro a los proscritos de Lacedemonia, y Licortas opinó que no se debía modificar lo llevado a cabo. «Al escuchar los romanos, dijo, las quejas de los desgraciados que únicamente les piden lo justo y razonable, hacen lo que les conviene; pero si entre las gracias solicitadas traspasan unas sus facultades y otras deshonan y perjudican considerablemente a sus aliados, no muestran tenaz empeño en ser obedidos. Este es el caso en que nos hallamos. Manifiestemos a los romanos la imposibilidad de ejecutar

sus órdenes sin violar nuestros juramentos, sin quebrantar las leyes fundamentales de nuestra Liga, y reconocerán la justicia de las razones que nos impiden obedecerles.» De contraria opinión fueron Hiperbato y Calístrato. Según ellos, no existían leyes, ni juramentos, ni tratados que no debieran sacrificarse a la voluntad de los romanos. Ante la diversidad de pareceres se convino despachar una diputación al Senado para informarle de la opinión de Licortas en el Consejo, y los embajadores fueron el leontesiano Calístrato, Lisíades de Megalópolis, y Arato de Siciona, dándoseles instrucciones de acuerdo con la deliberación.

Al llegar a Roma estos embajadores, hizo Calístrato ante el Senado todo lo contrario de lo que se lo ordenó, censurando audazmente a quienes no opinaban como él, y tomándose la libertad de advertir al Senado lo que debía hacer. «Si no os obedecen los griegos, padres conscriptos, manifestó, si desatenden las cartas y órdenes que les enviáis, culpa vuestra es. En todas las repúblicas existen actualmente dos partidos: uno que defiende la sumisión a vuestras órdenes, considerando vuestra voluntad superior

a leyes y tratados; pretende el otro que las leyes, juramentos y tratados valen más que vuestros deseos, y en este sentido aconsejan sin cesar al pueblo. De ambos partidos, el último es el más popular y agradable a los aqueos, y ¿qué sucede? Que el pueblo odia a vuestros amigos, y honra y aplaude a los que resisten vuestra voluntad. A poco que los romanos favoreciesen a los primeros, todos los jefes de las repúblicas serían partidarios suyos, y amedrentado el pueblo seguiría pronto su ejemplo; pero si estimáis esto cosa de poca importancia, ya veréis a todos en contra vuestra, porque como os he dicho, el partido de la resistencia es más popular y mucho más considerado que el otro. Vemos, efectivamente, cómo llegan a los cargos más eminentes de la república personas cuyo único mérito es la oposición invencible a vuestras órdenes y el pretendido celo por la defensa y conservación de las leyes de su patria. Seguid, padres conscriptos, este proceder, si no os importa la sumisión de los griegos; pero si queréis que vuestras órdenes sean ejecutadas y vuestras cartas recibidas con respeto, considerad seriamente lo que os digo, porque de no atenderlo, siempre les encontraréis rebeldes. Podéis juzgar por lo

que acaba de suceder de su resistencia futura. En el transcurso de la guerra de Messena tomó Quinto Marcio todas las medidas precisas para que nada se ordenase contra los messenios sin la voluntad de Roma, y a pesar de ellas han resuelto el conflicto por su propia autoridad, talando la comarca, desterrando a algunos de los más ilustres ciudadanos, y haciendo morir en vergonzosos suplicios a otros que se habían rendido a discreción y cuyo único crimen era pedir que los romanos fueran jueces en sus cuestiones con los aqueos. ¿Cuánto tiempo hace que les escribisteis para que levantaran el destierro a los lacedemonios? Pues en vez de abrirles las puertas de la patria, han hecho grabar en una columna la decisión contraria, comprometiéndose por juramento a no perdonar a los proscritos. Este ejemplo os demuestra qué precauciones debéis tomar en el porvenir.» Concluido el discurso, retiróse Calístrato y penetraron los proscritos, explicando su negocio en breves y sentidas frases para excitar la compasión del auditorio.

Un discurso tan favorable a los intereses de la República como el de Calístrato debía agradar al

Senado, y hubo desde luego senadores que defendieron la necesidad de acrecentar el poder y crédito de los partidarios de la autoridad romana, rebajando el de los que no querían someterse a ella. Tomóse entonces por primera vez en Roma la determinación funesta de humillar y desacreditar a los que, cada cual en su patria, opinaban lo mejor, y de colmar de bienes y honores a quienes, con razón o sin ella, eran partidarios de la dominación romana, partido que al poco tiempo multiplicó los aduladores y disminuyó mucho el número de los verdaderos amigos de la República. No se contentó el Senado para el regreso de los proscritos con escribir a los aqueos, pues escribió asimismo a los etolios, a los epirotas, a los atenienses, a los beocios y a los acarnanios, como si quisiera sublevar todos los pueblos contra los aqueos, y en su contestación a los embajadores únicamente habló de Calístrato, de quien dijo desearía se le pareciesen los magistrados de las demás ciudades. Con tal respuesta volvió triunfante Calístrato a Grecia, sin pensar que era causa de grandes desgracias para el pueblo griego en general y en particular para Acaia, porque hasta entonces había por lo menos cierta igualdad entre aqueos y romanos, y tole-

raban éstos que los aqueos fueran al par con ellos, porque les habían demostrado su fidelidad en tiempos difícilísimos, es decir, durante las guerras contra Filipo y Antíoco. En la época a que nos referimos comenzaba a distinguirse la pequeña Liga, y había hecho ya grandes progresos cuando la traición de Calítrato perturbó todas las esperanzas que inspiraba; y la llamo traición, atendiendo al carácter de los romanos: de nobles sentimientos y naturalmente inclinados a las bellas acciones, se duelen de las quejas de los desgraciados, y les agrada favorecer a quienes recurren a su protección; pero si alguien, de cuya fidelidad estén seguros, les manifiesta los inconvenientes de conceder ciertas gracias, retroceden y reforman lo hecho como mejor pueden. Calítrato fue a Roma con orden de defender los derechos de los aqueos, y puesto que los romanos no se quejaban de lo ocurrido con los messenios, nada debió decir de este asunto. Regresó en seguida a Acaia, difundiendo por todas partes el terror a Roma, refiriendo los pormenores de su embajada para amedrentar al pueblo, que ignorando lo que dijo en el Senado y los regalos con que se había dejado corromper, le eligió en seguida pretor. Apenas tuvo esta dignidad, levantan-

tó el destierro a los proscritos de Lacedemonia y Messenia.

CAPÍTULO III

Jactancias de Tiberio Graco y burlas de Pasidonos.

«En el libro XXVI manifiesta Polibio que Tiberio Graco había destruido trescientas ciudades en la Celtiberia. Pasidonos se mofa de este hecho, diciendo que Tiberio calificó de ciudades a fortificaciones insignificantes para exagerar su triunfo; y acaso tuviera razón, porque los generales son tan aficionados como sus historiadores al género de fraudes que consiste en tomar las bellas frases por bellas acciones.»

CAPÍTULO III

Perseo.

Renovada su alianza con los romanos aplicóse Perseo a conseguir la amistad de los griegos. Para conseguirlo ordenó fijar edictos en Delos, en Delfos y en el templo de Minerva, llamando a Macedonia a todos los que habían huido de la persecución de sus acreedores, o por librarse de sentencias judiciales o por delitos políticos. En estos edictos prohibía además que se les molestara en el camino, y se les permitía no sólo recobrar los bienes de que habían sido despojados, sino asimismo las rentas producidas durante el destierro. Perdonó a los macedonios las deudas al Tesoro, y puso en libertad a los reos políticos. Esta templanza y magnanimidad inspiraron a los griegos gran estimación a dicho príncipe, que además mantenía su rango con notable dignidad. Era de buena presencia, vigoroso para toda clase de trabajos; su aspecto y facciones demostraban juventud, y no se advertía en él vestigio alguno de la desenfrenada pasión a las mujeres que dominó a su padre Filipo. Tal fue Perseo al principio de su reinado.

CAPÍTULO IV

Eumeno y Ariarates conciertan paz con Farnaces.- *Artículos* *del* *trata*
do.

Una ocasión tan brusca y terrible hizo a Farnaces más asequible a las condiciones que quisieran imponerle. Envió embajadores a Eumeno y Ariarates, y los recibió también de ellos, y tras muchas negociaciones, se concertó el tratado en estos términos: «Paz perpetua entre Eumeno, Prusias, Ariarates, Farnaces y Mitridates. Farnaces no invadirá jamás la Galacia, y serán nulos cuantos tratados ha llevado a cabo con los galos. Saldrá de la Paflagonia, donde regresarán los habitantes expulsados, entregando las armas y demás efectos que de allí sacó. Devolverá a Ariarates las tierras que le ha tomado, cuantos efectos en ellas había, y los rehenes recibidos. Devolverá asimismo Tegé, ciudad del Ponto.» Poco tiempo después dio Eumeno esta ciudad a Prusias, que agradeció mucho el regalo. Proseguía diciendo el tratado: «Entregará todos los prisioneros y trásfugas sin rescate. Además del dinero y riquezas que arrebató a Morzias y a Ariarates, dará novecientos talentos a estos dos príncipes, trescientos a Eumeno

para indemnizarle de los gastos de la guerra, y trescientos a Mitridates, gobernador de la Acarnania, por haber tomado las armas contra Ariarates a pesar del tratado con Eumeno.» En este tratado fueron comprendidos, de los príncipes de Asia, Artaxias, que reinaba en la mayor parte de Armenia, y Acusíloco; entre los de Europa, Gatales, príncipe sármata, y de los Estados libres, los heracleotos, los quersonesitas y los cisenienses. También se determinó en el tratado el número y condición de los rehenes que Farnaces daría, y cuando éstos llegaron, retiráronse los ejércitos. Así acabó la guerra que Eumeno y Ariarates mantenían con Farnaces.

CAPÍTULO V

Embajada que despachan los licios a Roma contra los rodios.- Los rodios llevan a Perseo su mujer Laodice.

Cuando los cónsules Tiberio y Claudio emprendieron la expedición contra istrianos y agrienos, el Senado, al final del verano, dio audiencia a los em-

bajadores de los licios, llegados después de la victoria sobre esta nación, aunque de su patria habían salido hacía largo tiempo, porque antes de que se declarara la guerra, los xantianos enviaron a Nicotrato a la Acaia y a Roma. Hizo a esta ciudad una descripción tan conmovedora de los males y de la crueldad que los rodios hacían sufrir a los licios, que compadecido el Senado, despachó embajadores a Rodas para declarar que conforme a las Memorias de los diez comisarios que arreglaron los asuntos de Antíoco, no fueron dados los licios a los rodios como un regalo, sino como amigos y aliados. Esta determinación desagradó a los rodios, creyendo que los romanos, al saber los enormes gastos hechos para construir la flota en la que llevaron a Perseo su esposa Laodice, deseaban, comprometiéndoles con los licios, agotar los recursos de su tesoro. Efectivamente, poco tiempo antes habían equipado los rodios cuantos buques poseían, para que la reina fuese en la flota más brillante y magnífica. Perseo dio los materiales, y a todos, hasta a los soldados y marineros que condujeron a Laodice, una cinta de oro.

CAPÍTULO VI

*Enojo de los rodios contra el decreto del Senado
de Roma en pro de
los licios.*

Cuando llegaron a Rodas los embajadores romanos, publicaron el decreto del Senado. Este decreto sobreexcitó la opinión, indignada porque los romanos dijeran que los licios habían sido dados a la república de Rodas no como regalo sino como amigos y aliados. Creyendo haber ordenado suficientemente bien los negocios de Licia, era para ellos triste verse amenazados de nuevas dificultades, porque al saber los licios la llegada de los embajadores y el decreto que traían, empezaron a amotinarse, dispuestos a reivindicar su libertad a toda costa. Por su parte se persuadieron los rodios de que los licios habían engañado a los romanos, y enviaron a Licofrón a Roma para informar al Senado de lo que ignoraba. Tal era en Rodas el estado de los negocios, siendo de temer que los licios se sublevaran.

CAPÍTULO VII

Los dardanios despachan diputados a Roma para solicitar ayuda con tra los bastarnos y Perseo.

Llega Licofrón a Roma, defiende la causa de los rodios, y el Senado difiere contestarle. Al mismo tiempo que él llegaron embajadores de los dardanios, para informar al Senado de que su provincia se hallaba inundada de multitud de bastarnos, pueblo de gigantesca talla y de extraordinario valor, con el cual, así como con los galos, había llevado a cabo Perseo un tratado de alianza; que temían aún más a este príncipe que a los bastarnos, y que habían sido enviados para implorar auxilio de la República contra tantos enemigos. Los representantes de Tesalia atestiguaban también las quejas de los dardanios, solicitando asimismo ayuda para sí. En vista de la relación de los embajadores, envió el Senado a aquellos parajes a Aulo Póstumo, acompañado de algunos jóvenes, para examinar si los informes eran ciertos.

CAPÍTULO VIII

Asuntos de Siria.- Principios del reinado de Antíoco Epifanes.

En el lib. XXVI de su *Historia* llama Polibio a este príncipe Epimanes en vez de Epifanes, a causa de lo que hacía. Cuenta de él los siguientes hechos: De vez en cuando, y sin saberlo sus ministros, veía-se pasear por las calles de la ciudad acompañado de una o dos personas. Le agradaba especialmente visitar las tiendas de escultores y fundidores de oro y plata, conversando familiarmente con los obreros acerca de su arte. Aficionado a hablar con hombres del pueblo, discutía con el primero que encontraba y bebía con extranjeros de ínfima clase. Al saber que en algún lugar ofrecían los jóvenes un festín, sin prevenir a nadie de su llegada presentábase en él acompañado de flautistas y sinfonistas, entregándose a los excesos de la comida de tal forma, que muchas veces los comensales, amedrentados por su inesperada presencia, se levantaban y huían. Frecuentemente, despojándose del regio manto, se pa-

seaba por el Foro vestido con toga como un candidato ante los comicios, dando la mano a unos, abrazando a otros y solicitando los sufragios para ser elegido edil o tribuno del pueblo, y cuando conseguía la solicitada magistratura, sentado en silla curul de marfil, a usanza romana, entendía de los actos judiciales, de las causas comerciales y de los negocios en litigio, pronunciando sentencias con la atención más escrupulosa. En vista de tal proceder, no sabían las personas prudentes qué opinión formar de él, juzgándole unos, hombre sencillo y fácil, y otros insensato. Con igual rareza distribuía las mercedes: a unos regalaba dados, a otros oro, ocurriendo a veces que los que por acaso hallaba, y a quienes jamás había visto, recibían inesperados obsequios. En las ofrendas a los dioses de las diferentes ciudades sobrepujó a todos sus antepasados: testigos el templo de Júpiter Olímpico en Atenas, y las estatuas colocadas en torno al altar de Delos. Habitualmente iba a los baños públicos cuando mayor era la concurrencia en ellos, y hacía llevar ante él vasos llenos de los perfumes más preciosos. Díjole uno cierto día en este momento: «Vosotros los reyes, que podéis emplear perfumes tan agradables al olfato, sois feli-

ces.» No le contestó, pero al día siguiente llegó al lugar donde aquel hombre se bañaba y ordenó que le derramaran sobre la cabeza una gran vasija llena del perfume más precioso, que se llama stacta o mirra líquida. Al ver esto acudieron en tumulto todos los bañistas para lavarse con los restos de aquel precioso perfume. Siguióles el rey, pero resbaló en los viscosos rastros de la mirra, y cayó al suelo con gran divertimiento de todo el mundo.

LIBRO VIGÉSIMO SÉPTIMO

CAPÍTULO PRIMERO

Los beocios incurren en la imprudencia de separarse unos de otros. En Calcis se hallaban los comisarios romanos cuando se les presentaron Lassis y Calias de parte de los tespianos para entregar su patria a los romanos. También llegó Ismenias, comisionado por Neón, pretor de los beocios, y manifestó que, por orden del Consejo común de la nación, entregaba a discreción de los comisarios todas las ciudades de Beocia. Esto se oponía a las miras de Quinto Marcio, deseoso de que cada ciudad hiciera

particularmente la entrega; por lo cual, en vez de acoger bondadosamente a Ismenias como lo había hecho con Lassis, con los diputados de Queronea, de Livadia y con otros, mostróle desprecio, y las órdenes que le dio más parecían insultos. La mofa fue tan grande, que de no refugiarse Ismenias bajo la protección del tribunal de los comisarios, le hubiesen muerto a pedradas algunos de los proscritos que habían conspirado contra su vida.

Por entonces hubo en Tebas una rebelión. Mientras los ciudadanos querían entregar la ciudad a los romanos, los de Corona y Haliarta, allí reunidos, pretendieron dominar el Consejo y sostuvieron la necesidad de mantener la alianza con el rey de Macedonia. Hasta entonces los dos partidos eran casi iguales; mas uno de los magnates de Corona, Olímpico, se pasó al de los romanos, arrastrando consigo otros, y hubo un cambio general en el espíritu público. Obligaron primero a Dicletas a excusarse con los comisarios por la alianza que con Perseo concertó. Acudieron en seguida a las casas de Neón y de Hipias, arrojándoles de ellas y ordenándoles que diesen cuenta de su gobierno, por ser los que habían

negociado la alianza; reunióse el Consejo, designó éste los diputados para enviarles a los comisarios, ordenóse a los magistrados que pactaran alianza con Roma, y, finalmente, entregaron la ciudad a los romanos, llamando a los desterrados.

Al mismo tiempo iba a Calcis, enviado por los proscritos, Pampi das para denunciar a Ismenias, Neón y Dicetas. Como su falta era manifiesta y los romanos favorecían a los expatriados, encontráronse en mala situación Hippias y los de su partido. Tan irritada estaba contra ellos la multitud, que corrieron riesgo de perder la vida, y hubieran muerto a no impedirlo los romanos conteniendo la violencia e impetuosidad del populacho. Al llegar los diputados de Tebas y mostrar lo que habían arreglado en ventaja de los romanos, cambiaron los negocios de aspecto y en pocos días hicieron el viaje de Tebas a Calcis, porque las dos ciudades se hallan próximas.

Con mucho agrado recibieron los romanos a los de Tebas, ha ciendo grande elogio de su ciudad y recomendándoles que llamaran a los proscritos.

Ordenaron después a todos los diputados que despachasen a Roma embajadores para ofrecer cada ciudad en particular a la discreción de los romanos. Llevado a cabo su propósito de dividir a los beocios y producida en el pueblo la aversión a la casa real de Macedonia, hicieron venir a Servio de Argos, y dejándole en Calcis se trasladaron al Peloponeso. Algunos días después se retiró Neón a Macedonia. Ismenias y Dicetas fueron encerrados en un calabozo, donde al poco tiempo se suicidaron.

De este modo los beocios, después de formar por largo tiempo una república que en diferentes ocasiones venció con felicidad grandes peligros, por afiliarse sin motivo y cometiendo imperdonable ligereza al partido de Perseo viéronse dispersos y gobernados por tantos Consejos como ciudades había en la provincia.

Volviendo a los comisarios, al llegar a Argos Aulo y Marcio trajeron con los magistrados de los aqueos rogando a su pretor Archón que enviase a Calcis mil soldados para guardar la ciudad, y conce-

dido este socorro, uniéronse a Publio y se embarcaron de regreso a Roma.

CAPÍTULO II

Inteligente política de Hegesiloco, pritano de los rodios, para mantener a su nación la amistad del pueblo romano.

Cuando Tiberio y Postumio recorrían las islas y las ciudades de Asia, permanecieron largo tiempo en Rodas, aunque su presencia no era allí necesaria, porque Hegesiloco, persona dignísima, que entonces era pritano y fue después embajador en Roma, al saber que los romanos iban a declarar la guerra a Perseo, exhortó a sus conciudadanos, no sólo a unirse a ellos, sino a preparar cuarenta buques para que, si los romanos los precisaban, estuviesen listos sin pérdida de tiempo. Así los enseñó a los dos comisarios romanos, que salieron muy satisfechos de la ciudad, y al regresar a Roma elogiaron grandemente el celo de Hegesiloco y su adhesión a la República Romana.

CAPÍTULO III

*Perseo despacha embajadores a los rodios para
conocer sus intencio-
nes.*

Tras sus conferencias con los comisarios romanos, resumió Perseo en una carta todas las razones en que apoyaba su derecho y cuantas se habían expuesto por ambas partes. Apeló a este recurso, no sólo por presumir que sus razones valían más que las de los comisarios, sino también para sondear el espíritu de cada pueblo respecto a su causa. Por medio de correos envió la carta a diferentes puntos, pero con los rodios hizo la especial distinción de comisionar a Antenor y Filipo, que entregaron la carta del rey a los magistrados. Algunos días después se presentaron al Consejo y aconsejaron a los rodios permanecer tranquilos y espectadores imparciales del partido que tomaban los romanos. «Si deciden, manifestaron, atacar a Perseo y los macedonios a pesar de los tratados llevados a cabo, vosotros seréis, rodios, los mediadores entre ambos pue-

blos. A todos interesa verles vivir en paz; pero a ninguno corresponde, como a vosotros, trabajar para amistarlos. Defensores de vuestra libertad y de la de toda Grecia, cuanto más celo y ardimiento tenéis para conservar este gran bien, más debéis ponerlos en guardia contra quien debe inspirar opuestos sentimientos.» Agregaron otras razones semejantes, que se oyeron con agrado, pero hablaban a personas prevenidas ya en favor de los romanos y resueltas a ayudarles. Tributáronse a los embajadores grandes demostraciones de afecto, pero la contestación fue que rogaran a Perseo no pedirles nada contrario a los intereses de los romanos. No tomó Antenor este ruego por respuesta; pero satisfecho de las pruebas de amistad de los rodios, se dirigió a Macedonia.

CAPÍTULO IV

Embajadas recíprocas de Perseo a los beocios y de los beocios a Perseo.

Informado Perseo de que algunas ciudades de Beocia le eran adictas, despachó a Antígones, hijo de Alejandro en calidad de embajador. Llegó éste a Beocia y pasó frente a muchas ciudades sin penetrar en ellas por falta de pretexto para aconsejarles alianza con su señor. Entró en Corona, en Tebas y en Haliarte, exhortando a los ciudadanos a afiliarse al partido de los macedonios, y accedieron a sus ruegos, decidiendo enviar embajadores a Macedonia. Regresó Antígones y dijo a Perseo el feliz éxito de sus negociaciones. Poco tiempo después llegaron los embajadores de Beocia, suplicando al rey ayudara a las ciudades que se habían puesto de su parte; pues irritados los tebanos porque no defendieran como ellos la causa de Roma, las amenazaban, comenzando a molestarlas. Contestóles el rey que la tregua hecha con los romanos le impedía por el momento auxiliarles, aconsejándoles defenderse como pudieran de los tebanos y vivir en paz con Roma.

CAPÍTULO V

Bando en Rodas contra los romanos.

Cayo Lucrecio escribió desde Cefalonia, donde se hallaba anclada su flota, una carta a los rodios pidiéndoles barcas, y fue portador de esta carta un tal Sócrates, que ganaba su vida frotando con aceite a los luchadores. Era entonces Stratocles pritano del último semestre; reunió el Consejo y puso a debate lo que debía hacerse en vista de la carta. Agatagetes, Rodofón, Astimedes y muchos otros opinaron que se enviaran en seguida las naves y unirse a los romanos desde el principio de la guerra; pero Dinón y Polícrates, disgustados por lo llevado a cabo ya en favor de Roma, se valieron de las sospechas que excitaba Eumeno para oponerse a lo que Lucrecio solicitaba. El disgusto con Eumeno tuvo origen en que, en el transcurso de la guerra con Farnaces, se apostó en el Helesponto para detener los barcos que pasaban al Ponto Euxino, oponiéndose a ello los rodios. Algún tiempo después se agrió esta cuestión, por causa de algunos castillos y de la Perea, región situada en la extremidad del continente opuesto a la isla de Rodas y donde las tropas de Eumeno andaban de continuo en correrías. Este disgusto motivaba oír con agrado cuanto contra Eumeno se dijera, y los facciosos aprovecharon el pretexto para desdeñar la

carta de Lucrecio, manifestando que no procedía de un romano, sino de Eumeno, que deseaba comprometerles en una guerra y ocasionarles gastos y fatigas inútiles. Hasta el portador de la carta les servía de argumento, porque los romanos jamás se servían para enviar sus órdenes de personas de tan baja condición, eligiendo, por el contrario, las más distinguidas. No ponían en duda que la carta fuera de Lucrecio, pero deseaban enfriar el ardimiento de la muchedumbre para diferir el socorro a los romanos y que la dilación ocasionara rompimiento con ellos. Su propósito consistía en privar a los romanos de la opinión pública y conquistarla para Perseo, de quien eran cómplices; uno de ellos, Polícrates, porque habiendo efectuado grandes gastos para mantener su lujo y ostentación todo lo tenía en poder de acreedores, y el otro, Dinón, porque, avaro y sin pudor, procuraba siempre acrecentar sus bienes con las mercedes de reyes y magnates. Stratocles combatió rudamente a los dos facciosos, diciendo muchas cosas contra Perseo, alabando con entusiasmo a los romanos y obteniendo al fin del pueblo el decreto para remitirles los barcos. Inmediatamente equipó seis galeras, enviando cinco a Calcis, al mando de

Timágoras, y la sexta a Tenedos. Otro Timágoras que mandaba ésta, halló en Tenedos a Diófanes, que iba de parte de Perseo a ver a Antíoco. No consiguió apoderarse de él, pero sí de su buque. Lucrecio recibió atentamente a todos los aliados que le llegaban por mar y les despidió agradeciéndoles sus servicios, porque, según manifestó, los asuntos no exigían auxilios marítimos.

CAPÍTULO VI

El Senado ordena que los embajadores de Perseo abandonen Roma e Italia.

Al regresar de Asia los comisarios romanos, informaron al Senado acerca de lo que habían visto en Rodas y en otras ciudades. Inmediatamente después se mandó entrar a los embajadores de Perseo, que eran Solón e Hippas, e hicieron los mayores esfuerzos para justificar a su señor y desvanecer la cólera del Senado.

Defendiéronle principalmente de la acusación de atentado contra la persona de Eumeno, y cuando finalizaron, el Senado, que tenía ya decidida la guerra, les ordenó, como a todos los macedonios que se hallaban en Roma, salir inmediatamente de la ciudad y de Italia en treinta días. Llamados en seguida los cónsules, se les recomendó dedicarse a esta guerra sin pérdida de tiempo.

CAPÍTULO VII

Aunque victorioso, solicita Perseo la paz y no puede lograrla.

Tras la victoria conseguida por los macedonios, reunió Perseo el Consejo y manifestaron en él algunos amigos suyos que haría bien en despachar una diputación al cónsul para solicitarle la paz, ofreciéndole, aunque victorioso, los mismos tributos y las mismas plazas que Perseo había prometido dar. «Porque, dijeron, si concede la paz, es honroso para vos acabar la guerra con una victoria, y además, después de experimentar los romanos el valor de

vuestras tropas, no osarán dar leyes duras o injustas a los macedonios; y si picados por la derrota se empeñan en vengarla, deberán temer la justa cólera de los dioses, y esperar nosotros que los dioses y los hombres favorezcan vuestra moderación.» La mayoría del Consejo y el rey aprobaron la idea designando embajadores a Pantaco y Medón de Borea. Recibió a éstos Licinio, se celebró Consejo, manifestaron los embajadores las órdenes que habían recibido, se les mandó retirar y se deliberó. Fue opinión unánime, que se les respondiera de la manera más orgullosa posible, por ser costumbre que los romanos recibieron de sus antepasados mostrarse altivos y fieros en la adversa fortuna y en la próspera suaves y modestos; política indudablemente honrosa, pero que dudo pueda erguirse en algunas ocasiones. Sea de ello lo que quiera, la contestación dada a los embajadores fue que «no habrá paz para Perseo si no entrega su persona y su reino a disposición del Senado para hacerle éste lo que estime oportuno.» Admiró a los macedonios tan insoportable orgullo, y disgustó al Consejo hasta el punto de aconsejar al rey no enviar en ningún caso representantes a los romanos. Perseo no siguió el consejo, y envió va-

rios, llegando a ofrecer mayor tributo que el impuesto a Filipo. Todas estas instancias sirvieron únicamente para que le acusaran sus amigos de rebajarse siendo victorioso como si fuera vencido. Sin esperanza de paz, regresó Perseo a su campamento de Sicurium.

CAPÍTULO VIII

Cotis, rey de Tracia.

A su simpática apariencia y vigor infatigable para la guerra, unía este rey un carácter y unas costumbres diferentes de las de los tracios, ya que era sobrio, amable y de extraordinaria prudencia.

CAPÍTULO IX

Pacto de los rodios con Perseo para el rescate de prisioneros.

Concluida la guerra de Perseo contra los rodios, fue Antenor de parte del rey a Rodas para tratar del rescate de los prisioneros que se hallaban en el mar con Diófanes. Dividióse la opinión en el senado rodio: Filofrón y Teetetes no querían trato ni convenio alguno con el rey de Macedonia; Dinón y Polícrates opinaban lo contrario, pero finalmente se convino con Perseo en el rescate de estos prisioneros.

CAPÍTULO X

Ptolomeo, gobernador de Chipre.

Era este egipcio muy superior a sus compatriotas por su juicio y su inteligencia en los negocios, y confiáronle el gobierno de la isla de Chipre durante la juventud del rey. Cuidó de recaudar el dinero, y a nadie entregaba nada por grandes que fueran las instancias de los administradores regios. Su firmeza fue en este punto tan grande, que se le acusaba públicamente de apropiarse las rentas de la isla; mas cuando llegó Ptolomeo a la edad de gobernar por sí,

y este gobernador le envió el dinero que había reunido, y que ascendía a cuantiosa suma, el rey y toda la corte hicieron grandes elogios de su fidelidad y economía.

CAPÍTULO XI

Cefalo.

Asimismo llegó de Epiro Cefalo. Afecto de tiempo atrás a la familia del rey de Macedonia, vióse casi obligado a ser del partido de Perseo. He aquí por qué. El epirota Caropos, hombre probo y honrado amigo de los romanos, y que cuando Filipo dominaba los estrechos de Epiro fue causa de que le arrojaran de este reino y de que Tito lo ocupara, como también la Macedonia; Caropes, digo, tenía un hijo llamado Machatas, que a su vez tuvo otro, también Caropos de nombre. Falleció Machatas dejando a su hijo muy joven, y cuidó de la educación de éste su abuelo, enviándole a Roma para que estudiase la lengua latina y la amena literatura. El joven Caropos contrajo muchas amistades en esta ciudad, y pasado

algún tiempo regresó a su patria cuando ya había muerto su abuelo. Naturalmente altivo, orgulloso y de malas inclinaciones, comenzó a combatir y denigrar a las personas de mayor rango. No se le hizo caso al principio, y Antínoo, de mayor edad y consideración que él, seguía gobernando tranquilamente. Declarada la guerra contra Perseo, indispuso Caropos a los romanos con Antínoo exagerando la antigua amistad de este etolio con la casa real de Macedonia. Acechando a veces sus gestiones, desfigurando otras sus palabras y actos, suprimiendo o añadiendo frases a sus discursos, logró que se creyera cuanto inventaba contra aquellos que quería perder. No consiguió, sin embargo disminuir el crédito de Cefalo, hombre de gran sabiduría y prudencia, que persistió en el mejor partido, rogando a los dioses no permitieran decidir el conflicto por la fuerza de las armas, y que al estallar la guerra opinó se concediera a los romanos todo aquello a que por el tratado de alianza se hallaban obligados, no deshonorándose hasta el punto de someterse cobardemente a lo que les pluguiera ordenar. Esta firmeza desagradó a Caropos, que se desencadenó contra Cefalo, y cuanto se hacía, si no era favorable a Roma, lo interpretaba

en mal sentido. No existiendo razón alguna al principio del conflicto para censurar a Antínoo y Cefalo de haber propuesto algo contrario a la República romana, despreciaron las calumnias de que eran objeto; mas cuando después del combate de caballería vieron que sin motivo eran conducidos a Roma los etolios Hippoloco, Nicandro y Locuago, y que se daba fe a las calumnias esparcidas por Licisco, imitador de la conducta de Caropos en Etolia, previendo el futuro adoptaron medidas para defenderse de este calumniador, y decidieron intentarlo todo para evitar que les llevaran aherrojados a Roma sin ser escuchados. Viéronse, pues, obligados, contra sus propósitos, a afiliarse al partido de Perseo.

CAPÍTULO XII

Teodoto y Filostrato.

En verdad no admite excusa la acción abominable de estos dos traidores. Al conocerse que el cónsul romano Aulo Hostilio debía llegar muy pronto a su campamento en Tesalia, creyeron que entregán-

dole a Perseo se ganarían su amistad y confianza con este servicio y estorbarían grandemente por lo pronto la empresa de los romanos. Escribieron, pues, a Perseo que se pusiera en marcha inmediatamente. Así lo hizo este príncipe; mas le detuvieron en el camino los molosos, apoderadas del puente que existe sobre el Loüs y a quienes fue preciso combatir. Llegado el cónsul a Fanotes se alojó en casa de Néstor Cropio. Fácil era a sus enemigos apoderarse de él allí, e inevitable su pérdida si la fortuna no le hubiese favorecido. Como por inspiración presintió Cropio la desgracia que amenazaba a Hostilio, y le aconsejó salir de la ciudad durante la noche y trasladarse a una aldea cercana. Así lo hizo éste, y abandonando el camino de Epiro, se embarcó con rumbo a Anticira, llegando desde allí a Tesalia.

CAPÍTULO XIII

Farnaces y Attalo.

El primero de estos dos reyes fue el más injusto que se había co

nocido hasta entonces. Se hallaba el otro en cuarteles de invierno en Elatea, cuando supo el mortal insulto que los del Peloponeso acababan de hacer a su hermano Eumeno, privándole por decreto público de los honores que antes se les habían concedido y decidió, sin comunicárselo a nadie, despachar una diputación a los aqueos para pedirles que restauraran las estatuas erigidas a Eumeno y las inscripciones puestas en su honor. Dos razones le obligaron a tomar esta decisión: una, el convencimiento de causar gran placer a Eumeno, y otra, lo que le honraba en Grecia esta prueba manifiesta de su grandeza de alma y del cariño a su hermano.

CAPÍTULO XIV

Los cretenses.

He aquí una deslealtad de estos insulares. Aunque el crimen sea en ellos cosa habitual en la ocasión presente sobrepujaron sus instintos. Eran amigos de los apoloniatas y vivían sujetos a sus mismas leyes, formando juntos un Estado que gozaba en

común de todo lo que se llama derechos entre los hombres, y el tratado que los contenía veíase grabado en bronce junto a la estatua de Júpiter Ideo. No fueron todas estas barreras suficientemente fuertes para poner a los apoloniatas a cubierto de sus violencias. Apoderáronse de Apolonia, asesinaron a sus habitantes, saquearon sus bienes y repartieron entre sí las mujeres, los niños y toda la región.

CAPÍTULO XV

Antíoco despacha una embajada a Roma.

Convencido Antíoco de que el rey de Egipto se disponía a llevar la guerra a Celesiria, envió a Meleagro a Roma, ordenándole decir al Senado, y probar con los tratados llevados a cabo con Ptolomeo, que este rey le atacaba sin razón ni derecho.

En toda la expedición mostróse Antíoco muy animoso y verdaderamente digno del nombre de rey, si se exceptúan las asechanzas de que se valió contra Pelo.

CAPÍTULO XVI

Reflexiones sobre los cambios de opinión.

Cuando corrió por Grecia la nueva del combate de caballería y de la victoria de los macedonios, como fuego largo tiempo oculto, estalló un sentimiento general a favor de Perseo. Paréceme que en este caso aconteció lo que ocurre en los juegos públicos cuando ante un atleta ilustre y reputado invencible se presenta un antagonista humilde e inferior a él. La multitud entonces anima al débil con sus gritos, y pudiera decirse que le ayuda en sus esfuerzos. Pero si toca al otro en el rostro o le hace alguna herida, instantáneamente se dividen las opiniones; el atleta herido es objeto de burla, no por aversión o desprecio, sino por súbita e inesperada simpatía, por efecto de la natural benevolencia que el más débil inspira. Si entonces alguien censura la conducta del público, pronto muda éste de opinión y se arrepiente de su ignorancia. Esto hizo, según cuentan, Clitómaco, atleta sin rival, cuya gloria resonaba en todo el universo. Deseó el rey Ptolomeo

Epifanes empañar esta reputación, e hizo que se preparara con singular cuidado el atleta Aristónico, cuyo vigor le pareció suficiente para el objeto. Llegó éste a los juegos olímpicos y presentó el combate a Clitómaco. Pusiéronse muchos de parte de Aristónico, estimando bella acción el atreverse a luchar con Clitómaco. Empeñóse el combate, ganó tiempo Aristónico e hirió a su adversario. Resonó en el acto una tempestad de aplausos, manifestando todos su aprobación al egipcio. Dícese que entonces Clitómaco se apartó un poco, y recobrando aliento, volvióse hacia el público y preguntó: «¿Qué queréis hacer alentando a Aristónico y declarándoos resueltamente partidarios suyos? ¿No soy atleta que sabe cumplir los deberes de su profesión? ¿O acaso ignoráis que en este momento combate Clitómaco por la gloria de los griegos y Aristónico por la del rey Ptolomeo? ¿Preferías que un egipcio gane a los griegos la corona olímpica, a que un tebano o un beocio sea vencedor en lucha con los egipcios?» Estas frases produjeron en los ánimos tan grande metamorfosis, que Aristónico fue vencido más por el cambio de opinión en el público que por los brazos de Clitómaco. Lo mismo ocurrió a los pueblos griegos respecto

a Perseo. De preguntarles formalmente si querían dar a un solo hombre el gran poder de dirigir una monarquía independiente, de seguro cambian de opinión, deseando lo contrario. Si en breves frases se les hubiera recordado las desgracias que la casa de Macedonia causó a Grecia y las ventajas debidas a los romanos, creo que rápidamente hubiesen retrocedido; pero al primer movimiento, al primer impulso, la opinión general mostróse singularmente favorable al imprevisto adversario con quien tropezaban los romanos. Nadie habrá seguramente que por ignorancia de la naturaleza intente calificar de ingratitude esta predisposición de los griegos.

Preciso es en todo caso que los hombres ajusten sus actos a la oportunidad, porque la ocasión importa mucho, sobre todo en la guerra, y es grave falta desdeñarla.

Muchos hombres aspiran a lo que es bello, pero pocos se atreven a emprender la empresa de conseguirlo, y de éstos son los menos quienes la llevan a cabo con todos sus detalles.

LIBRO VIGÉSIMO OCTAVO

CAPÍTULO PRIMERO

Antíoco y Ptolomeo despachan embajadores al Senado romano. Al iniciarse la guerra por la Celesiria, ambos reyes despacharon embajadores a Roma. Los de Antíoco fueron Meleagro, Sosifanes y Heráclidas; los de Ptolomeo, Timoteo y Damón. Conviene advertir que Antíoco era dueño de la Celesiria y de Fenicia desde que su padre venció en las proximidades de Panium, a los generales de Ptolomeo, y, como países conquistados, los creía suyos con justo derecho. Ptolomeo, por su parte los reivindicaba, pretendiendo que el primer Antíoco los invadió injustamente durante la minoría de su padre. Tenían, pues, orden los embajadores de Antíoco de demostrar al Senado que Ptolomeo cometía notoria injusticia al entrar en guerra en la Celesiria, y los de Ptolomeo de renovar con los romanos los antiguos tratados de alianza, procurar la paz con Perseo, y, sobre todo, observar lo que dijeran en Roma los de Antíoco. Nada hablaron de la paz, porque Marcelo Emilio les aconsejó no mezclarse en este asunto, pero reno-

varon los tratados de alianza, y recibidas las contestaciones que deseaban, regresaron a Alejandría. A los embajadores de Antíoco se les respondió que el Senado permitiría a Quinto Marcio escribir a Ptolomeo según su probidad y los intereses del pueblo romano la aconsejaran.

CAPÍTULO II

Embajada de los rodios a Roma para renovar la alianza y conseguir permiso de transportar trigo.

Finalizando el verano Hegesiloco, Nicágoras y Nicandro fueron a Roma en representación de los rodios para renovar la alianza y solicitar permiso de transportar trigo. Tenían además orden de justificar a los rodios de las murmuraciones de que eran objeto, por no ignorar nadie que existían en Rodas intenas cuestiones; que Agatagetes, Filofrón y Rodofón eran del partido afecto a los romanos, y Dinón y Poliarates del de Perseo y los macedonios. De aquí las disputas y contrarias opiniones en los debates,

que servían de pretexto a los mal intencionados para acriminar a los rodios. Todo lo conocía el Senado, pero fingió ignorarlo y permitió a los rodios llevar a su tierra cien mil medimnos de trigo de Sicilia, por-tándose de igual forma con los demás griegos que habían ido a Roma y que eran afectos a los romanos.

CAPÍTULO III

Solicitado por Cayo Popilio reúnen los aqueos el Consejo.- Se le concede igual prerrogativa en Termes, Etolia.- División en este último Consejo.- Deliberación de los aqueos acerca de la embajada de los romanos.- Archón es elegido pretor y Polibio general de la caballería.- Pide Attalo a los aqueos que se restauren las estatuas erigidas a su hermano Eumeno. Aulo Hostilio, que había establecido cuarteles de invierno en Tesalia, despachó como embajadores a todas las ciudades de Grecia a Cayo Popilio y a Cneo Octavio, quienes penetraron primero en Tebas, alabando mucho a los ciudadanos y aconsejándoles que continuaran fieles a la amistad con el pueblo romano. Recorrieron en seguida las ciudades

del Peloponeso, ponderando en todas ellas la bondad y moderación del Senado, y citando en prueba de ello el último senatusconsulto en favor de los griegos. Advertíase por sus discursos que conocían perfectamente en cada ciudad a los que no eran partidarios de los romanos y a quienes les eran sinceramente adictos, y se notaba además que para ellos la tibieza en defender sus intereses equivalía a la enemistad; de forma que no se sabía a qué medidas acudir para evitar conflictos. Corrió el rumor de que en el Consejo celebrado en Egium, a petición de estos embajadores, acusarían y convencerían a Licortas, Archón y Polibio de combatir los proyectos de los romanos, y que si no se malquistaban inmediatamente con los citados aqueos no sería por mansedumbre de carácter, sino por aguardar algún incidente que les diera ocasión a ello. No hubo pretexto razonable y nada hicieron, limitándose a aconsejar atentamente a los aqueos que permanecieran fieles a la República, y trasladándose en seguida a Etolia.

Nueva asamblea fue convocada en Termes, donde pronunciaron largo discurso, que resultó pacífica y suave exhortación. Su objeto en ella era solicitar

rehenes a los etolios, y a su llegada al Consejo levantóse Proandro, detalló algunos servicios que había hecho a los romanos y acriminó a los que no le ayudaron en este asunto. Sabía Popilio que aquel hombre era enemigo de Roma, pero no dejó por ello de elogiar y aplaudir cuanto había dicho. Licisco usó en seguida de la palabra, y sin nombrar a nadie en la acusación que intentó, hizo sospechar de muchos. Manifestó que los romanos habían obrado con prudencia al llevarse a Roma los principales etolios (aludía a Eupolemo y Nicandro), pero que aun quedaban en Etolia gentes contrarias a sus proyectos, que obraban de concierto, con aquellos y contra quienes era preciso tomar iguales precauciones, a menos que dieran sus hijos en rehenes. La acusación caía directamente sobre Arquidamas y Pantaleón; éste censuró en breves frases la baja y vergonzosa adulación de Licisco, y dirigiéndose a Toas, de quien sospechaba ser autor de tales calumnias, con tanto más motivo cuanto que, aparentemente se trataban bien, le recordó lo sucedido en el transcurso de la guerra con Antíoco, en que, entregado a los romanos, recobró la libertad por intervención suya y de Nicandro, a quienes debió tan gran bien cuando

menos lo esperaba; y tanto horror supo inspirar al pueblo hacia la ingratitud de Toas, que fue a éste imposible pronunciar dos palabras sin que le interrumpieran, y sufrió una lluvia de piedras. Quejóse Popilio de esta violencia, pero no habló de rehenes y se embarcó con su colega para penetrar en Acarnania, dejando a Etolia perturbada por recíprocas sospechas, que fueron causa de rebeliones.

El paso de los embajadores por Acarnania hizo pensar a los griegos que el asunto merecía seria atención, reuniéndose en asamblea los que estaban de acuerdo sobre el gobierno, que eran Arcesilao, Aristón de Megalópolis, Stracio de Trittea, Jenón de Patara, y Apolonidas de Sciona. En esta asamblea defendió Licortas su primitiva opinión de que era necesario guardar entre Perseo y los romanos perfecta neutralidad, no conviniendo a los griegos apoyar a ninguno de los contendientes, porque el vencedor llegaría a tener formidable poder y era peligroso obrar contra cualquiera de ellos, ya que en asuntos de Estado se habían atrevido a oponerse a muchos romanos de alto rango. Apolonidas y Stración convinieron en que la ocasión no era oportuna

para declararse contra Roma; pero, en su sentir, debían oponerse abiertamente a cualquiera que, so pretexto de interés público y contra las leyes, quisiera ayudar a los romanos. Archón opinó que debían obrar según las circunstancias, no dando ocasión a la calumnia que irritase contra la República a cualquiera de los beligerantes y evitando las desgracias ocurridas a Nicandro por desconocer el poder de Roma. Del mismo parecer fueron Polieno, Arcesilao, Aristón y Jenón, y por ello se convino en dar la pretura a Archón y designar a Polibio como general de la caballería.

Entre tanto Attalo, que deseaba conseguir algo de la Liga aquea hizo sondear el ánimo del nuevo pretor, quien, decidido a favorecer a los romanos y sus aliados, prometió a aquel príncipe apoyar con todo su valimiento lo que demandaba. En el primer Consejo celebrado entraron los embajadores de Attalo y solicitaron que, en consideración al príncipe su señor, devolvieran a su hermano Eumeno los honores que anteriormente le había concedido la República. Incierta la multitud, no sabía qué resolver, oponiéndose muchos, y por varias razones, a esta restitución.

ción. Los que los habían suprimido querían que no se modificara lo llevado a cabo, impulsados otros por personal disgusto, aprovechaban la ocasión para vengarse de Eumeno; algunos, por celos contra los partidarios de Attalo, trabajaban para que éste no lograra su deseo; y como el asunto era de los que no se podían decidir sin intervención del pretor, levantóse Archón y tomó partido por los embajadores, pero no se atrevió a hablar mucho en su favor, porque, habiéndole ocasionado grandes gastos el cargo que desempeñaba, temió que sospechasen favorecía a Eumeno por esperanza de gratificación. Incierto el Consejo, tomó la palabra Polibio, y para agradar a la multitud hizo extensa demostración de que el decreto de los aqueos privando a Eumeno de los honores que se le habían concedido no decía que se le quitaran todos, sino sólo los excesivos o contrarios a las leyes, y que, por cuestiones diferentes, los rodios Sosígenes y Diofites, que presidían entones los juicios, despojaron al rey absolutamente de todos los honores concedidos, lo que no fue sólo extralimitación de sus facultades, sino ofensa a la conveniencia y a la justicia. Agregó que no por quererle mal habían disminuido los aqueos los honores a Eumeno,

sino por demandarlos mayores que sus servicios permitían, y que no atendiendo los jueces a lo que a los aqueos convenía, sino a sus resentimientos particulares, éstos debían atender a su deber de reparar el abuso de los magistrados y la injuria hecha a Eumeno, sobre todo sabiendo que Attalo agradecería este favor tanto como su hermano. La asamblea aplaudió este discurso, y se ordenó por decreto restituir a Eumeno todos sus honores, salvo los que fuera deshonroso para la República o contrario a las leyes. De este modo y por mediación de Attalo recobró Eumeno en el Peloponeso los honores que había perdido.

CAPÍTULO IV

Desunión en el Consejo de los acarnanios.

En este Consejo, que se efectuaba en Turium, tres amigos de los romanos, Aeserión, Glauco y Cremes, solicitaron de Popilio que enviara guarniciones a todas las ciudades de Acarnania, por haber en ellas gentes favorables al partido de Perseo y de

los macedonios. Combatió Diógenes enérgicamente esta petición, diciendo que los romanos sólo establecían guarniciones en los pueblos enemigos o vencidos, y que no siendo culpados los acarnanios de falta alguna era injusto poner guarniciones en sus ciudades. Cremes y Glauco, para asegurar su poder, procuraron destruir entonces en el ánimo del romano el crédito de sus adversarios, porque su objeto al pedir las guarniciones era satisfacer impunemente su avaricia y vejar a los pueblos para enriquecerse; pero Popilio, viendo la grande oposición del pueblo a las guarniciones, que además hacía inútiles el general sentimiento de obedecer las órdenes del Senado, mostróse convencido por los argumentos de Diógenes, alabó mucho a los acarnanios por su buena voluntad y partió para Larissa, donde debía unirse al procónsul.

CAPÍTULO V

Perseo despacha una embajada a Gencio.

Los embajadores que despachó Perseo al rey Gencio fueron Pleu rates, proscrito a quien había acogido, y Adeo de Beroa. Dióles orden de dar a conocer al rey de Iliria lo que el de Macedonia había llevado a cabo desde que se hallaba en guerra con los romanos, los dardanios, los epirotas y los ilirios, e inducirle a que se aliara con él y los macedonios. Estos embajadores cruzaron el desierto de Iliria, cantón que los macedonios habían talado para cerrar la entrada en Iliria a los dardanios; atravesaron el monte de Seorda, y por camino tan difícil como fatigoso llegaron a la ciudad de este nombre. Allí supieron que Gencio estaba en Lissa, y le avisaron que iban a verle. El príncipe envió personas a recibirles, unieronse a él y le dijeron las órdenes recibidas. No mostró Gencio gran oposición a la alianza que se le proponía; pero a fin de no conceder de pronto lo solicitado, pretextó que ni tenía dinero ni había hecho preparativos de guerra, no pudiendo por tal causa declararla a los romanos. Llevaron esta contestación los embajadores a Perseo, que se hallaba entonces en Stubera, donde había vendido el botín y descansaban las tropas, y escuchado lo que Gencio respondió, mandóle por segunda vez a Adeo,

a Glacias, uno de sus guardias, y a un ilirio, dándoles iguales instrucciones, como si no hubiera comprendido bien qué era lo que faltaba a Gencio, y por qué no se aliaba a los macedonios. Levantó en seguida el campo y se dirigió a Ancira.

CAPÍTULO VI

Nueva embajada de Perseo a Gencio, tan infructuosa como las dos primeras.

Los nuevos embajadores regresaron a Macedonia sin lograr más que los primeros y sin otra contestación, porque Gencio se atuvo a la que había dado. Quería aliarse a Perseo, pero manifestó que sin dinero no podía llevarlo a cabo, y precisamente esta condición era la que no comprendía o no quería comprender el rey de Macedonia; de forma que al comisionar a Hippias para tratar de las condiciones de la alianza, nada le dijo del dinero que Gencio solicitaba y que hubiera sido el único medio de tenerlo favorable. No sé si llamar falta de talento o

fatalidad lo que hace cometer errores que ocasionan la ruina, e inclinado estoy a creerlo fatalidad, porque se ve a hombres poseídos de noble ardimiento para las grandes empresas, y decididos a acometerlas aun a riesgo de su vida, que descuidan o se niegan a emplear el recurso de que principalmente depende el buen éxito, siéndoles conocido y pudiéndolo realizar. De querer Perseo entregar, no digo sumas cuantiosas como le era fácil, sino mediana cantidad de dinero a las ciudades, a los reyes y a los jefes de las repúblicas para atender a los gastos de la guerra, todos los griegos y todos los reyes, por lo menos la mayor parte, se hubieran puesto de su lado; y esta es verdad innegable para cuantos juzguen las cosas con sentido común. No la dio por fortuna, porque de darla y salir vencedor, su poder fuga formidable, y vencido, hubiera arrastrado en su ruina gran número de pueblos. Tomando el camino contrario, pocos fueron los griegos que padecieron por su mala suerte.

CAPÍTULO VII

Decreto de los aqueos para socorrer a los romanos contra Perseo. Polibio es designado embajador para ver al cónsul.- Embajada que despacharon a Attalo.- Otra embajada de los aqueos a Ptolomeo. Conferencia de Polibio con el cónsul.- Expediente de Polibio para evitar a su patria grandes gastos. Al conocerse que Perseo penetraría pronto en Tesalia y que se iba a decidir la guerra con los romanos, deseó Archón justificar con hechos a su patria de las sospechas y rumores que contra ella habían corrido, y aconsejó a los aqueos que ordenaran por decreto enviar un ejército a Tesalia, para compartir con los romanos los peligros de la guerra. Ratificado el decreto, ordenóse a Archón prevenir las tropas y llevar a cabo todos los preparativos necesarios, y se decidió además despachar embajadores al cónsul para informarle de la resolución que la República había tomado y saber para cuándo quería que el ejército aqueo se uniera al suyo. Fue designado para esta embajada Polibio, acompañado de algunos otros, pero recomendaron especialmente a aquel que en caso de aceptar el cónsul el socorro de la República, y a fin de que éste llegara a tiempo, enviase aviso inmediatamente con los otros embaja-

dores. También se le ordenó que cuidase detener en las ciudades por donde debía pasar el ejército los víveres y forrajes precisos para que de nada careciese. Con tales órdenes se pusieron en marcha los embajadores. Asimismo encargaron a Telócrito que llevara a Attalo el decreto devolviendo a su hermano Eumeno todos los honores de que se le había despoñado. Corrió por entonces en Acaia la noticia de que se habían celebrado en honor de Ptolomeo las acostumbradas fiestas cuando un rey menor de edad cumple los años necesarios para reinar, y juzgando los magistrados que la República debía tomar parte en este regocijo, enviaron como representantes a Alcito y Pasidas para renovar con el rey la antigua amistad entre los aqueos y los reyes de Egipto.

Encontró Polibio a los romanos fuera de Tesalia, acampados en la Perrebia, entre Azora y Doliché, y juzgó demasiado grande el riesgo de unirse a ellos; pero participó de todos los peligros que corrieron para entrar en Macedonia. Cuando el ejército romano llegó a los alrededores de Heraclea, vencido felizmente por el cónsul lo más difícil de la empresa aprovechó el momento para presentar a Marcio el

decreto de los aqueos, y para asegurarle que se hallaban decididos a compartir con ayuda de todas sus fuerzas los trabajos y peligros de esta guerra. Agregó que los aqueos habían recibido con perfecta sumisión las órdenes verbales y escritas de los romanos desde el inicio de la guerra. Mostróse Marcio muy agradecido a los aqueos por su buena voluntad, y les manifestó que podían evitarse los trabajos y gastos en que les comprometería esta guerra; que de ambos les dispensaba, y que en el estado de los negocios no necesitaba la ayuda de los aliados. Escuchada esta contestación, los colegas de Polibio regresaron a Acaia, y quedó éste solo en el ejército romano, hasta que el cónsul supo que Apio, apodado Centón, había pedido a los aqueos enviasen cinco mil hombres a Epiro, y le mandó a su patria con encargo de impedir entregara la República estas tropas y se comprometiera en gastos inútiles, porque Apio las pedía sin razón ni motivo. Difícil es saber si el móvil de Marcio al expresarse de esta forma era favorecer a los aqueos o imposibilitar cualquier empresa que intentara Apio. Sea lo que fuere, cuando Polibio penetró en el Peloponeso ya habían llegado las cartas de Apio, y vióse en grave aprieto al

reunirse poco tiempo después el Consejo en Sciona para deliberar sobre el asunto. Falta inexcusable era no ejecutar las órdenes de Marcio, y de otra parte peligroso negar tropas que no necesitaban los aqueos. Para resolver tan delicado conflicto, apeló a un decreto del Senado romano que prohibía atender las peticiones de los generales si no iban acompañadas de un *senatus-consulto*, que Apio no había unido a la suya. Manifestó, pues, que antes de enviar a éste el socorro pedido, deber era informar al cónsul y esperar su decisión. De este modo ahorró a los aqueos un gasto que hubiera ascendido a ciento veinte talentos, y burló a los que querían desacreditarle en el ánimo de Apio.

CAPÍTULO VIII

Ocupación de Heraclea.

La ciudad de Heraclea fue ocupada de un modo inusitado. Tenía muy bajo el muro por uno de los lados, y los romanos eligieron tres compañías para atacarla por aquella parte. Los soldados de la prime-

ra compañía colocaron los escudos sobre la cabeza, formando una especie de tortuga que parecía un tejado, y en seguida los de las otras dos... ..
... ..
... ..

La tortuga militar, ordenada en pendiente, se asemeja al techo de una casa. Es una táctica habitual en los romanos, como lo son los juegos del Circo.

CAPÍTULO IX

Embajada que los cidoniatas residentes en Tebas despacharon a Eumeno.

Recelaban en la isla de Creta los cidoniatas que los gortinianos se apoderasen de su ciudad, con tanto más motivo, cuanto que Notocrato había intentado esta empresa, faltando poco para que se adueñase de la plaza. Este temor les obligó a despachar embajadores a Eumeno para pedirle ayuda en virtud del tratado de alianza que con él tenían. El rey envió

inmediatamente trescientos hombres a las órdenes de León, a quien, cuando llegó, entregaron los cidi-niatas las llaves de la ciudad, dejándola a su discreción.

CAPÍTULO X

Los rodios despachan dos embajadas, una a Roma y otra al cónsul en Macedonia.- Marcio engaña a los rodios.- Imprudencia e irreflexión de estos insulares. Los bandos entre los rodios se hallaban cada día más enconados. Cuando se conoció lo dispuesto por el Senado, de que no se atendieran las órdenes de sus generales si no iban acompañadas de un senatusconsulto, aplaudieron muchos tan extrema prudencia, y entre otros Filafrón y Teetetes aprovecharon el motivo para insistir en su proyecto de despachar embajadores al Senado, al cónsul Quinto Marcelo y a Cayo Marcio Fígulo, almirante de la escuadra romana, por saber todo el mundo que muy pronto llegarían a Grecia algunos de los primeros magistrados de Roma. Aunque no sin contradictores, prevaleció al fin el parecer de estos conseje-

ros, y a principios del estío enviaron a Roma a Hegesiloco y Nicágoras, y para ver al cónsul y al almirante, a Agesipolis, Aristón y Pancratos. Ordenóse a estos embajadores renovar la alianza con los romanos y defender a Rodas de las falsedades y calumnias con que manchaban su fama algunos malos ciudadanos. Hegesiloco tuvo el encargo especial de solicitar permiso para que los rodios pudieran transportar trigo. Ya dije al hablar de los asuntos de Italia los discursos que en el Senado pronunciaron, las contestaciones que recibieron y lo satisfechos que quedaron de la acogida que se les hizo. A este propósito repito la advertencia de verme a veces obligado a referir los discursos de los embajadores y las respuestas que reciben antes de hablar de su designación y viaje, anticipación a que obliga mi plan de relatar anualmente lo acaecido en cada una de las distintas naciones.

Volviendo a nuestros embajadores, Agesipolis encontró a Quinto Marcio acampado junto a Heracléa en Macedonia, y le informó de las órdenes que de su gobierno había recibido. Escuchóle el cónsul y le contestó que no hacía caso de las malas noticias

circuladas por los enemigos de los rodios, aconsejando a éstos que no tolerasen propósito alguno contra Roma. El cónsul les dio cuantas pruebas de amistad podían desear y aun hizo más, que fue escribir a Roma la conferencia que había mantenido con los embajadores de Rodas. Advirtió Marcio que tan favorable acogida encantaba a Agesipolis, y llevándole aparte le manifestó que era extraño no gestionaran los rodios un ajuste entre los dos reyes que guerreaban por la Celesiria, porque una negociación de esta naturaleza les convenía y honraba. Difícil es adivinar la intención con que el cónsul daba este consejo. ¿Temía que, declarada la guerra por la Celesiria, se apoderase Antíoco de Alejandría y molestase a los romanos ocupados contra Perseo, cuya derrota no se esperaba tan pronto? ¿Juzgaba acaso conveniente que, acabando en seguida esta guerra en favor de los romanos, después que las legiones habían penetrado en Macedonia, se comprometiesen los rodios en esta mediación para exponerles a cometer alguna falta y aprovecharse de ella como pretexto plausible para que los romanos dispusieran a su gusto de la suerte de esta República?

Paréceme lo último más verosímil, y convence de ello lo sucedido poco después a los rodios.

Desde el campamento del cónsul fue Agesipolis a ver a Cayo Marcio Fígulo, que le recibió aun con mayor amabilidad que Quinto Marcio. Regresó a Rodas, y al dar cuenta de la emulación de los dos generales 'romanos en demostrarle amabilidad y cariñosa deferencia a la República de Rodas, concibieron los rodios la mejor idea del estado de los negocios y halagüeñas esperanzas, aunque con diferentes miras, porque los más sensatos y entendidos en los intereses de su patria conocieron con gran regocijo que era amada de los romanos, pero las gentes levantiscas y mal intencionadas interpretaron de otra suerte estas grandes pruebas de amistad, estimándolas señal cierta de temor en los romanos, por no tomar los negocios el giro que deseaban. Esta opinión cobró fuerza cuando Agesipolis dijo en particular a algunos de sus amigos que se le había ordenado proponer al Consejo una mediación entre Antíoco y Ptolomeo. No dudó entonces Dinón de que los romanos se hallaban apuradísimos y desesperados del éxito de la guerra, y despachó inmedia-

tamente embajadores a Alejandría para procurar la paz entre ambos reyes.

CAPÍTULO XI

Cómo se condujo Antíoco tras la conquista de Egipto. Diversas em bajadas que allí encontró.

Dueño Antíoco de Egipto, Comán y Cineas, de acuerdo con el rey juzgaron oportuno formar un Consejo con los oficiales más distinguidos para arreglar los asuntos de la nación recién conquistada. Fue lo primero que decidió el Consejo que todos los embajadores llegados de Grecia a Egipto viesan a Antíoco para tratar de la paz. De los aqueos había dos embajadas, una que formaban Alcito, Jenofonte y Pasiadas, para renovar la alianza, y otra cuyo objeto era los combates de los atletas. Los atenienses habían enviado a Demarates para ofrecer un regalo a Ptolomeo, a Calias con motivo de las fiestas de Minerva, y a Clodato por los misterios. De Mileto habían ido Eudemo e Icezio; de Clazomenes, Apo-

lonidas y Apolonio, y hasta el mismo Antíoco envió a Tlepolemo y a un retórico llamado Ptolomeo, que, subiendo por el río, fueron a recibir al vencedor.

CAPÍTULO XII

Conferencias de los embajadores de Grecia con Antíoco tras la conquista de Egipto.- Razones con que los reyes de Siria apoyaban su pretensión a la Celesiria. Recibió Antíoco bondadosamente a los embajadores encargados de negociar la paz, comenzando por darles una gran comida, y después audiencia para que explicaran los asuntos que se les habían encargado. Hablaron primero los aqueos; después Demarates, que representaba a los atenien- ses, y, por último, el milesiano Eudemo. Elegidos embajadores en iguales circunstancias y para idéntico objeto, todos manifestaron casi lo mismo, echando la culpa de lo sucedido a Eulea, a los parientes y a la juventud de Ptolomeo, y procurando por tal medio aplacar el enojo de Antíoco. No sólo estuvo de acuerdo este príncipe en cuanto decían, sino que les ayudó a hacer su apología, y pasando después a

los argumentos justificativos de que la Celesiria perteneció siempre a los reyes de Siria, hizo ver que Antígono, fundador de dicho reino, fue dueño de esta región; mostró las actas auténticas en que los reyes de Macedonia, muerto Antígono, la cedieron a Seleuco; insistió mucho en la última conquista llevada a cabo por su padre Antíoco, y sostuvo que era absolutamente falso lo asegurado por los alejandrinos de que por el tratado entre su padre Antíoco y el último Ptolomeo, al casarse éste con Cleopatra, madre del Ptolomeo reinante, debió recibir la Celesiria. Persuadido él mismo y persuadiendo a los que le escuchaban de la justicia de su derecho, se embarcó para ir a Naucrates, donde agasajó mucho a los habitantes, dando una moneda de oro a cada griego que allí vivía. Dirigióse en seguida a Alejandría, y manifestó a los embajadores que esperaba para contestarles la llegada de Arístides y Teris, enviados a Ptolomeo, pues tenía verdadero placer en que los representantes griegos fuesen testigos de cuanto hiciera.

CAPÍTULO XIII

Antíoco despacha embajadores y envía dinero a Roma.

Tras levantar el sitio de Alejandría despachó Antíoco a Roma a Meleagro, Sosifanes y Heráclidas, prometiendo entregar ciento cincuenta talentos, de los cuales se emplearían cincuenta en comprar una corona a los romanos, y los demás se distribuirían entre algunas ciudades griegas.

CAPÍTULO XIV

Conferencia celebrada entre los embajadores rodios y Antíoco en Egipto.

Aproximadamente al mismo tiempo llegó a Alejandría de parte de los rodios una embajada, cuyo jefe era Pratión, con objeto de aconsejar la paz a ambos reyes, y visitaron a Antíoco en su campamento. Llevaba dispuesto Pratión largo discurso acerca del afecto de su patria a los dos reinos, los lazos que unían a ambos reyes y debían obligarles a vivir en

buena inteligencia, y finalmente, sobre las ventajas que obtendrían de la paz. Pero Antíoco le interrumpió, diciéndole que no eran necesarias tantas razones; que reconocía el derecho al trono del mayor de los Ptolomeos, y que de largo tiempo atrás vivía en paz y amistad con el otro. «Cosa tan cierta, agregó, que si los habitantes desean levantarle el destierro, no me opondré»; y efectivamente, no se opuso.

CAPÍTULO XV

Hechos y comentarios diversos.

Perdidas todas sus esperanzas al penetrar los romanos en Macedonia, culpó Perseo a Hippias; pero creo más fácil advertir faltas ajenas y censurarlas, que dirigir por sí los propios asuntos, y esto ocurrió a Perseo.
.....

Polibio fue enviado como embajador de los aqueos a Appio, y regresó al Peloponeso tras entregar las cartas y reunirse la asamblea de los aqueos

en Siciona. Hallóse entonces en una situación verdaderamente crítica a causa del decreto relativo a los soldados auxiliares que solicitaba Appio Centón. ...

... ..
... ..

El eunuco Euleo aconsejó a Ptolomeo abandonar la corona a sus enemigos, y llevándose sus tesoros, huir a Samotracia. Tal consejo demuestra que no existe plaga tan terrible como la de los desleales amigos. Lejos ya del peligro y separado de sus contrarios por tales límites, el no intentar esfuerzo alguno, a pesar de la favorable disposición y de los grandes recursos, sino por el contrario, abandonar espontáneamente y sin resistencia el más rico y poderoso imperio, prueba es de alma femenil, debilitada y corrompida. Si por naturaleza la tenía Ptolomeo, a la naturaleza debe culparse y no a hombre alguno, mas como en muchas circunstancias demostró carácter firme, apareciendo tranquilo y generoso en medio del peligro, justo es acusar al vil eunuco y a su comercio corruptor de esta deshonrosa debilidad y de la huida a Samotracia.

... ..

Existen personas que lo mismo en reuniones que en paseos úni camente se ocupan de seguir, viviendo tranquilas en Roma, los accidentes de la guerra en Macedonia, censurando unas veces los hechos de los generales, enumerando otras sus negligencias; críticas que, sin provecho alguno para los asuntos públicos, casi siempre les causan daño. Suele ocurrir que los generales se vean comprometidos y atacados a causa de estas inoportunas charlatanerías, porque teniendo toda calumnia algún dardo acerado y penetrante, cuando llegan a dominio público los reiterados clamores, hasta el enemigo desprecia a los víctimas de la crítica pertinaz.

LIBRO VIGÉSIMONONO

CAPÍTULO PRIMERO

Embajada de los romanos en Egipto. Al conocer el Senado romano que Antíoco era dueño de Egipto y que se hallaría pronto en Alejandría, no juzgó indiferente permitir a este príncipe que extendiese su dominación, y envió a Egipto a C. Popilio, tanto para recomendar la paz a los beligerantes, como

para saber de una forma positiva el verdadero estado de las cosas.

CAPÍTULO II

Medidas adoptadas por Perseo contra los romanos.- Diversas embajadas de este príncipe a Gencio, Eumeno, Antíoco y los rodios.

Antes del invierno llegó Hippias de Iliria, donde fue a procurar la alianza del rey Gencio con el de Macedonia, y comunicó a Perseo que éste se declararía contra Roma si le daba trescientos talentos y las seguridades oportunas. Perseo, que estimaba necesaria dicha alianza, envió a Iliria a Pantauco, uno de sus más íntimos amigos, con orden de prometer el dinero pedido, dar y recibir los juramentos acostumbrados y ofrecer los rehenes que agradaran a Gencio, recibiendo de él los que en el tratado se designaran, y convenir la época y forma de entregarle los trescientos talentos. Partió inmediatamente Pantauco, uniéndose a Gencio en Meteón, región de

los labeatos, y en breve tiempo convenció al joven rey para aliarse a Perseo. Escrito el tratado y hechos los juramentos, envió Gencio los rehenes solicitados por Pantauco y con ellos a Olimpión para recibir de Perseo los juramentos y los rehenes. A otros diputados se les encargó llevar la suma prometida.

Pantauco hizo más que esto, pues persuadió a Gencio para que uniera a sus representantes otros embajadores que, con los de Perseo, fueran a Rodas a solicitar la alianza de esta república, y le demostró que si los rodios accedían no podrían luchar los romanos contra las tres naciones aliadas. Aprobó Gencio lo que le proponía, y escogió para esta embajada a Parmenión y Marco, ordenándoles dirigirse a Rodas tan pronto como recibieran los juramentos y rehenes y se conviniera el transporte de los trescientos talentos. Dejó Pantauco a esta embajada tomar el camino de Macedonia, y permaneció junto al rey de Iliria para apremiarle a hacer sin pérdida de tiempo los preparativos belicosos y estar dispuesto a ocupar ciudades y posiciones y a ganarse aliados antes que el enemigo. Rogóle especialmente que se preparara a una guerra marítima, pues los romanos por aquella

parte no poseían defensa alguna, y en las constas de Epiro y de Iliria por sí o por medio de sus generales haría cuanto quisiera. Tan dócil Gencio a este consejo como a los anteriores, se preparó efectivamente para la guerra de mar y tierra.

Al conocerse que los embajadores y rehenes del rey de Iliria lle gaban a Macedonia, salió Perseo de su campamento, que se hallaba en Enipeo, con toda la caballería, y llegó hasta Dium para recibirles, prestando juramento ante las tropas que le seguían para que los macedonios no ignorasen la alianza de Gencio y esto aumentara su arrojo y decisión. Recibió en seguida los rehenes y dio los suyos a Olimpión, siendo los principales Limneo, hijo de Polemocrates, y Balauco, hijo de Pantauco. A los comisionados, para recibir los trescientos talentos les hizo ir a Pella, donde les entregarían la suma, y a los que debían ir a Rodas, a casa de Metrodoro en Tesalónica, recomendándoles que estuviesen dispuestos a embarcarse. Fueron, en efecto, y persuadieron a los rodios a ponerse de su lado en la guerra contra los romanos.

No se limitó Perseo a gestionar en estas dos potencias, sino que envió de nuevo a Crifón para solicitar la ayuda de Eumeno, y a Telemnasto de Creta para solicitarla a Antíoco. El último tenía orden de aconsejar al rey de Siria no dejase escapar la ocasión imaginando que las miras de los romanos se limitaban a Macedonia, porque de no auxiliar a Perseo, bien procurando la paz, que sería lo mejor, bien socorriéndole en la guerra, de no ser la paz posible, pronto tendría que sufrir las leyes de los duros e imperiosos señores de Roma.

CAPÍTULO III

Dos embajadas de los rodios: una a Roma, para terminar la guerra contra Perseo, y otra a Creta, para aliarse con los candiotas.

El Consejo reunido en Rodas deliberó acerca del partido que de bía tomarse en aquellas circunstancias, y prevaleció la opinión de despachar embajadores para negociar la paz entre Roma y Perseo; pero

notóse claramente en el debate que los rodios no obraban de común acuerdo. Ya dijimos, al hablar de la costumbre de arengar al pueblo, de dónde procede la diferencia de opiniones en las repúblicas, y en esta ocasión el número de los partidarios de Perseo fue mucho mayor que el de los amantes de la patria y de las leyes. Los pritanos eligieron primero embajadores para procurar la paz, enviando dos a Roma, Agesípolis y Cleombrotos; y cuatro para que hablaran al cónsul y a Perseo, que fueron Damón, Nicostrato, Agesiloco y Telefo. Otra falta a continuación de la precedente colmó la medida e hizo a los rodios inexcusables. Fue la de enviar inmediatamente a Creta una embajada para renovar la alianza con los pueblos de esta isla, y para aconsejarles fijar seriamente la atención en el peligro que amenazaba a Grecia, unirse a los rodios y tener por suyos los amigos y enemigos de Rodas. Estos embajadores llevaban orden de decir lo mismo a las ciudades independientes.

CAPÍTULO IV

Lo que sucedió en Rodas tras llegar allí los embajadores de Gencio.

Apenas llegaron a Rodas Parmeni6n y Marco, embajadores del rey de Iliria, y Metrodoro, representante del de Macedonia, se reuni6 el Consejo, reinando en 6l extremada confusi6n y desconcierto, pues mientras Din6n defendía con empeño los intereses de Perseo, Teetes se hallaba asustadísimo por lo que acababa de ocurrir: el regreso de los barcos, el gran n6mero de soldados de caballería muertos, la uni6n de Gencio con Perseo le atemorizaban. El 6xito de la asamblea fue el que debía esperarse de tan tumultuosa deliberaci6n, decidiéndose contestar cortésmente a los embajadores que se había hecho el decreto para acabar la guerra entre ambas potencias enemigas, y que se les aconsejaría aceptar de buen grado las condiciones propuestas. Despu6s hicieron magníficos regalos a los embajadores de Iliria.

CAPÍTULO V

Gencio, rey de Iliria.- Su crueldad.

«Gencio, manifiesta Polibio en el libro XXXIX, fue un rey de Ili ría que por la violencia de su carácter cometió muchos crímenes. Pasaba día y noche ebrio, y tras matar a su hermano Pleurates, prometido esposo de la hija de Menunio, contrajo matrimonio con esta joven. Se mostró siempre cruel con sus súbditos
.....
..... ..

«Los romanos luchaban valerosamente protegidos con sus tabla chinas (escudo pequeño) y con sus escudos ligurios».

CAPÍTULO VI

De Paulo Emilio.

Entre los que formaban el Consejo, el primero en ofrecerse a conducir el ejército que envolviera al enemigo fue Escipión Nasica, yerno de Escipión el Africano, que después tuvo tanta autoridad en el Senado. Fabio Máximo, el mayor de los hijos de

Paulo Emilio, que era aún muy joven, se presentó el segundo, animado de igual ardimiento, y encantado Paulo Emilio por este buen deseo, le dio el mando de un cuerpo de ejército, menos numeroso que cree Polibio; pero tanto como asegura Escipión al relatar por escrito a un rey esta campaña

.....

.....

Sin sospechar el peligro que le amenazaba, veía Perseo a Paulo Emilio tranquilo en su campamento, cuando un tráfuga cretense, alejándose del camino y de las tropas, le comunicó el rodeo que daban los romanos para envolverle. Asustóle la noticia, pero no levantó el campo, sino que envió al mando de Milón diez mil mercenarios y dos mil macedonios con orden de apoderarse lo antes posible de las alturas. Dice Polibio que los romanos atacaron esta tropa mientras dormía, pero Nasica cuenta que en lo alto de la montaña libró rudo y peligroso combate, siendo él mismo atacado por un mercenario tracio, a quien dio muerte de un lanzazo en el pecho; que los enemigos fueron vencidos; que Milón huyó vergonzosamente y sin armas, y que los persiguió sin peli-

gro ni obstáculo, bajando con su ejército a la llanura

.....
.....

Al presenciar el pueblo un eclipse de luna, creyó que presagiaba la muerte de Perseo, y esta preocupación acrecentó el valor de los romanos y disminuyó el de los macedonios. Tan cierto es el proverbio de que en la guerra las cosas más importantes dependen a veces de las más frívolas.

CAPÍTULO VII

De Perseo.

Con anterioridad a ver maniobrar la falange macedónica a las órdenes de Perseo, escribió Lucio Emilio a Roma que no conocía nada tan terrible y formidable, aunque había visto y librado muchas batallas, como dicha falange... ..
.....

Había decidido Perseo vencer o morir; mas al llegar el momento crítico no pudo conservar la serenidad de ánimo y sucumbió al temor, como los inteligentes en caballos
... ..

Al acercarse el peligro, perdió el valor Perseo, igual que los atletas débiles y cobardes, y en el instante preciso de mayor arrojo, porque el combate era decisivo, le venció el miedo
... ..
... ..

Por lo que toca al rey de Macedonia, apenas vio empeñada la batalla, no pudiendo dominar el miedo, según manifiesta Polibio, dirigióse a escape a la isla de Pidno, pretextando hacer un sacrificio a Hércules. Mas este dios no recibe sacrificios de los cobardes, ni atiende sus culpables votos.

CAPÍTULO VIII

De cómo reciben en Roma a los embajadores rodios.

Tras la derrota y fuga de Perseo, llamó el Senado a los embajadores que habían ido a Roma para negociar la paz entre aquel rey y los romanos, como si la fortuna hubiese dispuesto representar en un gran teatro la necedad de los rodios, caso de atribuir a éstos lo que corresponde a algunos individuos, de gran crédito entonces en aquella República. Penetró Agesípolis y manifestó que los rodios le habían enviado para aconsejar la conclusión de la guerra, cuyos gastos creían tan perjudiciales a los griegos como a los romanos; pero que habiendo terminado, como deseaban los rodios, limitábase a felicitar al Senado y a tomar parte en la satisfacción por tan feliz acontecimiento. Nada más dijo, y se retiró. Satisfecho el Senado de encontrar esta ocasión para aplicar a los rodios ejemplar castigo, hizo circular en el público su contestación, la que en sustancia decía: que ni por los griegos, ni por ellos mismos, sino únicamente en favor de Perseo, habían despachado los rodios esta embajada, pues de querer servir a los griegos, mejor hubiera sido enviarla cuando Perseo,

acampado en Tesalia durante más de dos años, arrasaba los campos y ciudades griegas, y no, después de penetrar las legiones romanas en Macedonia, envolver a Perseo y reducirle a no poder escapar; que evidentemente el objeto de la embajada no era procurar la paz, sino librar, en cuanto fuera posible, a Perseo del peligro en que se hallaba, y restablecerle en su primitivo estado, por lo cual los embajadores no debían esperar regalos ni favorable respuesta. De esta forma acogió el Senado la embajada de los rodios.

CAPÍTULO IX

Los reyes de Egipto solicitan a los aqueos tropas auxiliares, y en particular a Licortas y Polibio.- Deliberación de los aqueos acerca de este asunto. No había finalizado el invierno cuando llegó al Peloponeso una solemne embajada de parte de los dos Ptolomeos, en demanda de ayuda a los aqueos, y hubo sobre este punto un debate en que cada cual mantuvo con empeño su opinión Calícrato, Diófanes e Hiperbatano se oponían a conceder el auxilio soli-

citado; Archón, Licortas y Polibio defendían la opinión contraria, apoyándose en la alianza llevada a cabo con ambos reyes, porque el más joven de los Ptolomeos acababa de ascender al trono, y el mayor, llegado de Menfis, reinaba con su hermano. Los dos precisaban tropas y enviaron a Eumeno y Dionisidoro para pedir a los aqueos mil infantes al mando de Licortas y doscientos caballos al de Polibio. Escribieron además al sicioniano Teodoridas para que previniese mil mercenarios. Conocían los reyes personalmente a los tres citados aqueos, y antes dijimos lo que les había procurado tal honor.

Llegaron los embajadores a Corinto, donde se efectuaba la asamblea de los aqueos, y después de recordar la estrecha amistad entre Egipto y la Liga y de manifestar el apuro en que ambos reyes se hallaban, solicitaron el socorro. Dispuesta estaba la asamblea no sólo a enviarles una parte de sus fuerzas, sino cuantas tenía, si necesario fuese, pero se opuso Calícrato, diciendo que, si en general interesaba a los aqueos no mezclarse en asuntos ajenos, en las actuales circunstancias menos les convenía dividir sus fuerzas para poder ayudar a los romanos,

próximos a dar batalla decisiva a Perseo, puesto que Marcio acampaba en Macedonia.

Este argumento hizo titubear a la asamblea, temerosa de perder la ocasión de servir a Roma; pero Licortas y Polibio dijeron que el último había visto el año anterior a Marcio para ofrecerle auxilio en nombre de la Liga Aquea, y el cónsul, agradeciéndole el ofrecimiento, le contestó que dentro ya de Macedonia no necesitaba fuerzas auxiliares: no valía, pues, este pretexto para abandonar a los reyes de Egipto, y, por el contrario, debíase aprovechar la ocasión de su apuro para serles útil. Agregaron que sería ingratitud olvidar los beneficios de ellos recibidos, y que no socorriéndoles se violaban los tratados y juramentos, base de la alianza. Inclinábase la opinión a conceder el auxilio, cuando Calícrato despidió a los magistrados, pretextando que las leyes no permitían deliberar sobre tal asunto en aquella asamblea.

Reunido poco tiempo después el Senado en Siciona, no sólo acu dieron a él todos los miembros

del Consejo, sino todos los mayores de treinta años. Polibio fue uno de los que hablaron nuevamente del asunto, repitiendo que los romanos ninguna necesidad tenían de socorro, cosa tan cierta, como que la sabía por el mismo cónsul, a quien vio el año anterior en Macedonia; añadió que, aun siendo preciso ayudar a los romanos, no debía esto impedir que la República auxiliase a los Ptolomeos, quienes sólo pedían mil infantes y doscientos caballos, cuando aquella podía poner fácilmente sobre las armas treinta o cuarenta mil hombres. Este discurso convenció a la concurrencia, opinando todos que se socorriera a los reyes de Egipto. Al día siguiente debía decidir el Consejo, y Licortas propuso la resolución en este sentido; pero Calícrato sostuvo que se enviaran embajadores a Antíoco para recomendarle la paz con Ptolomeo. Nueva deliberación y nueva disputa, en la que Licortas tuvo gran ventaja, comparando ambos reinos, y demostrando que si Antíoco había dado a Grecia pruebas de generosidad y grandeza de alma, en los pasados siglos no se encontraba vestigio alguno de alianza entre Siria y los griegos, mientras eran tantos los beneficios recibidos de Egipto, que nadie había sido más favorecido.

Demostro Licortas con tanta energfa y dignidad esta diferencia que todo el mundo formo el mejor concepto de los reyes de Egipto; y, efectivamente, tan diflcil era contar el numero de los favores hechos por los reyes de Alejandra como imposible sealar cualquier servicio del reino de Siria a los aqueos.

CAPÍTULO X

Engaño de que se vale Calócrato para impedir a los aqueos enviar socorro a Ptolomeo.

Advirtiendlo Andrónidas y Calócrato lo infructuoso de sus instancias para una intervenci3n en favor de la paz entre los reyes de Siria y Egipto, apelaron a una estratagema, simulando la llegada de un correo con una carta de Quinto Marcio, en la que aconsejaba a los aqueos gestionar para que concluyese la guerra entre los Ptolomeos y Antfoco, de acuerdo con los prop3sitos de Roma, que con tal objeto envi3 a Nemesio. Esto era solamente un pretexto, porque Tito procur3 pacificar a dichos prnci-

pes; pero sin conseguirlo había regresado a Roma. No atreviéndose Polibio a contradecir la carta que creía de Marcio, renunció al gobierno de los asuntos públicos, y los Ptolomeos no recibieron ayuda. Se decretó despachar una embajada, compuesta de Archón de Egira, y los megalopolitanos Arcesilao y Aristón, para intervenir en favor de la paz. Viendo frustradas sus pretensiones, los embajadores de Ptolomeo dieron a los magistrados una carta de estos reyes solicitando a Licortas y Polibio para emplearles en la guerra.

CAPÍTULO XI

Popilio se dirige a Egipto para conferenciar como embajador con Antíoco.- De allí se traslada a Chipre.- Lo que llevó a cabo en esta isla. Marchaba Antíoco contra Ptolomeo para apoderarse de Pelusa, cuando halló a Popilio, general romano, y saludándole de lejos, le alargó la mano. Tenía Popilio en las suyas las tablillas en que estaba el decreto del Senado; las mostró al rey y le ordenó que las leyese, no deseando, según creo, darle prueba alguna de amis-

tad antes de conocer si trataba con amigo o enemigo. Leyó el decreto el rey, y manifestó que daría cuenta a sus amigos para deliberar acerca de las medidas convenientes. Al escuchar esto, hizo Popilio una cosa que pareció extraordinariamente dura e imperiosa. Con una varilla que llevaba trazó un círculo alrededor de Antíoco, y le prohibió salir de él sin dar contestación. Admiró el rey tanto orgullo, y después de titubear un momento, respondió que ejecutaría las órdenes de los romanos; entonces Popilio le cogió la mano y contestó al saludo. El decreto le ordenaba acabar inmediatamente la guerra que hacía a Ptolomeo, y para obedecerlo condujo a Agria su ejército en los pocos días que se le habían señalado, no sin dolor y sentimiento por esta violencia, pero conformándose a lo que los tiempos exigían. Por lo que toca a Popilio, tras arreglar los asuntos de Alejandría, de aconsejar a los reyes vivir en buena inteligencia y de ordenarles que enviaran a Polícrato a Roma, embarcóse para Chipre, mandando retirar las tropas que allí había. Encontró en Chipre a los generales de Ptolomeo que habían sido vencidos, y los asuntos de la isla en el mayor desorden. Acampó en las proximidades de la ciudad y permaneció allí

hasta que todas las tropas salieron para Siria. De este modo salvaron los romanos el reino de los Ptolomeos, cuando tocaba a su ruina. Tales son los caprichos de la fortuna. La derrota y decadencia de Perseo y de los macedonios sirvió para salvar a Alejandría y todo el Egipto, porque de no ser batido el rey de Macedonia, dudo mucho que Antíoco se sometiera, como lo hizo, a la voluntad de Roma.

CAPÍTULO XII

Problemas historiográficos.- Miscelánea de hechos históricos mal conocidos.

De las cosas que dudo, ¿qué he de decir? Es peligroso y expuesto a incurrir en error relatar lo que entre sí hacen misteriosamente los reyes, mas también sería prueba de timidez y pereza no decir nada de lo que creo debió hacerse en esta guerra, causa de los posteriores infortunios. Decídome, pues, a narrar sumariamente lo problemático y dudoso, diciendo las probabilidades en que me apoyo, y analizando no

sólo el carácter de la época, sino los hechos en sí mismos.

Se dijo que el cretense Cidas, del ejército de Eumeno y favorito de este rey, habló una vez con Chimaros a solas cerca de la ciudad de Amfípólisis, y otra en Demetriada con Menecratos y Antimaco. Se dijo también que Herofón fue dos veces a ver a Eumeno como embajador de Perseo. Lo cierto es que en Roma sospecharon de Eumeno, y mientras favorecían a Attalo, permitiéndole ir de Brindis a Roma en busca de dinero y despidiéndole cariñosamente a pesar de no ayudar a los romanos ni antes ni en el transcurso de la guerra contra Perseo, a Eumeno, que había prestado tan eficaz ayuda contra Antíoco y Perseo, no sólo le prohibieron ir a Roma, sino que le obligaron a salir en día fijo de Italia. Las entrevistas relatadas prueban que hubo alguna inteligencia entre Perseo y Eumeno. Falta saber su índole y alcance.

Fácil es comprender que Eumeno no deseaba ver a Perseo vencedor y dueño de todo. Además de sus cuestiones y quejas especiales, la homogeneidad de

poder debía mantener vivos entre ellos la desconfianza, los celos y la más completa oposición. Intentaban, pues, engañarse mutuamente, y así lo hicieron. Viendo Eumeno apuradísimo a Perseo, atacado por todos lados, decidido a aceptar todo lo que pudiera librarle de la guerra, que se prolongaba un año tras otro; viendo también muy comprometidos a los romanos por el escaso éxito de sus operaciones contra Perseo hasta el consulado de Paulo Emilio, y por la inestabilidad de los negocios de Etolia, creyó posible que los romanos consintieran en acabar la guerra o en pactar una tregua, y juzgóse mediador o conciliador muy a propósito para este asunto.

Tal idea le indujo a que Cidas sondeara las intenciones de Perseo el primer año, para averiguar acaso lo que podía valerle dicha esperanza, y opino que este fue el origen de la negociación. Entre dos hombres tan astuto uno y otro tan avaro, el combate debía ser risible. Eumeno presentaba toda clase de promesas y esperanzas como cebo para seducir a Perseo. Éste así el cebo, pero las promesas le parecían poco para dar por ellas algo de su pertenencia.

Véase la naturaleza de estos tratos. Pedía Eumeno, por no ayudar a los romanos ni en mar ni en tierra durante cuatro años, quinientos talentos, y por facilitar la terminación de la guerra, mil quinientos, prometiendo fianzas y garantías. Perseo exigía que enviara las fianzas, determinando él cuándo y cómo las guardarían los Cnosios, y en cuanto al dinero, es decir, a los quinientos talentos, decía «que era más vergonzoso para quien los daba que para el que los recibía, conseguir la paz, al parecer, a precio de oro.» Los mil quinientos talentos prometía enviarlos con persona de su confianza a Polemocrates de Samos, en cuya casa quedarían en depósito. Es de advertir que Samos pertenecía a Perseo. Eumeno, que, como los médicos charlatanes, prefería tener la prenda a esperar el pago, desesperó de vencer con su astucia los subterfugios de Perseo, y desistió de su proyecto. De tal modo, tras esta empeñada lucha de avaricia, acabaron como dos bravos atletas que no pueden vencerse uno a otro. Una parte de aquel dinero la disipaban por entonces los amigos de Perseo, lo cual prueba que la avaricia es artífice de toda clase de males.

Agrego por mi parte a este pensamiento que la avaricia ciega asimismo a los hombres. ¿Quién no comprende, efectivamente, la locura de ambos reyes? Eumeno espera que, a pesar del odio de Perseo le escuche y le crea, y apropiarse así de considerables tesoros sin dar ninguna garantía sólida para el caso de no cumplir sus compromisos. ¿Era posible engañar la vigilancia de los romanos recibiendo tanto oro? ¿No le podía costar dicho proceder una guerra con Roma, en la que, declarado enemigo de la República, perdiera el dinero adquirido, el reino y quizá la vida? Si el proyecto solo de este negocio le hizo correr tan grave peligro, ¿qué le hubiera ocurrido de llevarlo a cabo?

Y por lo que toca a Perseo, no se comprende que estimara más prudente y ventajoso cualquier otro partido que el de entregar sus riquezas a Eumeno, porque si cumplía éste su palabra y acababa la guerra, el empleo del dinero era excelente, y de no ocurrir así, vencedor o vencido, podía revelar la intriga procurando a su enemigo el odio de los romanos. Creyendo a Eumeno causa de todos sus infortunios, la mejor venganza era hacerle enemigo de Roma.

Origen de tanto disparate fue la avaricia. Eumeno promete lo que no podía realizar por adquirir lo que no tenía, y Perseo, por evitar su ruina, no se atreve a hacer un ligero sacrificio.

Por lo demás, Perseo, en el asunto de los gálatas y en el de Gen
cio.....
.....

LIBRO TRIGÉSIMO CAPÍTULO PRIMERO

Attalo, hermano de Eumeno, corre el riesgo de perder el reino de Pér

gamo.- Su médico Stracio le libra de él.- Los embajadores rodios apa ciguan a los romanos en favor de su isla.- Astidemo es criticado por justificar a los rodios a costa de los demás griegos.- Diversos sucesos que por entonces acaecen a los rodios. Las incursiones efectuadas por los galos en el reino de

Pérgamo obligaron a Attalo, hermano de Eumeno, a ir a Roma, y sin este motivo aún tenía justificado pretexto para el viaje, cual era felicitar al Senado por la última victoria y obtener los aplausos que por su participación en la guerra contra Perseo, y en los peligros que los romanos corrieron, merecía. Recibióle, efectivamente, en Roma con las manifestaciones de honor y amistad debidas a un príncipe que se había distinguido en la guerra de Macedonia y que pasaba por amigo de la República. Hízose más de lo que éste esperaba, pues salieron a recibirle y penetró en la ciudad con numeroso acompañamiento. Tantos honores, cuyo objeto no comprendía, le enorgullecieron hasta el punto de faltar poco para que olvidase sus verdaderos intereses, causando irreparable daño a todo el reino de Pérgamo. La mayor parte de los romanos no profesaba estimación ni afecto a Eumeno, persuadida por las negociaciones de éste con Perseo de que no era amigo fiel y de que acechaba el momento de declararse contra Roma. Esta preocupación influyó en algunos romanos distinguidos para aconsejar a Attalo en conversaciones privadas no mencionar el asunto para que le envié su hermano ni hablar de lo que a éste en espe-

cial le interesaba, dándole a entender que el Senado, a quien Eumeno era odioso, deseaba formarle un reino y darle la corona. Estos malos consejos excitaron la ambición del joven príncipe, halagado con tales ofrecimientos, y la intriga llegó hasta el punto de prometer a algunos personajes de Roma que solicitaría en el Senado una parte del reino de su hermano.

Cuando iba a cometer esta falta llegó el médico Stracio, que Eumeno, no sin sospecha de lo que pudiera suceder, envió a Roma, con orden de emplear todos los medios posibles para impedir escuchara Attalo los consejos de quienes le inducían a repartir el reino. Este médico, hombre prudente, hábil y persuasivo, y en quien Eumeno tenía gran confianza, dijo privadamente a Attalo cuanto podía apartarle del pernicioso propósito, y lo consiguió no sin esfuerzo. Advirtióle que era tan rey como su hermano, porque ambos tenían igual poder y autoridad, sin otra diferencia que la de carecer Attalo de la diadema y título de rey; pero que su derecho a la sucesión en la corona era incuestionable y de próxima realización, porque la débil salud de Eume-

no no le permitía larga vida, y careciendo de hijos varones (no se conocía aún el hijo natural que le sucedió en el trono), aunque quisiera, no podría dejar el reino a otros que a sus hermanos inmediatos. Agregó Stracio que lo más doloroso era el peligro a que exponía Attalo el reino de Pérgamo. «Mucho tendréis que agradecer, manifestaba, vos y vuestro hermano a los dioses inmortales si obrando de acuerdo y concierto podéis arrojar de vuestra nación a los galos, que amenazan invadirla. ¿Qué ocurrirá si la discordia os separa? Claro es que esta división trastornará el reino todo, que os hará perder la dominación de que gozáis actualmente y destruirá todas las esperanza si para el futuro despojando a vuestros hermanos del derecho a heredar y del poder que ahora ejercen.»

Estas razones y otras semejantes impresionaron a Attalo, que re renunció a sus ambiciosos proyectos. Entró en el Senado, y sin hablar de Eumeno ni solicitar repartición del reino de Pérgamo, limitóse a felicitarle por la victoria alcanzada en Macedonia y a expresar modestamente el celo y afecto con que ayudó en la guerra contra Perseo; solicitó, asimismo,

que Roma despachara embajadores para reprimir la insolencia de los gálatas, reduciéndoles a su primitivo estado, y término, rogando que se la entregaran las ciudades de Aenum y Maronea.

Creendo el Senado que volvería Attalo para hablar particular mente de los otros asuntos, prometió enviar la embajada, e hizo al príncipe los regalos acostumbrados, ofreciéndole además la posesión de las dos ciudades antedichas; pero al saber que había partido de Roma sin hacer nada de lo que de él esperaban, no pudiendo vengarse de otra forma, revocó la promesa hecha, y antes de que el príncipe partiese de Italia declaró a Aenum y Maronea ciudades libres e independientes. Fue en seguida una embajada a los gálatas, y al frente de ella Publio Licinio no siendo fácil decir las órdenes que llevaba ni difícil conjeturarlo por los acontecimientos que ocurrieron.

Llegaron por entonces a Roma dos diputaciones de la República de Rodas, yendo al frente de la primera Filócrates, y de la segunda Filofrón y Astidemo. La contestación que el Senado dio a Agesípolis

después de la derrota de Perseo ocasionó ambas embajadas, cuyo objeto era calmar a los romanos, muy irritados contra los rodios a juzgar por aquella respuesta. En todas las audiencias públicas y privadas sólo vieron Astidemo y Filofrón motivos de espanto, consternándoles la disposición en que veían a los romanos respecto a los rodios. Pero aumentó su miedo ver a un pretor desde lo alto de la tribuna de las arengas excitar al pueblo para que declarase la guerra a los rodios. El peligro que amenazaba a su patria les sobrecogió de terror, y vistiendo de luto, imploraron con lágrimas en los ojos la protección de sus amigos y que nada demasiado riguroso se decretara contra su República. Esta gran alarma fue breve, porque a los pocos días el tribuno Antonio, que había hecho bajar al pretor de la tribuna cuando arengaba contra los rodios, les condujo a la asamblea del pueblo, y uno tras otro justificaron a sus compatriotas. Sus discursos, entremezclados de sollozos, movieron a compasión, y lograron por lo menos que no se declarara la guerra a Rodas; pero el Senado les censuró con grande acritud por los hechos que se les imputaba, dándoles a entender claramente que, sin la consideración que les merecían,

an algunos amigos de la República, y especialmente ellos, les hubiera tratado de muy distinta forma.

En aquella ocasión escribió Astidemo una apología de su patria, quedando muy satisfecho de este escrito y muy disgustados los griegos residentes en Roma o que se hallaban allí de paso. Lo hizo circular entre el público, y pareció a éste sin sentido común ni equidad, por fundarse la apología menos en razones deducidas del proceder de su patria que en las faltas de los demás griegos. Comparaba al efecto lo que todos los griegos habían realizado por sí o en ayuda de los romanos, exagerando por todo extremo los servicios de los rodios y atenuando cuanto le fue posible los de los demás pueblos de Grecia. Respecto a las faltas, hizo lo contrario, pues culpando de ellas a los demás griegos, casi no mencionaba nada que mereciera censurarse a los habitantes de Rodas. Comparaba las de éstos y aquellos para que las de los rodios pareciesen pequeñas, insignificantes, dignas de perdón, y las de los otros griegos enormes, imperdonables; y deducía que si los romanos habían perdonado a éstos no podían menos de perdonar asimismo a la República de Rodas. Tal apología era

impropia de un hombre de gobierno. Si se desprecia a los cobardes que unidos a otros con secretos lazos déjense intimidar por las amenazas o los tormentos hasta el punto de vender a sus cómplices, y se alaba y ensalza a los que, inquebrantables en medio de los mayores suplicios, niéganse a arrastrar en su desgracia a los unidos con ellos, ¿qué debe pensarse de un hombre que por temor a incierto peligro revela a una poderosa nación las faltas de otra, y renueva el recuerdo de cosas que el tiempo había hecho olvidar? Conocida la contestación del Senado, salió inmediatamente de Roma Filócrates para llevarla a Rodas, y Astidemes quedó allí a fin de observar cuanto se pudiera decir o hacer contra su patria.

La respuesta del Senado desvaneció el miedo de los rodios de que los romanos les declarasen la guerra y les hizo desdeñar las demás contrariedades que sufrían por grandes que fuesen. Ocurre, efectivamente, con frecuencia que el temor de enormes daños amortigua el sentimiento de los pequeños. Inmediatamente se concedió a los romanos una corona de un valor de diez mil piezas de oro, designando para llevarla al almirante Teodetes, que partió en los

primeros días del verano. Agregósele una embajada, cuyo jefe era Rodofón, para procurar a toda costa la alianza con los romanos. Los rodios no mencionaron esta alianza en el decreto por temor a que rechazándola los romanos, tuvieran que arrepentirse de haberla ordenado. Dejaron, pues, al cuidado del almirante hacer la tentativa, porque las leyes le facultaban para concertar esta clase de tratados.

Bueno es advertir de paso que la policía de los rodios había sido hasta entonces no aliarse a los romanos, aunque hacía ciento cuarenta años que tomaban parte en las brillantes expediciones de esta República, y la razón de ello era que, satisfechos de que todas las naciones pudieran solicitar su alianza, no querían repartir sus fuerzas ni encadenar su voluntad con juramentos y tratados. Libres y dueños de sí, podían aprovechar cuanto fuera ventajoso; pero en las circunstancias presentes juzgaron oportuno cambiar de conducta e hicieron los mayores esfuerzos para alcanzar el glorioso título de aliados de Roma, no por afición a alianzas ni por temor a otra nación que la romana, sino para desvanecer con esta

mudanza las prevenciones y sospechas que su República inspiraba.

Apenas se hizo a la vela esta embajada, los caunienses se separaron de Rodas y los milesianos se apoderaron de las ciudades de los euromianos. Casi al mismo tiempo llegó de Roma un senatus-consulto que declaraba libres e independientes a los carienos y a los licios, pueblos que el Senado dio a los rodios al acabar la guerra con Antíoco. Sin gran esfuerzo sometieron éstos a los caunienses y euromianos, siendo suficiente a enviar a Licus con tropas, que en poco tiempo, y a pesar de auxiliarles Cibarates les obligó a rendirse. Fueron en seguida a la región de los euromianos, y en campal batalla vencieron a los milesianos y a los alabadianos llegados de Ortosia. Pero el decreto romano en favor de los carienos y de los licios causóles viva alarma, sospechando que la corona enviada a Roma no les produjera fruto alguno y esperando en vano el honor que ambicionaban de ser aliados de Roma.

CAPÍTULO II

Ardid de Antíoco.

El vil ardid de guerra de este príncipe en Pelusa ocasiona gran daño a su fama; mas hay que confesar que era vigilante, activo y merecedor del título augusto de rey.

CAPÍTULO III

Dinón y Poliarates.

Comencemos por manifestar al lector la política de estos dos griegos, porque en aquellas tristes circunstancias se produjeron grandes cambios, no sólo entre los rodios, sino en todos los demás Estados, y bueno es examinar y conocer los intentos de quienes les gobernaban y si siguieron o se apartaron del camino más razonable. Esto nos enseñará lo que se debe hacer o evitar, en iguales circunstancias, para no faltar al deber en la ancianidad, perdiendo así la fama conquistada en larga vida.

En el transcurso de la guerra con Perseo sospechaban los romanos que no les eran favorables tres clases de individuos: unos que, pesarosos por la probabilidad de que el universo entero sufriera la ley de una sola potencia, ni ayudaban ni combatían a Roma, dejando los acontecimientos a la fortuna y esperando tranquilos el resultado final; otros los que, satisfechos porque macedonios y romanos estuvieran en guerra, deseaban la victoria de Perseo, pero sin poder inspirar sus sentimientos e inclinaciones a los pueblos que regían, y otros que comprometían las naciones que gobernaban en el partido de Perseo. Veamos el proceder de todos estos políticos.

Antínoo, Teodoro, Cefalo y los demás adversarios de Roma con siguieron que los molosos socorrieran a Perseo, y sin amedrentarles el peligro, esperando tranquilos su último momento y firmes en sus opiniones, murieron con honor. Debe elogiarse la entereza de carácter con que mantuvieron hasta el postrer instante la reputación adquirida en el resto de su vida.

La tranquilidad en Acaia, Tesalia y Perrebia inspiró desconfianza, siendo muchos los sospechosos en estas regiones de inclinarse a favor del rey de Macedonia y de aguardar ocasión oportuna de manifestarlo; pero ni se les escapó frase alguna en público, ni se les interceptó carta ni emisario que justificara la sospecha, y siempre mostráronse dispuestos a dar cuenta de su conducta y a probar su inocencia. Antes de perecer acudieron a todos los medios de salvación, porque tan cobarde es morir sin culpa, por miedo a un bando o a una potencia más fuerte, como vivir deshonorado.

En la isla de Rodas, en la de Cos y en varias ciudades, algunos partidarios de Perseo defendían abiertamente a los macedonios, y procuraron, aunque sin buen éxito la adhesión de sus compatriotas. Los más notables de estos amigos de Perseo eran en la isla de Cos Hipócrito y su hermano Diomedón, y en la de Rodas Dinón y Poliarates. ¿Era posible no censurar la conducta de estos magistrados? Toda la nación conocía lo que habían hecho y dicho; había visto las cartas escritas a Perseo y las recibidas de este príncipe que fueron interceptadas; sabía de los

mensajeros de ambas partes que fueron presos, y a pesar de tan abrumadoras pruebas, los convictos no tuvieron valor para arrostrar la adversidad y perder la vida, empeñándose en defender su inculpabilidad. ¿Cuál fue el fruto de tanta obstinación en conservar la vida? Toda la gloria adquirida por el valor y constancia que se les atribuía se desvaneció, siendo objeto de un desprecio que ni a la compasión dejaba lugar. Convencidos cara a cara por los mismos de quienes se valieron para sus intrigas no se les tuvo únicamente por desdichados, sino por falaces. Uno de ellos, Thoas, que había sido enviado a Macedonia, mortificado por la conciencia, después de la derrota de Perseo se retiró a Cnida. Preso por los cnidanos, lo reclamaron los rodios y lo llevaron a Rodas, donde, sometido a juicio, confesó cuanto decían las cartas cruzadas entre los magistrados y Perseo; y sorprende que Dinón amara la vida hasta sufrir esta infamia.

Mayor fue la insolencia y cobardía de Poliarates. Popilio ordenó a Ptolomeo que le enviara a Roma; pero en consideración a su patria y por deferencia a Poliarates que solicitaba ir a Rodas, prefirió el rey

de Egipto mandarle a su patria. Entregósele un barco, y partió custodiado por un personaje de la corte llamado Demetrio. Al mismo tiempo el rey escribió a los rodios avisándoles la salida del acusado. Al arribar a Faselis no sé qué idea ocurrió a Poliarates, que cubriéndose la cabeza con verbena corrió a refugiarse en el templo de la ciudad. Seguro estoy que de preguntarle lo que intentaba no supiera decirlo, porque si quería volver a su patria, ¿a qué ocultarse? ¿No estaba encargado su guardián de conducirlo? Y si a éste hubieran ordenado que le llevase a Roma de buen o mal grado, allí fuera Poliarates. ¿Qué buscaba, pues? Avisaron de Faselis a Rodas para que fueran por él, y los rodios enviaron un barco descubier-to, con la prudencia de prohibir al piloto recibirle a bordo, porque los alejandrinos tenían orden de entregarle en la isla. Llegó el buque rodio a Faselis, y su capitán Epicares se negó a hacerse cargo de Poliarates. Apremió a éste Demetrio para que entrara en el suyo, y le apremiaron más los faselitas que temían algún acto severo de los romanos por la permanencia allí del acusado. En tal apuro, entró asustado en el barco de Demetrio, pero durante la travesía encontró ocasión de escaparse, y huyó a Cauna,

implorando ayuda de los habitantes. Desgraciadamente eran aliados de los rodios y le expulsaron de la ciudad. Suplicó en seguida a los cibiratas que le dieran asilo y le enviaran un guía para ir a sus tierras, esperando este favor porque los hijos de Pancratos, tirano de aquella ciudad, se habían criado en su casa. Lo consiguió efectivamente; pero al llegar allí, su apuro fue mayor que en Faselis, pues los cibiratas no se atrevieron a alojarle por temor a los romanos, ni podían llevarle a Roma, porque siendo nación de tierra adentro no sabían navegar. Viéronse, pues, obligados a despachar una diputación a Rodas y al cónsul de Macedonia para que les librasen de este infortunado fugitivo. Paulo Emilio contestó a los cibiratas que le llevasen a Rodas, y a los rodios que le condujeran vivo a Roma por mar. Unos y otros cumplieron las órdenes recibidas, y Poliarates llegó a Roma, teatro donde con toda claridad vióse su cobardía y falta de pudor, y al que le llevaron Ptolomeo, los faselitas, los cibiratas y los rodios. Su falta de ánimo bien merecía este castigo.

Me he detenido en lo relativo a Dinón y Poliarates, no por insultar su desgracia, que resultaría in-

sensato, sino para aconsejar a los que se hallen en idénticas circunstancias medidas más prudentes.

CAPÍTULO IV

Diputación de los griegos a los diez comisarios despachados a Macedonia tras la derrota de Perseo.- Proceder de estos comisarios con los griegos.

Derrotado Perseo y concluido este gran asunto, llegaron a Macedonia embajadores de todas partes para felicitar a los generales romanos por el afortunado éxito de la expedición, y fácil es comprender que en cada Estado designaron para este y otros cargos los que en el transcurso de la guerra defendían con más calor la causa de Roma, y por tanto eran más de su agrado. Fueron, pues, por Acaia Calícrato, Aristodamo, Agesias y Filippo; por Beocia, Mnasipo; por Acarnania, Crenies; por el Epiro, Carops y Nicias, y por Etolia, Licisco y Tisipo. Llevando todos igual objeto, arreglaron según su deseo los asuntos, tanto más fácilmente, cuanto que sus adversarios, cediendo a las circunstancias, renunciaron al gobierno de las Repúblicas. Los diez comisarios hicieron saber

por medio de los generales a las ciudades y consejos de los pueblos los nombres de las personas que debían ser elegidas para ir a Roma, y las escogieron de su partido, a excepción de muy pocas cuyo mérito era incontrovertible. Dispensaron especial honor a los aqueos, enviándoles dos comisarios, Cayo Claudio y Cneo Domicio. Dos razones obligaron a tomar esta resolución: una, el temor de que los aqueos no obedecieran las cartas y dejaran impune a Calícrato a pesar del daño que había causado a todos los griegos; otra, porque en las cartas de los aqueos a Perseo, que habían sido interceptadas, nada se descubrió que demostrase culpabilidad contra alguno de esta nación. No obstante, poco tiempo después, y a causa de lo que le manifestaron Calícrato y Licisco, escribió el cónsul y despachó diputados a los aqueos, aunque no aprobase, como se demostró después, las denuncias de aquellos dos traidores.

CAPÍTULO V

Los reyes de Egipto despachan una embajada a Roma. A instancias de Popilio se pone en libertad a Menalcidas.

Apenas libres de la guerra con Antíoco, los dos Ptolomeos enviaron a Roma a Numenio, uno de sus amigos, para agradecer a los romanos el gran beneficio que les hicieron en aquella ocasión. Asimismo dieron libertad, a instancias de Popilio, al lacedemonio Menalcidas, que por enriquecerse había abusado del apuro en que ambos reyes se hallaron.

CAPÍTULO VI

Por qué puso el Senado en libertad al hijo del rey Cotis.

El rey de los odrisianos había despachado embajadores a Roma para solicitar que le devolvieran su hijo y explicar las razones de su alianza con Perseo. El Senado les escuchó con benevolencia, porque tras la victoria contra el rey de Macedonia y concluido cuanto se propusiera llevar a cabo, no tenía impor-

tancia considerar a Cotis como enemigo. Su hijo, dado en rehenes a Perseo, fue cogido con los de este infortunado príncipe, y se lo devolvieron en prueba de clemencia y generosidad, y en testimonio de consideración al rey, que les pedía esta gracia.

CAPÍTULO VII

De Lucio Anicio.

Lucio Anicio, el mismo que derrotó a los ilirios y llevó a Roma para celebrar su triunfo al rey Gencio y sus hijos, hizo reír mucho al pueblo, según refiere Polibio en el libro XXX, en los juegos celebrados con motivo de este triunfo. Trajo de Grecia hábiles trabajadores que construyeron en el circo un gran teatro donde se presentaron primero los más célebres flautistas griegos, Teodoro el Beocio, Teopompo Herenippo y Lisímaco, y les ordenó salir al prosenio con el coro y tocar todos a la vez. Éstos comenzaron un motivo de rápido movimiento y muy melodioso; mas Anicio les mandó decir que aquella melodía no le gustaba y que luchasen. Los flautistas

indecisos no comprendieron la orden, hasta que un líctor les dijo que Anicio deseaba figurasen la lucha revolviéndose unos contra otros. Esto les permitió entregarse a ademanes licenciosos, produciendo gran confusión, tocando las flautas de la forma más discorde y desatinada y cayendo o contra el coro que les separaba, o unos contra otros. Los coristas, por su parte, hicieron lo mismo, corriendo en todas direcciones y precipitándose unos sobre otros. No sé cuál de ellos, recogiendo la túnica, enseñó los puños a un flautista, provocándole al pugilato, y le excitaron a ello los ruidosos aplausos y gritos de los espectadores. En el momento en que todos andaban revueltos y peleando, dos saltarines se adelantan a la orquesta con la sinfonía, y cuatro pugilistas se presentan con sus propios flautistas o trompeteros, mezclándose todos y produciendo el más singular espectáculo. Nada digo de las tragedias, agrega Polibio, porque creían que hablaba en broma.

CAPÍTULO VIII

Los etolios y los epirotas.

Habituados los etolios a vivir del robo y mero-deo, mientras les fue posible saquear a los griegos prosperaron a sus expensas, teniendo toda la tierra por enemiga; mas al dominar en Grecia los romanos y no poder llevar a cabo la rapiña fuera de su región, volviéronse unos contra otros en guerra civil, cometiéndose toda clase de violencias y crueldades. Después de degollarse mutuamente en las proximidades de Arsinoe, no hubo forma humana que les contuviera, y en toda la Etolia sólo había confusión, injusticias y asesinatos. Nada se efectuaba allí conforme a la razón y al buen sentido, y el mar azotado por violenta tempestad no presenta mayor perturbación de la que reinaba entonces en la República de Etolia.

No se hallaba el Epiro más tranquilo. En el pueblo advertíase alguna moderación, pero en cambio el jefe era un monstruo de impiedad e injusticia. No creo que haya nacido ni pueda nacer jamás hombre más cruel que Carops.

CAPÍTULO IX

Andanzas de Paulo Emilio.

Tras admirar las fortificaciones de Siciona y las riquezas de la

ciudad de los argivos, encaminóse Paulo Emilio a Epidaura. Deseando ver a Olimpia, partió para esta región. Al penetrar en el templo de Olimpia y ver la estatua de Júpiter, dijo Paulo Emilio, lleno de admiración, que era Fidias el único que había realizado el Júpiter de Homero, y que esperaba ver cosas bellas en Olimpia, pero aquello era superior a cuanto había visto en sus viajes.

«Escribe Polibio que después de derrotar a Perseo y los macedonios, arrasó Paulo Emilio setenta pueblos de Epiro, la mayoría en la región de los molosos, y se llevó ciento cincuenta mil hombres reducidos a servidumbre».

CAPÍTULO X

Ruindad de alma de Prusias, rey de Bitinia.- Recurso de que se vale el Senado para humillar a Eumeno.

Trasladóse a Roma Prusias para cumplimentar al Senado y a las tropas por el triunfo alcanzado contra Perseo, y deshonoró la majestad real con bajas adulaciones. Júzguese por los hechos siguientes. Presentóse a los diputados que el Senado envió para recibirle con el pelo cortado y gorro, traje y sandalias de liberto, diciendo al saludarles: «Ved en mí uno de vuestros libertos dispuesto a hacer lo que os agrade y a conformarme completamente con todas vuestras prácticas.» No sé si existe manera de expresarse de forma más humilde y rastrera. Al penetrar en el Senado se detuvo en la puerta frente a los senadores sentados, prosternóse con las manos caídas y besó el umbral. Dirigiéndose en seguida a la asamblea, exclamó: «Dioses salvadores, yo os saludo.» ¿Es posible mayor cobardía y adulación? ¿Es hombre quien habla así? Apenas lo creerá la posteridad. La conferencia correspondió al preámbulo, y rubor me daría referirla. Tan profunda bajeza no podía menos de obtener una respuesta amable del Senado.

Apenas concluida la recepción de Prusias, súpuse que Eumeno iba a llegar a Roma, noticia que dio bastante en qué pensar a los senadores. Prevenidos contra él y decididos a no mudar de actitud, sentían dar a conocer sus intenciones, porque tras poner a Eumeno en el rango de los más fieles amigos del pueblo romano, admitirle a justificarse y responderle conforme a sus resentimientos, era confesar en alta voz su poca prudencia al estimar tanto a un hombre de este carácter; y si por salvar su reputación le acogían bien, faltaban a sus sentimientos y a los intereses de la patria; de forma que en cualquiera de ambos casos los inconvenientes eran inevitables. Para salir del aprieto lo menos mal posible, y pretextando lo mucho que costaba a la República la recepción de los reyes que iban a Roma, hicieron un senatus-consulta prohibiendo en general la entrada de los reyes en esta ciudad. Llegó poco después la noticia de que Eumeno había desembarcado en Brindis, y enviaron a un cuestor para transmitirle la orden de que se detuviera allí, manifestara lo que deseaba del Senado, y si nada tenía que tratar, saliera inmediatamente de Italia. Escuchó el rey de Pérgamo al cuestor, comprendió el sentimiento que a los roma-

nos inspiraba, y dijo que ninguna necesidad tenía de ir a Roma. Tal fue el ardid del Senado para no recibir a Eumeno.

Esta afrenta produjo al rey de Pérgamo otra grave contrariedad que aprovecharon los romanos, decididos a humillarle de todos modos. Amenazado de una irrupción de los galo-griegos, era indudable que, después de tal injuria, los aliados no se atreverían a ayudarle, y los galo-griegos serían más atrevidos para atacarle. Esto sucedía al iniciarse el invierno. El Senado escuchó en seguida a los demás embajadores (porque no hubo ciudad, príncipe o rey que no mandara diputación a Roma para participar del regocijo por la derrota de Perseo), y todos recibieron contestaciones corteses y afectuosas, menos los rodios, que no debieron quedar satisfechos, pues se les despidió sin decirles nada positivo acerca de lo que debían temer o esperar del futuro. En cuanto a los atenien- ses, el Senado estaba irritadísimo contra ellos.

CAPÍTULO XI

Injusticia de los atenienses con los haliartos.

Llegaron de Roma embajadores a Atenas para rogar que los haliartos fuesen restaurados en su primitivo Estado, y no siendo atendida esta pretensión, solicitaron que se les pusiera en posesión de Delos, de Lemnos y del país de los haliartos, porque se les había ordenado pedir, o la independencia de este pueblo, o que lo diera el Senado a los atenienses. Dueños ya de las dos islas, no es censurable que solicitaran la posesión, pero sí pedir que les dieran los haliartos. Malo es no ayudar a este antiguo pueblo de Beocia a salir del triste estado en que se hallaba y peor borrarle de la memoria de los hombres, quitándole toda esperanza de renacimiento. No era justificado en ningún pueblo de Grecia tan injusto modo de proceder, y menos que en ninguno en los atenienses, porque ni ley ni costumbre les permitía convertir su patria en patria de todos los griegos e invadir las ciudades que no les pertenecían. El Senado, sin embargo, les concedió Delos y Lemnos.

CAPÍTULO XII

Los rodios evacuan Cauna y Stratonicea.

Una vez introducido Teetetes en el Senado, rogó que se aceptara la alianza de los rodios con la República romana. Esperando la contestación, que se dejaba de un día para otro, este anciano de más de ochenta años deja de existir. Entretanto, llegaron a Roma los desterrados de Cauna y Stratonicea, quejándose ante el Senado y obteniendo una sentencia que ordenaba a los rodios retirar sus guarniciones de ambas ciudades. Filofrón y Astidemes salieron inmediatamente para su patria, temiendo que los rodios se negaran a cumplir esta orden, procurándose con ello alguna nueva desdicha.

CAPÍTULO XIII

Odio de los peloponesianos contra Calícrato.

Cuando los embajadores, a su regreso de Roma, manifestaron lo que el Senado había contestado, no hubo rebelión ni alboroto; pero no se ocultó la cólera y el odio que Calícrato inspiraba.

El hecho siguiente prueba el rencor contra Calícrato, Andronido y otros personajes de este bando. Cuando se celebraba en Siciona una fiesta célebre, llamada los Antigonios, las mujeres, hasta las de peor reputación, acostumbraban a ir a los baños públicos frecuentados por los hombres más notables; pero si Andronido o Calícrato iban, ninguno de los que después llegaban quería bañarse si antes no se arrojaba toda el agua que les había servido, lavando y fumigando cuidadosamente el baño, como si temieran mancharse al entrar en la misma agua que aquellos. Los que les alababan en público eran objeto de mofa y silbidos, y hasta los niños, al volver de las escuelas, no temían llamarles traidores si les hallaban al paso: tan general era el odio que inspiraban, y tanto el dolor de los corazones por los grandes sufrimientos.

CAPÍTULO XIV

Otro testimonio de la guerra de Siria.- Reflexiones del autor.

Hablan otros de la guerra de Siria porque al tratar asunto mezqui no y monótono desean darse aires de historiadores no relatando acontecimientos, sino escribiendo volúmenes; para ello tienen que agrandar las pequeñeces, desleír lo que pudiera decirse en dos palabras, pararse en futilidades convirtiéndolas en sucesos, y dar cuenta pomposamente de las escaramuzas en que perecieron unos cuantos soldados. Y respecto a los asedios, a las descripciones topográficas y a los demás acaecimientos de esta índole, es difícil decir cuanto detallan, a causa de la escasez de hechos. Nuestra forma de escribir es completamente contraria, y nadie nos acusará de divagar al ver que pasamos en silencio cosas juzgadas dignas de larga explicación, o las decimos sin detalles; pero téngase en cuenta que a cada asunto le damos su verdadera importancia. Cuando los escritores a quienes aludimos refieren, por ejemplo, la toma de Faloria, de Coronea o de Haliarta, cuentan todas las estratagemas, sorpresas y medidas, como convendría hacerlo al hablar de las de Tarento, Corinto, Sardes, Gaza, Siracusa y, sobre todo, Cartago. Añádase a esto que no a todos complace la narración pura y sencilla de dos hechos, y sirva de profesión de fe aplicable a los

asuntos militares y políticos y a cuanto esta historia contiene. Merecemos indulgencia en los errores de nombres de montañas, ríos o regiones citadas al referir acontecimientos, por la importancia de la obra, salvo el caso de sacrificar la verdad al ingenio, porque entonces la censura sería justa... ..

.....

...La mayoría de los proyectos parecen de palabra fáciles de reali zar; pero, como moneda falsa arroja- da al crisol, no ofrecen el resultado previsto.

CAPÍTULO XV

Discurso de Paulo Emilio.

Volviendo a hablar en lengua latina, dirigióse Paulo Emilio a la Asamblea, y con el ejemplo de Perseo le demostró que no conviene enorgullecerse demasiado en la prosperidad, ni tratar a los hombres con arrogancia y tiranía, ni fiarse jamás de la fortuna presente, sino al contrario. Y agregaba Paulo Emilio: «Cuanto mejor sea el éxito en vuestros asuntos

particulares o en la vida pública, más os aconsejo que penséis en la adversidad, pues cuesta trabajo conservar el espíritu tranquilo en la embriaguez de la buena fortuna, y el hombre sensato se diferencia de quien no lo es en que éste aprende por las propias contrariedades y aquel por las ajenas.» Añadió que con frecuencia recordaran estas palabras de Demetrio de Faleres, que al hablar de la fortuna y deseando probar a los hombres lo instable que es, refirióse a la época en que Alejandro destruyó la monarquía de los persas, y dijo: «No es preciso abarcar infinito espacio ni numerosas generaciones; limitémonos a los cincuenta años que nos han precedido, y encontraremos toda la historia de los rigores de la fortuna. Si hace cincuenta años hubiera predicho un dios a los persas y a sus reyes, a los macedonios y los suyos lo que iba a ocurrir, ¿quién hubiese creído que en tan breve tiempo los persas que gobernaban la tierra desaparecerían de la historia, y los macedonios, que nadie conocía ni de nombre, serían dueños del mundo? Véase, pues, cómo esta pérfida fortuna que preside nuestra existencia, esta fortuna que se complace en contrariar todos nuestros planes y que demuestra su poder en las cosas más extraordinarias,

construyó el imperio de los macedonios sobre las ruinas del de los persas y le prodigó todos los bienes que éstos gozaban, hasta que se cansó de favorecerlo. Lo sucedido a Perseo demuestra esta verdad.» Al recordar la época en que sucumbió el Imperio macedónico, paréceme tan importante y oportuno este pronóstico casi inspirado y divino, que, testigo ocular de los hechos, no creería decir verdad si no trajese a la memoria las palabras de Demetrio, en las que veo algo sobrehumano, pues sin engañarse, anunció el futuro con unos ciento cincuenta años de anticipación.

CAPÍTULO XVI

Lo que le aconteció a Eumeno.

Concluida la guerra entre los romanos y Perseo, hallóse el rey en difícil situación, porque las cosas humanas parece que dan vueltas en el mismo círculo, y la fortuna que enaltece a los hombres por capricho, los humilla por reflexión. Tras ayudarles eficazmente, cambia y pisotea cuanto había cons-

truido. Esto ocurrió a Eumeno. Cuando creyó su poder más firme y seguro, cuando juzgó que nada debía temer a causa de la total ruina del reino de Perseo en Macedonia, encontróse en el mayor aprieto por la inesperada invasión de los gálatas en Asia.

**LIBRO
PRIMERO
PRIMERO**

**TRIGÉSIMO
CAPÍTULO**

Guerra de los cnosianos y gortinianos contra los rhancianos.- Emba

jada de los rodios a Roma para solicitar una alianza que se les niega.

Aliáronse los cnosianos y gortinianos para declarar la guerra a los rhancianos, jurando no dejar las armas hasta que se apoderasen de su capital. Entretanto, los rodios, tras ejecutar las órdenes del Senado romano, viendo que la cólera de éste no se apaciguaba, despacharon a Roma una embajada a las

órdenes de Aristóteles, encargándole intentar todo lo posible para conseguir una alianza. Llegaron estos embajadores en el rigor del estío, y ante el Senado pronunciaron largo discurso. Después de manifestar que los rodios habían evacuado a Cauna y Stratonicea cumpliendo las órdenes que recibieron, procuraron con muchos argumentos obtener del Senado la alianza de Roma y Rodas; pero en la contestación, sin hablar de amistad, se les dijo que por entonces no convenía la alianza con ellos.

CAPÍTULO II

Diputación de los galo-griegos a Roma.

El Senado les permitió vivir según sus leyes y costumbres, a condición de no salir armados de la región que ocupaban.

CAPÍTULO III

Espléndidas fiestas ofrecidas por Antíoco.

Conoció Antíoco las hazañas de Paulo Emilio en Macedonia, y deseó sobrepujarle con un exceso de liberalidad. Despachó emisarios a varias ciudades anunciando los combates gimnásticos que iba a dar en Dafne, e innumerables griegos acudieron presurosos a dicho lugar. Inauguró el rey la fiesta con un soberbio desfile, rompiendo la marcha cinco mil jóvenes escogidos, armados a la romana y cubiertos con cotas de malla; seguíanles cinco mil misianos y tres mil cilicianos, armados a la ligera y con cinta de oro en la cabeza. Tres mil tracios y cinco mil gálatas marchaban detrás, precediendo a veinte mil macedonios y a cinco mil infantes armados con escudos de bronce, sin contar un cuerpo de *argiaspidos*, seguidos de doscientas cuarenta parejas de gladiadores. Tras de éstos avanzaban mil jinetes montados en caballos de Nisa y tres mil en caballos del país. Los arneses, en su mayor parte, estaban cubiertos de oro, y los jinetes ceñían coronas del mismo metal, en los demás arneses brillaba la plata. El cuerpo de caballería llamado los *compañeros*, que era de mil hombres y los caballos enjaezados con oro, precedía al cuerpo de los *amigos*, de igual número y riqueza en las monturas. Seguían la marcha mil hombres esco-

gidos procediendo a la cohorte, compuesta de otros mil, que era el cuerpo más sólido y fuerte de toda la caballería. Finalmente, quinientos jinetes catafracos, armados de todas armas y vestidos como las otras tropas, cerraban la marcha.

Todos estos soldados llevaban mantos de púrpura y muchos con figuras de animales bordadas con oro. Desfilaron asimismo cien carros de a seis caballos, cuarenta de a cuatro, uno arrastrado por cuatro elefantes, y otro por dos, y treinta y seis elefantes sueltos. Difícil es explicar otros detalles de esta procesión especialísima, y nos limitaremos a referirlos sucesivamente. Unos ochocientos jóvenes, coronados de oro, acompañaban el desfile, llevando mil bueyes gordos, y para las ceremonias había más de trescientas mesas y ochocientos colmillos de elefantes.

No es posible decir con exactitud el número de estatuas, porque sacaron en triunfo las de todos los dioses y genios reconocidos por tales entre los hombres, sin exceptuar las de los héroes. Unas eran do-

radas y otras revestidas con trajes bordados do oro, y acompañaban a cada una todos sus atributos especiales, según vulgar tradición conservada en la historia.

Seguían después estatuas de la Noche, del Día, de la Tierra, del Cielo, de la Aurora y del Mediodía. La cantidad de vasos de oro y de plata puede calcularse por los datos siguientes. Dionisio, uno de los amigos de Antíoco y su secretario para la correspondencia, trajo a la comitiva mil niños, cada uno con un vaso de plata de mil dracmas de peso. Otros seiscientos niños que el rey había reunido seguían a los anteriores, portando vasos de oro. Doscientas mujeres, con botes de perfumes, los esparcían durante el desfile. Otras ochenta iban en pompa, sentadas en sillas de mano con pies de oro, y otras quinientas, en iguales sillas con pies de plata ricamente ataviadas. He aquí lo más brillante de la fastuosa comitiva.

Hubo combates gimnásticos y de gladiadores, y partidas de caza en el transcurso de los treinta días

que las fiestas duraron. Todos los que combatían en el Gimnasio se untaron el cuerpo, durante los primeros cinco días, con perfumes de azafrán, que sacaban de cubetas de oro; en los cinco siguientes, de cinamomo, y de nardo en los cinco últimos de la quinceña. Lo mismo se hizo en la segunda, untándose los primeros cinco días con perfume de alholba, los siguientes de mejorana, y de lirio los últimos. Cada uno de estos perfumes exhalaba distinto olor.

Colocábanse unas veces mil triclinios y otras quinientos para las comidas de la fiesta. El rey lo arreglaba y ordenaba todo por sí. Montado en un brioso caballo corría por todo el desfile, haciendo avanzar a unos y detenerse a otros. En las comidas poníase a la puerta, obligando a entrar a unos, colocando a otros; iba delante de los sirvientes que traían los platos; se trasladaba de un lado a otro, sentándose junto a cualquiera de los convidados o extendiéndose sobre cualquier lecho. A veces, dejando el bocado o el vaso, levantábase de pronto y recorría todas las mesas, recibiendo de pie los brindis que le dirigían, bromeando con todos, hasta con los bailarines.

Al acabar los festines y cuando muchas personas se habían retirado, veíasele jugar con sus bufones, que sin respeto a la majestad real le arrojaban al suelo como si fuera uno de ellos, y ordenaba entrar músicos, bailando y saltando cual bufón, hasta avergonzar a los circunstantes que se iban de allí. Todo esto se pagó con el dinero tomado en Egipto, de donde sacaron cuanto pudieron, engañando contra todas las leyes del honor al rey Ptolomeo Filometor durante su minoría. Los amigos de Antíoco contribuyeron a estos gastos, pero la mayor parte de los recursos procedían del saqueo de los templos.

CAPÍTULO IV

Recibimiento de Tiberio en la corte de Antíoco.

Concluida la guerra, fue Tiberio como embajador a la corte de Antíoco para conocer sus intentos, y le acogió el rey con tanto agasajo y amistad que nada sospechó el romano, ni advirtió que guardase rencor por lo sucedido en Alejandría, censurando a quienes daban malos informes de este príncipe. Efectiva-

mente, entre los muchos obsequios que Antíoco hizo a Tiberio, fue uno dejarle su palacio para alojamiento, y a poco le cede asimismo, al parecer, la corona, aunque nada estuviera más lejos de su deseo y fuera inquebrantable su decisión de vengarse de los romanos.

CAPÍTULO V

Los embajadores de Prusias acusan a Eumeno en Roma.- Va por segunda vez Astimedes a Roma y logra al fin la alianza.

Entre los embajadores que llegaron a Roma de diversas tierras, los más importantes eran Astimedes, de la república de Rodas; Eureas, Anaxidamo y Satiro, de los aqueos, y Pithón, representante de Prusias. En la audiencia que les concedió el Senado quejóse Pithón de Eumeno por haberse apoderado de muchas plazas, realizar incursiones por la Galacia y no obedecer las órdenes del Senado, favoreciendo a los de su bando y procurando mortificar de todas

formas a los que amigos de los romanos deseaban que gobernara el Estado conforme a la voluntad del Senado. Otros embajadores de las ciudades de Asia le acusaban de haber concertado alianza con Antíoco. Oyó el Senado estas acusaciones sin rechazarlas y sin dar a conocer su opinión, disimulando la desconfianza que los dos reyes le inspiraban, lo cual no impidió que ayudase a los galo-griegos a recobrar su libertad.

Penetraron inmediatamente después los embajadores de Rodas, y Astimedes tuvo en esta ocasión más prudencia y habilidad que en la anterior embajada. Sin acusar a los demás, limitóse, como los castigados, a solicitar que se aminorara la pena, y manifestó que la impuesta a su patria era superior a lo que la falta merecía, detallando los perjuicios sufridos, entre ellos el despojo de la Licia y de la Caria, dos provincias contra las cuales vióse obligada a sostener tres guerras que le costaron sumas enormes, perdiendo ahora las rentas que producían. «No obstante, agregó, sufrimos la pérdida sin quejarnos. Vosotros nos disteis esas provincias, y dueños erais de quitárnoslas cuando os fuimos sospe-

chosos; pero Cauna y Stratonicea no las debíamos a vuestra liberalidad, porque compramos la primera en doscientos talentos a los generales de Ptolomeo, y la segunda nos la dieron Antíoco y Seleuco. Ambas ciudades nos producían ciento veinte talentos anuales. Ordenasteis que nuestras tropas las evacuaran y os hemos obedecido, siendo tratados por una ligera imprudencia con mayor rigor que los macedonios, vuestros eternos enemigos. ¿Y qué diré de la excepción de peajes que habéis concedido a la isla de Delos y del perjuicio que nos causáis al privarnos de este impuesto y de las demás rentas públicas? Los peajes nos producían antes un millón de dracmas, y apenas sacamos hoy ciento cincuenta mil. Vuestra ira, romanos, ha secado, cual fuego devorador, las fuentes que producían a nuestra isla su mayor riqueza, y acaso tuvierais razón si todos los rodios fueran culpados de enemistad a vosotros, pero sabéis que eran pocos los que nos disuadieron de tomar las armas, y que éstos pocos han sido severamente castigados. ¿Por qué ese odio implacable contra inocentes, en vosotros que, comparados con los demás pueblos, pasáis por ser los hombres más moderados y generosos? Perdidas sus rentas y su libertad, por

cuya conservación ha sufrido tantos trabajos y penas, Rodas os suplica, romanos, que le devolváis vuestro afecto. La venganza iguala por lo menos a la falta; acabe, pues, vuestro enojo. Sepa toda la tierra que, desvanecida vuestra cólera, devolvéis a los rodios la antigua amistad. Esto únicamente pide Rodas, no armas ni tropas, porque vuestra protección suple los otros recursos. Así habló el embajador rodio, y pareció su discurso adecuado a la situación presente de su República. Tiberio, recién llegado de Asia, le ayudó mucho a lograr la alianza que solicitaba, declarando que los rodios habían obedecido puntualmente las órdenes del Senado y condenado a muerte a los partidarios de Perseo. Nadie contradijo el testimonio, y se concedió a los rodios la alianza con la República romana.

CAPÍTULO VI

Contestación de los romanos en relación a los griegos que en su patria habían favorecido el partido de Perseo.

Al conocer la contestación del Senado que los embajadores de Acaia llevaron al Peloponeso, la cual expresaba la sorpresa de los senadores porque los aqueos les rogaran examinar los procesos de los denunciados como agentes de Perseo tras juzgarles ellos mismos, fue de nuevo Eureas a Roma para protestar ante el Senado de que los procesados no fueron escuchados en su patria, ni su delito juzgado. Penetró Eureas en el Senado con los demás representantes que le acompañaban, manifestó las órdenes recibidas, y rogó que se enterase de la acusación, no dejando morir a los acusados sin antes sentenciarles: agregó que convenía examinara por sí el Senado este asunto y diera a conocer los delincuentes; mas de impedirlo sus graves ocupaciones, podía encargarlo a los aqueos, quienes demostrarían, haciendo justicia, su aversión a los malvados. Oído este discurso, titubeó mucho el Senado para responder, por prestarse a censura cualquier contestación que diese. No creía convenirle juzgar a los culpados y levantar el destierro a los proscritos sin juzgarles: era perder sin remisión a los amigos que en Acaia tenía. Tanto por precisión como por quitar a los griegos toda esperanza de recobrar a los proscritos y

hacerlos así más obedientes a sus órdenes, escribió a Calícrato en Acaia y a los partidarios de Roma en los demás lugares, manifestándoles que no convenía a sus intereses ni al de los demás países que los desterrados regresaran a su patria. Esta respuesta consternó no sólo a los proscritos sino también a todos los pueblos de Grecia. Fue un duelo general por el convencimiento de que nada debían esperar los aqueos acusados, y que su destierro no tenía remedio. Por entonces volvió Tiberio de Asia, sin poder descubrir ni comunicar al Senado acerca de la conducta de Antíoco y Eumeno más de lo que se sabía antes de ir allá; tan grandes pruebas de amistad le habían dado ambos reyes para atraerle a sus intereses. Al conocer la contestación del Senado en Acaia, tanto como se aterró la multitud, se alegraron Carops, Calícrato y sus partidarios.

CAPÍTULO VII

Attalo y Ateneo justifican a su hermano Eumeno ante el Senado.

Valiéndose a veces de la fuerza, a veces de la astucia, redujo por

fin Tiberio a los cammanienses al poder de los romanos. Llegaron a Roma varios embajadores, y el Senado concedió audiencia a Attalo y Ateneo, enviados por Eumeno para defenderle contra Prusias, que no sólo desprestigiaba a él y a Attalo sino que excitó a los galos, los selgianos y otros pueblos de Asia para que le calumniaran. La apología que ambos hermanos hicieron, fue refutación, al parecer terminante, de las quejas contra el rey de Pérgamo, y tan satisfactoria, que se les despidió colmándoles de honores y regalos. No consiguieron, sin embargo, desvanecer por completo las sospechas que Eumeno y Antíoco inspiraban, y el Senado envió a C. Sulpicio y Manio Sergio con orden de examinar el comportamiento de los griegos, arreglar una cuestión entre lacedemonios y megalopolitanos por no sé qué tierra, y sobre todo observar con cuidado si Antíoco y Eumeno tramaban alguna intriga contra Roma.

CAPÍTULO VIII

Falta de prudencia de Sulpicio Galo.

Entre otras imprudencias que he mencionado de este Sulpicio Galo, cometió la siguiente. A su llegada a Asia, hizo fijar edictos en las ciudades más célebres, ordenando que quien deseara acusar al rey Eumeno se trasladara en determinado día junto a Sardes. Fue él allí, mandó colocar un sillón en el Gimnasio, y por espacio de dos días escuchó a los acusadores, apresurándose a acoger todas las acusaciones e injurias contra el rey, y difiriendo el despacho de los negocios. Era un hombre muy vano, que creía alcanzar gran gloria por su disensión con Eumeno.

CAPÍTULO IX

Antíoco.

Ansioso Antíoco de aumentar sus tesoros, proyectó saquear el templo de Diana en Elimaida, y fue allí efectivamente; pero los bárbaros que habitaban la región se opusieron con tanta fuerza y celo al

sacrilegio, que le obligaron a renunciar, retirándose a Tabas, en Persia, donde falleció de un ataque de frenesí. Dicen algunos historiadores que fue castigo divino, porque la divinidad mostró algunas señales exteriores de su indignación contra este príncipe.

CAPÍTULO X

Demetrio, en rehenes en Roma, solicita en vano ser enviado a Siria. Por qué el Senado prefiere para reinar allí al hijo de Antíoco.- Diputación de Roma en Oriente. Demetrio, hijo de Seleuco, que fue en rehenes a Roma, se hallaba allí injustamente detenido. Le envió Seleuco para garantizar su fidelidad, mas desde que Antíoco ocupó el trono de Siria no era justo que Demetrio estuviese en lugar de los hijos de este príncipe. Hasta entonces sufrió sin impaciencia esta especie de esclavitud, porque era niño y parecía convenirle tal situación; pero al morir Antíoco, viéndose en la flor de la edad, rogó al Senado que le devolviese el reino de Siria, el cual le pertenecía con mejor derecho que a los hijos de Antíoco. Apoyó este derecho con varias razones, y

repetió con frecuencia, para poner de su lado a la asamblea: «Padres conscriptos, Roma es mi patria; he tenido la dicha de criarme a vuestra vista; los hijos de los senadores han llegado a ser mis hermanos, y a los senadores les considero como padres. Vine niño a Roma y hoy cuento veintitrés años.» El discurso del joven príncipe conmovió a la asamblea, pero por mayoría de votos quedó decidido que Demetrio permaneciera en Roma, y mantener en el trono de Siria a Antíoco Eupator. Seguramente temieron que un rey de veintitrés años llegara a ser peligroso a la república, y se creyó más útil para ella conservar el cetro en manos del príncipe niño a quien Antíoco Epifanes lo dejó. Los acontecimientos demostraron que tales eran las miras del Senado, porque inmediatamente designó a Cn. Octavio, Sp. Lucrecio y Luc. Aurelio para que ordenaran los asuntos de Siria, y gobernar el reino a su gusto; esperando no tropezar con obstáculos por ser el rey menor de edad y porque a los magnates del reino satisfizo mucho que no pusieran en el trono a Demetrio, como temían. Al partir los comisarios recibieron orden de quemar todos los barcos de guerra, desjarretar los elefantes, y, en una palabra, debilitar

por todos los medios las fuerzas del reino. Se les recomendó asimismo visitar Macedonia, sofocar algunos disturbios que excitó en ella el gobierno democrático, al que no se hallaban habituados los macedonios, y finalmente, vigilar la Galacia y el reino de Ariarates. Poco tiempo después recibieron una carta del Senado ordenándoles que arreglaran, si era posible, las cuestiones entre los dos reyes de Egipto.

CAPÍTULO XI

Marco Junio, embajador en Capadocia.

Despachó Roma a Capadocia varios embajadores, y el primero fue Marco Junio, con orden de examinar las cuestiones entre los galogriegos y el rey, porque uno de aquellos pueblos, los trocmianos, despechados por no poder invadir la Capadocia, donde se había fortificado la ciudad que atacaban, enviaron una diputación a Roma para predisponer los ánimos contra Ariarates. Recibió este príncipe a Junio con tanto agasajo, y se justificó tan bien que

salió el embajador del reino estimando al rey digno de la mayor consideración. Octavio y Lucrecio llegaron poco después y hablaron a Ariarates de cuestiones que tenía con los galo-griegos. El rey les explicó en pocas palabras la causa de estas cuestiones, y agregó que de buen grado dejaba la solución a sus luces. Hablaron después detenidamente de la situación de Siria, y al conocer Ariarates que Octavio iba a este reino le demostró lo vacilante e incierto que se hallaba todo allí, y le nombró los amigos que en Siria tenía; ofrecióle además acompañarle con un ejército y estar junto a él, mientras allí permaneciera, para librarle de cualquier insulto. Este amistoso ofrecimiento agradó mucho a Octavio, quedando muy reconocido; pero manifestó que por entonces no necesitaba ser acompañado, y si en el futuro juzgaba necesaria alguna ayuda, no vacilaría en pedírsela, persuadido de que era digno de que se le contase entre los verdaderos amigos del pueblo romano.

CAPÍTULO XII

El rey de Capadocia renueva la antigua alianza con Roma.

Apenas Ariarates sucedió en el trono a su padre, despachó representantes a Roma para renovar la alianza de la Capadocia con la República y para rogar al Senado que le contara entre sus amigos, alegando que merecía esta gracia por su adhesión al pueblo romano en general y a cada romano en particular. Fácilmente se dejó el Senado persuadir, y la amistad y alianza fueron renovadas, aplaudiéndose mucho las inclinaciones de este rey y quedando muy satisfechos los embajadores de la acogida que se les hizo. El regreso de Tiberio contribuyó mucho a que el Senado fuese favorable a Ariarates porque enviado para observar el comportamiento de los príncipes de Asia, su informe respecto a Ariarates padre y al reino de Capadocia no podía ser más halagüeño. Nadie dudó que fuera ajustado a la verdad, y de aquí las pruebas de amistad a los embajadores y lo mucho que se alabó el afecto del rey a los romanos.

CAPÍTULO XIII

Ofrece Ariarates sacrificios a los dioses por haber logrado la amistad de los romanos.- Ruega a Lisias le envíe de Antioquia los huesos de su madre y hermana. Al regreso de los embajadores y en virtud de sus informes, juzgando el rey que la amistad de los romanos le aseguraba en el trono, hizo sacrificios en agradecimiento por tan feliz acontecimiento y ofreció un gran festín a los magnates de su corte. Mandó enseguida comisionados a Lisias para rogarle le enviaran de Antioquia los huesos de su madre y hermana, y por mucho que deseara vengarse de la impiedad de este personaje, no juzgó propicia la ocasión para censurarle, por temor de que, irritado, le negara la gracia solicitada. Concedióla, y fueron transportados los huesos, recibiendo Ariarates con gran pompa y mandando colocarlos junto a la tumba de su padre.

CAPÍTULO XIV

Embajada de los rodios a Roma.

Sin temor ya al peligro que les había amenazado, enviaron los rodios a Roma a Cleágoras y Ligdamis para rogar al Senado que les entregase la ciudad de Calindas y permitir a los que poseían tierras en Licia y Caria recobrar los derechos que antes gozaban. Decretaron además que se hiciera en honor del pueblo romano un coloso de treinta codos de altura y que fuera colocado en el templo de Minerva.

CAPÍTULO XV

Los calindianos hacen entrega de su ciudad a los rodios.

Se había separado Calindas de los caunienos y éstos la cercaban. Llamó en su ayuda a los cniidienos que acudieron, deteniendo por algún tiempo a los sitiadores; pero temerosos del futuro, los habitantes de Calindas despacharon una diputación a Rodas con promesa de entregarse ellos y la ciudad si se les quería socorrer. Acudieron los rodios por mar y tierra, haciendo levantar el sitio y tomando posesión

de la ciudad. El Senado romano les permitió gozar tranquilamente de su nueva conquista.

CAPÍTULO XVI

Va Ptolomeo a Roma para solicitar que le restablezcan en el reino de Chipre.- Consideración del historiador acerca de la política de los romanos.

Cuando los Ptolomeos repartieron entre sí el reino, el más joven de ambos, descontento de la parte que le correspondió, quejóse al Senado, solicitando que se anulara el tratado de repartición y que se le entregara la isla de Chipre. Alegaba para ello haberse visto obligado, por la necesidad de los tiempos, a consentir en las proposiciones de su hermano, y que, aun concediéndole Chipre, su parte no igualaría, ni con mucho, a la de éste. Canuleio y Quinto, enviados por Roma para arreglar las cuestiones entre ambos hermanos, combatieron esta pretensión, declarando ser cierto lo que afirmaba Menintilo, representante del mayor de los Ptolomeos, de que el menor debía a la generosidad de aquel no sólo la Cirenaica, cuyo trono le había dado, sino la vida, porque, abo-

recido del pueblo, sojuzgó sobradamente dichoso al reinar sobre aquella región; que el tratado se ratificó ante los altares, jurando ambos cumplirlo. Ptolomeo negó estos hechos, y viendo el Senado que, efectivamente, el reparto no había sido igual, aprovechó hábilmente la querrela entre los hermanos para disminuir las fuerzas del reino de Egipto dividiéndolas, y concedió al más joven de los Ptolomeos lo que solicitaba; porque tal es la política acostumbrada de los romanos, que aprovechan las faltas de otro para extender y afirmar su dominación, y se portan con quienes las cometen de forma que, aun cuando sólo obren por su interés, les quedan éstos agradecidos. Como el gran poder de Egipto les hacía recelar que en manos de un soberano capaz de aprovecharlo llegara a ser formidable, ordenaron salir dos diputados, Tito Torcuato y Cneo Mérula, para poner a este príncipe en posesión de la isla y procurar una paz estable entre ambos hermanos.

CAPÍTULO XVII

Demetrio Soter huye de Roma y regresa a Siria para reinar allí.

Apenas se conoció en Roma el asesinato de Octavio, llegaron a la ciudad embajadores enviados por Lisias de parte de Antíoco para demostrar que los amigos del príncipe no tenían participación alguna en la muerte del comisario romano.

El Senado despidió a estos embajadores sin con-
testarles ni mani festar lo que pensaba del crimen.
Sorprendido Demetrio por la noticia, hizo llamar
inmediatamente a Polibio, e incierto sobre lo que
debía hacer en aquella ocasión, le preguntó si con-
vendría acudir de nuevo al Senado para que le per-
mitiera regresar a Siria. «Guardaos bien, le respon-
dió Polibio, de chocar con una piedra donde ya
habéis tropezado, y no esperéis nada sino de vos
mismo. ¿Qué no se hace por reinar? En estas cir-
cunstancias tenéis todas las facilidades posibles para
conseguir la corona que os pertenece.» Comprendió
el príncipe lo que esto quería decir y no replicó.
Poco tiempo después refirió este consejo a uno de

sus oficiales llamado Apolonio, joven inexperto que, por el contrario, le aconsejó una nueva tentativa en el Senado. «Convencido estoy, le dijo, que tras haberos despojado tan injustamente del reino de Siria, no cometerá la nueva injusticia de reteneros por más tiempo en rehenes. Es demasiado absurdo que permanezcáis en Italia como garantía del joven Antíoco.» Demetrio se atuvo a este consejo, penetró en el Senado y solicitó que habiéndose dado a Antíoco el trono de Siria, por lo menos no se obligara a él a permanecer en Italia como garantía de este príncipe; mas fue en vano que multiplicara las razones y los argumentos; el Senado insistió en su primer acuerdo, y no cabe por ello censura. Cuando aseguró el reino al joven Antíoco no fue porque Demetrio dejara de probar perfectamente que le correspondía de derecho, sino por convenirle que lo poseyera Antíoco; y al presentarse por segunda vez Demetrio, subsistían los mismos motivos. Era, pues, razonable que el Senado no cambiara de opinión.

Este paso tan inútil hizo comprender a Demetrio cuan sensato era el consejo de Polibio, y se arrepintió de la falta cometida. Su natural altivez y su valor

le obligaron a repararla. Vióse con Diodoro, que acababa de llegar de Siria, y le consultó lo que debía hacer. Este Diodoro, hombre hábil en el manejo de los negocios, había sido su director y venía de observar cuidadosamente el estado del reino. Manifestóle que desde el asesinato de Octavio todo andaba revuelto; que el pueblo desconfiaba de Lisias y Lisias del pueblo; que el Senado romano imputaba a los favoritos del rey la muerte de su comisario; que la ocasión no podía ser más favorable, y que le bastaba presentarse en Siria aunque le acompañara un solo paje, para que todos los pueblos le pusieran el cetro en las manos; que tras el atentado de que se culpaba a Lisias, era improbable que el Senado se atreviera a protegerle, y que todo dependía del secreto, saliendo de forma que nadie conociera su propósito.

Agradó el consejo a Demetrio, llamó a Polibio, le comunicó el proyecto y rogóle que le ayudara a buscar los medios de evadirse. Tenía entonces Polibio en Roma un íntimo amigo llamado Menilo, natural de Alabandas, nombrado por el mayor de los Ptolomeos su agente cerca del Senado contra el más

joven. Habló de él al príncipe como la persona más indicada de cuantas conocía para sacarle del aprieto. Efectivamente, Menilo se encargó de preparar todo para la fuga. Anclado estaba en Ostia un buque cartaginés que iba a salir pronto para Tiro con las primicias de los frutos de Cartago. Para este comercio escogíanse siempre los mejores barcos. El embajador de Ptolomeo solicitó en él pasaje como si quisiera regresar a Egipto, y públicamente, en presencia de todo el mundo, concertó el precio, haciendo transportar cuantas provisiones quiso, y sin inspirar sospechas trató con los marineros. Dispuesto todo para el embarque, sólo faltaba que se previniera Demetrio. Hizo partir este príncipe a su gobernador Diodoro para que le precediera en Siria y observara los sentimientos de los pueblos respecto a él. Descubrió en seguida su propósito a Meleagro y Menesteo, hermanos de Apolonio, educado con él en Roma y a quien ya había manifestado lo que proyectaba. Estos tres sirios eran hijos de un Apolonio que gozó mucho crédito en tiempo de Seleuco, y que al pasar el trono a manos de Antíoco se retiró a Mileto. A pesar de que Demetrio tenía gran número de servidores, fueron los únicos a quienes descubrió su secreto.

Aproximábase el día de la fuga, y el príncipe, que acostumbraba a convidar a sus amigos todas las noches, les invitó a una gran comida en casa prestada por no poder recibirles en la suya. Los que estaban en el secreto convinieron en salir para Ostia inmediatamente después de la comida, cada cual con un solo criado, porque los demás los habían enviado a Anagnia con orden de que allí les esperasen al día siguiente. Enfermo entonces Polibio y obligado a guardar cama, se enteró por Menilo, y temeroso de que el joven príncipe, naturalmente aficionado a los placeres de la mesa, cometiera alguna imprudencia, escribió una carta, la cerró, ordenó al portador que preguntara por el cocinero de Demetrio y se la entregara sin decirle quién era ni de parte de quién iba, rogándole que la leyera inmediatamente el príncipe. Abrió éste el billete y leyó: «Mientras esperamos viene la muerte y nos sorprende. Vale más atreverse a algo. Atreveos, pues, intentad, obrad sin preocuparos del éxito. Arriesgadlo todo antes de faltaros a vos mismo. Sed sobrio, de nadie os fiéis; estos son los nervios de la prudencia.» Leída la carta, comprendió Demetrio de quién era y con qué intención estaba escrita. Inmediatamente simuló un ataque al

corazón y regresó a su casa, donde le siguieron sus amigos. Ordenó a los de su servidumbre que no debían acompañarle en el viaje salir con redes y jauría para Anagnia, y que fueran a unírsele en Circea, donde acostumbraba a cazar y había tenido ocasión de conocer y tratar a Polibio. Comunicó después el proyecto a Nicanor y a los de su comitiva, aconsejándoles tomar parte en la empresa, a lo que accedieron complacidos, y cumpliendo sus órdenes regresaron a sus casas mandando a sus criados tomar al amanecer el camino de Anagnia y acudir al punto de cita para la caza en Greca, donde al día siguiente, llegarían ellos con Demetrio. Así prevenidas las cosas, partieron aquella misma noche para Ostia.

Mientras tanto, Menilo, que salió anticipadamente, manifestó al capitán del barco cartaginés que había recibido del rey su señor nuevas órdenes impidiéndole el viaje y obligándole a enviar a Ptolomeo varios jóvenes de probada fidelidad para informarle de lo que su hermano hacía en Roma, los cuales llegarían a medianoche para embarcarse. Nada importó el cambio al capitán, por serle indiferentes

los viajeros, con tal de percibir la misma suma. Efectivamente, el príncipe y sus acompañantes, en total dieciséis personas contando pajes y criados, llegaron a Ostia a las tres de la mañana. Menilo habló algún tiempo con ellos, mostró las provisiones acumuladas, les recomendó eficazmente al capitán y se embarcaron. Al amanecer levó anclas el piloto, y todo se hizo como de costumbre en el buque, sin sospechar nadie que iban a bordo otras personas que algunos oficiales enviados por Menilo a Ptolomeo. Nadie tampoco se cuidó al día siguiente en Roma de saber dónde se hallaba Demetrio ni los que con él iban, creyéndoles en Circea, donde llegaron los que habían sido enviados y esperaban encontrarles allí. Súpose la fuga del príncipe por un paje que, azotado en Anagnia, corrió a Circea para quejarse a su señor, y no encontrándole allí ni en el camino de Circea a Roma, lo dijo en esta ciudad a los amigos de Demetrio y a los que quedaron en su casa. Hasta cuatro días después no se comenzó a sospechar la evasión, y al quinto se reunieron los senadores para deliberar sobre el asunto; pero el barco en que iba el príncipe llevaba seis días de camino y había pasado el estrecho de Sicilia. Lejos ya bogaba demasiado felizmen-

te para que hubiera posibilidad de alcanzarle, y aunque se le quisiera perseguir, no había derecho a prender a Demetrio. Por ello se tomó el partido, algunos días después, de nombrar a Tiberio Graco, Lucio Léntulo y Servilio Glaucas con encargo de examinar de cerca el estado de Grecia, y desde allí dirigirse a Siria para observar a Demetrio, estudiar las disposiciones de los otros príncipes y arreglar sus diferencias con los galo-griegos. A Tiberio se le ordenó cuidar personalmente de todos estos asuntos.

CAPÍTULO XVIII

Catón se queja de las malas costumbres extranjeras que se introducen en Roma.

Quejábbase indignado Catón, de que algunas personas importaran del extranjero a Roma un género de corrupción por el cual un bello adolescente vendiase más caro que un campo fértil.

CAPÍTULO XIX

El menor de los Ptolomeos pretende someter la isla de Chipre y la Cirenaica.

Al llegar este príncipe a Grecia con los diputarlos romanos, reclutó gran número de soldados mercenarios, y con ellos un macedonio llamado Damasippo, que por hacer degollar a todos los miembros del Consejo público de Facón, vióse obligado a salir de Macedonia con su mujer y sus hijos. Desde allí se dirigió Ptolomeo a la Perea, cantón en la costa de Rodas frente a esta isla, y desde la Perea, donde fue bien recibido, se propuso trasladarse a Chipre; pero Torcuato y sus colegas, observando que reunía muchas tropas mercenarias, le recordaron la orden del Senado de que se le condujera sin guerra a su reino, y le persuadieron de que licenciara las tropas tan pronto como llegase a Sida, renunciando al proyecto de entrar en Chipre. Agregaron los comisarios romanos que ellos irían a Alejandría para procurar el consentimiento de Ptolomeo el mayor en lo que de

él se deseaba y se reunirían con el menor en la frontera de Cirenaica, llevando con ellos al rey de Egipto. Confiando en estas promesas, renunció Ptolomeo el proyecto de conquistar la isla de Chipre, licenció los mercenarios y se dirigió a Creta con Damasippo y Cn. Mérula, uno de los comisarios. De Creta con algunos millares de hombres que reclutó pasó a Libina, y desde allí al puerto de Apis.

Torcuato y Tito realizaron en Alejandría grandes esfuerzos para que el mayor de los Ptolomeos concertase la paz con su hermano y le cediera la isla de Chipre; pero mientras este príncipe, prometiendo unas cosas y no deseando escuchar otras, procuraba ganar tiempo, el más joven, acampado en Libina con sus chipriotas, se impacientaba por no recibir noticias, y envió a Mérula a Alejandría, creyendo que los tres comisarios influirían más que dos en el ánimo de su hermano; pero en vano esperó su regreso, pasando cuarenta días alarmado por no saber nada nuevo. Efectivamente, a fuerza de halagos, el mayor de los Ptolomeos había conquistado a los comisarios en favor de sus intereses y los retenía a su lado a pesar de la repugnancia que éstos mostraban.

Entretanto supo Ptolomeo el menor que los cirenaicos se sublevaron contra él y que otras ciudades tomaban parte en la conspiración, como también el egipcio Ptolomeo que dejó de gobernador del reino durante su viaje a Roma. Temeroso de perder la Cirenaica por subyugar la isla de Chipre, dirigióse a aquella ciudad. Al llegar al lugar llamado la Gran Bajada, encontró a los libinianos unidos a los cirenaicos, ocupando los desfiladeros. Esto le alarmó, y dividiendo su pequeño ejército en dos cuerpos, embarcó uno de ellos para atacar a los enemigos por la espalda. Al frente del otro procuró ganar las alturas de la montaña. Asustados los libinianos por el doble ataque, abandonaron sus posiciones, y Ptolomeo ocupó las alturas y un castillo fortificado con cuatro torres que en ellas había, con agua abundante. Desde allí cruzó el desierto, llegando a los siete días de marcha a Cirene seguido de los mocurinianos que se unieron a sus tropas. Los cirenaicos esperaban a pie firme, acampados y formando un ejército de ocho mil infantes y quinientos caballos. Sabedores de lo sucedido en Alejandría, no desconocían las intenciones de Ptolomeo y sospechaban que quisiera gobernarles no como rey, sino como tirano; por lo

cual, en vez de someterse de buen grado a su dominación, decidieron sacrificarlo todo a la defensa de su libertad. Atreviéronse, efectivamente, a resistirle, se dio la batalla y Ptolomeo fue derrotado.

CAPÍTULO XX

Asuntos de Alejandría y Cirenaica.

Regresó Mérula de Alejandría y comunicó a Ptolomeo que su hermano había rechazado todas las proposiciones, ateniéndose a los artículos del tratado recíprocamente aceptados. En vista de ello envió el rey a Roma a Comán y su hermano Ptolomeo con Mérula, ordenándoles que se quejaran al Senado de la injusticia del rey de Egipto y de su falta de respeto al pueblo romano. Estos diputados se reunieron en el camino con Tito, que nada había podido lograr. Tal era la situación de los negocios en Alejandría y en la Cirenaica.

CAPÍTULO XXI

Antíoco declara la guerra a Ptolomeo.- Algunas reflexiones morales.

Desdeñando los tratados hechos y las palabras dadas, Antíoco de claró la guerra a Ptolomeo, con lo que demostró la verdad de esta frase de Simónides: «Es difícil ser hombre de bien.» Tener inclinación al bien y prescindir hasta cierto punto de ella, es cosa fácil; pero aplicar todas las fuerzas de la voluntad para perseverar en la honradez sin apartarse de la justicia y del honor, es más difícil... ..
... ..

En una conspiración no juzgamos hombre de bien al que por te mor o cobardía denuncia a sus cómplices, sino a quien denunciado sufre el castigo. ¡Cómo amaré a los historiadores el que, dominado por secreto miedo, dice al señor las faltas de otros revelando hechos que el tiempo había envuelto en el misterio

Las desgracias que superan nuestro temor nos hacen olvidar los males menores... ..
.....

Demuéstrase la incertidumbre y la inconstancia de la fortuna cuando un hombre cree construir para sí y construye para sus enemigos, como ocurrió a Perseo, que erigió columnas y, sin tiempo para acabarlas, las terminó Lucio Emilio, colocando en ellas sus estatuas... ..
.....

Es propio del mismo genio ordenar sabiamente un combate y un festín, ser vencedor en el banquete y mostrarse hábil táctico ante el enemigo... ..
.....

Más fácil era, según el proverbio coger al lobo por las orejas que a Delos y Lemnos. Las cuestiones con Delos atormentaron mucho a los atenientes, y Haliarta les produjo más disgustos que ventajas... ..
.....

Los habitantes de Pera son como esclavos que de repente adquie ren libertad, y confiados por lo presente, creen demostrar quo son libres realizando algo extraordinario y opuesto a lo que los demás hacen... ..
.....

Cuanto más perseguían los romanos a Eumeno, más le halagaban los griegos, por el sentimiento natural en los hombres que les induce a favorecer al oprimido.

**LIBRO
SEGUNDO
PRIMERO**

**TRIGÉSIMO
CAPÍTULO**

El Senado se decide a favor del más joven de los Ptolomeos y contra el mayor.

Junto con los embajadores del más joven de los Ptolomeos llegaron a Roma los del mayor, cuyo jefe era Menilo de Alabanda. Largos discursos pronunciaron en el Senado, dirigiéndose las más odiosas acusaciones. Después de escucharles, se atuvo el Senado al testimonio de Tito y de Mérula, que favorecían con empeño al rey de Cirenaica, y dio un decreto declarando que Menilo y sus adjuntos salieran de Roma en el término de cinco días, que el pueblo romano renunciaba a toda alianza con el rey de Egipto, y que se despachase una diputación a su hermano para manifestarle lo acordado en su favor. Publio Apustio y C. Lentulo fueron los designados para esta embajada, e inmediatamente partieron para la Cirenaica. Al conocer Ptolomeo que el Senado estaba de su parte, orgulloso por tan eficaz protección, comenzó a reclutar tropas para someter la isla de Chipre, cuya conquista le preocupaba por completo.

CAPÍTULO II

Disputas de Massinisa con los cartagineses.- Los romanos deciden siempre en favor de aquel príncipe, aunque no tuviera razón.

Respecto a África, algún tiempo antes de la época a que nos referimos, tentó mucho a Massinisa el deseo de apoderarse del territorio contiguo a la pequeña Sirte, y que se llama Emporia. La región era hermosa y muy poblada, produciendo considerable renta. Resolvió, pues, invadir esta rica posesión de los cartagineses. Dueño de la llanura, pudo fácilmente conquistar la campiña. Nunca fueron los cartagineses muy hábiles en guerra por tierra, y la prolongada paz que gozaron hasta entonces debilitó su valor. No fue tan fácil a Massinisa ocupar las poblaciones, porque los de Cartago las defendieron bien y no pudo penetrar en ellas. Durante las hostilidades despacharon los cartagineses representantes a Roma para quejarse del rey de Numidia, y éste asimismo comisionó a quien le justificara contra los cartagineses. Pero aunque éstos tuvieran perfecto derecho, los jueces eran parciales en favor de Massinisa, porque interesaba al Senado decidir en su favor. El pretexto

de la guerra fue que el rey de Numidia, solicitó a los cartagineses paso por el territorio contiguo a la pequeña Sirte, para perseguir a un rebelde llamado Asterates, y los cartagineses se lo negaron, alegando que ningún derecho tenía en aquella comarca; negativa que les costó cara, porque no sólo perdieron la campaña y los pueblos, sino quinientos talentos que se les obligó a pagar por las rentas percibidas desde el principio de la disputa.

CAPÍTULO III

Prusias, Eumeno y Ariarates despechan representantes a Roma.

El primero de estos reyes despachó embajadores a Roma con los de los galo-griegos para quejarse de Eumeno. Éste ordenó realizar el mismo viaje a su hermano Attalo para que le defendiera de las acusaciones de Prusias.

Ariarates envió también una embajada con encargo de ofrecer una corona de diez mil piezas de

oro, manifestar al Senado de qué forma había recibido a Tiberio y de rogarle que declarase lo que él deseaba, por estar decidido a cumplir sus órdenes.

CAPÍTULO IV

Recibimiento que dispensa Demetrio a los embajadores romanos. Despacha una embajada a Roma y envía asimismo a los asesinos de Octavio. Desde que Menoparto llegó a Antioquia y refirió a Demetrio la conversación que mantuvo con Tiberio y los demás comisarios en la Capadocia, juzgó este príncipe que lo más importante era lograr en lo posible su amistad. Meditando exclusivamente en ello, les despachó embajadores, primero a Panfilia, y en seguida a Rodas, donde les hicieron de parte del príncipe tantas promesas que al fin consiguió le declararan rey. Mucho contribuyó Tiberio a que ocupara el trono de Siria, porque le quería bien, y desplegó en esta ocasión todo el celo que podía esperarse de un amigo. Al recibir el príncipe tan señalado beneficio, envió inmediatamente embajadores a Roma, que

además de una corona entregaron al Senado al que mató a Octavio y al gramático Isócrates.

CAPÍTULO V

A los embajadores de Ariarates y Attalo se les recibe bien en Roma.

Al presentarse ante el Senado los embajadores de Ariarates, le ofrecieron una corona cuyo valor era de diez mil piezas de oro, e hicieron valer, como debían, la extraordinaria adhesión a la República del rey su señor, tomando por testigo a Tiberio, quien confirmó cuanto manifestaron. En virtud de este testimonio, recibió el Senado la corona de oro con gran reconocimiento, y regaló al rey lo que más estiman los romanos: el bastón y la silla de marfil, despidiendo a los embajadores antes del invierno. Tras ellos llegó Attalo, cuando ya los nuevos cónsules habían tomado posesión de su dignidad. Los galogriegos que envió Prusias y muchos otros diputados de Asia manifestaron las quejas que de Attalo traían, y después de escuchados, no sólo justificó el Senado

a este príncipe de las acusaciones, sino que además le colmó de honores y dignidades, por inspirarle tanto cariño como adhesión Eumeno y tener empeño en hacerlo público.

CAPÍTULO VI

*Arriban a Roma los embajadores de Demetrio.- Extraordinario atre-
vimiento de Leptino, el asesino de Octavio.- Terror de Isócrates.*

Llegaron a Roma Menocaros y los demás embajadores de Demetrio, portando una corona de diez mil piezas de oro, y seguidos del asesino de Octavio. Deliberó largo tiempo el Senado acerca de las medidas que convendría tomar en esta ocasión, siendo al fin recibidos los embajadores y aceptada de buen grado la corona; pero se prohibió la entrada en el Senado a Leptino, el asesino de Cayo Octavio, y a Isócrates. Era éste uno de esos gramáticos que públicamente declaman sus obras, charlatán, vano hasta la fatuidad y odioso a los mismos griegos,

pues siempre que se encontró en concurso con Alceo dirigíale el poeta alguna ingeniosa frase que le pusiera en ridículo. Fue a Siria y comenzó por malquitarse con los sirios por el desprecio con que les trataba. Creyéndose después poco holgado dentro de los límites de su profesión, dedicóse a hablar de política y a referir por todas partes que Octavio fue justamente muerto, que igual suerte merecían los demás comisarios de Roma, y que no debió quedar ni uno para llevar la noticia a los romanos, porque tal acontecimiento hubiera abatido el orgullo de éstos, obligándoles a moderar la insolente autoridad que usurpaban. Esta charla produjo su desgracia. Adviértese en ambos criminales algo que merece ser transmitido a la posteridad. A pesar del asesinato cometido continuó Leptino paseándose, alta la frente, en Laodicea, manifestando en público que había hecho bien al clavar su puñal en Octavio y asegurando sin temor que lo hizo por inspiración de los dioses. Más aun; cuando Demetrio tomó posesión del reino fue a verle, y le dijo que no se alarmara por el asesinato, ni tomase ninguna resolución rigurosa contra los laodiceos, pues él mismo iría a Roma y probaría al Senado que dio muerte a Octavio por

orden de los dioses; y tan decidido se mostró a ir, que le condujeron sin guarda ni ligaduras. Por el contrario Isócrates, cuando le denunciaron se turbó su espíritu, y al verse con una cadena al cuello apenas comía ni cuidaba de su cuerpo. Cuando penetró en Roma horrorizaba, porque el hombre, tanto en lo relativo al cuerpo como al alma, es el más horrible de todos los animales si se entrega a la desesperación. Miedo daba ver su cara, y la suciedad de su cuerpo; sus uñas y cabellos sin limpiar ni cortar hacía un año, le daban el aspecto de una fiera, confirmando esta idea sus miradas e inspirando más aversión que cualquier otro animal. Leptino desempeñó mucho mejor su papel, insistiendo en sus primeras declaraciones, dispuesto siempre a defender su causa ante el Senado, enorgulleciéndose de lo realizado delante de todos, y afirmando que jamás le castiga rían los romanos. Y predijo la verdad, porque el Senado creyó en mi concepto que la opinión pública consideraba castigado el crimen al tener al criminal en sus manos y poder castigarle cuando lo creyese oportuno. Por esto probablemente no quiso recibir a los dos sirios y conocer por entonces de este asunto, limitándose a responder a los embajado-

res de Demetrio, que el rey su señor sería amigo de los romanos mientras les estuviera tan sometido como cuando vivía en Roma.

CAPÍTULO VII

Embajada de los aqueos a Roma, relativa a Polibio y Stracio.

Fueron también a Roma embajadores de los aqueos para solicitar el regreso de sus compatriotas que habían sido acusados, y sobre todo de Polibio y Stracio, pues la mayoría de ellos y casi todos los principales habían muerto en el destierro. Eran los embajadores Jenón y Telecles, y tenían encargado de hacer esta solicitud como gracia, por temor de que la defensa de los desterrados pareciese oposición a la voluntad del Senado. Se les dio audiencia, y su discurso fue muy mesurado; pero inflexibles los padres conscriptos, declararon continuara lo prescrito.

CAPÍTULO VIII

La familia de los Escipiones.

La virtud de Paulo Emilio, vencedor de Perseo, conocióse cuan grande era después de su muerte. Tan desinteresado como se le creía en vida apareció al morir, y especialmente en ello se reconoce la virtud. Este romano, que llevó de España a las cajas de la República más dinero que ningún otro de su época, que se apoderó y pudo disponer a su antojo de inmensos tesoros en Macedonia; este romano, repetido, cuidó tan poco de enriquecerse, que al morir no se encontraron en su casa recursos para devolver a su viuda la dote que trajo al matrimonio, siendo preciso vender fincas a fin de completarla. Se alaba y admira en algunos de nuestros griegos el desdén por la riqueza; mas el de Paulo Emilio supera a todos, porque si el no recibir dinero o dejárselo al que lo ofrece, como Aristides y Epaminondas hacían, es cosa digna de admiración, más admirable es disponer de todo un reino y no desear nada de lo que en él se encuentra. Y si lo que relato parece increíble,

ruego al lector advierta que cuanto diga de los romanos, aficionados éstos a los célebres acaecimientos de su historia, lo leerán; que conocen muy bien los hechos narrados, y que no me perdonarían faltar a la verdad. Ahora bien, nadie se expone de buen grado al peligro de que no le crean y le desprecien.

Y puesto que la ocasión se presenta de hablar de esta ilustre familia, cumpliré la promesa hecha en el libro I de explicar cuándo, cómo y por qué adquirió Escipión en Roma una reputación superior a su edad, y de qué suerte se estrechó nuestra amistad hasta el punto de ser conocida no sólo en Italia y Grecia, sino en las naciones más apartadas.

Ya he manifestado que nuestras relaciones comenzaron conversando acerca de los libros que me prestaba. Tenían ya alguna intimidad cuando se ordenó que los griegos residentes en Roma fueran distribuidos en las ciudades de Italia, y los dos hijos de Paulo Emilio, Fabio y Publio Escipión pidieron con empeño al pretor que me dejara junto a ellos. Una singular aventura sirvió para estrechar los lazos

de nuestra amistad. Cierta día en que Fabio iba al Foro y Escipión y yo nos paseábamos por otro sitio, de forma suave y cariñosa, y ruborizándose un poco, quejóseme éste de que, cuando comía con ellos, siempre hablaba a Fabio y no a él. «Bien sé, agregó, que esta indiferencia proviene de la idea que tenéis y tienen mis conciudadanos de que soy un desaplicado, sin afición a lo que florece en Roma, porque ven que no me dedico a los ejercicios del Foro ni a la oratoria; pero ¿qué he de hacer? Dícenme constantemente que no es un orador, sino un general de ejército lo que se espera de la casa de los Escipiones. Confieso que vuestra indiferencia me aflige.» Sorprendiéronme estas frases, que no esperaba de un joven de dieciocho años. «En nombre de los dioses, le contesté, no digáis ni penséis, Escipión, que por desestimaros dirijo comúnmente la palabra a vuestro hermano, pues lo hago únicamente por ser el mayor y porque sé que pensáis lo mismo. Celebro mucho reconozcáis que sienta mal la indolencia a un Escipión, pues demuestra que vuestros sentimientos no son vulgares. Por mi parte, me ofrezco de todo corazón a vuestro servicio, y si me juzgáis a propósito para guiaros en una vida digna de vuestro gran

nombre, disponed de mí. Para las ciencias, que tanto os agradan, encontraréis sobrados maestros en el gran número de sabios que diariamente vienen de Grecia a Roma; pero el arte militar, que sentís no conocer, me atrevo a decir que nadie os lo enseñará mejor que yo.» Al oír esto, cogióme Escipión ambas manos y las apretó: «¡Oh, dijo, cuándo veré ese dichoso día en que, libre de todo compromiso y viviendo conmigo, queráis aplicaros a ilustrar mi entendimiento y guiaré mi corazón! ¡Entonces me creeré digno de mis antepasados!» Encantado y enternecido al ver tan nobles sentimientos en un joven, sólo temí que el elevado rango de su familia y las grandes riquezas que poseía extraviaran tan bellos instintos. Desde entonces no se apartaba de mí; su mayor placer era estar conmigo, y los diferentes acontecimientos en que juntos nos encontramos estrecharon nuestra amistad, respetándome él como a su padre y queriéndole yo como a hijo.

Lo que con mayor empeño deseaba al principio Escipión fue sobrepasar a los romanos de su edad en la reputación de hombre prudente y de morigeradas costumbres; y esta ambición era tan noble como

difícil de llevar a cabo por entonces en Roma, a causa de la general relajación. El amor a ambos sexos producía vergonzosos excesos en la juventud, dedicada a festines y espectáculos, al lujo y a todos los desórdenes que ávidamente aprendió de los griegos en el transcurso de la guerra contra Perseo. El libertinaje se extremó tanto, que muchos jóvenes daban hasta un talento por un adolescente. No debe, pues, sorprender que la corrupción llegara entonces a su apogeo, porque subyugada Macedonia, se creyó poder vivir en perfecta libertad y gozar tranquilamente del imperio del universo. Agréguese a este reposo la extraordinaria abundancia en que los particulares y la República se encontraron al llegar a Roma el botín de Macedonia, y no admirará la desmoralización de las costumbres.

Escipión supo preservarse de este contagio. Siempre en guardia contra sus pasiones, no desmintió una vez la serenidad de su carácter, y al cabo de cinco años mirábanle todos como modelo de formalidad y prudencia, y a estas cualidades unió las de ser generoso, doblemente desinteresado, y emplear bien sus riquezas: virtudes debidas a la educación

que le dio su padre Paulo Emilio y a sus naturales instintos, ayudándole también la fortuna por las ocasiones que le proporcionó para practicarlas.

Fue la primera la muerte de Emilia, su madre adoptiva, hermana de su padre Paulo Emilio y esposa de su abuelo adoptivo, es decir, de Escipión el Grande. Esta dama, que compartió la fortuna con marido tan opulento, dejó al morir a Publio los trenes con que acostumbraba a presentarse en público, las ricas alhajas propias de su rango, gran cantidad de vasos de oro y plata destinados a los sacrificios, carrozas, caballos, considerable número de esclavos de ambos sexos, proporcionado todo a su opulenta familia. Escipión entregó esta cuantiosa herencia a su madre Papiria, que, repudiada hacía tiempo por Paulo Emilio, no tenía con qué sostener el esplendor de su nacimiento y no se presentaba en asambleas y ceremonias públicas. Cuando en un solemne sacrificio que se verificó por entonces la vieron reaparecer con el mismo lujo que Emilia, la liberalidad de Escipión le honró mucho en el concepto de las damas romanas, que, alzando las manos al cielo, le desearon toda suerte de felicidades. Tal generosidad me-

rece admiración en todas partes, pero más en Roma, donde nadie entrega de buen grado lo que es suyo. Por ello, Escipión comenzó a adquirir reputación de hombre generoso y liberal, y júzguese si esta reputación sería grande, cuando las mujeres, que naturalmente no saben callarse ni contenerse en lo que les agrada, convirtiéronse en sus panegiristas.

No menos le admiraron en otra ocasión. La herencia que recibió por muerte de su abuelo le obligaba a pagar a las dos hijas de su abuelo adoptivo, Escipión, la mitad de su dote fijada por éste, y que ascendía a cincuenta talentos. Emilia había pagado en vida la otra mitad a los maridos de ambas hijas. Con arreglo a las leyes romanas, podía Escipión satisfacer esta deuda en tres anualidades, entregando los muebles durante los diez primeros meses; pero en dicho tiempo puso a disposición del banquero toda la suma. Pasados los diez meses, Tiberio Graco y Escipión Nasica, maridos de las dos hijas, se dirigen a casa del banquero y le preguntan si ha recibido orden de Escipión para entregarles dinero. Contestó que sí, y contó para cada uno veinticinco talentos. Dijéronle que se engañaba, porque esta

suma no se debía pagar de una vez, sino en tres plazos. El banquero respondió que cumplía las órdenes recibidas. No pudiendo creerle, fueron en busca de Escipión para disuadirle del error en que le suponían, suposición atinada por cierto, pues en Roma nadie anticipa tres años, ni siquiera un día, el pago de cincuenta talentos: tal es la afición a conservar el dinero y la avidez por lo que produce. Preguntaron, pues, a Escipión qué orden había dado al banquero. «La de entregaros la suma que os debo», contestó. «No es preciso, replicaron, que la des de una vez. Las leyes te autorizan a conservar largo tiempo su dinero, empleándole en lo que te convenga.» «Sé, respondió Escipión, lo que las leyes disponen, y si cabe acogerse a ellas respecto a los extraños, con parientes y amigos debe uno portarse más noblemente. Permitidme que os pague toda la suma.» Salieron, pues, muy admirados de la generosidad de Escipión y reprobándose la bajeza de sus sentimientos en cuestión de intereses, siendo como eran de los primeros y más estimados en la ciudad.

Dos años después tuvo otro acto generoso, que merece relatarse. Muerto Paulo Emilio, pasó su

herencia a Fabio y a Publio, porque aun cuando aquel ilustre romano tuvo más hijos, unos habían sido adoptados por otras familias y otros murieron antes. No siendo Fabio tan rico como Publio, cedióle éste la parte de herencia de su padre, que importaba más de sesenta talentos, para enmendar de este modo la desigualdad de bienes entre ambos hermanos.

A esta liberalidad, que hizo en Roma mucho ruido, unió otra aún más ruidosa. Tenía Fabio el proyecto de dar un espectáculo de gladiadores para honrar la memoria de su padre, y no pudiendo atender a este gasto, que importa lo menos treinta talentos cuando se quiere que sea magnífico, le dio Escipión quince para pagar la mitad.

Cuando Papiria falleció, se supo en Roma lo siguiente. Libre era entonces Escipión de recobrar la herencia de Emilia; pero en vez de hacerlo, regaló a sus hermanos no sólo lo que su madre recibió de él, sino todos los bienes que dejó, a pesar de que las leyes no les concedían derecho alguno. Cuando en

las fiestas públicas vieron a sus hermanos con el tren y las joyas de Emilia, renováronse los aplausos, elevando hasta las nubes esta nueva prueba que daba Escipión de grandeza de alma y de tierna amistad a su familia. Tales fueron las liberalidades que valieron a Escipión en su juventud reputación de generoso y desinteresado, y aunque le costaran lo menos sesenta talentos de su propio peculio, puede decirse que tenían mayor mérito por la edad en que las hacía, por las costumbres en aquella época, y por la forma agradable y cariñosa con que las llevó a cabo.

Por muchos sacrificios que le costara la fama de moderación y templanza, más provecho le reportó, porque al renunciar al libertinaje adquirió una salud fuerte para toda la vida, y los placeres honestos y sólidos le compensaron ampliamente de los que se abstuvo.

Faltábale distinguirse por su fuerza y valor, cualidades que se es timan sobre las demás en casi todos los pueblos, y especialmente en Roma. Precisa-ba para ello ejercitarse mucho, y la fortuna le deparó

ocasión propicia. Eran los reyes de Macedonia por demás apasionados a la caza, y poseían grandes parques llenos de reses. Durante la guerra, preocupado Perseo con cosas de mayor interés, no se cuidó de cazar, y en estos cuatro años multiplicóse extraordinariamente la caza. Acabada la guerra, y persuadido Paulo Emilio de que aquella era la más útil y noble diversión para sus hijos, dio a Escipión los empleados que tenía el rey para dicho ejercicio, y libertad para cazar cuanto quisiera. Considerándose casi como un rey, no se ocupó el joven de otra cosa todo el tiempo que las legiones permanecieron en Macedonia después de la batalla, y aprovechó tanto más la libertad concedida, cuanto que encontrándose con el vigor de la juventud, era naturalmente aficionado a este ejercicio, y como noble lebel, infatigable al ejecutarlo. De regreso en Roma, encontró en mí la misma pasión por la caza, y esto hizo acrecentar la suya, de forma que mientras otros jóvenes romanos empleaban el tiempo en defender pleitos, halagar a los jueces o visitar el Foro, procurando adquirir fama con tales ocupaciones, Escipión, dedicado a cazar, adquiría mayor reputación que ellos con cualquier arriesgada empresa de esta índole; que

la del Foro siempre perjudica a algún ciudadano, el que pierde el pleito, y la ambicionada por Escipión no daña a nadie, aspirando a ser de los primeros no por los discursos, sino por los actos. Verdad es que en poco tiempo superó en reputación a todos los romanos de su edad, no habiendo sido nadie más estimado, aunque para serlo tomó distinto camino del que ordinariamente seguían en Roma.

Me he detenido en relatar los primeros años de Escipión porque creo este detalle agradable a los ancianos y útil a los jóvenes, y porque debiendo referir de él cosas que parecerán increíbles, bueno es que predisponga a mis lectores para creerlas. Quizá sin esta precaución, ignorando las razones de algunos de sus hechos, atribuiríamos a la fortuna o a la casualidad, y, no obstante, son muy pocos los que se encuentran en este caso. Pero terminemos la digresión y reanudemos el hilo de la historia.

CAPÍTULO IX

Diputación de los atenienses y de los aqueos a Roma, en relación a los habitantes de Delos transportados a Acaia.

Los atenienses y los aqueos enviaron a Roma a Tearidas y Stéfa no para el asunto de los pueblos de la isla de Delos, que consistía en lo siguiente. Cuando Delos fue entregado a los atenienses, ordenaron los romanos a los habitantes salir de su isla y transportar todos sus bienes a Acaia. Obedecieron, y se les contó entre los que formaban parte del Consejo público y quedaban obligados a sus leyes; pero al tener alguna disputa con los atenienses, pretendían no ser juzgados sino por las leyes de la confederación establecida entre atenienses y aqueos. Los atenienses defendían por su parte no corresponder a los delianos tal privilegio, y éstos rogaron a los aqueos que les librasen de la servidumbre a que les obligaban los atenienses. Despacháronse representantes a Roma para resolver esta cuestión, y contestó el Senado que se debía observar lo que legítimamente habían establecido los aqueos respecto a los delianos.

CAPÍTULO X

Los essienos y los daorsienos, despachan una embajada a Roma con tra los dálmatas.

Varias veces habían ido a Roma, como embajadores de los essie nos, Epetión y Tragurión, para quejarse de las incursiones de los dálmatas por campos y pueblos de su distrito. Por igual causa se quejaban los daorsienos de los dálmatas, y el Senado envió a C. Fannio a Iliria para observar lo que allí ocurría, y, sobre todo, cómo se gobernaban los dálmatas. Mientras vivió Pleurates, este pueblo se mantuvo muy sumiso, pero apenas ascendió al trono su sucesor Gencio, se sublevó, hizo la guerra a sus vecinos y trató de conquistarles. Algunos hasta les pagaron tributo, que consistía en animales y trigo. Tal fue el objeto de la embajada de Fannio.

CAPÍTULO XI

Fannio es mal acogido por los dálmatas.- Causa y pretexto de la guerra de los romanos a este pueblo.

A su regreso de Iliria, declaró C. Fannio que los dálmatas no se hallaban dispuestos en modo alguno a reparar los perjuicios de que se les acusaba, y lejos de dar satisfacción a los que se quejaban de sus procedimientos, ni siquiera quisieron escucharle, ni decirle otra cosa sino que nada tenían que tratar con los romanos; que llevaron su audacia hasta el extremo de negarle el alojamiento y víveres precisos, arrebatándole los caballos que en otra ciudad le dieron, y que hasta hubiera corrido riesgo de perder la vida en manos de aquellos bárbaros, de no salir del país, como lo hizo obligado por las circunstancias, sin llamar la atención. Indignó al Senado el orgullo y la ferocidad de los dálmatas, y consideró el momento propicio para declararles la guerra por varias razones. Desde que los romanos arrojaron de Iliria a Demetrio de Faros, se descuidó por completo la parte de este reino que mira al Adriático. Además, habían transcurrido doce años de profunda paz desde la terminación de la guerra da Macedonia, y se

temía que tan largo reposo debilitara el valor de los italianos. Se quiso, pues, renovar el antiguo ardor bélico, tomando las armas contra Iliria, amedrentando a aquellos pueblos para hacerles dóciles a las órdenes que después les enviaran. Tales fueron las verdaderas causas de la guerra contra los dálmatas. Díjose, no obstante, fuera de Italia, que la hacían para vengar el insulto a Fannio, pero esto fue en pretexto.

CAPÍTULO XII

Va Ariarates a Roma y pierde allí su causa contra los embajadores de Demetrio y de Holofernes.

Llegó a Roma Ariarates antes de finalizar el verano y cuando Sexto Julio y su colega acababan de tomar posesión del consulado. En las conferencias que con ellos mantuvo dio la más triste idea que pudo de su desdicha; mas halló allí a Milciades, representante de Demetrio, dispuesto a refutar las acusaciones y a acusar al rey. Holofernes envió asi-

mismo a Timoteo y Diógenes, con encargo de ofrecer una corona de su parte al Senado, renovar su alianza con los romanos, defenderle de las quejas de Ariarates y acusar a este príncipe. En las conferencias particulares, Diógenes y Milciades brillaban más y causaban mayor impresión que el rey de Capadocia. No debe esto sorprender, porque eran varios contra uno, y el esplendor con que vivían deslumbraba la vista, que se volvía con pena hacia el triste y desdichado rey. Al defender, pues, cada cual su causa ante el Senado, tuvieron los embajadores gran ventaja sobre Ariarates, y sin respeto alguno a la verdad se les permitió manifestar cuanto quisieron, quedando sin réplica sus alegaciones, porque nadie había que tomara la defensa del acusado. La mentira triunfó, pues, de la verdad, y consiguieron cuanto deseaban.

CAPÍTULO XIII

Carops.

Muerto Licisco, el fuego de la guerra civil se extinguió en Etolia, gozando esta región completa tranquilidad. También empezó a respirar la Beocia, tras la guerra de Mnasippo de Coronea, y la de Crematas fue asimismo muy ventajosa a la Acarnania. Grecia quedó como purificada con la muerte de estos hombres funestos, y la fortuna quiso que el epirota Carops muriese también aquel año en Brindis, si bien las crueldades e injusticias de este traidor, después de la derrota de Perseo, fueron causa de que su muerte no pusiera fin a las perturbaciones que excitó en Epiro, terminada la guerra de romanos y macedonios. Después que Lucio Anicio condenó a ser conducidos a Roma a los más ilustres griegos por sospechas hasta ligeras de haber sido partidarios de Perseo, Carops, con facultades para hacer cuanto quisiera, cometió los mayores excesos, tanto por sí como por medio de sus amigos. Joven aún y rodeado de malvados que se unieron a él para enriquecerse con los bienes de otros, suponíase, no obstante, que su comportamiento tenía algún racional fundamento y que lo autorizaban los romanos, creyéndose así, por los muchos amigos que anteriormente se había proporcionado en Roma y por su intimidad

con Mirtón, su hijo Nicanor y muchos otros hombres graves amigos de los romanos, hasta entonces irreprochables, que se prestaron, no sé por qué, a sus injusticias. Apoyado en estos sufragios, después de dar muerte a muchas personas, unas en pleno mercado, en sus casas otras, algunas en el campo o en los caminos, y de apoderarse de sus bienes, acudió a otra estratagema. Proscribió a cuantos se hallaban allí desterrados y eran ricos, hombres o mujeres, y amedrentándoles así sacó de los primeros, y por medio de su madre Filotides de las segundas, cuanto dinero pudo; porque esta Filotides desconocía la dulzura y compasión propias de su sexo. Y no libraron aquellos infelices con la pérdida de su dinero, sino que se les denunció al pueblo, se les procesó y se buscaron jueces que, por su debilidad o sorpresa, les condenaran, no a destierro, sino a muerte, como culpados de desafectos a Roma. Todos habían ya huido para salvar la vida, cuando Carops, bien provisto de dinero y acompañado de Mirtón, se dirigió a Roma para que el Senado ratificase sus injustos procedimientos; pero éste dio entonces elocuente prueba de su equidad, y agradable espectáculo a cuantos griegos vivían en Roma; porque Marco

Emilio Lépido, gran sacerdote y príncipe del Senado, y Paulo Emilio, el vencedor de Perseo, persona importantísima y de gran crédito, enterados de lo que Carops había realizado en Egipto, le prohibieron poner los pies en sus casas, y esta prohibición la estimaron sobremanera dichos griegos, celebrando el odio de los romanos a los malvados. Poco tiempo después se presentó Carops al Senado; no se le dio asiento entre las personas distinguidas, ni se le contestó, manifestando sólo que llevarían las órdenes convenientes los comisarios que se enviaran. A pesar de tan desairada recepción, al salir del Senado escribió Carops a su patria que los romanos aprobaban cuanto había hecho.

CAPÍTULO XIV

Eumeno.

Tenía este príncipe el cuerpo débil y delicado, el alma grande y llena de los más nobles sentimientos. En nada inferior a los reyes de su época, superaba a todos en bellas inclinaciones. El reino de Pérgamo,

cuando lo recibió de su padre, limitábase a corto número de ciudades, que apenas merecían tal nombre, y lo hizo tan poderoso como el que más. Nada debió a la casualidad o la fortuna, sino a su prudencia, asiduo trabajo y actividad. Ávido de fama, hizo más bien a Grecia y enriqueció a más particulares que ningún otro príncipe de su siglo. Concluiré su retrato diciendo que supo hacerse obedecer de sus tres hermanos, y aunque en edad todos ellos de acometer empresas por su cuenta, le fueron siempre sumisos, ayudándole a defender el reino. Difícil es encontrar igual ejemplo de autoridad fraternal.

CAPÍTULO XV

Attalo, hermano de Eumeno.
La primera prueba que dio este príncipe de su grandeza de alma y de su generosidad fue restaurar a Ariarates en el trono de sus padres.

CAPÍTULO XVI

Fenice, ciudad de Epiro, despacha una embajada a Roma.

A los embajadores que Fenice y los desterrados enviaron a Roma, contestó el Senado, después de escucharles, que daría las órdenes oportunas a los comisarios que debían ir a Iliria con C. Marcio.

CAPÍTULO XVII

Prusias.

Derrotado Attalo, penetró Prusias en Pérgamo, y tras inmolar víctimas en el templo de Esculapio, regresó a su campamento. Al día siguiente llevó todas sus tropas al Niceforium, demolió todos los templos y despojó las estatuas e imágenes de los dioses. Hasta la del mismo Esculapio, obra maestra de Filomaco y a la que el día anterior había ofrecido sacrificios, como para tener este dios propicio, se la echó al hombro y la llevó consigo. Al hablar de Filipo, ya he dicho cuál es el furor y rabia en esta clase de hostilidades, y preciso es ser furioso e in-

sensato para adorar una estatua, doblar como mujer las rodillas ante los altares y seguidamente insultar la divinidad profanando lo mismo que sirve a su culto. Así lo hizo Prusias; y al salir de Pérgamo, donde se distinguió por su loco arrebató contra los dioses y los hombres, llevó sus tropas a Cleo, intentando inútilmente ponerle sitio, pues a los primeros trabajos de asedio vio que Sosander, que se había educado con el rey y que penetró en esta ciudad con refuerzo de tropas inutilizaba sus esfuerzos, y se encaminó a Tiatira. En el camino de la costa por donde iba halló el templo de Diana en Hiera-Como y lo saqueó, maltratando mucho más el de Apolo próximo a Temnos, pues lo redujo a cenizas. Este enemigo de los dioses y de los hombres tomó desde allí la ruta de Bitinia, mas no regresó a su reino sin sufrir el castigo de sus crímenes. Los dioses se vengaron haciéndole perder en el camino, a causa de la disentería y la miseria, la mayor parte del ejército.

CAPÍTULO XVIII

Va a Roma Ateneo para acusar a Prusias.

Vencido Attalo por Prusias, envió a Roma a su hermano Ateneo con Publio Léntulo, para dar a conocer al Senado lo que le había sucedido. A decir verdad, ya Andrónico refirió la primera irrupción del rey de Bitinia, pero no le creyó el Senado, sospechando que Attalo quiso atacar a Prusias, acechando las ocasiones de hacerle guerra y propagando noticias ofensivas a este príncipe para buscar cuestiones y que fuera el primero en acudir a las armas. Por otra parte, a pesar de que Nicomedes y Antifilo, representantes de Prusias, atestiguasen que cuanto se decía contra su señor era falso, tampoco quiso creerles el Senado, y careciendo de fidedignos informes sobre lo que había ocurrido, envió a Lucio Apuleio y C. Petronio para examinar el estado de los asuntos en los reinos de Bitinia y Pérgamo.

CAPÍTULO XIX

Sobre Artaxias y otros temas.

Artaxias deseaba hacer morir a Ara..... th.....; mas por consejo de Ariarates no lo hizo, y por el contra-

rio estrechó más su amistad con él. Un carácter generoso puede mucho, y la opinión y consejo de un hombre de bien son muy eficaces, pues no sólo salvan a los amigos, sino a los encarnizados enemigos, y les inclinan a obrar bien... ..
.....
.....

La belleza es la mejor carta de recomendación. Existe en la juventud tal desvergüenza y tan grande manía por los placeres censurables, que se ve dar un talento por un esclavo a quien se ama, y pagar trescientos dracmas por un plato de sardinas. Aludiendo a esto, manifestaba Marco al pueblo que los Estados marchaban a su decadencia y ruina, cuando un hermoso adolescente valía más que una finca rústica, y los peces enconfitados más que las yuntas de bueyes... ..
.....

Los rodios, cuyas instituciones tuvieron tanta vitalidad, parecen me ahora en decadencia. Recibieron de Eumeno veintiocho miriadas de trigo como prés-

tamo usuario, cuyo interés debía aplicarse a pagar maestros y preceptores de sus hijos. Se comprende que un particular apurado de recursos acepte auxilio de sus amigos para no descuidar por miseria la educación de sus hijos; pero, ¿cuál es el rico que no consentirá en todo antes que mendigar de sus amigos el salario del maestro de su hijo? Cuantas más razones existan para economizar en privado, más se debe hacer en público lo necesario para conservar el decoro, y esto conviene aplicarlo en especial a los rodios, a causa de su prosperidad y representación.

CAPÍTULO XX

De la muerte de Licisco el Etolio, hombre terrible e indomable.

Muerto él, se pusieron los etolios de acuerdo y vivieron en paz. El carácter de un hombre tiene tal influencia, que en las ciudades o en los campos, en las cuestiones interiores como en las exteriores, en todo, en fin, la bondad o maldad de un solo hombre hace mucho beneficio o daño.

Este Licisco, tan perverso, murió con tanta gloria, que con razón se acusó a la fortuna de prodigar sin distinción al virtuoso y al culpable la recompensa de una muerte honrosa.

LIBRO TERCERO PRIMERO

TRIGÉSIMO CAPÍTULO

Embajada de los romanos a Prusias en favor de Attalo. Deliberación

del Senado acerca de los aqueos relegados en Italia.

Al finalizar el invierno, tras conocer el informe de Publio Léntulo relativa a Prusias, llamó el Senado a Ateneo, hermano de Attalo, y sin perder tiempo en largas discusiones, le hizo partir con tres comisarios, C. Claudio Centón, Lucio Hortensio y C. Arunculeio, con orden de impedir la guerra de Prusias a Attalo.

Llegaron por entonces a Roma Jenón de Egipto y Telecles de Tegea, embajadores de los aqueos, para solicitar que fuesen devueltos a su patria los griegos delegados por ser partidarios de Perseo en las ciudades de Italia. Reunióse el Senado para tratar del asunto, y a punto estuvo de concederles la libertad. El pretor Aulo Postumio fue causa de que así no ocurriera. Dividida la opinión, unos deseaban darles libertad y otros no; y un tercer partido opinaba en favor de la libertad, pero más adelante Postumio convirtió las tres opiniones en dos, manifestando: «Los que opinen por levantar el destierro pasen a un lado, y los demás a otro.» De esta forma se unieron los contrarios a dar la libertad con quienes creían inoportuno concederla entonces, siendo más en número, y los relegados quedaron como estaban.

CAPÍTULO II

Embajada de los aqueos a Roma.

Cuando al regreso de los diputados se conoció en Acaia que había faltado poco para permitir a los

desterrados que volvieran a su patria, concibieron los aqueos grandes esperanzas de que se les otorgaría esta gracia, y por eso enviaron a Roma a Telecles de Megalópolis y a Anaxidamas para hacer nuevas instancias.

CAPÍTULO III

Chipre.

.....de ofrecerlo cincuenta talentos si iba a Chipre y de prometerle en su nombre otros emolumentos y honores si se ponía a su lado.

CAPÍTULO IV

Arquias.

Este desgraciado traidor proyectó entregar la isla de Chipre a Demetrio. Descubierta la intriga, se le condujo ante los jueces, y para evitar el suplicio se ahorcó con los cordones de un cortinaje. Ejemplo de

que los hombres vanos se alimentan siempre de vanas esperanzas. Prometíase éste recibir quinientos talentos por su traición, y perdió con la vida cuantos bienes poseía ya.

CAPÍTULO V

Los marseleses piden auxilio a los romanos.

Los marseleses ya en otras ocasiones habían sido molestados por los ligurianos, mas en la época a que nos referimos, reducidos a la mayor extremidad y viendo dos de sus ciudades, Antípolis y Nicea, sitiadas, despacharon embajadores a Roma para manifestar al Senado sus sufrimientos y solicitarle ayuda. Estos representantes penetraron en el Senado, dijeron las órdenes que llevaban y se decidió enviar una comisión para enterarse sobre el terreno de lo que sucedía y procurar con negociaciones que cumplieran los bárbaros su deber.

CAPÍTULO VI

El menor de los Ptolomeos va a Roma y consigue socorros.

Cuando el Senado envió a Opimio contra los oxibianos llegó a Roma el menor de los Ptolomeos, que ante él quejóse amargamente de su hermano, acusándole de la crueldad de quererle asesinar. Las cicatrices y llagas que mostró, en unión de sus sentidas frases, excitaron tan viva compasión en la asamblea que en vano procuraron Neolaidas y Andrómaco justificar a su señor. No sólo negóse el Senado a oírles, sino que se les ordenó salir inmediatamente de Roma. Designáronse en seguida cinco comisarios, entre ellos Mérula y Lucio Termo, con orden de tomar cada uno una galera y conducir a Ptolomeo a Chipre, y se escribió a los aliados de Grecia y Asia permitiéndoles ayudar a Ptolomeo y recobrar su reino.

CAPÍTULO VII

Diez comisarios son despachados a Asia para reprimir la temeridad de Prusias.

Al regresar de Pérgamo, Hortensio y Arunculeio dijeron al Sena do que Prusias se mofaba de sus órdenes y que, a pesar de los tratados, les encerró en Pérgamo con Attalo, tratándoles todo lo mal posible. Indignados los padres conscriptos por tan extraño proceder, despacharon diez comisarios, siendo los principales Lucio Anido, Cayo Fannio y Quinto Fabio Máximo, con orden de acabar la guerra y de obligar a Prusias a dar satisfacción a Attalo por los perjuicios que le causó.

CAPÍTULO VIII

Quejas de los marselleses ante el Senado.- Mandato de éste al cónsul Quinto Opimio.- La breve guerra de oxibianos y los deceatas.

A causa de las quejas de los marselleses contra los ligurianos, el Senado envió en seguida a Flaminio, Popilio Lenas y L. Puppio, que partieron con los embajadores de Marsella, yendo por mar al territorio de los oxibianos con el propósito de desembarcar frente a Egitna. Corrió entre los ligurianos la noticia de que iban los comisarios para mandarles levantar el sitio de esta plaza, y se opusieron al desembarco de los que aun se hallaban en el puerto, mas no llegaron a tiempo para impedir que Flaminio saltara a tierra, teniendo ya en la costa su equipaje. Ordenáronle primero abandonar el país, despreció la orden y le robaron el equipaje, rechazando e insultando a los criados cuando quisieron defenderlo. El mismo Flaminio acudió a auxiliarles y lo llenaron de heridas, arrojando a tierra dos de los que le acompañaban y persiguiendo a los demás hasta el barco, con tal empeño que al llegar Flaminio a bordo hubo que cortar las amarras y dejar las anclas. Se le transportó a Marsella, donde le curaron con todo esmero.

Al conocer el Senado tan triste acontecimiento, mandó salir in mediatamente al cónsul Quinto Opmio con un ejército para que tomase venganza de

oxibianos y deceatas. Las tropas dirigieron a Placencia, y desde allí, a lo largo del Apenino, al país de los oxibianos, acampando a orillas del Aprón, donde esperó a los enemigos, pues supo que se reunían muy decididos a combatirle. Llevó después el ejército frente a Egitna, donde con tanto descaro se había violado el derecho de gentes en su persona y en la de sus colegas, y tomó la ciudad por asalto, reduciendo a esclavitud a sus habitantes y enviando atados a Roma a los principales autores del insulto. Efectuado esto, acudió contra los oxibianos, que sin esperanzas de desvanecer el enojo de los romanos, venían a atacarles en número de unos cuatro mil hombres, con excesiva temeridad y sin esperar que se les unieran los deceatas. Era Opimio general hábil y de experiencia, y llamóle la atención aquel atrevimiento; mas al ver que no se fundaba en ningún principio militar, comprendió que tales enemigos no harían larga resistencia. Salió, pues, del campamento, formó su ejército, le estimuló a portarse bien, y marchó a paso corto contra los oxibianos. Tan fuerte fue el choque que en un momento quedaron vencidos y muchos sobre el campo de batalla, huyendo y dispersándose los demás.

Presentáronse en seguida los deceatas en cuerpo de ejército para socorrer a los oxibianos, pero ya era tarde; recogiendo, no obstante, a los fugitivos, atacaron con este refuerzo a los romanos, luchando con mucho valor y energía; pero al fin cedieron, rindiéndose a los romanos y entregándoles la capital de su territorio. El vencedor distribuyó a los marseleses las tierras conquistadas; exigió rehenes a los ligurianos para que, enviados a Marsella, los renovasen de vez en cuando, desarmó a los enemigos y pasó en sus poblaciones el invierno el ejército. Así comenzó y acabó en breve tiempo la guerra contra oxibianos y deceatas.

CAPÍTULO IX

Aristócrates, pretor de odas.

Por su noble aspecto y aventajada estatura inspiraba este rodio respeto y temor. No precisaron más los de Rodas para darle el mando de sus ejércitos; pero pronto se arrepintieron de no haberle estudiado bien, porque al llegar la ocasión de obrar fue otro

hombre, desmintiendo con muchos de sus actos la opinión de él formada.

CAPÍTULO X

*Enemistad de los romanos con Prusias.- Aprés-
tanse a hacerle la guerra.*

Antes de finalizar el invierno hallóse Attalo en Asia al frente de gran número de tropas, porque Ariarates y Mitrídates, en virtud de la alianza que habían llevado a cabo con el rey de Pérgamo, le enviaron caballería e infantería, al mando de Demetrio, hijo de Ariarates. Dispuesto ya todo para la campaña, se supo que los comisarios romanos habían llegado a Caudes. Reunióseles Attalo, y tras algunas conferencias sobre los asuntos pendientes, partieron para Bitinia, donde dijeron a Prusias las órdenes que para él les dio el Senado. Aceptó este príncipe algunas, pero negóse a cumplir la mayoría. Admirados los comisarios de esta resistencia, renunciaron a su amistad y alianza, regresando inmedia-

tamente a Pérgamo. Arrepintióse Prusias de su falta y les siguió durante algún tiempo, procurando atraerles; mas fueron inútiles sus esfuerzos y volvió a su campo sin saber qué hacer. Los comisarios aconsejaron entonces a Attalo que permaneciera con su ejército en la frontera del reino, sin empezar las hostilidades y resguardando de todo insulto las ciudades y aldeas de su reino. Partieron en seguida, unos para Roma con objeto de informar al Senado de la rebelión de Prusias, otros para Jonia, y algunos en dirección al Helesponto y a las ciudades vecinas a Bizancio, laborando en todos estos lugares para apartar a los pueblos de la alianza con Prusias y reunir fuerzas en favor de Attalo, que era lo que se habían propuesto.

CAPÍTULO XI

Paz entre Prusias y Attalo.

Con la ayuda de tantos aliados reunió pronto Attalo numerosa flota. Dióle Rodas cinco galeras que habían sido enviadas para la guerra de Creta, Cisico

veinte, y él mismo equipó veintisiete, de suerte que unidas todas a las que recibió de otros aliados, formó una flota de ochenta galeras, cuyo mando dio a su hermano Ateneo. Dirigióse éste hacia el Helesponto haciendo continuos desembarcos en la costa de Bitinia y saqueando la región. Por fortuna para Prusias, al escuchar el Senado el informe de los comisarios, designó inmediatamente otros tres, Apio Claudio, Lucio Oppio y Aulo Postumio, que al llegar a Asia pusieron término a la guerra, obligando a ambos reyes a suscribir este tratado: Prusias entregaría inmediatamente a Attalo veinte galeras de guerra, y le pagaría quinientos talentos en veinte años; los beligerantes mantendrían los límites de sus respectivos Estados como antes de la guerra en reparación de los daños que Prusias había causado en las tierras de Methymna, Egium y Heraclea, restituiría a estas ciudades cien talentos. Aceptadas las condiciones, concentró Attalo las tropas de mar y tierra en su reino, y así acabó la guerra promovida por las cuestiones de Attalo y Prusias.

CAPÍTULO XII

Embajada de los aqueos en favor de sus desterrados.

Por aquel tiempo llegó a Roma nueva embajada de los aqueos en favor de sus compatriotas desterrados en Italia. Solicitaron los diputados gracia al Senado para estos infelices, mas los padres conscriptos decidieron estar a lo acordado.

CAPÍTULO XIII

Demetrio, rey de Siria.
«Refiere Polibio en su libro XXXIII que Demetrio, rey de Siria, era gran bebedor y se hallaba ebrio casi todo el día.»

CAPÍTULO XIV

Heraclido, con los hijos de Antíoco, llega a Roma.- Embajada de los rodios en relación con la guerra contra los cretenses.

En el transcurso del verano llegó a Roma Heracleido, llevando consigo a los hijos de Antíoco, Laodice y Alejandro, y mientras permaneció en la ciudad no hubo artificio de que no se valiera para lograr del Senado lo que deseaba.

Al mismo tiempo se presentó en Roma el rodio Astidemo, emba jador y almirante de su República, y habló en el Senado de la guerra entre rodios y cretenses. Tras escucharle con suma atención, los padres conscriptos encargaron a Quinto que fuera a poner término a esta guerra.

CAPÍTULO XV

Cretenses y rodios despachan representantes a los aqueos.- Alabanza de Antifates de Creta.

Reunido el Consejo de los aqueos en Corinto, llegaron allí dos embajadas: una de parte de los cretenses, cuyo jefe era el gortiniano Antifates, hijo de Telemnastos, y de otra parte de los rodios, al frente

de la cual iba Teofanos. Cada una de estas embajadas solicitó ayuda para su patria; mas la mayoría de la Asamblea era favorable a los rodios por la celebridad de esta República, su forma de gobierno y el carácter de sus ciudadanos. Advertido Antifates, quiso entrar en la Asamblea, y entró efectivamente, con permiso del pretor, hablando con un aplomo y dignidad impropios de un cretense. No tenía este joven ninguno de los defectos de sus compatriotas, y la libertad con que defendió la causa de su patria agradó a los aqueos; pero lo que más le ayudó a ganar voluntades fue el recuerdo de que, durante la guerra con Nabis, su padre Telemnastos fue en socorro de los aqueos con quinientos cretenses. A pesar de ello, se iba a conceder a los rodios las fuerzas que pedían, cuando Calícrato manifestó que sin permiso de Roma no convenía declarar la guerra a nadie, ni socorrer a unos contra otros; y esto fue suficiente para que no se tomara resolución.

CAPÍTULO XVI

Van a Roma Attalo, hijo de Eumeno, y Demetrio, hijo de Demetrio Soter.- Heraclido logra del Senado que los hijos de Antíoco regresan a Siria. Entre los embajadores llegaron a Roma de distintos lugares, el primero recibido en audiencia fue Attalo, hijo de Eumeno, que, muy joven aun, hizo este viaje para darse a conocer al Senado y solicitar la amistad y el derecho de hospitalidad que siempre tuvo su padre en Roma. Recibió del Senado y de los amigos del rey su padre cuantas pruebas de amistad podía esperar. Concediósele lo que deseaba; le hicieron cuantos honores permitía su edad, y a los pocos días regresó a sus Estados, siendo recibido con grandes demostraciones de alegría en todas las ciudades griegas por donde pasó.

Al mismo tiempo llegó Demetrio a Roma, y como era niño, las ceremonias de su recepción fueron medianas. Cuando se fue, Hierocles, que desde hacía tiempo se hallaba en la ciudad, condujo consigo al Senado a Laodice y Alejandro. Recordó en pocas palabras el joven príncipe a los padres conscriptos lo que habían querido a Antíoco y la alianza que con él tuvieron, y rogó que le pusieran en el trono de su

padre, o por lo menos que se le concediera libertad para volver a Siria, y no impedirle, ya que no se le ayudara, recobrar la corona de sus mayores. Usó en seguida de la palabra Heraclido, alabando mucho a Antíoco, censurando a Demetrio y solicitando se le concediera al príncipe y a su hermana Laodice la libertad de regresar a su patria, cosa justísima, puesto que eran hijos naturales de Antíoco. A los senadores sensatos chocó este discurso, pareciéndoles verdadera comedia y cobrando aversión al autor de la intriga; pero la mayoría, fascinada por el artificioso Heraclido, aprobó un decreto en estos términos: «Alejandro y Laodice, hijos de Antíoco, que fue nuestro amigo y aliado, piden al Senado que se les permita volver a su patria e implorar la ayuda de sus amigos para recobrar el trono de su padre, y el Senado les permita ambas cosas.» Conseguido el permiso, reclutó inmediatamente Heraclido tropas mercenarias, y atrajo a su partido a cuantos ilustres personajes pudo. De Roma se dirigió a Éfeso, y allí hizo los preparativos para la guerra proyectada.

CAPÍTULO XVII

Miscelánea de hechos y reflexiones.

Muchos hombres, por avaricia o ambición, se precipitan desde la mayor fortuna, como ocurrió al rey de Capadocia Holofernes que acabó por perder el trono. Pero abreviando en lo relativo al restablecimiento de Ariarates, proseguiremos la historia en el orden adoptado para toda la obra. Hasta ahora, prescindiendo de los asuntos de Grecia, hemos hablado de los de Capadocia, en Asia, porque razonablemente no se podían separar el viaje de Ariarates a Italia y su vuelta al trono; pero hecho esto, nos toca reseñar los negocios griegos en la época en que ocurrió el extraño suceso relativo a la ciudad de Oropos. Deteniéndonos en unos puntos y prescindiendo de otros, compendiaremos la aventura por temor de que la oscuridad que envuelve algunos de estos hechos haga nuestra narración difusa y tenebrosa; que si el todo parece al lector poco digno de atención, menos satisfará una parte del todo a los que no tienen curiosidad de instruirse... ..

.....

Casi siempre en la fortuna se encuentran partidarios, mas en los reveses hay que acudir a los amigos. Esto ocurrió a Holofernes al verse arruinado, y esta es la historia de Teótimo y muchos otros.

.....
.....

Disgustados los rodios por estos acontecimientos, arrojáronse en el torbellino, llegando a la situación de los desalentados por larga dolencia, que después de tomar toda clase de medicinas y consultar a todos los médicos, cansados por la tardanza en recobrar la salud y casi desesperados, fíanse de oráculos y adivinos, y hasta acuden a charlatanes y curanderos. Esto hicieron los rodios. Burladas sus esperanzas, creyeron en palabras y dieron cuerpo a sombras e ilusiones, de suerte que su desdicha pareció merecida; porque no obrando con arreglo a cálculo prudente y dejándose arrastrar a la ventura, justo es llegar a sucesos imprevistos. En esta situación, los rodios tomaron por jefe a quien antes desechaban, y cometieron otras mil inconsecuencias. ...

.....
.....

Cuando se siente inclinación a amar u odiar grandemente a una persona el más insignificante pretexto convierte la inclinación en hecho.

Me detengo por no divagar sin advertirlo, y procurando la exactitud y la precisión, incurrir en lo contrario. Me detengo, repito, porque no deseo escribir ni que se lean los ensueños de un hombre despierto.

**LIBRO
CUARTO
PRIMERO**

**TRIGÉSIMO
CAPÍTULO**

Descripciones complementarias a la Historia.

Ciertos escritores, como Eforo de Cimea, han comprendido en la historia general de los pueblos la descripción de sus respectivos países.

CAPÍTULO II

Alabanzas a Eforo.- Propósitos.

Tras alabar mucho a Eforo y manifestar que Eudoxio cuenta muy bien la historia griega, pero que Eforo da a conocer mejor las fundaciones de las ciudades, las familias, las transmigraciones, agrega: «Yo expondré el estado actual de las cosas en cuanto a determinación de lugares y distancias, porque esto es lo que más propiamente corresponde a la geografía».

CAPÍTULO III

Las columnas de Hércules.

Tal vez pregunten algunos por qué no he hablado con más detalles del estrecho de las columnas de Hércules, del mar exterior, de su naturaleza, de las islas Británicas, de la formación del estaño, de las minas de oro y plata que existen en Iberia, cosas de

que otros autores han dicho tanto y a veces tan contradictorio. Las pasé en silencio, no por juzgarlas indignas de la historia, sino por no interrumpir la narración con cada cual de estos particulares asuntos, distrayendo la atención de los que estiman informes de esta clase. No quise mencionar de paso y en distintos lugares estas cosas, sino explicar en tiempo y lugar por mí elegido cuanto se sabe de cierto acerca de ellas.

CAPÍTULO IV

Realismo de Homero. Jamás fue artificio de Homero lo maravilloso sin verosimilitud.

Sabía muy bien que conviene, para ser creído, mezclar la invención con un poco de verdad. Esta observación la hace Polibio al tratar de los viajes de Ulises.

CAPÍTULO V

Descripción de viajes.- Fidelidad histórica de Polibio.

Polibio interpreta muy bien lo que a estos viajes concierne. «Eolo enseñaba a los navegantes la manera de maniobrar en el paso del estrecho, donde las costas son tortuosas y el flujo y reflujo hace la navegación difícil; por ello llamaron a Eolo dispensador y rey de los vientos. Danaüs por haber señalado manantiales en la Argólida, y Astreo por descubrir el movimiento retrógrado del sol, de adivinos y agoreros convirtiéronse en reyes. Así se debe comprender que los sacerdotes de los egipcios y de los caldeos y los magos, a causa de la superioridad de su instrucción, pasaran entre nuestros antecesores por príncipes o grandes. Por ello encontramos en cada dios al inventor de alguna de las cosas más útiles.»

Esto sentado, no admite Polibio que se considere mito cuanto el poeta refiere de Eolo en particular, y en general de los viajes de Ulises. En el relato de estos viajes, en el de la guerra de Troya, y especialmente en lo que a Sicilia toca, está de acuerdo el

poeta con los demás escritores que refieren las tradiciones locales de esta isla y de Italia. No elogia, pues, Polibio la frase de Eratóstenes: «Se encontrará el itinerario de los viajes de Ulises cuando se haya encontrado el curtidor de la odre de los vientos.»

Agrega Polibio que «cuanto dice Homero de Scyla sobre los delfines y demás cetáceos que el azar lleva allí, está de acuerdo con lo que pasa en Scyleon y con lo que se ve en la pesca de cetáceos. Efectivamente, los atunes que van en bandadas por las costas de Italia, rechazados de Sicilia y arrastrados por las aguas del estrecho, encuentran peces más fuertes, como los delfines, unicornios, lobos marinos y otros cetáceos, a los que sirven de alimento. En este lugar, como en las márgenes del Nilo y de otros ríos sujetos a periódicas avenidas, ocurre lo mismo que en el incendio de los bosques, donde muchísimos animales, por escapar al fuego o al agua, son presa de otros más fuertes.»

Relata después Polibio cómo se pescan los cetáceos junto a Scyleon. «Un vigía dirige a todos los pescadores, que van de dos en dos en diferentes barcas birremas, uno con los dos remos y otro a proa con un arpón puesto en una lanza. El vigía anuncia la aparición del cetáceo, que nadando

saca la tercera parte del cuerpo fuera del agua, y cuando la barca se pone a la distancia conveniente, el pescador de proa le clava la lanza, dejándole dentro del cuerpo el arpón de hierro que aquella lleva a su extremidad. Este arpón, colocado de forma que se desprende fácilmente de la lanza, va sujeto a larga cuerda, que se deja correr mientras el animal herido se esfuerza por escapar. Fatigado al fin, se le arrastra por medio de la cuerda a la orilla, y si no es muy grande a una barca. Aunque la lanza caiga al mar, no se pierde, porque hecha en parte de encina y en parte de pino, la encina se hunde, pero el pino sobrenada indicando dónde está. Alguna vez el remero sale herido aun a través de la barca: tan larga suele ser la espada de los unicornios, cuya pesca parécese mucho, por lo peligrosa, a la caza del jabalí.»

Puede, pues, creerse que Homero hace errar a Ulises alrededor de Sicilia, puesto que atribuye a Scyla una pesca especial de Scyleon. Respecto de Caribdis recuerda lo que sucede en el estrecho, porque en los versos «*Tres veces el día llega...*», etc., el tres puesto en vez de dos es error del observador o del copista. Cuanto se ve en Mesina está de acuerdo

con lo que Homero dice de los lotófagos, y si en alguna cosa difiere debe atribuirse al tiempo, a falta de noticias, y sobre todo a las licencias de la poesía, que se compone de histórica, dispositiva y mítica. Los poetas se proponen en la histórica expresar la verdad, como cuando en el libro de la enumeración (libro II) recuerda Homero los rasgos característicos de cada lugar, y califica las ciudades de poderosas, fronterizas, fecundas en palomas y marítimas; en la dispositiva, animar, como al describir los combates; y en la mítica, agradecer y admirar. Inventarlo todo es renunciar a ser creído, y no es así cómo ha escrito Homero; pues todos consideran su poesía verdaderamente filosófica, y nadie la considera como Eratóstenes, enemigo de que se busque en los poemas la sana razón y la historia... Cuando Ulises nos dice: *«Desde allí, y durante nueve días los vientos perniciosos me*

arrastraron a mi pesar» , debemos creer que se hallaba en algún mar poco extenso (porque los vientos perniciosos no hacen caminar en línea recta), y no que fue arrastrado hacia el Océano, como si vientos constantemente favorables le llevaran allí. Efec-

tivamente, agrega Polibio (después de contar los 22.500 estadios de distancia de los Maleos a las Columnas), «suponiendo que recorrió el trayecto a igual velocidad durante nueve días, hubiera andado 2.500 estadios diariamente; ahora bien, ¿quién ha oído decir que los cuatro mil estadios entre Alejandría, Rodas y la Licia han podido andarse en dos días? Y por lo que toca a los que preguntan cómo habiendo abordado tres veces Ulises a Sicilia, ninguna pasó el estrecho, se les puede contestar que muchos siglos después de él aún se evitaba este paso».

Así habla Polibio, y, en general, bien dice; pero cuando sostiene que Ulises no llegó hasta el Océano, y para probarlo combina exactamente los días de navegación con las distancias, incurre en excesiva inconsecuencia. Cita la frase del poeta «*Vientos perniciosos a mi pesar me arrastraron*», y no le cita cuando dice: «*Pero siguiendo el curso del río Océano, el barco*», etc., y asimismo «*En la isla de Orgi-gea, en medio del mar*», etc., donde, según Homero, habitaba la hija de Atlas. Y a esto puede agregarse lo que hace decir a los foceos: «*Lejos y en el seno*

del undoso mar, vivíamos apartados del resto de los humanos.»

Todos estos pasajes indican evidentemente que se trata del Atlántico, y los omite Polibio para destruir el sentido de las expresiones más claras. Pero cuando sostiene que Ulises erraba alrededor de Sicilia y de Italia, tiene razón.

CAPÍTULO VI

Los antiguos geógrafos.- Alusiones y referencias.

En su descripción de las diversas regiones de Europa, anuncia Polibio que no hablará de los antiguos geógrafos, pero sí examinará las opiniones de quienes les han criticado, como Dicearco y Eratóstenes, el último de los autores que de geografía se han ocupado, como asimismo la de Piteas, que pretende haber recorrido todas las partes accesibles de Bretaña y calcula la circunferencia de esta isla en más de 40.000 estadios. Piteas es quien nos habla de Thulé y de las regiones donde no existe tierra propiamente

dicha, ni mar, ni aire, sino una especie de concreción de estos elementos parecida a la materia de las medusas, «masa que, envolviendo a la tierra, al mar, a todas las partes del universo, es como lazo común al través del cual ni se puede navegar ni andar». «Esta masa, agrega, parecida a la substancia de la medusa, puedo asegurar que existe por haberla visto; en lo demás que refiero me atengo al testimonio de otros.» Tales son las relaciones de este viajero, que además asegura haber visitado, a su regreso de aquellas regiones, todas las costas de Europa en el Océano, desde Gades a Tanais.

«Pero, manifiesta Polibio, un particular, y particular poco rico, cual era Piteas, ¿cómo ha podido emprender tan largos viajes por mar y tierra? ¿Cómo Eratóstenes, dudando si en general debía prestarse fe a lo que este navegante dice, acepta sus opiniones en lo que atañe a Bretaña, Gades e Iberia? Tanto valdría fiarse de Evemeris de Mesina, que por lo menos sólo pretende haber llegado por mar a una región desconocida, la Pancaia, mientras aquel asegura haber visitado toda la Europa septentrional hasta los límites del mundo. Si el mismo Hermes se vana-

lia, quedando 7.000
para el trayecto entre el Estrecho y las Columnas.

«No examinaré, dice Polibio, si la distancia entre el Peloponeso y el Estrecho de Sicilia es efectivamente de 3.000 estadios, pero en cuanto a los otros 7.000, no son medida exacta desde el Estrecho a las Columnas, sea costeando las tierras o atravesando el mar, y lo probaré. La costa forma una especie de ángulo obtuso, cuyos lados parten, uno del Estrecho de Sicilia y otro de las Columnas, y cuyo vértice se halla en Narbona. Supongamos, pues, un triángulo cuya base es una línea recta a través del mar, y cuyos lados forman el ángulo antedicho. El lado desde el Estrecho de Sicilia a Narbona tiene más de 11.200 estadios, y el otro no menos de 8.000. Se conviene además en que el mayor trayecto de Europa a Libia, a través del mar Tirreno, no tiene más de 3.000 estadios, y que a través del mar de Cerdeña es más corto. Pero supongamos que este último sea asimismo de 3.000 estadios, y con estos datos tomemos como medida una perpendicular trazada desde el vértice del ángulo obtuso del triángulo hasta la base de 2.000 estadios de profundidad, que el golfo Galá-

tico puede tener en Narbona, y son suficientes las nociones geométricas de un niño para reconocer que la longitud total de la costa desde el Estrecho de Sicilia hasta las Columnas de Hércules no aumenta en 500 estadios la línea recta a través del mar. Añadid a esta línea los 3.000 estadios que hay de distancia entre el Peloponeso y el Estrecho de Sicilia, y tendremos para la línea recta entre el Peloponeso y las Columnas más de doble número de estadios que Dicearco le asigna, y, dado su sistema, resultará también mayor para el trayecto del Peloponeso al fondo del golfo Adriático.»

Efectivamente, puede contestarse a Polibio, el error de Dicearco es evidente por la prueba que dais al contar del Peloponeso a Leucades 700 estadios; de Leucades a Corcira, 700; de Corcira a los montes Ceráunicos, 700; desde éstos, siguiendo a la derecha la costa de Iliria hasta Yapigia, 6.150; pero en cuanto a la distancia desde el Estrecho de Sicilia a las Columnas de Hércules, tan falso es el cálculo de Dicearco, que la supone en 7.000 estadios, como el vuestro, pues la opinión generalmente admitida es que esta distancia en línea recta tiene 12.000 esta-

dios, cálculo de acuerdo con la longitud que se atribuye a la tierra habitada. Supónese que esta longitud es de más de 70.000 estadios, de los que unos 30.000 corresponden a la parte que se extiende al Oeste desde el golfo de Issus hasta la extremidad más occidental de Iberia; y se cuenta de esta forma: del golfo de Issus a Rodas, 5.000 estadios; de Rodas al cabo Salmoneón, que forma el extremo oriental de Creta, 1.000; la extensión de Creta hasta Criu-Metopón, más de 2.000; desde allí al cabo Paquinum, en Sicilia, 4.500; desde el cabo Paquinum al Estrecho de Sicilia, más de 1.000; desde el Estrecho de Sicilia a las Columnas de Hércules, 13.000, y desde las Columnas a la extremidad del Promontorio Sagrado de Iberia (cabo de San Vicente), unos 3.000.

Además, la medida de la perpendicular de que habla Polibio no es justa, suponiendo cierto que el paralelo de Narbona es casi el mismo de Marsella, y que Marsella, como afirma el mismo Hiparco, se encuentra en el paralelo de Bizancio. Efectivamente, la línea recta a través del mar sigue el paralelo de Rodas y del Estrecho de las Columnas. Ahora bien:

entre Rodas y Bizancio, dado que ambas se encuentran bajo el mismo meridiano, hay unos 5.000 estadios, y la perpendicular de que se trata debería tener otros tantos; mas como se pretende asimismo que el mayor trayecto de Europa a Libia (África) a través del Mediterráneo, a partir del golfo Galático, es de 5.000 estadios, debe existir aquí algún error, a no ser que en esta parte las costas de Libia avancen mucho hacia el Norte y lleguen al paralelo de las Columnas de Hércules.

También se equivoca Polibio al suponer que esta misma perpendicular debe pasar junto a la isla de Cerdeña, pues pasa muy al Oeste, dejando entre ella y la isla todo el mar de Cerdeña y casi todo el de Liguria.

Asimismo puede asegurarse que la longitud que asigna Polibio a las costas es exagerada, pero en este último punto su error es menos grave que en los dos anteriores.

Polibio procura corregir los errores de Eratóstenes, y unas veces lo hace con razón, pero otras se equivoca como éste; por ejemplo, Eratóstenes cuenta de Itaca a Corcira 300 estadios, y Polibio más de 900. De Epidamno a Tesalónica, aquel 900 estadios, y éste más de 2.000. En ambas medidas tiene razón Polibio. Pero se engaña más que Eratóstenes cuando al ver que éste había contado 7.000 estadios desde Marsella al Estrecho de las Columnas, y 6.000 desde los Pirineos hasta el mismo Estrecho, quiere que, a partir de los Pirineos, la distancia no sea menor de 8.000 estadios, y tomaba desde Marsella, de 9.000. Eratóstenes en este punto se aproxima más a la verdad. Efectivamente, conviéndose hoy en que, salvo las revueltas del camino, la longitud total de Iberia, tomada desde los Pirineos a la costa occidental, no es menor de 6.000 estadios. Polibio da al Tajo, desde su nacimiento hasta la desembocadura, un trayecto de 8.000 estadios, no comprendiendo las sinuosidades del curso, que ningún geógrafo aprecia, sino en línea recta, y desde el nacimiento del Tajo a los Pirineos hay más de 1.000 estadios. Con razón acusa Polibio a Eratóstenes de conocer poco Iberia y de

contradecirse a veces respecto a esta región; verdaderamente, como lo hace notar Polibio, después de anunciar en un lugar de su obra que las partes de esta región situadas sobre el mar exterior hasta Gades deben estar habitadas por los gálatas, lo cual confirma después diciendo que éstos ocupan toda la costa occidental de Europa hasta Gades, olvida después este punto en su descripción de Iberia, y no menciona los gálatas.

Mas cuando Polibio quiere probar que la longitud de Europa no iguala a la de Libia (África) y Asia unidas, su comparación entre estas tres partes de la tierra habitada no es exacta. «La dirección del Estrecho de las Columnas, manifiesta, responde al Poniente equinoccial, y la del Tanais parte del Levante de verano. Europa, comparada con Libia y Asia en total, es menos larga que ellas todo el intervalo que separa el Levante de verano del equinoccial, porque esta porción del semicírculo septentrional la ocupa Asia.»

CAPÍTULO VII

Los grandes promontorios y penínsulas de Europa.

Varias partes de Europa forman como grandes promontorios que se adentran mucho en el mar. Polibio clasifica estos promontorios mejor que Eratóstenes, pero no suficientemente bien. Éste no cuenta más que tres: uno que llega a las Columnas de Hércules y contiene la Iberia; otro que se prolonga hacia el Estrecho de Sicilia y forma la Italia, y el tercero que termina en el cabo de los maleos y comprende todas las regiones situadas entre el mar Adriático, el Ponto Euxino y el Tanaïs. Está conforme Polibio con Eratóstenes respecto a los dos primeros promontorios, pero opina que el tercero, cuya extremidad forma el cabo Sunium, además del de los maleos, sólo comprende la Iliria, toda la Grecia y una parte de Tracia. Cuenta después un cuarto promontorio que, conteniendo con el Quersoneso de Tracia las regiones del Estrecho situado entre las ciudades de Sestos y Abidos, lo ocupan los tracios, y últimamente un quinto que termina hacia el Bósforo Cimmeriano en la desembocadura del Palus-Meótides.

CAPÍTULO VIII

Sobre la alimentación de los peces de los mares de Iberia y Lusitania.

Al hablar Polibio de Megalópolis en su libro XXXIV de Iberia y Lusitania, manifiesta que en las profundidades del mar existen encinas con bellotas con que se alimentan y engordan los atunes. No es alejarse mucho de la verdad decir que los atunes son una especie de cerdos de mar que, como los de tierra, se alimentan y engordan con bellotas.

CAPÍTULO IX

Continuación del anterior.

Polibio pretende que el mar arroja esas bellotas hasta en las orillas del Lacio; a no ser, agrega, que también haya idénticas encinas en Cerdeña y en las regiones próximas a esta isla.

CAPÍTULO X

Riquezas naturales de Iberia.

Describiendo Polibio en su libro XXXIV la felicidad de Lusitania, región de Iberia, que los romanos llaman la Hispania, cuenta que en este país es tan excelente el clima, que la raza humana y los demás animales son muy prolíficos y los frutos constantes. Las rosas, los lirios, los espárragos y otros productos sólo faltan tres meses al año. La pesca en aquellos mares es más abundante, mejor y más bella que la del nuestro. Cómprase por una dracma una fanega de cebada, y por nueve óbolos de Alejandría una de trigo; el ánfora de vino vale una dracma; una cabra mediana, tres o cuatro óbolos, y otro tanto una liebre; un cordero, tres o cuatro óbolos; una vaca, cinco dracmas; un buey a propósito para el yugo, diez. La carne de los animales no tiene casi ningún valor: se la distribuye gratuitamente y se la cambia por otras mercancías.

CAPÍTULO XI

Más noticias sobre Hispania.

Del río Betis ha tomado la región el nombre de Bética, como se llama Turditanía la habitada por los turditanos o túrdulos. Algunos creen que ambos nombres designan un solo pueblo; otros opinan que son dos diferentes, y Polibio es de esta última opinión, pues dice que los túrdulos están al norte de los turditanos... ..

A la ventaja de un país fértil une la Turditanía las costumbres sencillas y civilizadas de sus habitantes, que, según Polibio, tienen asimismo los celtas, no sólo por la vecindad con aquel pueblo, sino por su unión a los turditanos con lazos de parentesco. Son, sin embargo, menos civilizados que éstos, porque viven dispersos en aldeas.

CAPÍTULO XII

Insistencia acerca de las Columnas de Hércules.
Dicearco, Eratóstenes, Polibio y muchos otros escritores griegos sitúan las Columnas de Hércules junto al Estrecho.

CAPÍTULO XIII

Más sobre Hispania.

Relata Polibio que en el templo de Hércules, construido en la isla de Gades, existe una fuente de agua potable, a la que se baja por algunos peldaños, manantial que aumenta o decrece en movimiento regular y contrario al flujo y reflujó del mar; de forma que cuando éste baja, la fuente está llena de agua, y seca cuando el mar sube. La causa de este fenómeno, según dice, es el aire que sale del interior de la tierra.

Cubierta la superficie por el agua en la marea alta, y no puede el aire salir por sus conductos naturales, y al retroceder cierra los del manantial, secándo-le; pero al retirarse el mar toma el aire su camino

acostumbrado, y dejando los conductos libres, brota el agua en abundancia.

CAPÍTULO XIV

Las minas de plata de Cartago Nova.- Otras riquezas de España.

«Al hablar Polibio de las importantísimas minas de plata que existen en Cartago Nova, manifiesta que se hallan a veinte estadios de la ciudad, y que son tan grandes que abarcan un terreno de 400 estadios de circunferencia, dando ocupación habitualmente a 40.000 trabajadores, cuya obra produce a Roma 25.000 dracmas diarios. No refiero el detalle de todas las operaciones de la explotación, por la brevedad, limitándome a lo que dice Polibio sobre la forma de tratar el mineral de plata que arrastran los ríos y torrentes. Metido en sacos se le tritura y tamiza cinco veces, poniendo los sacos en la corriente del agua; efectuado esto, se funde la materia pulverizada, separando el plomo de la plata, que queda pura. Estas minas de plata existen hoy; pero allí y en

otros lugares pertenecen a particulares y no al Estado. Las de oro son en su mayor parte del Estado».

CAPÍTULO XV

Los ríos Betis y Ana.
El Betis y el Ana tienen su origen en la Celtiberia, aunque a distancia de 900 estadios uno de otro.

CAPÍTULO XVI

Segesama e Intercaia.
«En la descripción que hace Polibio de los pueblos celtíberos y de su región cita entre sus ciudades Segesama e Intercaia».

CAPÍTULO XVII

Sobre un rey íbero.

«Describe Polibio edificios notables por su estructura y el brillo de sus ornamentos al hablar de un rey de Iberia, ambicioso de rivalizar con el hijo de Fenicia, en cuya casa había vasijas de oro y plata llenas de vino de cebada».

CAPÍTULO XVIII

El río Ilerbernis y el Roscinus.

Desde los Pirineos hasta Narbona existen valles por los que corre el Ilerbernis y el Roscinus junto a ciudades del mismo nombre habitadas por los celtas. En estas llanuras hay habitualmente peces, que los habitantes llaman fósiles. El suelo es muy movedizo y cubierto de fina hierba, y abriendo un agujero de dos o tres codos de profundidad, se encuentra una capa de arena, y debajo de ella manantiales que provienen de ríos en parte subterráneos; los peces entran con estas aguas por todos los puntos donde corren, y gustan mucho de las raíces de la hierba; de suerte que esta llanura está llena de peces subterráneos, que los hombres desentierran y comen.

CAPÍTULO XIX

Las bocas del Ródano.

«Por lo que toca a las bocas del Ródano, Polibio sostiene que sólo son dos, y censura a Timeo por haber dicho que eran cinco».

CAPÍTULO XX

El Loira

El Loira discurre entre los Pictones y los Namnetos, y en tiempos pasados existía a orillas de este río una plaza comercial llamada Corbilón, de la que habla Polibio con motivo de la fábula de Piteas sobre la isla de Bretaña. «En una conversación, manifiesta, que los marseleses tuvieron con Escipión Emiliano, hablaron de esta isla sin decirle nada notable, y lo mismo le ocurrió con los habitantes de Narbona y de Corbilón, tan ignorantes en este punto como los marseleses, a pesar de que ambas ciuda-

des fueran las mayores de este cantón. Piteas sólo se atrevió a inventar noticias sobre la isla de Bretaña».

CAPÍTULO XXI

Fauna alpina.

«Refiere Polibio que se cría en los Alpes un animal de forma rara, muy parecido al ciervo, excepto en el cuello y pelo, que es de jabalí. Por debajo de la barba tiene una carúncula de forma cónica, velluda en la extremidad, de un palmo de larga y tan gruesa como una cola de caballo».

CAPÍTULO XXII

Minas de oro.

«Cuenta Polibio que en su época se descubrieron entre los Taurici Norici, en las proximidades de Aquilea, tan ricas minas de oro que a dos pies de profundidad se encontraba el mineral, y las excava-

ciones corrientes no pasaban de quince pies; que una parte era oro nativo en granos como habas o altramuces, los cuales, puestos al fuego, sólo disminuían en una octava parte, y aún depurado más, dejaba considerable producto. Agrega que los italianos se asociaron a los bárbaros para explotar estas minas, y en dos meses bajó el precio del oro una tercera parte en toda Italia, hasta que los Taurici advirtieron lo que ocurría, y expulsando a sus colaboradores extranjeros, vendieron solos este metal».

CAPÍTULO XXIII

Sobre los Alpes.

«Hablando Polibio de la extensión y altura de los Alpes, compara estas montañas con las más elevadas de Grecia, tales como el Taigeto, el Liceo, el Parnaso, el Olimpo, el Pelión, el Ossa, y las de Tracia, el Hemus, el Redopo y el Dunax. Agrega que un hombre sin bagaje puede ascender a la cumbre de estas montañas en un solo día, y darles vuelta en casi el mismo tiempo; pero sabido es que no son

suficientes dos días para subir a lo alto de los Alpes. En cuanto a su extensión en la base, manifiesta que llega a 2.200 estadios, y sólo cita cuatro pasos en esta cordillera: uno en la Liguria, cerca del mar Tirreno; otro por donde pasó Aníbal, y que cruza la región de los taurici; el tercero, por el territorio de los salassi, y el cuarto por el de los rheti, los cuatro, agrega, llenos de precipicios.»

« Dice, en fin, que en estas montañas existen muchos lagos, tres muy grandes, que son: el Benacus, que tiene 800 estadios de largo y 50 de ancho, y del que sale el río Mincio; el Berbanus, de 400 estadios y menos ancho que el anterior, que sirve de nacimiento al Ticinus; y el lago Larius, de 300 estadios por 30 de ancho, donde nace el Adda, río importante. Todos ellos desaguan en el Po»..

CAPÍTULO XXIV

El vino de Capua.
«Manifiesta Polibio que se produce en Capua un

vino
incomparable, del anadendrón.»

excelente,

CAPÍTULO XXV

Distancias.

Según se dice, desde el cabo Japigieno hasta el Estrecho de Sicilia hay por tierra, siguiendo la costa, 3.000 estadios, y el mar de Sicilia la baña toda; pero por mar hay 500 estadios menos.

CAPÍTULO XXVI

Más sobre distancias.

Se dice que la mayor extensión a lo largo del Tirreno por la costa desde Luna, hasta Ostia, es de 2.500 estadios, y a lo ancho desde el mar hasta las montañas la mitad menor. Hay desde Luna hasta Pisa más de 400 estadios; de Pisa a Volterra, 290; de Volterra a Poplonium, 270; de Poplonium hasta las

proximidades de Cossa, 800, y según algunos autores sólo 600; lo cual arroja para la distancia entre Luna y Cossa 1.760, o por lo menos 1.560 estadios; pero esta distancia no es, según Polibio, más que de 1.460 estadios.

CAPÍTULO XXVII

La isla de Etalia.

La isla de Etalia posee un puerto llamado Argoüs, nombre toma do, según se dice, del buque *Argo*... La isla Etalia se llamaba Lemnos.

CAPÍTULO XXVIII

Más noticias geográficas.

Desde Sinuesse hasta Misenum forma la costa un golfo bastante grande, tras el cual aparece otro mayor que se llama Cráter, cerrado por los cabos Misenum y Ateneum. A lo largo de las costas de estos

golfos se halla situada la Campania. Esta región de llanuras, la más feliz que se conoce, está rodeada por colinas fertilísimas y por las montañas de los samnitas y de los oscici. Pretende Antíoco, que la Campania fue antiguamente habitada por los oscici, y dice que también se llamaban amonos. Polibio distingue al parecer ambos pueblos, porque manifiesta que los oscici y los amonos habitan la comarca próxima al Cráter.

CAPÍTULO XXIX

Distancias.

«Manifiesta Polibio que las distancias a partir de Japigia se han medido en millas; que desde Japigia hasta la ciudad de Sila hay 562 millas y desde Sila a Acilina, 178».

CAPÍTULO XXX

El cabo Lacinium y el golfo de Tarento.

Parece que hay más de 2.300 estadios desde el Estrecho de Sicilia hasta el cabo Lacinium, lugar consagrado a Juno, antes riquísimo y lleno de multitud de ofrendas en el cabo Japigiano. Este último intervalo forma lo que se llama la abertura del golfo de Tarento.

CAPÍTULO XXXI

Los cráteres de Hiera.

«Nos dice Polibio: De los tres cráteres de Hiera, uno se halla en parte destruido, pero quedan dos, formando el mayor una abertura redonda de cinco estadios de circunferencia. Este orificio se estrecha en forma de embudo, hasta el punto de no tener más de cincuenta pies de diámetro, y se eleva un estadio sobre el nivel del mar, que se ve en el fondo del cráter cuando la atmósfera está tranquila.»

«Si tales informes son dignos de crédito, acaso no convenga rechazar las tradiciones míticas relativas a Empédocles. «Siempre, agrega Polibio, que va

a soplar viento sur, fórmase alrededor de la isla tenebrosa nube, que impide ver la Sicilia; mas si es viento norte, vense salir del referido cráter brillantes llamas, y el ruido que en él se produce es más violento. El efecto del aire de Oeste es un término medio entre los dos citados. Los otros cráteres son parecidos a éste en la forma, pero las erupciones no tan fuertes. Por la intensidad del ruido y por el lugar donde aparecen las llamas y el humo, puede predecirse tres días antes el viento que reinará. Algunas veces, tras una calma absoluta en Lipara, los habitantes han anunciado los terremotos, sin equivocarse jamás».

CAPÍTULO XXXII

El monte Hemus.- Un error del autor.

«Próximo al Ponto Euxino hallábase el monte Hemus, el más alto de aquella región. Divide la Tracia en dos partes casi iguales. Polibio se equivoca al afirmar que desde su cima se ven los dos mares, porque además de la distancia considerable que

la separa del Adriático, existen en el intervalo demasiados obstáculos para que la vista alcance a este mar».

CAPÍTULO XXXIII

Sobre el Golfo Jónico.

Las primeras partes de las costas del golfo Jónico son los alrededores de Epidamno y de Apolonia. Desde esta última ciudad se va a Macedonia por la vía Egnatia, que se dirige al Este y tiene piedras miliarias hasta Cipsela y el río Hebrus, lo que comprende un espacio de 535 millas. Si, como de costumbre, se gradúa la milla en ocho estadios, sumará 4.280 estadios; mas, según el cálculo de Polibio, que añade dos *pletros*, es decir, un tercio de estadio a cada milla, debe añadirse a la suma citada 178 estadios. Los que parten de Epidamno y los que salen de Apolonia, tras recorrer igual distancia, hállanse en mitad de la vía. Toda ella lleva el nombre de Egnatia, pero a su primera parte llámase también camino de Candavia, que es una montaña de Iliria, a donde

conduce este camino, entre la ciudad de Liquindos y un lugar llamado Pilón, que separa Iliria de Macedonia. Desde allí pasa próxima a Barenus y va por Heraclea, los Lincestro y los Eorli, a la ciudad de Edessa, a la de Pella y hasta Tesalónica.

CAPÍTULO XXXIV

El circuito del Peloponeso.
El circuito del Peloponeso, sin seguir los contornos de los golfos, es de 4.000 estadios.

CAPÍTULO XXXV

Otro error del autor.

«No sin razón observa Artemidoro el error de Polibio al contar 10.000 estadios desde el cabo Maleo hasta el Ister, al Norte. Artemidoro afirma que sólo hay 6.500. La causa de este error consiste en

que Polibio no se refiere al camino más corto, sino al que seguiría tal vez un general con su ejército».

CAPÍTULO XXXVI

Más noticias geográficas.

«Por lo que toca a las regiones que se extienden en línea recta desde el Éufrates y la ciudad de Tomisa, fortaleza de la Sofena, hasta la India, las distancias que señala Artemidoro están conformes con las de Eratóstenes, y Polibio mismo manifiesta que, respecto a estos lugares, hay que dar fe a Eratóstenes. Comienza por Samosata de la Comagena, situada próxima al puente del Éufrates, y cuenta desde la frontera de la Capadocia, cerca de Tomisa hasta dicha ciudad, 450 estadios».

CAPÍTULO XXXVII

Visita a Alejandría.

«Polibio, que visitó la ciudad de Alejandría en tiempo de los reyes de Egipto, deplora amargamente la situación en que se la encontró después. «Existían, dice, tres clases de habitantes: los egipcios o indígenas, inteligentes y sumisos a las leyes; los mercenarios, muy numerosos e indisciplinados, por ser antigua costumbre allí mantener tropas extranjeras, pero la nulidad de los príncipes les enseñó más a mandar que a obedecer; y los alejandrinos, que por igual causa no se les gobernaba fácilmente. Valían, no obstante, más que los mercenarios, porque, aun siendo raza mezclada, su origen griego les hacía conservar algo del carácter propio de esta nación. La última clase fue casi aniquilada, principalmente por Evergetes Fiscón, en cuyo reinado fue Polibio a Alejandría. Irritado este príncipe por los motines de los alejandrinos, les entregó varias veces al furor de los soldados, que los degollaban. Visto el estado en que se halla esta ciudad, agrega el mismo autor, hay que decir con Homero: *Recorrer el Egipto, ruta larga y penosa.*

LIBRO QUINTO PRIMERO

TRIGÉSIMO CAPÍTULO

La guerra del fuego. Dióse el nombre de guerra de fuego a la que sostuvieron los romanos contra los celtíberos. La forma en que se condujo esta guerra y la continua serie de combates, son verdaderamente dignos de admiración. Las guerras germánicas y asiáticas acaban habitualmente con una sola batalla, rara vez con dos, y casi todas ellas se deciden al primer choque y por el ataque de todas las tropas. En la guerra a que nos referimos ocurrió de muy distinto modo. Regularmente, la noche ponía término al combate, pues los dos bandos resistían con valor, y por fatigados que estuvieran negábanse a dar descanso a sus fuerzas físicas. Como pesarosos de que la noche interrumpiera la lucha, al amanecer empezaban de nuevo a combatir. Apenas lograron los fríos del invierno poner fin a esta guerra y a los combates parciales.

CAPÍTULO II

Los belos y los tithos, aliados del pueblo romano, despachan embajadores a Roma.- Los aravacos, sus enemigos, envían asimismo otra. Guerra contra estos últimos.- Valor de Escipión Emiliano.

Efectuada la tregua con Marco Claudio, despacharon los celtíberos embajadores a Roma y permanecieron tranquilos esperando la contestación. Aprovechó Marcelo este intervalo para marchar contra los lusitanos, tomando por asalto a Nergobrix, su capital, y pasando el invierno en Córdoba. Los representantes de los belos y de los tithos, como amigos del pueblo romano, fueron recibidos en Roma; mas a los aravacos, de quienes estaban descontentos, se les ordenó que esperasen en sus tiendas al lado opuesto del Tíber hasta que se examinara su asunto. Cuando llegó el momento de que el Senado celebrase audiencias, el cónsul los condujo ante él separadamente. Los belos y tithos, aunque bárbaros, explicaron con gran sensatez los diferentes bandos de su región, y demostraron que si no se castigaba cual merecían serlo a los que habían tomado las armas

contra los romanos, tan pronto como el ejército consular saliera del país, atacarían a los amigos de Roma, tratándoles como a traidores a su patria; que si su primera falta quedaba impune, la renovarían; y si conseguían resistir al poder de Roma, no les sería difícil arrastrar toda España a su partido. Manifestado esto, solicitaron la permanencia de un ejército en España; que se enviara cada año un cónsul que protegiera a los aliados y les vengara de los insultos de los aravacos, y que antes de retirar las legiones se tomara de la sublevación de éstos venganza capaz de inspirar temor a los que desearan seguir su ejemplo.

Retiráronse los helos y los tithos y penetraron los aravacos, en quienes se advertía, a pesar de la afectada modestia de sus frases, que no se consideraban vencidos, y que sus pensamientos no respondían a sus palabras. Atribuyeron sus derrotas a la inconstancia de la fortuna; dijeron que las victorias de los romanos sobre ellos fueron largo tiempo disputadas, y hasta osaron insinuar que tuvieron ventaja en los combates con los romanos; y que si se les imponía algún castigo se someterían de buen grado, porque expiando así su falta se les restauraría bajo el pie de

la antigua confederación ordenada por Tiberio Graco en España.

Despedidos los aravacos, oyó el Senado a los comisionados de Marcelo, y advirtiendo en su informe que se inclinaban a acabar la guerra y que el mismo cónsul era más favorable a los enemigos que a los aliados, contestó a los embajadores de unos y otros que Marcelo les daría a conocer en España las intenciones del Senado. Persuadido éste de que el consejo de los belos y tithos era ventajoso a la República, de que debía ser reprimido el orgullo de los aravacos y de que Marcelo no se atrevía por timidez a proseguir la guerra, ordenó secretamente a los comisarios enviados a España seguir a todo trance las operaciones contra los aravacos y de una forma digna del nombre romano. Tomada esta resolución, porque no inspiraba gran confianza el valor de Marcelo, pensóse en seguida dar otro jefe al ejército de España, que debía ser uno de los dos cónsules, Aulo Postumio Albino o L. Licinio Lúculo, que entraron entonces en ejercicio. Comenzaron sin pérdida de tiempo grandes preparativos para resolver los asuntos de España, creyendo que, subyugados los ene-

migos, todos los pueblos de este continente se someterían a la ley de la República dominante; y si, por el contrario, se empleaban las contemplaciones, todos se contagiarían del orgullo de los aravacos.

A pesar del celo y actividad del Senado, en esta ocasión, al tratar del reclutamiento de tropas, tuvo gran sorpresa. Súpose en Roma por Quinto Fulvio y los soldados que a sus órdenes sirvieron en España el año anterior, que casi constantemente se vieron obligados a estar con las armas en la mano, siendo innumerables los combates, infinidad los romanos muertos y que los celtíberos eran invencibles, temblando Marcelo de que se le ordenara continuar la guerra. Tales noticias produjeron en la juventud consternación tan grande, que los más ancianos declaraban no haber visto jamás en Roma cosa semejante. En fin, la aversión por el viaje a España creció hasta el punto de que, mientras en otras ocasiones se encontraban más tribunos de los necesarios, ninguno pidió entonces este cargo. Los antiguos jefes designados por los cónsules para marchar con el general se negaron a seguirle, y lo más deplorable fue que la juventud romana, a pesar de citada, no quiso hacerse

inscribir; y para evitar el alistamiento valiése de pretextos que ni el honor permite examinar ni la vergüenza explicar. La multitud de los culpados hacía imposible el castigo.

Inquietos esperaban el Senado y los cónsules dónde iría a parar la imprudencia de aquella juventud, porque así se calificaba entonces su despego a la guerra, cuando Publio Cornelio Escipión, joven aún, que había aconsejado la guerra, aprovechó el conflicto en que el Senado se hallaba para unir a su reputación de prudente y probo la de esforzado y animoso que le faltaba. Púsose en pie y manifestó que iría de buen grado a prestar sus servicios en España como tribuno o general; que se le había invitado a ir a Macedonia para asunto de menos riesgo (porque efectivamente los macedonios le solicitaron nominalmente para reprimir algunos desórdenes en aquel reino) mas que no podía abandonar la República en tan premiosas circunstancias, que obligaban a ir a España a cuantos tuvieran amor a la gloria. Sorprendió este discurso, admirando que, mientras tantos otros no osaban presentarse, un joven patricio ofreciera generosamente sus servicios. Acudieron a

abrazarle, y al día siguiente redoblaron los aplausos, porque los que tuvieron miedo de alistarse, temerosos de que el valor de Escipión comparado con su cobardía les deshonrara, apresuráronse a solicitar los cargos militares y a inscribirse en los alistamientos. Vaciló al principio Escipión acerca de si convenía atacar inmediatamente a los bárbaros.

.....

.....

El caballo de Escipión recibió una herida muy grave, pero no ca yó, y tuvo Escipión tiempo para saltar a tierra.

CAPÍTULO III

Frase de Catón a propósito de los aqueos.

Debatíase mucho en el Senado el asunto de los desterrados de Acaia, deseando unos que se les devolviera a su patria, y oponiéndose otros. Catón, a quien Escipión a ruegos de Polibio había recomendado este asunto, se puso en pie y dijo: «Parece que

nada tenemos que hacer al vernos disputar todo un día para saber si algunos griegos decrepitos serán enterrados por nuestros sepultureros o por los de su patria.» El Senado decretó que se les pusiera en libertad. Pocos días después solicitó Polibio permiso para presentarse al Senado y pedir que se devolvieran a los desterrados las dignidades que gozaban en Acaia antes del destierro; mas quiso previamente sondear a Catón para averiguar lo que de esto pensaba. «Páreceme, Polibio, le respondió Catón riendo, que habiendo escapado como Ulises del antro de Cíclope, deseas volver a entrar por el sombrero y cinturón que has olvidado.»

LIBRO TRIGÉSIMO SEXTO

CAPÍTULO PRIMERO

Principio de la tercera guerra púnica.- Los cartagineses se rinden al

fin a los romanos en forma de dedición.- Lo que significa esta palabra.- Leyes que se les impusieron.

Los cartagineses deliberaron largo tiempo sobre la satisfacción que Roma pedía. Ya les había ocurrido entregarse a ellos, pero Utica se les adelantó a hacerlo. No tenían, sin embargo, otro recurso para evitar la guerra, y hacían lo que los vencidos jamás hicieron aun en la mayor extremidad, y aun viendo a los enemigos al pie de sus murallas; siendo lo peor que lo efectuaban sin esperar nada de esta sumisión, porque el haberse entregado antes Utica debilitaba el mérito de este acto. Era necesario, no obstante, tomar un partido; y, en último caso, no era tan grande este mal como el de verse obligados a proseguir la guerra; por lo cual tras muchas conferencias secretas acerca de lo que convenía hacer, comisionaron a Giscón, Strutano, Amílcar, Misdes, Gillicas y Magón, dándoles plenos poderes para transigir con los romanos como juzgaran oportuno. Al llegar a Roma estos embajadores, supieron que estaba declarada la guerra y en marcha el ejército. Sin deliberar, se entregaron con cuanto les pertenecía a los romanos. Ya

hemos explicado lo que significa entregarse a discreción de alguno o rendirse en forma de dedición; pero bueno es refrescar la memoria. Rendirse o entregarse a discreción de los romanos era hacerles dueños absolutos del país, de las ciudades, de los habitantes, de los ríos, de los puertos, de los templos, de las tumbas, en una palabra, de todo.

Efectuada esta rendición, penetraron los embajadores en el Sena do, y el cónsul les declaró la voluntad de esta asamblea, manifestando que, puesto que habían tomado al fin el buen partido, el Senado les concedía libertad, el uso de sus leyes, todas sus tierras y demás bienes que poseyeran como particulares o del Estado. Hasta aquí los representantes sólo tenían motivos de regocijo, pues esperando únicamente desdichas, las creían soportables al concederles al menos los bienes más necesarios y preciosos. Mas al agregar el cónsul que era a condición de que en el término de treinta días enviarían en rehenes a Lilibea trescientos jóvenes de los más notables de la ciudad, y de que hiciesen lo que los cónsules les ordenaran, esta última frase les produjo gran inquietud, porque ¿qué deberían ordenarles estos consu-

les? Salieron sin replicar y dirigieronse a Cartago, donde comunicaron el resultado de su embajada. Mucho agradaron todos los artículos del tratado, pero el silencio sobre las ciudades, no mencionadas en lo que los romanos concedían, alarmó bastante a los cartagineses.

Advirtiéndolo esta duda Magón, apodado Breicio, tranquilizó los ánimos. «De las dos épocas que se os han concedido, dijo a los senadores, para deliberar sobre vuestros intereses y los de la patria, la primera pasó ya. No es ahora cuando debéis alarmaros por lo que los cónsules os ordenen, ni porque el Senado romano no haya hecho mención alguna de las ciudades, sino cuando os entregasteis a Roma. Efectuado esto, toda deliberación es superflua y únicamente corresponde obedecer las órdenes que se reciban, a menos que las pretensiones de los cónsules no sean intolerablemente excesivas. Siéndolo, tiempo queda para decidir si vale más sufrir todos los males de la guerra o someterse.» La marcha del enemigo acabó con la incertidumbre acerca de lo que debían temer. El Senado ordenó que enviaran los trescientos rehenes a Lilibeá. Se les escogió entre la juventud carta-

ginesa y les condujeron al puerto. No se puede explicar el dolor con que sus parientes y amigos les siguieron; tan sólo se oían gemidos y lamentos; las lágrimas corrían de todos los ojos, y las infelices madres aumentaban infinitamente este duelo universal con sus muestras de aflicción.

Cuando desembarcaron los rehenes en Lilibea fueron entregados a Q. Fabio Máximo, pretor entonces de Sicilia, que los envió a Roma, donde los encerraron en un solo edificio. Mientras tanto los ejércitos consulares llegaron a Utica, y la noticia produjo el mayor espanto en Cartago. No sabiendo qué mal amenazaba, temíanlos todos. Fueron comisionados al campamento romano para recibir las órdenes de los cónsules y para declarar que se estaba dispuesto a obedecerles en todo, y celebróse un Consejo en que el cónsul, tras elogiar sus buenas intenciones y su obediencia, les ordenó entregar sin fraude ni demora todas sus armas. Consintieron los comisionados, pero rogándole reflexionara a qué estado quedarían reducidos si los romanos se llevaban todas sus armas. Preciso les fue, no obstante, entregarlas.

Sin duda alguna esta ciudad era muy rica, pues entregó a los romanos más de doscientas mil armas y dos mil catapultas.

CAPÍTULO II

Cólera de los cartagineses al saber la contestación de los romanos.

No podían formar idea del infortunio que les amenazaba, mas la actitud de sus embajadores les hizo augurar todos los males, comenzando las quejas y lamentos... ..
... ..
... ..

Tras estos generales clamores reinó profundo silencio, como cuando se aguarda algún acontecimiento que sorprende; pero pronto corrió la noticia, y el estupor dejó de ser silencioso. Unos se arrojaban furiosos contra los comisionados, como si fueran causa de sus males; otros hacían víctima de su ira a los italianos que encontraban; otros acudían a las puertas de la ciudad.

CAPÍTULO III

Sobre Escipión.

Al ver las avanzadas del enemigo, Fameas, que no era tímido, no osaba, sin embargo, entregarse a Escipión, mas se aproximó a aquellas resguardado por una altura del terreno, y permaneció allí largo tiempo... ..

Los manípulos de los romanos se habían refugiado sobre la colina, y cuando todos manifestaron su parecer, Escipión dijo: «Puesto que se trata de deliberar, antes de que comencemos opino que debéis cuidar más de no recibir daño, que de hacérselo al enemigo... ..

A nadie debe admirar que relatemos con detenimiento cuanto a Escipión atañe, y recordemos una por una todas sus palabras... ..

.....
... ..

Cuando Marco Poncio Catón supo las grandes cosas realizadas por Escipión, dicese que dijo era el único sabio, y que los demás parecían sombras a su lado.

**LIBRO
SEPTIMO
PRIMERO**

**TRIGÉSIMO
CAPÍTULO**

Museo.

Museo es un lugar de Macedonia, próximo a Olimpia..

.....
.....

CAPÍTULO II

Los prienios.

Acaeció por entonces a los prienios una desgracia verdadera mente extraña. Mientras Holofernes era dueño de Capadocia, depositó en Priena una suma de cuatrocientos talentos, y al ser Ariarates restaurado en el trono, pidió esta cantidad. Los prienios se negaron a entregarla por un motivo que me parece justo, cual era que mientras viviese Holofernes no debían disponer del depósito que les había confiado. Efectivamente, muchas personas censuraban a Ariarates su decisión de exigir lo que no era suyo, porque limitándose a pedir la suma para ver si se la entregaban, pudiera excusar la petición manifestando que aquella cantidad pertenecía al reino; pero hizo muy mal en irritarse contra la ciudad depositaria y exigirla con violencia. A tal exceso llevó su arrebato, que hizo saquear el territorio de Priena, siguiendo el mal consejo que por algunas cuestiones que tuvo con esta ciudad le dio Attalo, quien además le ayudó a realizarlo. Hasta en las puertas de la ciudad fueron degollados en montón hombres y animales. Sin elementos para defenderse, los prienios pidieron primero ayuda a Rodas y después a Roma,

pero no cedió Ariarates, y lejos de sacar Priena el provecho que esperaba de aquella gran suma, tras devolverla a Holofernes tuvo que sufrir las consecuencias de la injusta venganza de Ariarates, que llevó su cólera a mayor extremo que Antífanes de Bergea, no siendo fácil ver cosa igual a nuestros más remotos descendientes.

CAPÍTULO III

Prusias.

Ni por el cuerpo ni por el espíritu destacaba este príncipe. Como estatura parecía un medio hombre, y por el valor y corazón, una mujer. No sólo era tímido, sino endeble e incapaz del trabajo; en una palabra, afeminado de cuerpo y alma, defectos que en todas partes desagradan en los reyes, y mucho más en Bitinia. Las bellas letras, la filosofía y demás ciencias relacionadas con ellas, le eran perfectamente desconocidas, y no tenía idea alguna de lo bello y de lo honesto. Noche y día vivía como verdadero Sardanápalo, y por ello sus súbditos, al primer rayo

de esperanza que vieron, lanzáronse impetuosos contra él para castigarle por la forma en que los había gobernado.

CAPÍTULO IV

Massinisa, rey de los númidas.

Fue este príncipe en nuestro siglo el más cumplido y feliz. Su reinado pasó de sesenta años, y falleció a los noventa, conservando hasta el último momento perfecta salud y tanta robustez, que cuando precisaba permanecer de pie lo estaba todo un día sin cambiar de lugar, y una vez sentado, no se levantaba antes de la noche. Sin molestia pasaba, cuando era necesario, día y noche a caballo. Prueba manifiesta de su fuerza es que, muriendo nonagenario, dejó un hijo de cuatro años llamado Stembalo, que fue adoptado por Micipsa. Tuvo además otros cuatro hijos tan estrechamente unidos a él y entre sí, que ningún disgusto doméstico turbó el reposo de su reino. Admirable es en este rey haber logrado que la Numidia, que antes nada producía, creyéndosela

CAPÍTULO VI

Sobre los discursos de los hombres de Estado.

Tal vez nos preguntes por qué no hemos incluido en nuestra historia los discursos de los hombres de Estado, rica materia y cosa importante que no des-cuidaron otros historiadores, distribuyéndolos en sus obras. En varios lugares de mi historia he demostrado no desdeñar esta costumbre, incluyendo discursos de hombres políticos y arengas de generales; pero en tesis general prefiero sin empeño de imponerla, mi forma de escribir la historia. No existe sin duda materia más rica brillante y fácil de encontrar, ni que sea más familiar pero así como creo que los hombres políticos no deben dedicarse a hacer en todos casos pomposas disertaciones de igual modo no conviene a los historiadores reproducir cuantas frases oyen o recogen, ni hacer gala de recursos literarios, sino descubrir lo que verdaderamente se ha dicho y referido, escogiendo lo más oportuno e importante.

CAPÍTULO VII

Rumores sobre distintas cuestiones.

Infinitos rumores corrieron respecto a los cartagineses cuando los romanos les hicieron la guerra y relativos al falso Filipo y a los griegos en general. Los asuntos de Cartago sufrieron muchas variaciones: manifestaban unos, para justificar su inclinación a los romanos, que las ideas de éstos respecto al gobierno eran excelentes; vencer al fin el peligro que con frecuencia les había amenazado; destruir una ciudad que luchó varias veces por el imperio del mundo y que aun podía luchar, era el medio de asegurar la superioridad de su patria. Así opinaban los hombres sensatos y de alteza de miras.

Respondían algunos que no era tal su intención al adquirir el imperio, mas que insensiblemente se inclinaban al sistema invasor de Atenas y Lacedemonia, marchando con paso lento pero seguro a la realización de su empresa. ¿No guerrearon mientras hubo enemigos que vencer para imponerles su vo-

luntad, sus condiciones y sus órdenes? He aquí el prólogo de una política que condujo a la ruina de Perseo y usurpación del reino de Macedonia y que producía ahora la conquista de Cartago. Nadie se libró de su poder, lo cual prueba que tenían un plan severo e inflexible y que estaban resueltos a sufrirlo todo y emprenderlo todo por llevarlo a cabo.

Otros decían que Roma era una nación puramente guerrera y poseedora de una virtud que debía granjearle el respeto de todos; es decir, que hacía la guerra francamente y no por emboscadas y sorpresas tenebrosas, desdeñando todo lo que era ardid y engaño, y no aliándose sino a los que, como ellos, miraban de frente el peligro, mientras los cartagineses todo lo hacen por engaños y estratagemas, presentándose u ocultándose según les conviene, hasta que pierden la esperanza de que los aliados les socorran: cosa más propia de una política monárquica que de la política romana, y que mejor merece el nombre de perfidia y de verdadera ruina. A esto se contestaba que si los cartagineses antes de efectuar el tratado obraron como se ha dicho, responsables eran de los cargos que se les hacían; que si después

de entregarse a merced de los romanos (*Aquí existe una laguna en el texto*) cosa casi impía...Que se llamaba impiedad la ofensa hecha a los dioses, a los padres y a los muertos, y mala fe la no observancia de los tratados y convenios... (*Nuevas lagunas en el texto.*) Que los romanos no eran culpables, porque no faltaban al respeto a los dioses, a los antepasados o a los muertos, ni violan los tratados ni las palabras dadas; imputando, por el contrario, este crimen a los cartagineses, sin trasgresión por su parte de las leyes, los derechos y los deberes de la conciencia; que después de dictar condiciones de buen grado aceptadas, veíanse obligados por la mala fe a imponerlas tan duras como las necesidades exigían. He aquí lo que se decía de cartagineses y romanos.

Por lo que toca al falso Filipo, lo que en un principio se dijo no era admisible. Existía en Macedonia un falso Filipo que despreciaba por igual a romanos y macedonios, sin tener medios razonables de acción, porque se sabía que el verdadero Filipo murió en Alba (Italia) a los dieciocho años de edad, y dos después que Perseo. A los tres o cuatro meses llegó la noticia de que había derrotado a los macedonios

cerca de Strimon en Odomántica, y unos la creyeron, pero la mayoría no le dio crédito, y cuando poco después se supo que los macedonios habían sido nuevamente vencidos, que Filipo ocupaba toda la Macedonia, y que los tesalios enviaron cartas y embajadores a los aqueos pidiéndoles ayuda y alianza contra este nuevo peligro, gritaron: «prodigio», porque tales rumores ni eran ciertos ni verosímiles.

CAPÍTULO VIII

Misivas de Manilio.- Misión de Polibio el Megalopolitano.

Recibieron los aqueos en el Peloponeso misivas de Manilio que les aconsejaba enviar inmediatamente a Lilibeia a Polibio el Megalopolitano que era muy necesario para los asuntos públicos, y los aqueos atendieron el deseo del cónsul. Por mi parte, opinando que les convenía obedecer en todo a los romanos, dejé a un lado mis asuntos y me embarqué; pero al llegar a Corcira recibí nuevas cartas de los cónsules manifestando que los cartagineses habían

entregado ya los rehenes y se hallaban dispuestos a la obediencia. Juzgué acabada la guerra, creí que ya no me necesitaban.

No debe sorprender que algunas veces me cite en mi historia, por haber intervenido personalmente en los muchos acaecimientos que relato. Alguien creerá erróneamente que, en vez de serme penoso hablar sin cesar de mí, aprovecho las circunstancias para hacerlo y en verdad las evito, nombrándome cuando no se puede en otra forma referir los hechos.

CAPÍTULO IX

Manifestaciones populares contra el recuerdo de Calícratos.

Derribáronse las estatuas de Calícratos y restauráronse las de Li cortas cuando éste subió al poder, por cuya mutación todo el mundo dijo que no conviene en días de prosperidad dañar a nadie, sabiendo que la fortuna se complace en derribar desde lo más

alto de su ambición a los ambiciosos..
.....

La raza humana es grandemente aficionada a novedades y cambios.

CAPÍTULO X

Embajadores romanos.

Despacharon embajadores los romanos para censurar a Nicomedes su expedición, e impedir a Atalo que hiciese la guerra a Prusias, y los elegidos fueron Marco Licinio, gotoso que no podía moverse, Metelo Maucino, que desde que recibió el golpe de una teja en la cabeza se hallaba tan mal de salud que desesperaban de curarle, y Lucio Maleolo, el más insensible tal vez de los romanos. Como la misión exigía rapidez y audacia, los elegidos no parecieron a propósito, y por esto declaró Marco Porcio Catón, en pleno Senado, que necesariamente sería muerto Prusias, y que Nicomedes envejecería tranquilo en

el trono; porque ¿qué se podía esperar de una emba-
jada a la que faltaban pies, cabeza y corazón?

CAPÍTULO XI

Sobre la apelación a los dioses.

Por mi parte, diré lo que opino en cuanto lo permite el género de mi trabajo. Cuando es difícil o imposible a nosotros, débiles mortales, encontrar la causa de un acontecimiento, se puede recurrir a un dios o a la fortuna, como, por ejemplo, sucede con las lluvias o sequedad continua que destruyen los productos de la tierra, con las epidemias y otros fenómenos cuyas causas no se descubren fácilmente. En un conflicto de esta clase rogamos, sacrificamos, preguntamos a los dioses lo que es preciso decir o hacer para alivio de nuestros males; mas cuando es fácil conocer el origen de un acaecimiento, no creo útil la intervención de los dioses.

Refiérome a lo ocurrido últimamente en Grecia, donde, por igno rancia y falta de hombres, las ciu-

dades quedaron despobladas y hambrientas sin epidemias ni largas guerras. Si alguno en esta ocasión hubiese aconsejado preguntar a los dioses lo que era necesario decir o hacer para mejorar nuestra situación y repoblar las ciudades, el consejo pareciera seguramente extraño, siendo conocida la causa del mal y el medio de repararla. Entregados los hombres a la pereza, la cobardía y el libertinaje, ni querían casarse ni criar a sus hijos nacidos fuera de matrimonio, guardando a lo más uno o dos para dejarles ricos y afortunados. Esta era la causa del mal. Si los dos hijos por guerra o enfermedad morían, aunque sólo fuera uno la casa quedaba desierta, y como las colmenas sin abejas las ciudades carecían de fuerza. No es preciso pedir a los dioses los medios necesarios para remediar el mal, pues cualquiera dirá: ¿Por qué vosotros que tenéis leyes obligatorias, no educáis a vuestros hijos? No a magos o adivinos, a la razón hay que consultar en tales casos. Respecto a las cosas cuya causa ni se ve ni se comprende puede referirse lo que aconteció a los macedonios. Recibieron éstos de los romanos grandes beneficios Primeramente, en asuntos públicos les libraron de sus magistraturas y en los privados de la crueldad... de

la ruina... y de las empresas del falso Filipo... Los macedonios, primero a las órdenes de Demetrio y después a las de Perseo, combatieron a los romanos y fueron derrotados, y con un hombre sin medios, por cuyo trono peleaban, resultaron vencedores. ¿Cómo puede esto explicarse? La causa es impenetrable, y cabe achacarla al destino y a la cólera de los dioses irritados contra Macedonia. Evidentemente se puede decir esto...

**LIBRO
OCTAVO
PRIMERO**

**TRIGÉSIMO
CAPÍTULO**

Origen del odio de los romanos contra los aqueos. Al regresar del Peloponeso, relataron Aurelio y sus colegas lo que les había ocurrido, asegurando que el peligro a que se vieron expuestos no fue por repentina emoción pública, sino por complot premeditado y pintando con los más negros colores el pretendido insulto que los aqueos les hicieron. Al escucharles, apenas era posible venganza apropiada

a la ofensa. Grande fue, efectivamente, la indignación del Senado, y envió inmediatamente a Julio a Acaia con encargo de quejarse, aunque moderadamente, y de exhortar a los aqueos a que no dieran oídos a malos consejos para no incurrir por imprudencia en el enojo de Roma, peligro que podían evitar castigando ellos mismos a los que les exponían a arrostrarlo. Estas órdenes prueban evidentemente que el Senado no pensaba en modo alguno destruir la Liga aquea, sino castigar la orgullosa aversión de la misma a Roma. Imaginaron algunos que el tono de los romanos hubiera sido más imperioso de haber acabado la guerra contra Cartago; pero esta idea carece de fundamento, porque amaban de largo tiempo atrás la nación aquea, siendo la que más confianza les inspiraba en Grecia. La amenaza de guerra tuvo por único objeto humillar el orgullo de los aqueos que les molestaba, pero jamás pensaron en romper relaciones con ellos y acudir a las armas.

CAPÍTULO II

*Arriba a Acaia Sexto, comisario romano.- Obsti-
nación de los aqueos
en procurarse la propia ruina.*

Yendo de Roma al Peloponeso, encontraron en el camino Sexto Julio y sus colegas a un representante de la facción llamada Thearidas, que los sediciosos enviaban a Roma para dar cuenta de sus procedimientos contra Aurelio, y le aconsejaron que regresara a su tierra, donde escucharía las órdenes del Senado para los aqueos. Al llegar a Egia, donde la dieta nacional había sido convocada, hablaron con mucha moderación y dulzura, no aludiendo a los malos tratos de que fue objeto Aurelio, excusando a los aqueos mejor que ellos pudieran hacerlo, y exhortando al Concejo a no aumentar con otras la primera falta, a no irritar a los romanos y a dejar en paz a los lacedemonios. La moderación de estas advertencias complació mucho a todas las personas sensatas, recordando su pasado comportamiento y el rigor de Roma con los pueblos que se atrevían a medirse con ella. La mayoría, sin tener que replicar nada a las razones de Julio, se mantuvo tranquila, pero existía oculto en el fondo un fuego de descontento y

rebelión que no apagaron los discursos de los representantes de Roma y que alentaban Dieo Critolao y los individuos de su facción escogida en cada ciudad entre los más perversos, impíos y perniciosos. En cuanto al Consejo de la nación, no sólo recibió mal los testimonios de amistad de los embajadores romanos, sino que cometió la insensatez de creer que se expresaron con tanta benevolencia porque su república, ocupada ya en dos grandes guerras, en África y España, temía que los aqueos se sublevaran contra ella, y que por tanto el momento era propicio para sacudir el yugo. Trató, no obstante, a los embajadores con mucha atención manifestándoles que enviaría a Thearidas a Roma y que fueran ellos a Tegea, para gestionar allí con los lacedemonios y persuadirles a la paz. Con este engaño entretuvieron al desdichado pueblo, asociándole al temerario proyecto en que tiempo atrás meditaban. Esto es lo que debía esperarse de la inhabilidad y depravación de los jefes, que acabaron de perder la nación del modo que vamos a decir.

Los comisarios romanos fueron efectivamente a Tegea e indujeron a los lacedemonios a reconciliar-

se con los aqueos y a suspender toda hostilidad hasta que llegaran a Roma los encargados de transigir todas las cuestiones; pero la cábala de Critolao dio por resultado que nadie, a excepción de este pretor, acudiera al Congreso, y aún llegó cuando ya casi no se le esperaba. Conferenció con los lacedemonios, pero no quiso avenirse a nada, diciendo que nada podía decidir sin el consentimiento de la nación, a la que sometería el asunto en la Dieta general que podría ser convocada dentro de seis meses. Esta superchería desagradó mucho a Julio, que tras despedir a los lacedemonios fue a Roma y describió a Critolao como hombre extravagante y furioso. Apenas salieron los comisarios del Peloponeso, corrió Critolao de ciudad en ciudad durante todo el invierno, y convocó asambleas como para dar a conocer lo que manifestó a los lacedemonios en las conferencias de Tegea, y en realidad para excitar los ánimos contra Roma, interpretando de la forma más odiosa cuanto los romanos dijeron a fin de inspirar la aversión que les tenía y logrando su objeto. Prohibió a los jueces perseguir o aprisionar por deudas a ningún aqueo hasta que acabaran las cuestiones entre la Dieta y Lacedemonia, con lo cual dispuso a la multitud a

recibir sumisa las órdenes que quisiera darle. Incapaz el pueblo de reflexionar en el futuro, tragó el anzuelo de la primera ventaja concedida.

Supo Metelo en Macedonia la agitación que reinaba en el Peloponneso, y envió a C. Papirio, al joven Escipión el Africano, a Aulo Gabinio y C. Fautonio, que al llegar, por casualidad, a Corinto en la época en que el Consejo se reunía allí, hablaron con igual moderación que Julio. Nada omitieron para impedir que los aqueos perdieran por completo la amistad de los romanos por sus cuestiones con los lacedemonios o por su aversión a Roma. A pesar de ello, el populacho no se contuvo; mofáronse de los comisarios; se les arrojó ignominiosamente de la asamblea, y se reunieron multitud de obreros y artesanos a su alrededor para insultarles. Las ciudades de Acaia se hallaban entonces como en delirio, pero Corinto más que todas. A muy pocos agradaron los discursos de los embajadores, y la tumultuosa asamblea transpuso con su furor todos sus límites.

Viendo el pretor con complacencia que todo resultaba a su gusto, arengó a la multitud, siendo los magistrados principal objeto de sus invectivas, y censurando acremente a los amigos que Roma tenía entre los aqueos. Ni siquiera los embajadores viéronse libres de sus ataques. Dijo que no le disgustaba tener a los romanos por amigos pero que no les sufriría como amos; que por poco valor que mostraran los aqueos, no les faltarían aliados, ni amos si no tenían corazón para defender su libertad. Con tales razones y otras parecidas, el artificioso pretor sublevó al pueblo, y agregó que no sin haber tomado antes las oportunas medidas se atrevía a hacer frente a los romanos, pues contaba para ello con reyes y repúblicas. Estas últimas frases asustaron a los prudentes ancianos que había en la asamblea, quienes rodeando al pretor, quisieron imponerle silencio. Critolao llamó su guardia y amenazó a los respetables senadores con los peores tratamientos si se atrevían a tocarle el vestido. Manifestó en seguida que no podía contenerse más, debiendo declarar que no merecían inspirar tanto temor lacedemonios y romanos, como los que entre los aqueos favorecían a unos y otros, pues conocidos eran quiénes les ayu-

daban más que a su propia patria; que Evagoras de Egia y Stratogio de Tritea referían a los embajadores romanos cuanto ocurría en el Consejo de la nación. Stratogio desmintió al pretor. «Cierto es, dijo, que he visto a los embajadores y que estoy decidido a verles, porque son nuestros amigos y aliados; pero pongo por testigos a los dioses de que jamás les descubrí los secretos de nuestras asambleas.» Algunos le creyeron bajo su palabra, pero la multitud prefirió creer a su pretor, que con tales calumnias logró se declarara la guerra a los lacedemonios, y con ellos a los romanos. A este decreto siguió otro no menos injusto, por el cual, quien en la expedición se apoderase de alguna tierra o plaza, quedaría dueño de ella. Desde entonces, casi monarca en su país, sólo pensó el pretor en malquistar y sublevar los aqueos contra los romanos, no sólo sin razón, sino por los medios más irregulares o injustos. Declarada la guerra, los embajadores se separaron. Papirio fue primero a Atenas, y regresó en seguida a Lacedemonia para observar de lejos las operaciones del enemigo; otro partió para Neupacta, y dos quedaron en Atenas hasta que llegó allí Metelo. Tal era el estado de los asuntos en el Peloponeso.

CAPÍTULO III

Desventuras de los griegos.

Por lo que toca a Grecia, tan frecuentemente abastida en general y en sus diferentes partes, en ninguna época como en la actual le convendría este nombre y pensamiento de desdicha... ..
.....
.....

Al referir estos infortunios, todo el mundo compadecerá a los griegos, y más aún al conocer la verdad con detalles... ..
.....
.....

Dícese que los mayores desastres los sufrieron los cartagineses...; se verá que los de los griegos los superan. Aquellos, como último recurso, dejaron una justificación de sí mismos a sus descendientes; éstos no dejaron ni una frase a los que quisieran ayudarles en sus desastres. Heridos en el corazón los

cartagineses, desaparecen para siempre sin esperanza de resucitar; los griegos prolongan su propia agonía, dejando a sus hijos una herencia de lágrimas, hasta el punto de merecer más compasión los que sobreviven para ser desgraciados, que los que mueren en el momento del infortunio. Por ello creemos que la desdicha de los griegos es más digna de piedad que la de Cartago, a menos que no se quiera confundir lo bello y lo útil, comparando ambas historias. Lo que mejor prueba la exactitud de nuestra apreciación es que nadie, acudiendo a sus recuerdos, puede decir que los griegos hayan sufrido más crueles desgracias que las referidas... ..
.....
.....

El destino infundió a los griegos un terror espantoso a la llegada de Jerjes a Europa. Todos corrieron el mayor peligro, pero pocos se perdieron por completo, especialmente los atenienses, que previendo con acierto el futuro, abandonaron con mujeres e hijos la patria. Esto les perjudicó en el sentido de que los bárbaros, dueños de Atenas, la saquearon, pero en vez de vergüenza y oprobio lograron gloria

y honor al sacrificar valerosamente sus propios intereses, prefiriendo combatir por toda Grecia. Tan gloriosa elección no sólo les hizo adquirir una patria y un territorio, sino el imperio de Grecia, que algún tiempo después les disputaron los lacedemonios. Batidos más tarde por los espartanos, sufrieron el dolor de ver arrasarse sus murallas, mas esto no fue glorioso para Lacedemonia, porque usó tiránicamente de su victoria.

CAPÍTULO IV

Consideraciones en torno a Alejandro de Feres.

Alejandro de Feres, que fue poco tiempo feliz es decir, que estuvo poco tiempo seguro, cosa poco frecuente cuando se tienen enemigos exteriores... A veces se ve mudar a la fortuna por la fuerza de muchas voluntades opuestas, y los que eran poderosos quedar subyugados por inesperada buena suerte de las víctimas del infortunio. Calcis, Corinto y otras muchas ciudades, por su excelente posición, tenían guarniciones de macedonios. Los que servían fueron

puestos en libertad; los opresores... tratados como enemigos... últimamente disputaban en la ciudad: unos, por el mando y los asuntos públicos; otros, por la monarquía y los reyes. Por ello, con la desgracia tuvieron la vergüenza de sucumbir por sus locuras. Entonces fue general el infortunio para beocios, peloponesianos y foceos con muchos otros de los que habitan el golfo...

CAPÍTULO V

Más sobre los griegos.

En tal materia no debe sorprender que, franqueando los límites corrientes de la historia, manifieste con calor y decisión mis ideas. Me censurarán acaso de complacencia en referir las faltas de los griegos, siendo como soy el más interesado en disimularlas. No creo que las personas sensatas llamen amigo al que teme la franqueza de las palabras, como no se puede llamar buen ciudadano al que viola la verdad por miedo a desagradar a sus contemporá-

neos. Además, conviene al historiador acreditar que para él no existe nada superior a la verdad.

Cuanto más tiempo ha transcurrido entre los hechos que relata y el momento en que escribe, más divulgados están aquellos y mayor obstinación precisa el historiador para encontrar la verdad y que el lector comprenda los esfuerzos de su trabajo. En época de cuestiones interiores convenía a un griego socorrer a los griegos de todos modos, ayudándoles, defendiéndoles, apaciguando el rencor de los poderosos, y es lo que he hecho en tales circunstancias; pero los acontecimientos, los hechos reales los refiero tal y como quedaron impresos en mi memoria, sin pasión alguna personal, no por halagar el oído de mis lectores, sino para encauzar sus ideas e impedir que se equivoquen con demasiada frecuencia. Creo haber dicho lo suficiente sobre esta materia.

LIBRO TRIGÉSIMONONO

CAPÍTULO PRIMERO

Asdrúbal, general cartaginés. Tan limitadas eran en este cartaginés las dotes que distinguen un buen general, como grande su vanidad para hacer alarde de poseerlas. Veamos, entre otros ejemplos, un rasgo de ella. Cuando acudió a la cita dada a Galussa, rey de Numidia, presentóse cubierto con manto de púrpura y seguido de doce guardias bien armados. A veinte pasos del lugar de la cita dejó los guardias, y desde la orilla del foso que tenía enfrente hizo señal al rey para que se le aproximase; señal que debió esperar y no dar. Llegó Galussa sin escolta, vestido sencillamente y sin armas, y al acercarse a Asdrúbal preguntóle por qué llevaba coraza y a quién temía. «Temo a los romanos, contestó Asdrúbal.- Si tanto les temes, replicó Galussa, ¿por qué sin necesidad te encierras en una plaza sitiada? Pero, en fin, ¿qué deseas de mí? - Te ruego, respondió Asdrúbal, que intercedas en nuestro favor con el general romano para que perdone a Cartago y la deje subsistir, pues a todo nos someteremos.» Burlóse Galussa de este encargo. «¡Qué! exclamó al gobernador de Cartago, ¿en el estado en que te hallas, envuelto por todos lados, casi sin recurso ni esperanza, no tienes otra proposición que ofrecer sino la misma rechazada a

Utica antes del sitio?- No están las cosas tan desesperadas como crees, contestó Asdrúbal. Nuestros aliados acuden a socorrernos (no sabía lo sucedido en Mauritania); nuestras tropas se encuentran aún en estado de defensa, y tenemos en nuestro favor a los dioses, demasiado justos para abandonarnos, conocen la injusticia de que somos víctimas, y nos darán los medios para vengarnos. Haz entender al cónsul que los dioses tienen en su mano el rayo, que la fortuna cambia, y que en último caso estamos decididos a no sobrevivir a Cartago y a morir antes que rendirnos.» Así acabó la entrevista, separándose con promesa de verse de nuevo a los tres días.

De regreso al campamento, dio cuenta Galussa a Escipión de lo acaecido, y el cónsul, riendo, dijo: «¡Vaya una ocurrencia la de ese hombre! Después de la cruel matanza de nuestros cautivos, cuenta con la protección de los dioses: no es mala manera de tenerlos propicios violar todas las leyes divinas y humanas.» Advirtió en seguida el rey a Escipión que le convenía cuanto antes acabar la guerra; que sin hablar de casos imprevistos aproximábase la elección de los nuevos cónsules, y pudiera ser que al

iniciarse el invierno viniera otro a arrebatarle, sin mérito, el honor de la expedición. Reflexionó Emiliano acerca de este consejo de Galussa y le dijo prometiera de su parte al gobernador la vida y la libertad para él, su esposa, hijos y diez familias de parientes o amigos, permitiéndole sacar de Cartago diez talentos de su fortuna y llevarse seis domésticos, a su elección. Con esta promesa, que, al parecer, debía complacer a Asdrúbal, volvió Galussa a conferenciar con él. Acudió el gobernador a la cita como verdadero rey de teatro, y al ver su traje de púrpura y su andar lento y grave, cualquiera creería que desempeñaba el principal papel en una tragedia. Era Asdrúbal grueso y rechoncho, pero aquel día la hinchazón del abdomen y rubicundez del rostro demostraban que iba repleto, pareciendo hombre que vive en mercado, como buey, para que le engorden, mejor que gobernador de una ciudad cuyos males eran indecibles. Al conocer por Galussa los ofrecimientos del cónsul exclamó, dándose redobladamente golpes en la coraza: «Pongo a los dioses y a la fortuna por testigos de que el sol no verá a Cartago destruida y a Asdrúbal vivo. Para un hombre de corazón no existe más noble sepultura que las ceni-

zas de su patria.» Decisión generosa, nobles frases dignas de admiración; pero al llegar el momento de cumplirlas, vióse con sorpresa que este fanfarrón era el más débil y cobarde de los hombres. Mientras los ciudadanos morían de hambre, se regalaba con sus amigos, dándoles suntuosos festines y llenándose el abdomen como para servir de contraste a la miseria de los demás, porque eran innumerables los que perecían de hambre o huían para evitarla. Mofábase de unos, insultaba a otros, y a fuerza de derramar sangre, intimidó de tal modo a la multitud, que ejercía poder tan absoluto como un tirano en ciudad próspera y patria infortunada. Todo esto confirma lo que he manifestado acerca de la dificultad de encontrar gentes parecidas a las que entonces dirigían los negocios públicos en Grecia y Cartago, y la comparación que de ellas haremos más adelante demostrará esta verdad... El soberbio Asdrúbal, olvidando su fanfarronería, cayó a los pies de Escipión... Al llegar Asdrúbal junto al cónsul, éste le acogió bien, ordenándole que fuera a extranjera tierra.

CAPÍTULO II

Piedad de Escipión.

Refiérese que Escipión, al ver a Cartago totalmente destrozada y en ruinas, derramó abundantes lágrimas, deplorando en voz alta las desdichas de sus enemigos. Reflexionando profundamente que la suerte de las ciudades, pueblos e imperios tan sujeta está a los reveses de la fortuna como la de los simples particulares, y recordando al lado de Cartago la antigua Ilión, tan floreciente, el imperio de los asirios, el de los medas, el de los persas después, el de Macedonia, mayor que todos y tan poderosos, hasta época reciente, fuera que el curso de sus ideas trajera a su memoria los versos del gran poeta, o que la lengua se adelantara al pensamiento, dícese que pronunció en alta voz estas frases de Homero: *«Acércase el día de rendirse la gran Ilión, el día en que Príamo y su guerrero pueblo van a caer.»*

Preguntóle entonces Polibio, que tenía gran familiaridad con él por haber sido su preceptor, qué sentido daba a estas palabras, y confesó ingenuamente que pensaba en su querida patria, temiendo el por-

venir que tendría por la inconstancia de las cosas humanas... ..
.....
.....

CAPÍTULO III

Justificación del autor.

Sé que censurarán mi obra por relatar los hechos sin ilación. Se dirá, por ejemplo, que tras referir la toma de Cartago llevo de pronto al lector a los asuntos de Macedonia, de Siria o de otras partes; que los hombres científicos aprecian la estructura y buscan siempre la proposición principal, siendo necesario unir en la obra la conveniencia a la utilidad. Mi opinión es contraria a este sistema, y la apoyo en la misma naturaleza, que no sigue tal orden en ninguna de sus obras, sino que cambia sin cesar y reproduce las cosas con gran variedad. Puede asimismo citarse el oído, que en conciertos y declamaciones nunca conserva la misma impresión, si así puede decirse, sino que le conmueven los cambios de sonoridad, las interrupciones, los gritos. Lo mismo ocurre al

gusto: los más deliciosos manjares, repetidos, llegan a ser insípidos y apenas puede sufrirse la monotonía, prefiriéndose un alimento vil con tal que varíe. ¿Y acaso no sucede igual cosa con la vista? Los ojos se cansan de la misma contemplación: la variedad, lo abigarrado de los objetos visibles le recrea. Esto se aplica también al alma. Los cambios, las novedades, son como el reposo del hombre activo.

Los escritores más ilustres de la antigüedad descansan unos haciendo relatos fabulosos, y otros digresiones sobre asuntos serios, y si, por decirlo así, viajan por Grecia también hacen al mismo tiempo excursiones fuera de ella. Después de describir la Tesalia y las acciones de Alejandro de Feres, pasan a las invasiones de los lacedemonios en el Peloponeso, y a las de los atenienses, y a los asuntos de Macedonia y de Iliria. Hablan en seguida de Ificrates en Egipto y de los grandes hechos de Clearco en el reino del Ponto. En vista de esto, se dirá que faltan a la ordenación de los asuntos, y que yo la observo, porque si tratan esta cuestión: «cómo Bardilos, rey de Iliria, y Quersobleptes, de Tracia, se apoderaron del poder», ni agregan lo que sigue, ni recu-

ren a lo que acompaña a estos acaecimientos, sino que, como en un poema, vuelven siempre a su asunto. Nosotros, por el contrario, describimos los más célebres lugares del universo y los sucesos más dignos de quedar en la memoria, trazando un solo y largo camino a través de nuestra historia con un orden anunciado, examinando año por año las principales acontecimientos, y dejando a los aficionados a la ciencia el cuidado de mayores investigaciones y de recoger los hechos que quedaron en el camino, siempre que no resulte nada incompleto para quienes nos siguieron paso a paso.

CAPÍTULO IV

Actitud de Escipión ante Asdrúbal.

Cuando el general de los cartagineses, Asdrúbal abrazó suplicando las rodillas de Escipión, dirigiéndose éste a los circundantes dijo: «Ved cómo castiga la fortuna a los hombres imprevisores. Este es Asdrúbal, que rodeado antes de amigos y poderosos auxiliares, cuando le propuse condiciones

humanitarias y honrosas, contestó que la más bella sepultura era las cenizas de la patria, y vedle ahora besando mi manto de general para obtener la vida y cifrando en mí todas sus esperanzas.» Este espectáculo prueba que nadie debe decir ni hacer cosa que no sea conforme a su posición social. Algunos trásfugas le siguieron hasta la tienda de Escipión, y éste ordenó echarles fuera; pero llenaron de injurias a Asdrúbal, mofándose unos de su juramento sagrado de no abandonarles, y llamándole otros cobarde y canalla., y muchos más sarcasmos y sangrientos insultos.

En aquel momento, viendo una mujer a Asdrúbal sentado junto al general, salió de entre los trásfugas. Llevaba traje de mujer libre y honrada y dos niños suspendidos por delante de las rodillas de los pliegues de su vestidura. Comenzó llamando a Asdrúbal por su nombre, y como éste, encorvado hacia tierra, no contestaba, púsose a dar gracias a los dioses y al general de lo que... Porque en los más brillantes éxitos, ante la ruina de sus enemigos, pensar en sus propios intereses sin olvidar las mudanzas posibles de la fortuna; recordar en el seno de la feli-

ciudad cuán fugitiva es ésta, es cosa de un hombre grande, perfecto y digno de fama... ..
.....

CAPÍTULO V

A propósito de Dico.

Quería, al regresar a su patria, hacer lo que un hombre que sin saber nadar se arroja al mar, y ya en el agua se preocupa de llegar a tierra. ¿Le era imposible a este Dico, pretor de los aqueos, cesar en sus impiedades y escandalosas injusticias?

CAPÍTULO VI

Reflexión moral.

La benevolencia que inspiraba Filopemen impidió que en algunas ciudades destruyeran las estatuas de este general. De aquí deduzco que todo gran ser-

vicio engendra reconocimiento en el corazón de quienes lo aprovechan.

LIBRO CUADRAGÉSIMO

CAPÍTULO PRIMERO

Piteas. Era Piteas hermano de Acates e hijo de Cleomenes. De costumbres muy desordenadas en un principio, hacía la ilusión de que se le perdonaría más tarde este vicio de la juventud. Cuando tuvo a su cargo los cuidados del gobierno no mudó de conducta, notándose siempre en él la misma avidez e igual deseo por enriquecerse. Estos vicios aumentaron mucho por el favor de Eumeno y de Fileretes.

CAPÍTULO II

Dieo.

Muerto Critolao, pretor de los aqueos, disponía la ley que lo reemplazase su predecesor hasta que la Dieta de la nación designase otro. Tomó, pues, Dieo

la dirección de los negocios de la Liga aquea. Revestido de esta dignidad, y tras de enviar socorro a Megara, se dirigió a Argos y desde allí escribió a todas las ciudades del Estado para que dejaran en libertad a los esclavos capaces de manejar las armas, y formaran con ellos un ejército de doce mil hombres, armándolo y enviándolo a Corinto. Cometió entonces una falta que le era habitual Esta carga fue impuesta sin prudencia y sin equidad. Además, cuando en una casa no había bastantes esclavos para completar el número que debía dar, suplía la falta con esclavos extranjeros. Hizo más: debilitada la nación por la guerra sostenida contra los lacedemonios, para soportar esta nuevo carga obligó a las personas ricas de ambos sexos a comprometerse a pagarla. Finalmente, mandó que la juventud se reuniera armada en Corinto. Estas órdenes promovieron tumultos en todas las ciudades: la dolorosa excitación fue universal, y unos felicitaban a los muertos en las guerras precedentes, otros compadecían a los que marchaban, despidiéndoles con lágrimas cual si tuvieran el presentimiento de lo que les había de ocurrir. Condolía la suerte de los esclavos. Unos acababan de ser emancipados, otros esperaban pron-

to esta gracia. Los ciudadanos ricos quedaron obligados, a pesar suyo, a contribuir con sus bienes a todos los gastos de esta guerra. Se privaba a las mujeres de sus alhajas y de las de sus hijos para emplearlas en su ruina.

Y lo más triste era que la alarma y pena causadas por las distintas órdenes que sin cesar se sucedían, apartaban la atención de los asuntos generales e impedían a los aqueos prever el peligro inminente en que se hallaban ellos, sus mujeres y sus hijos. Como arrastrados por impetuoso torrente, todos cedían a la imprudencia y furor de su jefe. Los helenos y messenios permanecieron en sus tierras aguardando con temor la flota romana, y, efectivamente, nada en el mundo les hubiera salvado, de seguir la nube que les amenazaba el rumbo que al principio tomó. Los habitantes de Patras y de los pueblos de este distrito fueron poco antes derrotados en la Fócida, y su suerte fue tristísima. Nada más deplorable había sucedido en el Peloponeso: unos se suicidaban; aterrados otros por lo que en las ciudades ocurría, escapaban huyendo sin saber dónde iban. Mutuamente se entregaban a los romanos, acusándose

de haber sido sus enemigos. Algunos acudían espontáneamente, sin que nadie les obligara, a denunciar a sus compatriotas, y otros en humilde postura, confesaban, sin que nadie les interrogase, que habían violado los tratados, preguntando con qué castigo expiarían su crimen. Por todas partes se veían furiosos arrojándose en los pozos o precipitándose desde lo alto de las rocas, y tal era, en una palabra, el estado de Grecia, que hasta sus enemigos la compadecían. Antes de esta desgracia experimentaron otras los griegos, y hasta se vieron completamente abatidos, o por intestinas guerras, o por perfidia de los reyes; pero ahora sólo podían culpar a la imprudencia de sus jefes y a su propia imbecilidad. Los tebanos abandonaron su ciudad, dejándola desierta. Piteas se retiró al Peloponeso con su esposa e hijos, y anduvo errante sin saber dónde fijar su residencia.

CAPÍTULO III

Sobre lo mismo.

Mientras Dieo, elegido pretor, se hallaba en Corinto, fue a verle Andrónidas de parte de Q. Cecilio Metelo y le recibió mal. Había cuidado ya el pretor de desprestigiarle como persona que se entendía con los romanos y obraba en su favor, y entregó a Andrónidas y a los que le acompañaban a la muchedumbre, que los ultrajó y encadenó. También fue el tesaliano Filón a hacer ofrecimientos ventajosos a los aqueos. Algunos, y entre ellos el anciano Stracio, le oyeron con agrado. El buen viejo abrazó a Dieo, rogándole que aceptara las ofertas que hacía; pero el Consejo los rechazó, pretextando que Filón había tomado este encargo, no por la salud común, sino por propio interés. Nada se hacía como debía hacerse, porque si el comportamiento seguido no permitía esperar gracia alguna de los romanos, al menos convenía exponerse a todo para salvar el Estado. Y así se debía esperar de las gentes que Grecia se había dado por jefes; pero ni siquiera pensaron tomar tal resolución, y ¿cómo habían de tomarla? Los principales del Consejo eran Dieo y Damócrito, ambos venidos del destierro, gracias a la perturbación que reinaba. Sus asesores, Alcamenos, Teodectes y Arquicratos, personas cuyo carácter, genio y costum-

bres ya hemos descrito. De tal Consejo no podían salir otras resoluciones que las que era capaz de dictar. Prendieron a Andrónidas, Lagio y el subpretor Sosicrato. Se culpó a este último haber consentido, mientras presidió el Consejo que enviaran una diputación a Cecilio, y ser por ello autor y causa de todos los males que se iban a sufrir. Reunidos los jueces al día siguiente, le condenaron a muerte, encadenándole en el acto y haciéndole sufrir tales torturas que expiró en ellas, sin decir nada de lo que se quería saber de él. Lagio, Andrónidas y Arquipo fueron puestos en libertad, tanto porque la multitud advirtió la injusticia cometida con Sosicrato, cuanto porque Andrónidas y Arquipo regalaron a Dico el primero un talento y el segundo cuarenta minas, pues tan grande era la despreocupación del pretor en este punto, que en medio de un espectáculo, hubiera recibido los regalos. Filino de Corinto fue tratado poco tiempo antes de igual modo que Sosicrato. Le acusó Dico de ser del partido de los romanos, hizo que le prendieran y también a sus hijos, y les atormentó a todos hasta hacerles morir en los suplicios. Me preguntarán cómo ha sido posible que una confusión tan universal y un gobierno más desordenado

que el de los bárbaros no acabara por completo con Grecia. Imagino, por mi parte, que la fortuna, siempre atinada e ingeniosa, tomó a su cargo oponerse a las locuras y extravagancias de los jefes, y aunque rechazada de todas partes, quiso de cualquier modo salvar a los aqueos, valiéndose del único recurso que le quedaba, cual era que los griegos fueran fácilmente vencidos, no resistiendo largo tiempo a los romanos. Así logró contener la cólera de éstos, que no llamaran a las legiones de África y que los jefes de los griegos no ejercieran crueldades con las ciudades; lo que de seguro hubiesen hecho, dado su carácter, caso de conseguir alguna ventaja. Nadie lo dudará, a poco que reflexione acerca de lo que de ellos hemos dicho. Por lo demás, la frase que circuló entonces confirma nuestra conjetura: «de no perdernos tan pronto, se decía en todas partes, no hubiéramos podido salvarnos.»

CAPÍTULO IV

Aulo Postumio Albino.

Descendía de una de las más ilustres familias de Roma, y era muy hablador y excesivamente vano. Aficionado desde niño a la erudición y a la lengua griega, entregóse a este estudio con tan desmesurado ardimiento, que consiguió inspirar disgusto y aversión a los más antiguos y distinguidos romanos. Compuso hasta un poema, y escribió una historia en esta lengua. Al principio de ella pide a los lectores perdón por las faltas de lenguaje que encuentren, por no ser extraño que un romano no domine la lengua griega. Cuéntase, a propósito de esto, una buena ocurrencia de Marco Porcio Catón. «¿A qué pedir perdón? dijo. Si el Consejo de los amficiones le hubiese ordenado escribir esta historia, la excusa estaría en su punto; pero emprendido el trabajo voluntariamente y sin necesidad, nada hay tan ridículo como rogar que le perdonen las faltas que haya podido cometer.» Catón decía bien. Supongamos que un atleta, después de apuntar su nombre para los combates gimnásticos, dijera en el estadio, al entrar en la liza: «Señores, os pido perdón si no puedo sufrir la fatiga ni las contusiones.» ¿Dejarían de silbar y castigar inmediatamente a este atleta? Así debían ser tratados ciertos historiadores, para ense-

ñarles a no formar proyectos superiores a sus fuerzas. Postumio adquirió asimismo de los griegos lo peor de sus costumbres, y toda su vida amó el placer y detestó el trabajo. En la ocasión presente dio prueba de ello. Durante la batalla que se libró en la Fócida, para no tomar parte en la lucha pretextó no sé qué molestia y se retiró a Tebas; mas después del combate fue el primero en dar cuenta a Roma de la victoria, con amplios detalles de cuanto aconteció, como si hubiera tomado parte en la batalla.

CAPÍTULO V

Desprecio de las artes que demuestran los romanos al destruir a Corinto.

Deplorando Polibio lo sucedido cuando la destrucción de Corinto, recuerda, entre otras cosas, el desprecio puramente militar de los romanos a todas las obras de arte y a los monumentos públicos. Como testigo presencial de la toma de esta plaza, refiere haber visto los cuadros arrojados en el suelo y a

los soldados tendidos sobre ellos jugando a los dados, y menciona especialmente el Baco pintado por Arístides, cuadro que dio origen el proverbio «Nada hay comparable a Baco», y el Hércules presa del veneno de la túnica que le envió Deyanira. No he visto este último, pero sí el Baco, colocado en el templo de Coros en Roma, obra de gran belleza, que quedó destruido en el incendio de dicho templo.

CAPÍTULO VI

Mas sobre las estatuas de Filopemen.

Todas las ciudades habían erigido por decreto público estatuas a Filopemen, tributándole los mayores honores; mas andando el tiempo, cuando llegaron las desdichas para Grecia, y Corinto fue destruida, un romano ordenó derribar las estatuas, y hasta persiguió a Filopemen ante los tribunales como si viviera. Acusábale de haber sido enemigo de Roma y de mostrarse mal intencionado con ella. Polibio respondió al acusador que si era cierto que Filopemen se opuso con energía a Tito Flaminio y a

Manio, ni el cónsul Mummio ni los que se hallaban a sus órdenes quisieron sufrir la destrucción de los monumentos elevados a la gloria de tan célebre guerrero.

CAPÍTULO VII

Justificación de Filopemen.

Conforme a lo que antes he manifestado de este pretor, hice de su conducta larga apología, diciendo que si era verdad que Filopemen se había negado varias veces a obedecer las órdenes de los romanos, sólo lo hizo para averiguar si eran justas, y jamás se opuso sin razón; que no podía dudarse de su adhesión a los romanos tras las pruebas dadas en el transcurso de las guerras contra Filipo y Antíoco; que a pesar de lo poderoso que era, tanto por sí como por las fuerzas de la Liga, jamás se apartó de la alianza con los romanos; que, finalmente, había contribuido al decreto por el cual antes que los romanos pasaran a Grecia, se comprometieran los aqueos a declarar por sí la guerra a Antíoco, no obs-

tante de que entonces casi todos los pueblos de Grecia eran poco amigos de Roma. Este discurso impresionó a los diez comisarios y confundió al acusador. Decidióse no tocar a las estatuas de Filopemen, cualesquiera que fuesen las ciudades donde estuvieran. Aprovechando la buena voluntad de Mummio, le pedí asimismo las estatuas de Arato, de Aqueo y de Filopemen, que habían sido ya llevadas del Peloponeso a la Acarnania, y me las concedió. Tanto satisfizo a los aqueos el celo que en esta ocasión demostré por el honor de los grandes hombres de mi patria, que me erigieron una estatua de mármol.

CAPÍTULO VIII

Sobre el propio autor.

Ordenados los asuntos de Acaia, los diez comisarios mandaron al cuestor que vendiese los bienes de Dico, dejando antes elegir a Polibio lo que quisiera, sin exigir ni recibir nada en pago. Mas no sólo no quiso aceptar cosa alguna, sino que aconsejó a sus amigos que no adquiriesen nada de lo que el cuestor

vendiese porque este funcionario recorría las ciudades de Grecia poniendo a subasta los bienes de los que ayudaron a Dieo, y de los que, condenados por los comisarios, no tenían padre, madre ni hijos. Algunos amigos de Polibio no siguieron su consejo; pero a los que lo aceptaron tributóseles grandes alabanzas. A los diez meses, al iniciarse la primavera, embarcáronse los comisarios de regreso a Italia, ordenando a Polibio recorrer todas las ciudades conquistadas y arreglar sus cuestiones hasta que se acomodaran al nuevo gobierno establecido y a las nuevas leyes. Polibio desempeñó esta comisión con tanta habilidad, que la nueva forma de gobierno fue aceptada, y ni en general ni en particular hubo en Acaia ninguna reclamación. Por ello, el grande aprecio que inspiró siempre este historiador, fue en aumento en los últimos tiempos y con ocasión de lo que acabamos de relatar. Colmósele de honores en todas las ciudades en el transcurso de su vida, y después de muerto; reconocimiento justo, porque sin el código de leyes que formó para dirimir las cuestiones, todo hubiera sido confusión y desorden. Preciso es convenir en que este fue el más bello período de la vida de Polibio.

CAPÍTULO IX

Mummio.

Cuando salieron de Acaia los comisarios, este procónsul tras le vantar en el istmo el templo que había sido destruido y de decorar los de Olimpia y Delfos, visitó las ciudades de Grecia, siendo recibido y honrado en todas partes cual merecía serlo. Se admiró su tacto, su desinterés y su amabilidad, con tanto mayor motivo, cuanto que, dueño de Grecia, fácil le era enriquecerse. Si alguna vez se apartó de su acostumbrada moderación, como cuando hizo acuchillar la caballería de Calcis, creo que la falta debe imputarse más que a él a los amigos que le acompañaban.

CAPÍTULO X

Ptolomeo, rey de Siria.

Falleció este príncipe a causa de una herida que recibió en un combate. Era, según unos, digno de grandes alabanzas, según otros, de ninguna. No cabe duda, sin embargo, de que fue el rey de carácter más dulce y humano. He aquí las pruebas. Jamás ordenó matar a ninguno de sus amigos, cualquiera que fuese el delito que les imputaran, y no sé que persona alguna muriese por mandato suyo en Alejandría. Casi arrojado del reino por su hermano, aun cuando le fue fácil vengarse en Alejandría, le perdonó su falta, tratándole con igual cariño después de su empresa contra la isla de Chipre. Al tenerle en su poder en Lapitho, en vez de castigarle como enemigo, aumentó lo que se había convenido darle y le prometió su hija en matrimonio. La buena suerte en sus asuntos amortiguó su valor, y la molicie y los placeres, vicios comunes en los egipcios, se apoderaron de su corazón, ocasionándole grandes desgracias.

CAPÍTULO XI

Epílogo.

Véase lo que he escrito acerca de los asuntos de Roma cuidadosamente investigados. Son como cimientos de un edificio político por edificar. Acometí la empresa por amistad y gratitud al pueblo romano, y suplico a todos los dioses que me concedan pasar el resto de mis días en Roma, viendo crecer esta fortuna, objeto de la envidia de los hombres, y desarrollarse esta República del modo más apropiado a su dicha y florecimiento. Este es el voto que hago diariamente.

Al llegar al término de mi trabajo, quiero recordar los principios expuestos en el preámbulo de mi historia y recapitular toda esta obra, adaptando el principio al fin, y entre sí todas sus partes. Manifesté al principio que tomaba las cosas donde las dejó Timeo. Recorriendo rápidamente los asuntos de Italia, de Sicilia, de Libia, únicos puntos que abraza la historia de Timeo, al llegar a la época en que Aníbal guió las fuerzas de Cartago, Filipo recogió en Macedonia la herencia de Demetrio, el espartano Cleomenes huyó de Grecia, Antíoco subió al trono de Siria, y Ptolomeo Filopator al de Egipto anuncié que, a partir de la 139 Olimpíada, relataría los acon-

tecimientos en general, citando por olimpiadas, subdividiendo por años y comparando entre sí todos los hechos, hasta la toma de Cartago y la batalla entre romanos y aqueos cerca del istmo; es decir, hasta el completo cambio que tal suceso produjo en Grecia. Anuncié que esta empresa sería bella y útil para los que aman la ciencia, siendo importante conocer cómo y gracias a qué formas de gobierno todos los Estados de la tierra fueron vencidos y cayeron en poder de los romanos, de lo cual jamás hubo ejemplo. Realizado todo ello, réstame únicamente determinar las épocas que abarca esta historia y completar así los libros de mi obra... ..
.....

**FIN DEL LIBRO CUADRAGÉSIMO Y DEL
VOLUMEN
TERCERO Y ÚLTIMO DE LA OBRA**